CHRISTIAN
JACQ

Ramsés 2

El templo de millones de años

PLANETA DeAGOSTINI

Colección: Biblioteca Christian Jacq
Director editorial: Virgilio Ortega
Coordinación: Pilar Mora
Realización: Macarena de Eguilior
Diseño cubierta: Hans Romberg
Realización gráfica: Noemí Reyes

Título original: *Ramsés. Le Temple des millions d'années*
Traducción: Mauricio Wacquez

ISBN: 84-395-8855-0
Depósito Legal: B. 51.810-2000

Imprime: Rodesa (Rotativas de Estella, S.A.)
Villatuerta (Navarra)
Distribuye: Logista
Aragonés, 18 – Polígono Industrial Alcobendas
28108 Alcobendas (Madrid)
Printed in Spain – Impreso en España

Edición Digital Octubre 2004 por Kory

1

Ramsés estaba solo, esperaba una señal del invisible.

Solo ante el desierto, ante la inmensidad de un paisaje quemado y árido, solo ante un destino cuya clave aún no comprendía.

A sus veintitrés años, el príncipe Ramsés era un atleta de un metro ochenta, con una magnífica cabellera rubia, el rostro anguloso y la musculatura fina y poderosa. La frente amplia y despejada, los arcos ciliares prominentes, las cejas pobladas, los ojos pequeños y vivos, la nariz larga y algo curva, las orejas redondas y delicadamente repulgadas, los labios gruesos y la mandíbula firme componían un rostro autoritario y seductor.

Tan joven ¡y cuánto camino había recorrido ya! Escriba real, iniciado en los misterios de Abydos y regente del reino de Egipto, Seti lo había asociado al trono, designando así a su hijo menor como su sucesor.

Pero Seti, ese inmenso faraón, ese soberano irreemplazable que había mantenido a su país en la dicha, la prosperidad y la paz, había muerto después de quince años de reinado excepcional, quince años demasiado breves que habían huido como un ibis en el crepúsculo de un día de verano.

Sin que su hijo lo advirtiera, Seti, padre lejano, temible y exigente, lo había formado poco a poco en la práctica del poder imponiéndole múltiples pruebas, la primera de las cuales había sido el encuentro con un toro salvaje, el dueño de la autoridad. El adolescente había tenido el valor de enfrentarse a él pero no había sido capaz de vencerlo. Sin la intervención de Seti, el monstruo habría destrozado a Ramsés con sus cuernos. Allí se había grabado en su corazón el primer deber del faraón: proteger al débil del fuerte.

El secreto del verdadero poder era el rey y sólo el rey lo poseía. Mediante la magia de la experiencia, se lo comunicó a Ramsés, etapa tras etapa, sin desvelarle nada de su plan. A lo largo de los años, el hijo se había acercado al padre, sus espíritus habían comulgado en la misma fe, en la misma fuerza. Severo, reservado, Seti le había hablado muy poco, pero le había otorgado a Ramsés el privilegio único de unas conversaciones durante las cuales se esforzó en transmitirle los rudimentos del oficio de rey del Alto y del Bajo Egipto.

Horas luminosas, momentos de gracia ahora desvanecidos en el silencio de la muerte.

El corazón de Ramsés se abrió como un cáliz para recoger las palabras del faraón, para conservarlas como el más preciado tesoro y hacerlas vivir en su pensamiento y en sus actos. Pero Seti se había reunido con sus hermanos los dioses y Ramsés estaba solo, privado de su presencia, de «la presencia».

Se sentía despojado, incapaz de soportar la pesada carga que descansaba sobre sus hombros. Gobernar Egipto... A los trece años había soñado con ello como si se tratara de un deseo inalcanzable. Luego había renunciado a esa loca idea, convencido de que el trono había sido prometido a Chenar, su hermano mayor.

Pero el faraón Seti y la gran esposa real Tuya decidieron otra cosa. Tras haber observado el comportamiento de sus dos hijos, designaron a Ramsés para que ocupara la función suprema. ¡Por qué no habían elegido a un ser más fuerte y más hábil, un ser con la talla de Seti! Ramsés se sentía dispuesto a enfrentarse a cualquier enemigo en combate singular, pero no creía que estuviese preparado para manejar el timón de la nave del Estado por las aguas inciertas del futuro. En el combate, en Nubia, había probado su valor. Su energía inagotable lo llevaría, si era necesario, por los caminos de la guerra para defender a su país, pero ¿cómo dirigir un ejército de funcionarios, de signatarios y de sacerdotes cuyas astucias no comprendía?

El fundador de la dinastía, el primer Ramsés, era un visir de edad al que los sabios le confiaron un poder que no quería. Durante la coronación, su sucesor, Seti, ya era un hombre maduro y experimentado. Ramsés sólo tenía veintitrés años y se había contentado con vivir a la sombra protectora de su padre, siguiendo sus directrices y respondiendo a la menor de sus llamadas. ¡Qué maravilloso era confiar en un guía que trazaba el camino! Actuar bajo las órdenes de Seti, servir a Egipto obedeciendo al faraón, encontrar siempre en él respuestas a sus preguntas... Ese paraíso se había vuelto inaccesible.

Y el destino se atrevía a exigirle a él, a Ramsés, un joven fogoso y ardiente, que sustituyera a Seti.

¿No era mejor estallar en carcajadas y huir al desierto, tan lejos que nadie lo encontrara?

Por supuesto, podía contar con sus aliados: su madre, Tuya, cómplice exigente y fiel; su esposa, Nefertari, tan hermosa y tan tranquila; y sus amigos de infancia, Moisés, el hebreo, convertido en constructor en las grandes obras reales; Acha, el diplomático, Setaú, el encantador de serpientes; su secretario particular, Ameni, cuya suerte estaba unida a la de Ramsés.

¿Acaso el clan de los enemigos era más poderoso? Chenar no renunciaría a apoderarse del trono. ¿Qué oscuras alianzas había urdido para impedir que reinara su hermano? Si, en ese instante, Chenar se hubiera presentado ante él, Ramsés no se habría resistido. Puesto que deseaba tanto la doble corona, ¡que se quedara con ella!

¿Pero tenía derecho a traicionar a su padre renunciando a la carga que le había confiado? Habría sido tan sencillo pensar que Seti se había equivocado o que hubiera podido cambiar de opinión... Ramsés no se mentiría a sí mismo. El destino dependía de la respuesta del invisible.

Era allí, en el desierto, en el corazón de aquella tierra roja, dueña de una energía peligrosa, donde la obtendría.

Sentado a la manera de los escribas, con la mirada perdida en el cielo, Ramsés esperaba. Un faraón sólo podía ser un hombre del desierto, enamorado de la soledad y de la inmensidad. 0 el fuego oculto en las piedras y en la arena alimentaba su alma o la destruía. Al fuego le tocaba hacer su juicio.

El sol se acercó a su cenit, el viento amainó. Una gacela saltó de duna en duna. Un peligro acechaba.

De pronto, éste surgió de la nada.

Era un enorme león de al menos cuatro metros de largo y más de trescientos kilos de peso. Su melena flamígera, de color claro, le daba el aspecto de un guerrero triunfante cuyo cuerpo musculoso, marrón oscuro, se movía con agilidad.

Cuando divisó a Ramsés lanzó un formidable rugido que se oyó en quince kilómetros a la redonda. Dotado de una mandíbula de temibles colmillos y garras aceradas, la fiera miró a su presa.

El hijo de Seti no tenía ninguna posibilidad de escapar.

El león se acercó y se inmovilizó a unos metros del hombre, que distinguió sus ojos de oro. Durante largo rato, se desafiaron.

El animal ahuyentó una mosca con la cola. Nervioso de repente, avanzó de nuevo.

Ramsés se levantó, con la mirada clavada en la del león.

—¡Eres tú, *Matador*, de verdad eres tú al que salvé de una muerte segura! ¿Qué suerte me reservas?

Olvidando el peligro, Ramsés se acordó del leoncillo agonizante que halló en un bosquecillo de la sabana de Nubia. Mordido por una serpiente, había mostrado una increíble resistencia antes de ser curado por los remedios de Setaú y de convertirse en una fiera colosal.

Por primera vez, *Matador* se había escapado del recinto en el que lo encerraban en ausencia de Ramsés. ¿La naturaleza del felino habría recuperado su dominio hasta el punto de volverlo feroz y despiadado hacia aquel al que sin embargo había considerado como su amo?

—Decídete, *Matador*. 0 te conviertes en mi aliado de por vida o acabas conmigo ahora.

El león se levantó sobre sus patas traseras y colocó las delanteras en los hombros de Ramsés. El golpe fue brutal, pero el príncipe aguantó. Las garras no habían asomado y el morro de la fiera olfateó la nariz de Ramsés.

Entre ellos sólo había amistad, confianza y respeto.

—Has trazado mi destino.

En adelante, aquel al que Seti había llamado «hijo de la luz» no tendría elección.

Lucharía como un león.

2

El palacio real de Menfis estaba de gran luto. Los hombres no se afeitaban y las mujeres se dejaban los cabellos sueltos. Durante los setenta días que iba a durar la momificación de Seti, Egipto subsistiría a medias, en una especie de vacío. El rey había muerto, y su trono permanecería vacante hasta la proclamación oficial de su sucesor, cosa que sólo ocurriría después de colocarlo en el sepulcro y de producirse la unión de la momia de Seti con la luz celeste.

Los puestos fronterizos estaban en estado de alerta y las tropas dispuestas a contrarrestar toda tentativa de invasión por orden del regente Ramsés y de la gran esposa real Tuya. Aunque el principal peligro, el que representaban los hititas[1], no parecía amenazar por el momento, no había que descartar alguna incursión. Desde hacía siglos, las ricas provincias agrícolas del Delta eran una presa tentadora para «los merodeadores de las arenas», los beduinos errantes del Sinaí, y para los príncipes de Asia, capaces a veces de aliarse para atacar el noroeste de Egipto.

La partida de Seti hacia el más allá había causado miedo. Cuando un faraón desaparecía, las fuerzas del caos amenazaban con caer sobre Egipto y destruir una civilización construida dinastía tras dinastía. ¿Sería capaz el joven Ramsés de preservar las Dos Tierras[2] de la desdicha? Algunos, entre los notables, no confiaban en él y deseaban verle esfumarse ante su hermano Chenar, más hábil y menos fogoso.

La gran esposa real, Tuya, no modificó sus costumbres después de la muerte de su marido. Con cuarenta y dos años de edad, de apariencia altiva, con la nariz fina y recta, grandes ojos almendrados severos y penetrantes, el mentón casi cuadrado, muy delgada, gozaba de una autoridad moral sin discusión. Nunca dejó de secundar a Seti y durante las estancias del faraón en el extranjero, era ella quien gobernaba el país con mano de hierro.

Apenas despuntaba el alba, a Tuya le gustaba pasear por su jardín plantado de tamarindos y sicomoros. Caminando organizaba su jornada de trabajo, alternancia de reuniones profanas y rituales para la gloria del poder divino.

Una vez desaparecido Seti, el menor gesto le parecía desprovisto de sentido. Tuya sólo deseaba reunirse lo antes posible con su marido en un

[1] Antepasados de los turcos.
[2] El Alto y el Bajo Egipto, el valle del Nilo (al sur) y el Delta (al norte).

universo sin conflictos, lejos del mundo de los hombres, aunque aceptaría el peso de los años que el destino le infligiría. La dicha que le había sido otorgada, debía devolverla a su país sirviéndolo hasta su último aliento.

La elegante silueta de Nefertari salió de la bruma matinal. «La más bella entre las bellas del palacio», según la expresión que el pueblo empleaba para referirse a ella, la esposa de Ramsés tenía unos cabellos de un negro brillante y unos ojos verdiazules de sublime dulzura. Música del templo de la diosa Hator en Menfis, tejedora notable, educada en el culto a los viejos autores como el sabio Ptah-hotep, Nefertari no procedía de una familia noble. Pero Ramsés se había enamorado locamente de ella, de su belleza, de su inteligencia y de su madurez, sorprendente en una mujer tan joven. Nefertari no buscaba agradar, aunque era la seducción misma. Tuya la había elegido como gobernanta de su casa, puesto que continuaba ocupando pese a haberse convertido en esposa del regente. Entre la reina de Egipto y Nefertari había nacido una verdadera complicidad, una y otra se entendían con medias palabras.

—Qué abundante es el rocío esta mañana, majestad; ¿quién sabrá cantar la generosidad de nuestra tierra?

—¿Por qué te has levantado tan temprano, Nefertari?

—Sois vos quien debería descansar, ¿no creéis?

—No consigo dormir más.

—¿Cómo aliviar vuestra pena, majestad?

Una triste sonrisa flotó en los labios de Tuya.

—Seti es irreemplazable; el resto de mis días no será más que un largo sufrimiento que sólo atenuará el feliz reinado de Ramsés. En adelante es mi única razón de vivir.

—Estoy inquieta, majestad.

—¿Qué temes?

—Que la voluntad de Seti no sea respetada.

—¿Quién osaría alzarse contra ella?

Nefertari permaneció en silencio.

—Piensas en mi hijo mayor, Chenar, ¿verdad? Conozco su vanidad y su ambición, pero no creo que esté tan loco como para desobedecer a su padre.

Los rayos dorados de la luz naciente iluminaban el jardín de la reina.

—¿Me crees ingenua, Nefertari? Parece que no compartes mi opinión.

—Majestad...

—¿Tienes información precisa?

—No, sólo un vago presentimiento.

—Tu espíritu es intuitivo y vivo como el rayo, y la calumnia te es ajena, pero ¿existe otro medio, aparte de suprimir a Ramsés, para impedir que reine?

—Tal es mi temor, majestad.

Tuya acarició con la mano una rama de tamarindo.

—¿Chenar fundaría su reino en el crimen?

—Semejante pensamiento me horroriza, como a vos, pero no logro apartarlo de mi mente. Juzgadme severamente, si lo estimáis inverosímil, pero no podía callarme.

—¿Quién cuida de la seguridad de Ramsés?

—Su león y su perro velan por él, igual que Serramanna, el jefe de su guardia personal. En cuanto regresó de dar un paseo solitario por el desierto, logré convencerlo de que no permaneciera sin protección.

—El luto nacional dura desde hace diez días —recordó la gran esposa real —. Dentro de dos meses, el cuerpo imperecedero de Seti será colocado en su morada eterna. Entonces, Ramsés será coronado, y tú te convertirás en reina de Egipto.

Ramsés se inclinó ante su madre, luego la estrechó tiernamente contra él. Ella, que parecía tan frágil, le daba una lección de dignidad y de nobleza.

—¿Por qué Dios nos impone una prueba tan cruel?

—El espíritu de Seti vive en ti, hijo mío; su tiempo se ha acabado, el tuyo comienza ahora. Él vencerá la muerte si tú continúas su obra,

—Su sombra es inmensa.

—¿No eres el hijo de la luz, Ramsés? Disipa las tinieblas que nos rodean, rechaza el caos que nos asalta.

El joven se apartó de la reina.

—Mi león y yo hemos fraternizado en el desierto.

—Era la señal que esperabas, ¿verdad?

—Así es, ¿pero permitirás que te pida un favor?

—Te escucho.

—Cuando mi padre salía de Egipto para manifestar su poder en el extranjero, eras tú quien gobernaba.

—Así lo quiere nuestra tradición.

—Tú posees la experiencia del poder y todos te veneran, ¿por qué no subes al trono?

—Porque no fue ésa la voluntad de Seti. Él encarnaba la ley que amamos y respetamos. Es a ti a quien eligió, eres tú quien debe reinar. Te ayudaré con todas mis fuerzas y te aconsejaré si lo deseas.

Ramsés no insistió.

Su madre era el único ser que podría haber desviado el curso del destino y librarle de la carga. Pero Tuya permanecería fiel al rey difunto y no modificaría su postura. Cualesquiera que fueran sus dudas y sus angustias, Ramsés debería trazar su propio camino.

Serramanna, el jefe de la guardia personal de Ramsés, ya no abandonaba el ala del palacio en el que trabajaba el futuro rey de Egipto. El nombramiento del sardo, antiguo pirata, en ese puesto de confianza había dado que hablar; algunos estaban persuadidos de que, tarde o temprano, el gigante de bigotes rizados traicionaría al hijo de Seti.

Por el momento, nadie entraba en el palacio sin su autorización. La gran esposa real le había recomendado expulsar a los intrusos y no vacilar en usar su espada en caso de peligro.

Cuando los ecos de una disputa llegaron a sus oídos, Serramanna se precipitó en el vestíbulo destinado a los visitantes.

—¿Qué sucede aquí?

—Este hombre quiere forzar el paso —respondió un guardia señalando a un coloso barbudo de cabellera abundante y anchos hombros.

—¿Quién eres? —preguntó Serramanna.

—Moisés, el hebreo, amigo de infancia de Ramsés y constructor al servicio del faraón.

—¿Qué quieres?

—¡Ramsés no me cierra su puerta normalmente!

—Ahora soy yo quien decide.

—¿El regente está secuestrado?

—La seguridad obliga... ¿Cuál es el motivo de tu visita?

—No te concierne.

—En ese caso, regresa a tu casa y no te acerques más a este palacio porque, de lo contrario, te haré encarcelar.

Se necesitaron no menos de cuatro guardias para inmovilizar a Moisés.

—Advierte a Ramsés de mi presencia o te arrepentirás.

—Tus amenazas me son indiferentes.

—¡Mi amigo me espera! ¿Puedes comprenderlo?

Los largos años de piratería y los feroces combates habían desarrollado en Serramanna un agudo sentido del peligro. A pesar de su fuerza física y de su voz tonante, Moisés le pareció sincero.

Ramsés y Moisés se abrazaron.

—Esto ya no es un palacio sino una fortaleza —exclamó el hebreo.

—Mi madre, mi esposa, mi secretario particular, Serramanna y algunos otros temen lo peor.

—Lo peor... ¿Qué significa eso?

—Un atentado.

En el umbral de la sala de audiencias del regente, que daba sobre un jardín, dormitaba el colosal león de Ramsés; y entre sus patas delanteras estaba Vigilante, el perro amarillo oro.

—Con esos dos, ¿qué puedes temer?

—Nefertari está convencida de que Chenar no ha renunciado a reinar.

—Un golpe de fuerza antes de sepultar a Seti... Eso no es propio de él. Prefiere actuar en la sombra y apostar al tiempo.

—Pero es que ahora no tiene tiempo.

—De acuerdo... Pero no se atreverá a enfrentarse a ti.

—Que los dioses te oigan. Egipto no ganaría nada con ello. ¿Qué dicen en Karnak?

—Se murmura mucho contra ti.

Bajo la dirección de un maestro de obras, Moisés realizaba las funciones de aparejador en el inmenso edificio de Karnak, donde Seti había empezado a construir una gigantesca sala de columnas, interrumpida por la muerte del faraón.

—¿Quién murmura?

—Los sacerdotes de Amón, algunos nobles, el visir del sur... Tu hermana, Dolente, y su marido, Sary, los alientan. No han soportado el exilio que les has infligido, tan lejos de Menfis.

—Ese despreciable Sary, ¿acaso no intentó deshacerse de mí y de Ameni mi secretario particular y nuestro amigo de infancia? Haberlos forzado, a él y a mi hermana, a instalarse en Tebas es un castigo muy suave.

—Esas flores venenosas sólo crecen en el norte; en el sur, en Tebas, se marchitan. Deberías haberlos castigado más y condenarlos a un verdadero exilio.

—Dolente es mi hermana, Sary fue mi ayo y mi preceptor.

—¿Debe un rey mostrarse tan débil con sus allegados?

Ramsés se ofendió en lo más vivo.

—¡Aún no lo soy, Moisés!

—De todos modos deberías haberlos denunciado y dejar que la justicia siguiera su curso.

—Si mi hermana y su marido salen de su confinamiento, los castigaré.

—Me gustaría creerte. No eres muy consciente de la animosidad de tus enemigos.

—Lloro a mi padre, Moisés.

—¡Y olvidas a tu pueblo y a tu país! ¿Crees que Seti, desde el cielo, aprecia tu flaqueza?

Si Moisés no hubiera sido su amigo, Ramsés lo habría golpeado.

—¿Un monarca no puede tener corazón?

—¿Crees que un hombre encerrado en su dolor, por legítimo que sea, podría gobernar? Chenar ha intentado corromperme y ponerme contra ti. ¿Aprecias mejor el peligro?

La revelación sorprendió a Ramsés.

—Te enfrentas a un gran adversario —continuó Moisés—; ¿saldrás por fin de tu sopor?

3

Menfis, la capital económica del país, situada en la unión entre el Delta y el valle del Nilo, vivía en letargo. En el puerto de Buen Viaje, la mayoría de los barcos mercantes permanecían en el muelle; durante los setenta días de luto, las transacciones comerciales permanecerían en calma, y no se celebraría ningún banquete en las amplias villas de los nobles.

La muerte de Seti había dejado a la gran ciudad conmocionada. Bajo su reinado, la prosperidad se había afirmado; pero parecía frágil a los ojos de los principales negociantes, en la medida en que un faraón débil volvería a Egipto vulnerable y titubeante. ¿Y quién podría igualar a Seti? Chenar, su hijo primogénito, hubiera sido un buen gestor; pero el soberano, enfermo, había preferido al joven y fogoso Ramsés, cuya prestancia convenía más a un seductor que a un jefe de Estado. Los más clarividentes a veces cometían errores; y se murmuraba, como en Tebas, que Seti quizá se había equivocado designando a su hijo menor como sucesor.

Chenar, impaciente, se paseaba por el gran salón de la mansión de Meba, el ministro de Asuntos Exteriores, un sexagenario discreto, de buen porte y con el rostro amplio y tranquilizador. Enemigo de Ramsés, apoyaba a Chenar, cuyas posturas políticas y económicas le parecían excelentes. Abrir un gran mercado mediterráneo y asiático urdiendo un máximo de alianzas comerciales, incluso al precio de olvidar algunos valores anticuados, ¿no era eso el futuro? Más valía vender armas que tener que utilizarlas.

—¿Vendrá? —preguntó Chenar.

—Está de nuestra parte, tranquilizaos.

—No me gustan los brutos como él; cambian de opinión a merced del viento.

El hijo mayor de Seti era un hombre pequeño y rechoncho, con el rostro redondo y las mejillas abultadas. Sus labios gruesos y golosos traducían su gusto por la buena mesa, sus pequeños ojos marrones, una perpetua agitación. Pesado, macizo, detestaba el sol y el ejercicio físico. Su voz untuosa y flotante quería manifestar una distinción y una calma de la que a menudo carecía.

Chenar era pacifista por interés. Defender su país aislándolo de las corrientes de negocios le parecía un absurdo. El término «traición» sólo era

utilizado por moralistas incapaces de hacer fortuna. Ramsés, educado a la antigua, no merecía reinar y sería incapaz de hacerlo. Chenar tampoco experimentaba ningún remordimiento al fomentar la conspiración que le ofrecería el poder: Egipto se lo agradecerla.

Aún era necesario que su principal aliado no hubiera renunciado a su proyecto común.

—Dame de beber —exigió Chenar.

Meba sirvió a su ilustre invitado una copa de cerveza fresca.

—No deberíamos haber confiado en él.

—Vendrá, estoy convencido de ello; no olvidéis que desea regresar a su país lo antes posible.

Por fin, el guardia de la mansión del ministro de Asuntos Exteriores anunció la llegada del visitante tan esperado.

Menelao, rubio y de ojos penetrantes, hijo de Atreo, amado por el dios de la Guerra y rey de Lacedemonia, gran verdugo de los troyanos, llevaba una doble coraza y un ancho cinturón cerrado por broches de oro. Egipto le había concedido hospitalidad mientras reparaban sus naves, pero su esposa, Helena, ya no quería abandonar la tierra de los faraones, temiendo sufrir malos tratos y ser reducida a la esclavitud en la corte de su marido.

Como Helena se beneficiaba del apoyo y la protección de la reina Tuya, Menelao tenía las manos atadas. Por suerte, Chenar había acudido en su ayuda predicando paciencia con el fin de desarrollar una estrategia victoriosa.

En cuanto Chenar fuese faraón, Menelao partiría hacia Grecia con Helena.

Desde hacía varios meses, los soldados griegos se habían integrado en la población. Unos habían sido colocados bajo mando egipcio, otros habían abierto tiendas y todos parecían satisfechos de su buena fortuna. En realidad, sólo esperaban una orden de su jefe para pasar a la acción y renovar, a mayor escala, el episodio del caballo de Troya.

El griego examinó a Meba con desconfianza.

—Haced salir a este hombre —le pidió a Chenar—. Sólo quiero entrevistarme con vos.

—El ministro de Asuntos Exteriores es nuestro aliado.

—No volveré a repetirlo.

Con un gesto, Chenar ordenó salir a su compatriota.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó Menelao.

—Ha llegado la hora de intervenir.

—¿Estáis seguro? Con vuestras extrañas costumbres y esa interminable momificación, uno termina por volverse loco.

—Debemos actuar antes de la inhumación de la momia de mi padre.

—Mis hombres están dispuestos.

—No soy partidario de una violencia inútil y...

—¡Demasiadas dilaciones, Chenar! Los egipcios tenéis miedo a combatir; sin embargo, los griegos hemos pasado años luchando contra los troyanos, a los que finalmente hemos destrozado. ¡Si deseáis la muerte de ese Ramsés, decidlo de una vez y confiad en mi espada!

—Ramsés es mi hermano y la astucia es a veces más eficaz que la fuerza bruta.

—Sólo la alianza de ambas da la victoria; ¿pretendéis enseñarme estrategia a mí, un héroe de la guerra de Troya?

—Necesitáis reconquistar a Helena.

—¡Helena, Helena, siempre ella! Esa mujer está maldita, pero no puedo regresar sin ella a Lacedemonia.

—Entonces, aplicaremos mi plan.

—¿Cuál es?

Chenar sonrió. Esta vez, la suerte estaba de su parte. Con la colaboración del griego, lograrla sus fines.

—Sólo existen dos grandes obstáculos: el león y Serramanna. Envenenaremos al primero y suprimiremos al segundo. Luego raptaremos a Ramsés y vos lo llevaréis a Grecia.

—¿Por qué no matarlo?

—Porque mi reinado no se iniciará con sangre. Oficialmente, Ramsés habrá decidido renunciar al trono y hacer un largo viaje, durante el cual será víctima de un desgraciado accidente.

—¿Y Helena?

—En cuanto yo sea coronado, mi madre deberá obedecerme y dejará de protegerla. Si Tuya no se muestra razonable, haré que la encierren en un templo.

Menelao reflexionó.

—Para haberlo planeado un egipcio, no está mal concebido... ¿Poseéis el veneno necesario?

—Por supuesto.

—El oficial griego que hemos logrado introducir en la guardia personal de vuestro hermano es un soldado experimentado; esperará a que Serramanna esté dormido para cortarle el cuello. ¿Cuándo actuaremos?

—Un poco de paciencia, debo ir a Tebas. A mi regreso, procederemos.

Helena disfrutaba cada segundo de una dicha que había creído perdida para siempre. Vestida con una túnica perfumada de néctar, con la cabeza cubierta por un velo que la protegía del sol, vivía un sueño maravilloso en la corte de Egipto. Ella, a la que los griegos trataban de «perra perversa», había logrado escapar de Menelao, ese tirano vicioso y cobarde cuyo mayor placer consistía en humillarla.

Tuya, la gran esposa real, y Nefertari, la mujer de Ramsés, le habían ofrecido su amistad y le habían dado permiso para vivir libre, en un país en el que la mujer no estaba encerrada en el fondo de una mansión, aunque fuera principesco.

¿En verdad era Helena responsable de millares de muertos griegos y troyanos? Ella no había deseado esa locura asesina que, durante tantos años, había empujado a los jóvenes a matarse entre sí. Pero el rumor continuaba acusándola y condenándola sin dejarle la posibilidad de defenderse. Aquí, en Menfis, no se le reprochaba nada. Tejía, escuchaba e interpretaba música, se bañaba en los estanques de recreo y disfrutaba de los encantos inagotables de los jardines del palacio. El ruido de las armas se había esfumado y había dado paso al canto de los pájaros.

Varias veces al día, Helena, la de los brazos blancos, rogaba a los dioses para que el sueño no se rompiera: sólo deseaba olvidar el pasado, a Grecia y a Menelao.

Mientras caminaba por una avenida de arena, entre hileras de perseas, divisó el cadáver de una grulla cenicienta. Al acercarse comprobó que el vientre del hermoso pájaro había sido desgarrado. Helena se arrodilló y examinó las vísceras. Entre los griegos, como entre los troyanos, todos conocían su talento de adivinadora.

La esposa de Menelao permaneció agachada durante largo rato.

Lo que había leído en las entrañas de la desdichada grulla la asustaba.

4

Tebas, la gran ciudad del sur de Egipto, era el feudo de Amón, el dios que había armado el brazo de los libertadores cuando habían expulsado, muchos siglos antes, a los ocupantes hicsos, unos asiáticos crueles y bárbaros. Generación tras generación, desde que el país recuperó su independencia, los faraones rendían homenaje a Amón y embellecían su templo. También Karnak, inmensa obra jamás interrumpida, se había convertido en el más amplio y más rico de los santuarios egipcios, una especie de Estado dentro del Estado, cuyo gran sacerdote aparecía más como un gestor de los poderes terrenales que como un hombre religioso.

En cuanto llegó a Tebas, Chenar solicitó una audiencia. Los dos hombres conversaron bajo una glorieta de madera, sobre la cual se derramaban las glicinas y la madreselva, no lejos del lago sagrado, cuya presencia procuraba un poco de frescura.

—¿Habéis venido sin escolta? —se sorprendió el gran sacerdote.

—Muy pocas personas están al corriente de mi presencia aquí.

—Ah... así pues deseáis discreción.

—¿Vuestra oposición a Ramsés sigue siendo firme?

—Más que nunca. Es joven, fogoso y arrebatado; su reinado será desastroso. Seti cometió un error al designarlo su sucesor.

—¿Me concedéis vuestra confianza?

—¿Qué lugar reserváis al templo de Amón si subís al trono?

—El primero, por supuesto.

—Seti favoreció a otros cleros, como el de Heliópolis y el de Menfis. Mi única ambición consiste en que Karnak no quede relegado a un segundo plano.

—Tal es la intención de Ramsés, no la mía.

—¿Qué sugerís, Chenar?

—Actuar de prisa.

—Dicho de otra manera, antes de la inhumación de la momia de Seti.

—En efecto, es nuestra última oportunidad.

Chenar ignoraba que el gran sacerdote de Amón estaba gravemente enfermo; sólo le quedaban semanas de vida. Así pues una solución rápida le pareció al dignatario como una expresión de la benevolencia de los dioses. Antes de morir tendría la posibilidad de ver a Ramsés apartado del poder supremo y de asegurar la posición privilegiada de Karnak.

—No toleraré que haya violencia —declaró el gran sacerdote—. Amón nos dio la paz, nadie debe romperla.

—Estad tranquilo. Incluso si es incapaz de reinar, Ramsés es mi hermano y siento mucho afecto por él. No tengo la intención de hacerle el menor daño.

—¿Qué suerte le reserváis?

—Es un joven enérgico, enamorado de la aventura y de los grandes espacios. Cuando se vea liberado de esa carga tan pesada para él, emprenderá un largo viaje y visitará varios países extranjeros. Cuando regrese, su experiencia nos será preciosa.

—Insisto igualmente en que la reina Tuya siga siendo vuestra primera consejera.

—No os quepa la menor duda.

—Sed fiel a Amón, Chenar, y el destino os sonreirá.

El hijo mayor de Seti se inclinó con deferencia. La credulidad de aquel viejo sacerdote era una oportunidad excepcional.

Dolente, la hermana mayor de Ramsés, aplicaba ungüentos en su piel grasa. Ni hermosa ni fea, demasiado alta, perpetuamente cansada, detestaba Tebas y el sur. Una mujer de su clase sólo podía vivir en Menfis, donde pasaba su tiempo ocupándose de los mil y un dramas domésticos que animaban la existencia dorada de las familias nobles.

En Tebas se aburría. Era cierto que la mejor sociedad la había acogido e iba de un banquete a otro, gozando de su posición como hija del gran Seti, pero la moda estaba atrasada en relación a la de Menfis y su marido, el barrigón y jovial Sary, antiguo preceptor de Ramsés, se hundía poco a poco en la neurastenia. Él, ex superior del Kap, la universidad encargada de formar a los futuros responsables del reino, estaba reducido al ocio por culpa de Ramsés.

Sí, Sary había sido el alma de una mediocre conspiración que pretendía eliminar a Ramsés. Sí, su esposa Dolente había tomado el partido de Chenar contra su hermano. Sí, se habían equivocado de camino, ¿pero Ramsés no debía concederles el perdón, debido a la muerte de Seti?

Sólo la venganza podía responder a su crueldad. La suerte de Ramsés terminaría por cambiar y, ese día, Dolente y Sary aprovecharían la ocasión. Mientras tanto, Dolente cuidaba su piel y Sary leía o dormía.

La llegada de Chenar los arrancó del embotamiento.

—¡Mi querido hermano! —exclamó Dolente abrazándolo—. ¿Traes buenas noticias?

—Es posible.

—¡No nos tengas en ascuas! —exigió Sary.

—Voy a ser rey.

—¿Está próxima la hora de nuestra venganza?

—Regresad conmigo a Menfis. Os ocultaré hasta que Ramsés haya desaparecido.

Dolente palideció.

—No te inquietes, hermanita, Ramsés se irá al extranjero.

—¿Me darás un puesto importante en la corte? —preguntó Sary.

—Has sido torpe —respondió Chenar—, pero tus cualidades me serán preciosas. Sigue siéndome fiel y tu carrera será brillante.

—Tienes mi palabra, Chenar.

Iset la Bella se consumía en el suntuoso palacio de Tebas, donde criaba con amor a Kha, el hijo que le había dado Ramsés. Tenía los ojos verdes, la nariz pequeña y recta, los labios finos, y era graciosa, vivaracha y jovial. Era una mujer muy hermosa y se había convertido en la segunda esposa del regente.

«Segunda esposa»... ¡Qué difícil era aceptar ese título y soportar la condición que implicaba! No obstante, Iset no lograba estar celosa de Nefertari, tan bella, tan dulce y tan profunda. Tenía la prestancia de una futura reina, aunque no exhibía ninguna ambición.

Iset había deseado que el odio inflamara su corazón y que le procurara una razón para luchar con ferocidad contra Ramsés y Nefertari; pero continuaba amando a aquel que le había ofrecido tanta dicha y placer, el hombre al que ella le había dado un hijo.

Iset la Bella se burlaba del poder y de los honores; amaba a Ramsés por sí mismo, por su poder y su resplandor. Vivir lejos de él era una prueba a veces insoportable; ¿por qué él no se hacía cargo de su angustia?

Pronto Ramsés seria rey y ya sólo le haría, de vez en cuando, breves visitas durante las cuales ella zozobraría, incapaz de resistir. Si al menos hubiera podido enamorarse de otro hombre... Pero los pretendientes, discretos o insistentes, eran insípidos y sin personalidad.

Cuando su mayordomo le anunció la visita de Chenar, Iset la Bella se sorprendió. ¿Qué venía a hacer el hijo mayor de Seti a Tebas antes de los funerales?

Lo recibió en una sala bien ventilada, gracias a tres estrechas ventanas abiertas en lo alto de los muros, que sólo dispensaban un filete de luz.

—Estáis magnífica, Iset.

—¿Qué queréis?

—Sé que no me amáis, pero también sé que sois inteligente y capaz de apreciar una situación velando por vuestros intereses. Para mí, vos tenéis las dotes de una gran esposa real.

—Ramsés decidió otra cosa.

—¿Y si no hubiera ninguna decisión que tomar?

—¿Qué queréis decir?

—Mi hermano no está desprovisto de buen sentido; ha comprendido que gobernar Egipto está fuera de su alcance.

—Lo que significa...

—Lo que significa que yo asumiré esa difícil tarea por el bien de nuestro país y que vos seréis la reina de las Dos Tierras.

—Ramsés no ha renunciado, ¡mentís!

—Claro que no, mi querida y bella amiga. Él se prepara para partir hacia un largo viaje, en compañía de Menelao, y me ha pedido que suceda a Seti, por respeto a la memoria de nuestro padre. A su regreso, mi hermano se beneficiará de todos los privilegios de su rango, estad segura de ello.

—¿Habló... de mí?

—Temo que os haya olvidado, igual que a su hijo; sólo vive en él la pasión por alta mar.

—¿Irá Nefertari con él?

—No, tiene ganas de descubrir otras mujeres; ¿acaso no sabéis que en el terreno del placer es insaciable?

Iset la Bella parecía desamparada. Chenar tuvo ganas de cogerle la mano, pero era demasiado pronto; apresurarse lo conduciría al fracaso. Primero necesitaba tranquilizar a la joven, luego conquistarla con dulzura y persuasión.

—El pequeño Kha se beneficiaría de la mejor educación —prometió—, y ya no tendréis de qué preocuparos. Después de la inhumación de Seti, regresaremos juntos a Menfis.

—Ramsés... ¿Ramsés ya se habrá ido?

—Por supuesto.

—¿No asistirá a los funerales?

—Lo deploro, pero así es. Menelao ya no quiere retrasar más su partida. Olvidad a Ramsés, Iset, y preparaos para convertiros en reina.

5

Iset pasó una noche en blanco.

Chenar había mentido. Ramsés jamás abandonarla Egipto para olvidar su dolor con un viaje al extranjero. Si estaba ausente en los funerales de Seti, seria contra su voluntad.

Era cierto que Ramsés se mostraba cruel con ella, pero Iset no lo traicionaría echándose en brazos de Chenar. No tenía ganas de ser reina y detestaba a aquel ambicioso de rostro lunar y palabras untuosas, ¡tan seguro de su victoria!

Su deber estaba trazado: prevenir a Ramsés de la conspiración que se tramaba contra él y de las intenciones que le atribuía su hermano mayor.

Redactó una larga carta sobre papiro en la que relataba con detalle los propósitos de Chenar, y convocó al superior de los mensajeros reales, encargados de transportar el correo a Menfis.

—Este mensaje es importante y urgente.

—Me ocuparé personalmente de él —aseguró el funcionario.

La actividad del puerto fluvial de Tebas se había reducido mucho, como la del de Menfis, durante el período de luto. En el embarcadero reservado a los barcos rápidos que salían hacia el norte, unos soldados dormitaban. El superior de los mensajeros reales llamó a un marinero.

—Leva anclas, nos vamos.

—Imposible.

—¿Por qué razón?

—Requisición del gran sacerdote de Karnak.

—No he sido avisado de ello.

—Acaban de dar la orden.

—De todos modos leva anclas, tengo un mensaje urgente para el palacio real de Menfis.

Un hombre apareció en el puente del barco que deseaba tomar el funcionario.

—Una orden es una orden —declaró—, y vos debéis respetarla.

—¿Quién sois vos para hablarme en ese tono?

—Chenar, el hijo primogénito del faraón.

El superior de los mensajeros reales se inclinó.

—Tened a bien perdonar mi insolencia.

—Consiento en olvidar si me entregáis el mensaje que os ha confiado Iset la Bella.

—Pero...

—¿Está destinado al palacio real de Menfis?

—A vuestro hermano Ramsés, en efecto.

—Parto de inmediato para estar a su lado. ¿Teméis que no sea un mensajero adecuado?

El funcionario entregó la misiva a Chenar.

En cuanto el barco tomó velocidad y se alejó, Chenar rompió la carta de Iset la Bella, cuyos pedazos se dispersaron a merced del viento.

La noche de verano era cálida y perfumada. ¿Cómo creer que Seti había abandonado a su pueblo y que el alma de Egipto lloraba el deceso de un rey digno de los monarcas del Antiguo Imperio? Habitualmente, las veladas eran alegres y animadas. En las plazas de los pueblos, en las callejuelas de las ciudades, se bailaba, se cantaba y se contaban historias, especialmente fábulas en las que los animales tomaban el lugar de los humanos y se comportaban con más sabiduría. Pero, en aquel período de luto y de momificación del cuerpo real, las risas y los juegos habían desaparecido.

Vigilante, el perro amarillo de Ramsés, dormía contra el flanco de *Matador*, el enorme león encargado de guardar el jardín Privado del regente. El perro y el león se habían instalado sobre la hierba fresca en cuanto los jardineros habían terminado de regar las plantas.

Uno de ellos era un griego, un soldado de Menelao, que se había mezclado con los del equipo. Antes de abandonar el lugar, había dejado en un parterre de lirios unas albóndigas de carne envenenada; los animales no podrían resistirse a ellas. Incluso si la fiera tardaba largas horas en morir, ningún veterinario la salvaría.

Vigilante fue el primero en percibir un olor no habitual.

Bostezó, se estiró, husmeó el aire de la noche y avanzó trotando hacia los lirios. Su olfato lo guió hacia las albóndigas, que olfateó largamente. Luego regresó junto al león. *Vigilante* no era egoísta; no deseaba aprovechar solo tan estupendo hallazgo.

Los tres soldados encaramados en el muro del jardín vieron con satisfacción cómo salía el león de su modorra y seguía al perro. Un poco más de paciencia y la vía estaría libre. Avanzarían sin estorbos hasta la habitación de Ramsés, lo sorprenderían en el sueño y lo llevarían al barco de Menelao.

Uno al lado del otro, el león y el perro se habían inmovilizado, con la cabeza en el parterre de lirios.

Hartos, se acostaron sobre las flores.

Diez minutos después, uno de los griegos saltó a tierra. Debido a la cantidad y al poder del veneno, la gran fiera ya estaba paralizada.

El explorador hizo una señal a sus compañeros, que se reunieron con él en la avenida que llevaba a la habitación de Ramsés. Se preparaban para entrar en el palacio cuando una especie de rugido los obligó a volverse.

Matador y *Vigilante* se encontraban detrás de ellos, con la mirada fija. Entre los lirios maltratados vieron las albóndigas de carne intactas que el olfato del perro había abandonado; el león había verificado lo bien fundado de la intuición de su amigo pisoteando el alimento envenenado.

Los tres griegos, armados con un cuchillo, se apretaron unos contra otros.

Con las garras fuera y las fauces abiertas, *Matador* se echó sobre los intrusos.

El oficial griego que había logrado hacerse enrolar en la guardia privada de Ramsés avanzó lentamente por el palacio adormecido, en dirección a los apartamentos del regente. A él le tocaba inspeccionar los pasillos y señalar toda presencia insólita; así pues los soldados, que lo conocían bien, lo habían dejado pasar con total tranquilidad.

El griego se dirigió hacia el umbral de granito en el que dormía Serramanna. ¿No afirmaba el sardo que, para llegar hasta Ramsés, sería

necesario cortarle la garganta? Una vez eliminado, el regente estaría privado de su principal protector, y el conjunto de su guardia se adheriría a Chenar, el nuevo amo de Egipto.

El griego se inmovilizó y escuchó.

No se oía ni el menor ruido, sólo la respiración regular de alguien que dormía.

A pesar de su fuerza física, Serramanna tenía necesidad de unas horas de sueño. Pero quizá se comportaría como un gato y se despertaba al percibir un peligro. El griego debía golpear por sorpresa y no conceder a su víctima ninguna posibilidad de reaccionar.

Prudente, el mercenario siguió escuchando. No había duda: Serramanna estaba a su merced.

El griego sacó el puñal de la funda y contuvo la respiración. Con un impulso furioso, se lanzó sobre el hombre dormido y le golpeó en la garganta.

Una voz grave resonó detrás del agresor.

—Hermosa hazaña para un cobarde.

El griego se volvió.

—Has matado un cuerpo de paja y de trapo —declaró Serramanna—. Como me esperaba un ataque de este tipo, he imitado la respiración de un hombre cuando duerme.

El hombre de Menelao apretó el mango de su puñal.

—Suelta eso.

—A pesar de todo voy a cortarle la garganta.

—Inténtalo.

El sardo superaba al griego en más de tres cabezas.

El puñal golpeó el aire; a pesar de su tamaño y su peso, el sardo se desplazaba con una agilidad sorprendente.

—Ni siquiera sabes luchar —constató Serramanna.

Ultrajado, el soldado griego intentó una finta: un paso hacia el lado, luego una patada hacia adelante, con la hoja apuntando al vientre de su adversario.

El sardo, con el canto de la mano derecha, le rompió la muñeca y, con el puño izquierdo, le hundió la sien. Con la lengua colgando y los ojos vidriosos, el griego se derrumbó, muerto antes de tocar el suelo.

—Un cobarde menos —murmuró Serramanna.

Cuando Ramsés se levantó, comprobó el fracaso de los dos atentados organizados contra él. En el jardín, tres griegos habían sucumbido a las garras del león. En el pasillo, otro griego, miembro de la guardia personal del regente, había pasado a mejor vida.

—Querían eliminaros —afirmó Serramanna.

—¿El hombre ha hablado?

—No hubo tiempo de interrogarlo; no lamentéis a ese mediocre, no tenía ninguna cualidad de guerrero.

—¿Esos griegos no eran amigos de Menelao?

—Detesto a ese tirano. Concededme el derecho a enfrentarme a él en combate singular y lo enviaré al infierno que tanto teme, poblado de fantasmas y de héroes desesperados.

—Por el momento, conténtate con doblar la guardia.

—Defenderse es una mala estrategia, mi príncipe, sólo el ataque lleva a la victoria.

—Aún hay que identificar al enemigo.

—¡Menelao y sus griegos! Son mentirosos y pérfidos. Expulsadlos lo antes posible, si no volverán a hacerlo.

Ramsés posó la mano en el hombro derecho de Serramanna.

—Puesto que tú me eres fiel, ¿qué tengo que temer?

Ramsés pasó el resto de la noche en el jardín, junto al león y al perro. La fiera se había dormido, *Vigilante* dormitaba. El hijo de Seti había soñado con un mundo pacífico, pero la locura humana ni siquiera respetaba el periodo de momificación del difunto faraón.

Moisés tenía razón: manifestando clemencia con los enemigos no conseguirían poner fin a la violencia. Al contrario, se desarrollaba en ellos la certeza de tener que enfrentarse con un débil, fácil de derribar.

Al alba, Ramsés salió de la noche de su dolor. Puesto que Seti era irreemplazable, él debía ponerse manos a la obra cuanto antes.

6

En el Egipto de Seti, los templos eran responsables de la redistribución de los artículos y productos que les eran confiados. Desde el nacimiento de la civilización faraónica, la Regla de Maat, frágil diosa de la justicia y de la verdad, quería que cada hijo de la tierra bendecida por los dioses no careciera de nada. ¿Cómo celebrar una fiesta si un solo estómago sufría hambre?

En la cima del Estado, el faraón era a la vez el timón que marcaba la buena derrota y el capitán del barco que aseguraba la cohesión de la tripulación. A él le tocaba poner en marcha la indispensable solidaridad sin la cual una sociedad se desgarraría y perecería por sus propios conflictos internos.

Aunque la circulación de los productos dependía, en lo esencial, de un cuerpo de funcionarios cuya competencia era una de las claves de la prosperidad egipcia, algunos mercaderes independientes, que trabajaban de acuerdo con los templos, viajaban por todo el país y comerciaban libremente.

Tal era el caso de Raia, un sirio instalado en Egipto desde hacía unos diez años. Poseedor de un barco de transporte y de un rebaño de asnos, no dejaba de ir y venir, de norte a sur y de sur a norte, para vender vino, conservas de carne y vasijas importadas de Asia. De estatura media, con el mentón adornado con una pequeña barba en punta, vestido con una túnica de franjas de colores vivos, cortés, discreto y honesto, gozaba de la estima de numerosos clientes que apreciaban su exigencia de calidad y sus precios moderados. El sirio estaba tan integrado en su país de adopción que cada año le renovaban su Permiso de trabajo. Como tantos otros extranjeros, se había mezclado con la población y ya no se distinguía de los autóctonos.

Nadie sabía que el mercader Raia era un espía a sueldo de los hititas, quienes le habían encargado recoger el máximo de información y transmitírsela lo más rápidamente posible. Así los guerreros de Anatolia podrían elegir el mejor momento para atacar a los vasallos del faraón y apoderarse de sus tierras antes de invadir Egipto mismo. Como Raia había trabado amistad con militares, aduaneros y policías, se beneficiaba de numerosas confidencias cuyo resumen él hacía llegar a Hattusa, la capital de los hititas, en forma de mensajes cifrados, introducidos en vasijas de alabastro destinadas a los jefes de clan de Siria del Sur, oficialmente aliada de Egipto. En varias ocasiones, la aduana había registrado el cargamento y leído los textos redactados por Raia, inocentes cartas comerciales y facturas por pagar. El importador sirio, que pertenecía a la red del espía, entregaba las vasijas a sus destinatarios y los

mensajes a uno de sus colegas de Siria del Norte, bajo protectorado hitita, quien los enviaba a Hattusa.

Así, la mayor potencia militar de Asia Menor, el Imperio hitita, seguía mes a mes la evolución de la política egipcia a partir de informaciones de primera mano.

La muerte de Seti y el período de luto parecían proporcionar una excelente ocasión para atacar Egipto. Pero Raia había insistido mucho para disuadir a los generales hititas de lanzarse a una aventura insensata. Contrariamente a lo que ellos pensaban, el ejército egipcio no estaba desmovilizado, sino que, temiendo una ola de invasión antes de la investidura del nuevo monarca, redoblaba las precauciones en las fronteras.

Además, gracias a las infidencias de Dolente, la hermana de Ramsés, Raia se enteró de que Chenar, el hermano mayor del futuro rey, no aceptaría ser relegado a un segundo plano. Dicho de otra manera, que conspiraba para adueñarse del poder antes de la coronación.

El espía había estudiado largamente el personaje de Chenar: activo, hábil, ambicioso, despiadado cuando su interés personal estaba en juego, astuto, y muy diferente de Seti y de Ramsés. Verlo acceder al trono era una perspectiva más bien agradable, pues parecía caer en la trampa tendida por los hititas, a saber, la voluntad manifiesta de trabar mejores relaciones diplomáticas y comerciales con Egipto, olvidando los antiguos enfrentamientos. ¿No había tenido Seti la debilidad de renunciar a apoderarse de la famosa fortaleza de Kadesh, cerrojo del sistema hitita? El soberano absoluto de los guerreros anatolios le decía a quien quería oír que él abandonaba con gran placer toda intención expansionista, esperando que el futuro faraón creyera en su discurso lenificante y relajara su esfuerzo militar.

Raia no tuvo más problema que identificar a los cómplices de Chenar y descubrir su plan de acción. Con un agudo instinto se había infiltrado en la colonia griega instalada en Menfis. ¿No era Menelao un mercenario cruel cuyos más hermosos recuerdos eran las matanzas perpetradas en el sitio de Troya? Según sus allegados, el soberano griego ya no soportaba permanecer en Egipto. Soñaba con regresar a Lacedemonia, en compañía de Helena, para celebrar allí sus victorias. Chenar debió pagar generosamente a algunos mercenarios griegos para deshacerse de Ramsés y tomar la sucesión de Seti.

Raia estaba seguro de que Ramsés sería un faraón peligroso para los hititas. De carácter belicoso, poseía la misma determinación de su padre y corría el riesgo de dejarse llevar por la fogosidad de su juventud. Más valía favorecer los designios de Chenar, más ponderado y maleable.

Pero las noticias no eran buenas: según un sirviente de palacio, varios mercenarios griegos habían sido eliminados cuando intentaban deshacerse de Ramsés. La conspiración parecía haber fracasado.

Las próximas horas serían adoctrinadoras: o Chenar lograba aclarar su responsabilidad y aparecería como un hombre de futuro, o sería incapaz de ello y merecería ser eliminado.

Menelao pateó el escudo que le había permitido parar tantos golpes en los campos de batalla y rompió una de las lanzas que habían traspasado el pecho de numerosos troyanos. Luego agarró una vasija y la tiró contra la pared de la antesala de su villa.

Tras dominar difícilmente su cólera, se volvió hacia Chenar.

—Un fracaso... ¡Qué queréis decir con un fracaso! ¡Mis hombres no fracasan jamás, sabedlo! ¡Hemos ganado la guerra de Troya y somos vencedores!

—Lamento contradeciros; el león de Ramsés ha matado a tres de vuestros mercenarios, y Serramanna al cuarto.

—¡Han sido traicionados!

—No, simplemente incapaces de realizar la misión que vos les habíais encargado. Ahora Ramsés desconfía de vos; sin duda ordenará vuestra expulsión.

—Y me iré sin Helena...

—Habéis fracasado, Menelao.

—¡Vuestro plan era estúpido!

—No obstante os parecía realista.

—¡Salid de aquí!

—Preparad vuestra partida.

—Yo sé lo que tengo que hacer.

Portasandalias y secretario particular de Ramsés, Ameni era, sobre todo, su amigo de infancia; había jurado fidelidad al regente y había unido su destino al suyo, fuera cual fuera. Pequeño, débil, delgado, con el cabello escaso a pesar de su edad, incapaz de llevar cargas pesadas, era, sin embargo, un trabajador infatigable y un escriba fuera de lo común, inclinado constantemente sobre los documentos administrativos, de los que extraía lo esencial con el fin de permitir a Ramsés estar bien informado. Ameni no tenía ninguna ambición personal,

pero no toleraba el menor descuido en el servicio de los veinte funcionarios de élite que dirigía. Rigor y disciplina eran, para él, valores sagrados.

Aunque no apreciaba mucho a un bruto como Serramanna, Ameni reconoció que se había mostrado eficaz protegiendo a Ramsés del agresor griego. La reacción de su amigo le había sorprendido. Muy tranquilo, el futuro faraón le pidió a Ameni que le describiera con todo detalle los grandes cuerpos del Estado, su funcionamiento y las relaciones que existían entre ellos.

Cuando Serramanna previno a Ameni de la presencia de Chenar, el secretario particular del regente se irritó. Aquella visita perturbaba el momento en que estudiaba la reforma de las leyes arcaicas sobre la utilización de los transbordadores colectivos.

—No lo recibas —recomendó Ameni a Ramsés.

—Chenar es mi hermano.

—Es un intrigante que no busca más que su provecho personal.

—Escucharlo me parece indispensable.

Ramsés recibió a su hermano en el jardín en el que el león parecía dormir a la sombra de un sicomoro, mientras el perro amarillo mordisqueaba un hueso.

—¡Estás mejor custodiado de lo que estaba Seti! —se sorprendió Chenar—. Es casi imposible acercarse a ti.

—¿Ignoras que unos griegos han intentado introducirse en el palacio con intenciones hostiles?

—No lo ignoro, pero vengo a revelarte el nombre del autor de la conspiración.

—¿Cómo te has enterado, querido hermano?

—Menelao ha intentado corromperme.

—¿Qué te ha propuesto?

—Apoderarme del trono.

—Y tú te has negado...

—Me gusta el poder, Ramsés, pero conozco mis límites y no tengo intención de sobrepasarlos. Tú eres el futuro faraón; la voluntad de nuestro padre debe ser respetada.

—¿Por qué ha tomado Menelao semejante riesgo?

—Para él, Egipto es una prisión. Su deseo de regresar a Lacedemonia en compañía de Helena le hace perder la razón. Está persuadido de que eres tú quien secuestras a su esposa. Mi papel habría consistido en exiliarte en los oasis, liberarla y darle la autorización de partir.

—Helena actúa con toda libertad.

—A los ojos de un griego, eso es inconcebible; ella está forzosamente bajo la influencia de un hombre.

—¿Es obtuso hasta ese punto?

—Menelao es testarudo y peligroso. Actúa como un héroe griego.

—¿Qué me aconsejas?

—Debido a la falta imperdonable que ha cometido, expúlsalo sin dilación.

7

El poeta Homero vivía en una mansión muy amplia situada cerca del palacio del regente. Disponía de los servicios de un cocinero, de una doncella y de un jardinero. Tenía una bodega llena de jarras de vino del Delta al que añadía anís y coriandro, y no salía mucho de su jardín, en el que el árbol más preciado era un limonero, indispensable para su inspiración.

Con el cuerpo untado de aceite de oliva, Homero fumaba muy a gusto hojas de salvia en una pipa cuya cazoleta era un gran caparazón de caracol. Con un gato negro y blanco en las rodillas, que había bautizado con el nombre de *Héctor,* dictaba los versos de su *Ilíada* bien a Ameni, bien a un escriba que el secretario particular de Ramsés le proporcionaba.

La visita del regente alegró al poeta; su cocinero trajo una vasija cretense de gollete muy estrecho, que sólo dejaba pasar un delgado hilo de vino fresco y aromatizado. Bajo el quiosco de cuatro columnitas de acacia cubierto por un techo de palma, el calor era soportable.

—Este admirable verano cura mis dolores —indicó Homero, cuyo rostro curtido y arrugado se adornaba con una larga barba blanca—. ¿Sufrís tormentas, como en Grecia?

—El dios Set a veces desencadena algunas terribles —respondió Ramsés—. El cielo se cubre de nubes oscuras, los relámpagos las atraviesan, cae el rayo, el trueno retumba, un diluvio llena los uadis secos y los torrentes bajan arrastrando cantidad de cascajos. El miedo llena los corazones, algunos creen en la destrucción del país.

—¿No llevaba Seti el nombre de Set?

—Para mí, ése fue durante mucho tiempo un gran misterio. ¿Cómo era posible que un faraón se atreviera a elegir como dios protector al asesino de Osiris? Comprendí que había dominado la fuerza de Set, el poder inconmensurable del cielo, y que la usaba para alimentar la armonía y no el desorden.

—¡Qué extraño país es este Egipto! ¿No acabáis de arrostrar una especie de tormenta?

—¿Los rumores de los dramas llegan hasta este jardín?

—Mi vista está muy débil, ¡pero mi oído es excelente!

—Así pues, sabéis que vuestros compatriotas han intentado suprimirme.

—Anteayer escribí estos versos: «Mucho me temo que estéis presos en las mallas de una red que no deja escapar nada, y que todos os convirtáis en la presa y el botín de los guerreros enemigos. Saquearán vuestras ciudades. Pensad en eso día y noche, luchad sin tregua, si queréis escapar a los reproches.»

—¿Sois adivino?

—No dudo de vuestra cortesía, pero el futuro faraón viene sin duda en busca de alguna opinión de un viejo griego inofensivo.

Ramsés sonrió. Homero era más bien áspero y directo, pero esta actitud le gustaba.

—Según vos, ¿los agresores han actuado por cuenta propia o a las órdenes de Menelao?

—¡No conocéis bien a los griegos! Fomentar conspiraciones es su juego favorito. Menelao quiere a Helena, sois vos quien la escondéis. Por lo tanto sólo hay una solución: la violencia.

—Ésta ha fracasado.

—Menelao es débil y limitado; no renunciará y os desencadenará la guerra en el interior mismo de vuestro país, sin pensar en las consecuencias.

—¿Qué me recomendáis?

—Enviadlo a Grecia con Helena.

—¡Pero ella se niega!

—Aunque ella no lo haya deseado, esa mujer sólo engendra la desdicha y la muerte. Querer cambiar el curso de su destino es utópico.

—Ella es libre de elegir el país donde desea residir.

—Yo os he prevenido. ¡Ah!, no olvidéis hacedme llegar papiros nuevos y aceite de oliva de primera calidad.

Algunos habrían juzgado poco caballeroso el comportamiento del poeta de barba blanca. A Ramsés le gustaba su franqueza en el hablar, muchísimo más útil que las palabras blandas de los cortesanos.

En cuanto Ramsés franqueó el portal del ala del palacio que le estaba destinada, Ameni se precipitó hacia él. Esta agitación no era muy propia de él.

—¿Qué sucede?

—Menelao... ¡Es Menelao!

—¿Qué ha hecho?

—Ha tomado como rehenes a unos empleados del puerto, mujeres y niños, y amenaza con ejecutarlos si no le entregas a Helena hoy.

—¿Dónde se encuentra?

—En su barco, con los rehenes. Todos los barcos de su flota están dispuestos para levar anclas. Ya no queda ni uno solo de sus mercenarios en la ciudad.

—¿Existe un responsable de la seguridad del puerto?

—No seas demasiado severo... Menelao y sus hombres han tomado por sorpresa a nuestros soldados encargados de la vigilancia de los muelles.

—¿Mi madre ha sido avisada?

—Te espera, en compañía de Nefertari y de Helena.

La viuda de Seti, la esposa de Ramsés y la de Menelao mostraban rostros inquietos. Tuya estaba sentada en un sillón bajo de madera dorada, Nefertari en una silla de tijera, Helena permanecía de pie, apoyada en una columna verde claro, en forma de loto.

La sala de audiencias de la gran esposa real era fresca y tranquila; sutiles perfumes encantaban el olfato. En el trono del faraón, un ramillete de flores mostraba la ausencia momentánea de un monarca.

Ramsés se inclinó ante su madre, abrazó tiernamente a su esposa, y saludó a Helena.

—¿Estás informado? —preguntó Tuya.

—Ameni no me ha ocultado la gravedad de la situación. ¿Cuántos rehenes?

—Unos cincuenta.

—Aunque fuera uno solo, su existencia debería ser preservada.

Ramsés se dirigió a Helena.

—¿Si lanzamos un asalto, Menelao ejecutará a los rehenes?

—Los degollará con su propia mano.

—¿Se atreverá a cometer un crimen tan bárbaro?

—Es a *mí* a quien quiere. Si fracasa, los asesinará antes de que lo maten a él.

—Exterminar así a unos inocentes...

—Menelao es un guerrero; a sus ojos, sólo existen aliados y adversarios.

—Y sus propios hombres... ¿es consciente de que ninguno sobrevivirá si los rehenes son ejecutados?

—Morirán como héroes, su honor estará a salvo.

—¿Héroes, unos asesinos de personas indefensas?

—Vencer o morir, Menelao no conoce otra ley.

—¿Acaso el infierno de los héroes griegos es un abismo oscuro y desesperado?

—Nuestra muerte es tenebrosa, es verdad, pero el gusto por el combate es más intenso que el simple deseo de sobrevivir.

Nefertari se acercó a Ramsés.

—¿Qué piensas hacer?

—Iré solo y sin armas al barco de Menelao, e intentaré hacerle razonar.

—Es utópico —estimó Helena.

—De todos modos debo intentarlo.

—¡Te tomará también a ti como rehén! —intervino Nefertari.

—No tienes derecho a exponerte —juzgó Tuya—. ¿No querrás caer en la trampa que te ha tendido tu adversario?

—Te llevará a Grecia —profetizó Nefertari—, y otro reinará en Egipto. Otro que establecerá un entendimiento con Menelao y le devolverá a Helena a cambio de un acuerdo comercial.

Ramsés interrogó a su madre con la mirada; ella no desmintió las palabras de Nefertari.

—Si es imposible negociar con Menelao, será necesario reducirlo a la fuerza.

Helena se adelantó hacia el regente.

—No —dijo él—; rechazamos vuestro sacrificio. Proteger a un huésped es un deber sagrado.

—Ramsés tiene razón —confirmó la gran esposa real—; cediendo al chantaje de Menelao, Egipto se hundiría en la cobardía y sería privado de la presencia de Maat.

—Soy responsable de esta situación y yo...

—No insistáis, Helena; ya que vos habéis elegido vivir aquí, nosotros somos garantes de vuestra libertad.

—A mí me toca preparar una estrategia —estimó el hijo de Seti.

Temblando y bañado en sudor, Meba, el ministro de Asuntos Exteriores, dialogó con Menelao desde el muelle del puerto de Menfis. A cada instante temía ser traspasado por la flecha de un arquero griego. No obstante logró hacer admitir al rey de Lacedemonia la posición de Ramsés, que deseaba ofrecer un gran banquete en honor de Helena antes de que abandonara Egipto para siempre.

Al término de rudas negociaciones, el soberano griego aceptó, pero precisó que los rehenes no recibirían ningún alimento hasta que Helena estuviera a bordo. Los soltaría cuando sus barcos, que no serían seguidos por ningún navío de guerra egipcio, estuvieran en alta mar.

Sano y salvo, Meba se alejó del muelle a paso apresurado, bajo las puyas de los soldados griegos. Por lo menos tuvo el consuelo de recibir las felicitaciones de Ramsés.

En el lapso de una noche, el regente debía encontrar el medio de liberar a los rehenes.

8

De estatura media, con una fuerza hercúlea, los cabellos negros, la piel mate, el encantador de serpientes Setaú hacía el amor a su maravillosa esposa nubia, Loto, cuyo cuerpo fino y esbelto era una permanente llamada al placer. La pareja vivía en el límite del desierto, lejos del centro de Menfis, en una gran mansión que le servía de laboratorio. Varias habitaciones estaban llenas de redomas de tamaños diversos y objetos de formas extrañas que permitían tratar el veneno y preparar las diluciones indispensables para los médicos.

La joven nubia era de una docilidad maravillosa y se prestaba a las innumerables fantasías de Setaú, cuya imaginación parecía inagotable. Desde que la había traído a Egipto y se habían casado, no había dejado de sorprenderlo el conocimiento tan profundo y sutil que Loto tenía de los reptiles. Su pasión común les permitía progresar sin cesar y descubrir nuevos remedios cuya elaboración necesitaba largos experimentos.

Cuando Setaú estaba acariciando los senos de Loto como si rozara capullos de flor, la cobra doméstica se irguió en el umbral de la casa.

—Un visitante —constató Setaú.

Loto miró el espléndido reptil. Según la manera como se balanceaba, ella sabía si el que llegaba era amigo o enemigo.

Setaú abandonó la blanda cama y cogió un garrote. Aunque confió en la cobra, cuya calma era más bien tranquilizadora, esa intrusión nocturna no presagiaba nada bueno.

El caballo, lanzado a golpe tendido, se detuvo a unos metros de la casa; el jinete saltó a tierra.

—¡Ramsés! En mi casa, ¿en plena noche?

—¿Por lo menos no te molesto?

—A decir verdad, un poco. Loto y yo...

—Lamento importunaros, pero necesito vuestra ayuda.

Setaú y Ramsés habían estudiado juntos, pero el primero había desdeñado las carreras de la alta administración para consagrarse a los seres que, según él, detentaban el secreto de la vida y de la muerte: las serpientes. Inmunizado contra su veneno, había sometido al joven Ramsés a una dura prueba, haciéndole conocer al amo del desierto, una cobra particularmente peligrosa cuyo mordisco era mortal. Su amistad había sobrevivido a aquel enfrentamiento, y Setaú pertenecía al restringido círculo de fieles a los que el futuro faraón concedía una total confianza.

—¿El reino está en peligro?

—Menelao amenaza con matar a unos rehenes si no le entregamos a Helena.

—¡Qué historia! ¿Por qué no te libras de esa griega que ha causado la destrucción de toda una ciudad?

—Traicionar las leyes de la hospitalidad rebajaría a Egipto al nivel de los bárbaros.

—Deja entonces que los bárbaros se entiendan entre ellos.

—Helena es una reina, ella desea residir entre nosotros; mi deber es salvarla de las garras de Menelao.

—¡Ésas son las palabras de un faraón! Es cierto que el destino te ha conducido hasta esa carga inhumana que sólo codician los locos y los inconscientes.

—Necesito tomar por asalto el barco de Menelao preservando la vida de los rehenes.

—A ti siempre te han gustado las apuestas imposibles.

—Los oficiales superiores de los regimientos estacionados en Menfis no me han aportado ninguna idea digna de atención. Sus proyectos sólo pueden terminar en una matanza.

—¿Estás sorprendido por ello?

—Tú tienes la solución.

—¿Yo, como militar subiendo por asalto a unos barcos griegos?

—Tú no, tus serpientes.

—¿Qué has pensado?

—Antes del alba, unos nadadores se deslizarán sin hacer ruido hasta los barcos, escalarán las paredes cargados con un saco que contendrá reptiles, los cuales se utilizarán para atacar a los griegos encargados de vigilar a los rehenes. Las serpientes morderán a algunos soldados y crearán un efecto de sorpresa que nuestros hombres sabrán explotar.

—Astuto, pero muy arriesgado; ¿crees que las cobras sabrán elegir a sus víctimas?

—Soy consciente del enorme riesgo que vamos a correr.

—¿Nosotros?

—Tú y yo formaremos parte de la expedición, por supuesto.

—¿Quieres que arriesgue mi vida por una griega que jamás he visto?

—Por unos rehenes egipcios.

—¿Qué será de mi mujer y de mis serpientes si muero en esa estúpida aventura?

—Recibirán una pensión de por vida.

—No, es demasiado peligroso... ¿Y cuántos reptiles será necesario sacrificar para atacar a esos malditos griegos?

—Te pagaré tres veces más de lo que valen y, además, transformaré tu laboratorio experimental en centro de investigación.

Setaú miró a Loto, tan atractiva en la noche cálida del verano.

—En vez de charlar deberíamos meter las serpientes en unos sacos.

Menelao paseaba por el puente principal de su barco. Los observadores no habían notado ninguna animación en los muelles. Como el rey de Lacedemonia había previsto, los egipcios, cobardes y llenos de humanismo, no se atreverían a intentar nada. La toma de rehenes no era gloriosa, pero sí eficaz. No había otro medio de arrancar a Helena de sus protectoras, Tuya y Nefertari.

Los rehenes habían dejado de llorar y de gemir. Con las manos atadas a la espalda, postrados, estaban amontonados en popa, bajo la vigilancia de una decena de soldados que eran relevados cada dos horas.

El ayudante de campo de Menelao fue hasta donde él estaba.

—¿Creéis que atacarán?

—Sería inútil y estúpido. Estaríamos obligados a matar a los rehenes.

—En ese caso, ya no disfrutaríamos de ninguna protección.

—Mataríamos a muchos egipcios antes de regresar al mar... Pero no pondrán en peligro la seguridad de sus compatriotas. Recuperaré a Helena al alba y regresaremos a casa.

—Echaré de menos este país.

—¿Estás perdiendo la cabeza?

—¿Acaso no hemos vivido felices y en paz en Menfis?

—Hemos nacido para luchar, no para holgazanear.

—¿Y si os asesinaran a su vez? En vuestra ausencia, las ambiciones han debido multiplicarse.

—Mi espada aún es sólida; cuando vean a Helena sumisa, comprenderán que mi poder sigue intacto.

Ramsés seleccionó treinta soldados de élite, todos excelentes nadadores. Setaú les había mostrado cómo convenía entreabrir el saco para dejar paso a las serpientes sin ser mordido. El rostro de los voluntarios estaba tenso; el regente les dirigió un discurso lleno de entereza y fogosidad a fin de alimentar su ardor en el combate. Su convicción, añadida a la fuerza apacible de Setaú, persuadió al comando de su capacidad de éxito.

Ramsés lamentaba haberse visto obligado a ocultar su presencia en la acción a su madre y a su esposa; pero ni una ni otra habrían aceptado dejarle participar en semejante locura. Sólo él debía cargar con la responsabilidad de aquel asalto. Si el destino debía llevar al hijo menor de Seti al poder supremo, también le permitiría superar aquella prueba con éxito.

Setaú hablaba a los reptiles encerrados en los sacos y pronunciaba unos encantamientos destinados a calmarlos. Había aprendido de Loto una serie de sonidos sin significado para los oídos humanos, pero convincentes para el oído misterioso de las serpientes.

Cuando Setaú estimó que los extraños aliados del comando estaban preparados, la pequeña tropa hizo un movimiento hacia el Nilo. Los soldados entraron en el agua en el extremo del muelle principal, fuera de la vista de los observadores griegos.

Setaú tocó la muñeca de Ramsés.

—¡Un momento!... Mira, juraría que el barco de Menelao suelta amarras.

Setaú no se equivocaba.

—Quedaos aquí.

Ramsés dejó el saco que contenía una víbora de las arenas y corrió en dirección al barco griego. La luz plateada de la luna iluminó la proa, donde se encontraban Menelao y Helena, a quien el rey de Lacedemonia mantenía apretada contra él.

—¡Menelao! —aulló Ramsés.

El interpelado, equipado con una doble coraza y un cinturón cerrado con corchetes de oro, reconoció de inmediato al regente.

—¡Ramsés! Has venido a desearme buen viaje... Compruébalo: Helena ama a su marido y le será fiel en lo sucesivo. ¡Qué sabia ha sido al venir a reunirse conmigo! Será la mujer más feliz de Lacedemonia.

Menelao estalló en carcajadas.

—¡Libera a los rehenes!

—No temáis, te los devolveré vivos.

Ramsés siguió a la flota griega en un pequeño barco de dos velas que se mantuvo a una distancia considerable. Cuando amaneció, los soldados de Menelao desencadenaron un alboroto golpeando sus escudos con lanzas y espadas.

Obedeciendo las órdenes del regente y de la gran esposa real, la marina de guerra egipcia no intervino, dejando libre acceso al Mediterráneo. Menelao era libre de dirigirse hacia el norte.

Por un instante, Ramsés creyó que había sido burlado y que el rey de Lacedemonia iba a degollar a los rehenes; pero pusieron una barca en el mar y los prisioneros descendieron a ella utilizando una escalera de cuerdas. Los hombres válidos empujaron los remos y se alejaron tan de prisa como fue posible de la prisión flotante.

Desde la popa del buque de su marido, Helena, la de los brazos blancos, vestida con un manto púrpura, con la cabeza cubierta con un velo blanco y el cuello adornado con un collar de oro, contemplaba la costa de Egipto, ese país en el que había conocido unos meses de dicha y en el que había mantenido la esperanza de escapar al destino que le imponía Menelao.

Cuando los rehenes estuvieron fuera del alcance de las flechas griegas, Helena hizo girar la parte superior de un anillo de amatista que llevaba en la mano derecha y bebió el líquido que contenía la minúscula redoma de veneno, robado en un laboratorio de Menfis. Se había jurado no convertirse en esclava y

no terminar sus días, vencida y humillada, en el gineceo de Menelao. Menelao, el pérfido, triste vencedor de la guerra de Troya, sólo llevaría un cadáver a Lacedemonia, y seria ridiculizado y despreciado para siempre.

¡Qué hermoso era el sol del verano egipcio! ¡Cómo le hubiera gustado a Helena perder la blancura de su piel y adquirir el tono cobrizo de las hermosas egipcias!, libres de amar, disponibles en cuerpo y alma.

Helena se desplomó suavemente, con la cabeza inclinada sobre su hombro, con los ojos abiertos de par en par, contemplando el cielo azul.

9

Cuando el joven diplomático Acha regresó a Menfis, después de una breve misión de información en Siria del Sur que había realizado por orden del ministro de Asuntos Exteriores, el período de luto duraba desde hacía cuarenta días. Al día siguiente, Tuya, Ramsés, Nefertari y las principales personalidades del Estado partirían hacia Tebas, donde tendría lugar la inhumación de la momia de Seti y la coronación de la nueva pareja real.

Hijo único de una familia rica, distinguido, elegante, con el rostro alargado y fino, y un pequeño bigote muy cuidado, los ojos brillantes de inteligencia, la voz envolvente, a veces desdeñosa, Acha había sido condiscípulo de Ramsés y un amigo un poco lejano, no desprovisto de sentido crítico. Hablaba varias lenguas extranjeras, y desde muy joven se apasionó por los viajes, por el estudio de los otros pueblos y por la cartera diplomática. Gracias a notables éxitos que habían sorprendido a los funcionarios experimentados, la ascensión de Acha se mostró fulgurante. A sus veintitrés años ya era considerado como uno de los mejores especialistas de Asia. A un tiempo hombre de despacho y de acción, cualidades que rara vez coincidían, daba pruebas de tal perspicacia en el análisis de los hechos que algunos lo consideraban como un visionario. Ahora bien, la seguridad de Egipto dependía de una justa apreciación de las intenciones del enemigo principal, el Imperio hitita.

Acha fue a dar cuentas a Meba y se encontró con un ministro a la defensiva, que se contentó con algunas fórmulas huecas y le aconsejó que pidiera sin tardanza audiencia a Ramsés, quien exigía encontrarse con los altos funcionarios, uno tras otro.

Así pues, Acha fue recibido por Ameni, el secretario particular del regente. Los dos hombres se felicitaron.

—No has engordado ni un gramo —constató Acha.

—Y tú sigues llevando una túnica lujosa y ¡a la última moda!

—¡Uno de mis innumerables vicios! El tiempo de nuestros estudios comunes ya está lejos... Pero me alegro de verte en este puesto.

—He jurado ser fiel a Ramsés y respeto mi promesa.

—Has elegido bien, Ameni; si los dioses lo quieren, Ramsés pronto será coronado.

—Los dioses lo quieren. ¿Sabes que ha escapado a un atentado perpetrado por los esbirros del rey griego Menelao?

—Un reyezuelo pérfido y sin futuro.

—¡Es cierto, es un pérfido! Tomó rehenes y amenazó con matarlos si Ramsés no le entregaba a Helena.

—¿Cómo actuó Ramsés?

—Se negó a violar las leyes de la hospitalidad y preparó un asalto contra los griegos.

—Arriesgado.

—¿Qué otra cosa habrías propuesto?

—Negociar y negociar siempre... Pero con un bruto como Menelao admito que la tarea es casi sobrehumana. ¿Consiguió Ramsés su objetivo?

—Helena abandonó el palacio para regresar al lado de su marido y salvar numerosas vidas. En el momento en que el barco de Menelao se dirigía a alta mar, ella se suicidó.

—Gesto sublime, pero definitivo.

—¿Siempre eres tan irónico?

—Burlarse de los demás como de sí mismo, ¿acaso no es eso pureza de espíritu?

—Se diría que la muerte de Helena no te emociona.

—Haberse librado de Menelao y de su pandilla es una dicha para Egipto. Si miramos por el lado de los griegos, necesitaríamos mejores aliados.

—Homero se ha quedado.

—Ese encantador viejo poeta... ¿Escribe sus recuerdos de la guerra de Troya?

—A veces tengo el honor de servirle de escriba; sus versos a menudo trágicos pero no carecen de nobleza.

—¡El amor por la escritura y los escritores te perderá, Ameni! ¿Qué puesto te ha reservado Ramsés en su futuro gobierno?

—Lo ignoro... El que ocupo me convendría de maravilla.

—Mereces más.

—Y tú, ¿qué esperas?

—En un primer momento, ver a Ramsés lo antes posible.

—¿Malas noticias?

—¿Me permites reservarlas para el regente?

Ameni enrojeció.

—Perdóname; lo encontrarás en las cuadras. A ti te recibirá.

La transformación de Ramsés sorprendió a Acha. El futuro rey de Egipto, altivo y seguro de sí mismo, conducía su carro con una maestría excepcional, manejando los caballos en unas maniobras de una increíble dificultad que los viejos caballerizos contemplaban boquiabiertos.

El adolescente de impresionante estatura se había convertido en un atleta de musculatura flexible y poderosa que tenía el porte de un monarca cuya autoridad nadie cuestionaba. Acha advirtió sin embargo una excesiva fogosidad y una exaltación en el esfuerzo que podrían acarrear errores de juicio. Aunque ¿de qué serviría poner en guardia a un ser cuya energía parecía inagotable?

En cuanto divisó a su amigo, Ramsés lanzó el carro en su dirección y ordenó a los caballos que se detuvieran, a menos de dos metros del joven diplomático, cuya túnica nueva fue salpicada de polvo.

—¡Lo lamento, Acha! Son jóvenes corceles algo indisciplinados.

Ramsés saltó a tierra, llamó a dos palafreneros para que se ocuparan de los caballos y tomó a Acha por los hombros.

—¿Esa maldita Asia aún existe?

—Me temo que sí, majestad.

—¿Majestad? ¡Aún no soy faraón!

—Un buen diplomático debe ser previsor. En este caso, el futuro es más bien fácil de suponer.

—Eres el único que se expresa de este modo.

—¿Es un reproche?

—Háblame de Asia, Acha.

—En apariencia, todo está en calma. Nuestros principados esperan tu coronación, los hititas no salen de sus territorios y de sus zonas de influencia.

—¿Has dicho «en apariencia»?

—Es lo que leerás en todos los informes oficiales.

—Pero tu opinión difiere...

—La calma precede siempre a la tormenta, ¿pero por cuanto tiempo?

—Ven, vamos a beber algo.

Ramsés se aseguró de que sus caballos eran tratados con cuidado. Luego se sentó con Acha a la sombra de un techo en declive, frente al desierto. Un sirviente les trajo de inmediato cerveza fresca y paños perfumados.

—¿Crees en la voluntad de paz de los hititas?

Acha reflexionó mientras bebía el delicioso brebaje.

—Los hititas son conquistadores y guerreros; en su vocabulario palabra «paz» es una especie de imagen poética sin consistencia real.

—Así pues, mienten.

—Esperan que un joven soberano, con ideales pacifistas, haga menos hincapié en la defensa del país y lo debilite, mes tras mes.

—Como Akenatón.

—Es un buen ejemplo.

—¿Fabrican muchas armas?

—La producción se acelera, en efecto.

—¿Crees que la guerra es inevitable?

—El papel de los diplomáticos consiste en rechazar esta eventualidad.

—¿Cómo intervendrías?

—Soy incapaz de responder a esta pregunta; mis competencias no me permiten tener una visión de conjunto y proponer remedios satisfactorios a la situación actual.

—¿Te gustaría realizar otras funciones?

—No me toca a mí decidirlo.

Ramsés miró el desierto.

—Cuando era niño, Acha, soñaba con convertirme en faraón, como mi padre, porque creía que el poder era el más maravilloso de los juegos. Seti me abrió los ojos al imponerme la prueba del toro salvaje, y me refugié en otro sueño: permanecer para siempre junto a él, bajo su brazo protector. Pero llegó la muerte y con ella el fin de mis sueños. He rogado al invisible que alejara de mí este cetro que ya no quería, y comprendí que sólo me respondía bajo la forma de un acto. Menelao intentó suprimirme; mi león, mi perro y el jefe de mi guardia personal me salvaron mientras comulgaba con el alma de mi padre. Desde ese instante, decidí no rechazar mi destino. Lo que Seti decidió se cumplirá.

—¿Te acuerdas de cuando hablábamos del verdadero poder con Setaú, Moisés y Ameni?

—Ameni lo encontró sirviendo a su país, Moisés en el arte de construir, Setaú en el conocimiento de las serpientes y tú en la diplomacia.

—El verdadero poder... Eres tú quien lo detentarás.

—No, Acha, pasará a través de mí, se encarnará en mi corazón, en mi brazo, y me abandonará si soy incapaz de cobijarlo.

—Ofrecer tu vida a la realeza... ¿No es pagar un precio demasiado alto?

—Ya no soy libre de actuar a mi gusto.

—Tus palabras son casi espantosas, Ramsés.

—¿Crees que ignoro el miedo? Sean cuales sean los obstáculos, gobernaré y continuaré la obra de mi padre para legar a mi sucesor un Egipto sabio, fuerte y hermoso. ¿Aceptas ayudarme?

—Sí, majestad.

10

Chenar se consumía de impaciencia.

Los griegos habían fracasado de manera lamentable. Menelao, obsesionado por su deseo de poseer a Helena como una presa, había perdido de vista lo esencial, la eliminación de Ramsés. Tenía un único consuelo, no desprovisto de importancia: Chenar había logrado persuadir a su hermano de su inocencia. Ahora que Menelao y sus soldados se habían ido, nadie acusaría a Chenar de haber sido el alma de la conspiración. Pero Ramsés subiría al trono de Egipto y reinaría en solitario... y él, Chenar, el hijo mayor de Seti, ¡estaría obligado a obedecerle y a comportarse como un simple servidor! No, no aceptaría esa humillación.

Por ello había fijado una cita con su último aliado, un allegado a Ramsés, hombre fuera de toda sospecha que quizá le ayudaría a luchar desde el interior contra su hermano y a minar su trono.

Al caer la noche, el barrio de los alfareros se animaba. Mirones y clientes circulaban entre las tienduchas, dando un vistazo a las vasijas de tamaños y precios variados que vendían los artesanos. En el ángulo de una callejuela, un aguador ofrecía su líquido fresco y deleitoso.

Era allí donde Acha, vestido con taparrabo ordinario y tocado con una peluca trivial que lo hacía irreconocible, esperaba a Chenar, que también había tomado la precaución de modificar Su apariencia. Los dos hombres compraron un odre de agua a de racimos de uva, como simples campesinos, y se sentaron uno al lado del otro contra un muro.

—¿Habéis vuelto a ver a Ramsés?

—Ya no dependo del ministro de Asuntos Exteriores sino directamente del futuro faraón.

—¿Qué significa eso?

—Una promoción.

—¿Cuál?

—Todavía no lo sé. Ramsés piensa formar su próximo gobierno; como es fiel a la amistad, Moisés, Ameni y yo deberíamos obtener puestos de primera importancia.

—¿Quién más?

—En el círculo de sus íntimos, sólo veo a Setaú, pero está tan apegado al estudio de sus queridas serpientes que rehúsa toda responsabilidad.

—¿Os pareció Ramsés decidido a reinar?

—Aunque es consciente de lo pesado de la carga y de su falta de experiencia, no retrocederá. No esperéis ya ninguna evasión.

—¿Os ha hablado del gran sacerdote de Amón?

—No.

—Perfecto. Subestima su influencia y su capacidad de dañar.

—¿No es un personaje timorato, que teme la autoridad real?

—Temía a Seti... Pero Ramsés es sólo un joven muy poco avezado en las luchas de influencias. Por el lado de Ameni no hay que esperar nada: ese maldito pequeño escriba está unido a Ramsés como un perro a su amo. En cambio, no desespero en atraer a Moisés a mis redes.

—¿Lo habéis intentado?

—Sufrí un fracaso, pero sólo era un primer intento. Ese hebreo es un hombre atormentado en busca de su verdad, que no es forzosamente la de Ramsés. Si logramos ofrecerle lo que desea, cambiará de bando.

—No os equivocáis.

—¿Tenéis alguna influencia sobre Moisés?

—No lo creo, pero el futuro quizá me dará medios de presión.

—¿Y sobre Ameni?

—Parece incorruptible —estimó Acha—, ¿pero quién sabe? Con el tiempo se volverá esclavo de necesidades inesperadas, y podremos explotar sus debilidades.

—No tengo intención de esperar a que Ramsés haya tejido una tela indestructible.

—Yo tampoco, Chenar, pero de todos modos habréis de tener un poco de paciencia. El fracaso de Menelao y de sus hombres debería demostrarnos que una buena estrategia excluye toda indecisión.

—¿Cuánto tiempo?

—Dejemos que Ramsés se instale en la embriaguez del poder. El fuego que lo anima se alimentará con los fastos de la corte y le hará perder el sentido de la realidad. Además, yo seré uno de los que le informarán sobre la evolución de la situación en Asia, y será más bien a mí a quien escuchará.

—¿Cuál es vuestro plan, Acha?

—Deseáis reinar, ¿verdad?

—Soy digno y capaz de ser faraón.

—Así pues conviene derrocar o eliminar a Ramsés.

—La necesidad hace la ley.

—Dos vías se abren ante nosotros: la conspiración interior o la agresión exterior. En lo que se refiere a la primera, debemos aseguramos complicidades entre las personalidades influyentes del país; en este terreno, vuestro papel será preponderante. En cuanto a la segunda, descansa en las verdaderas intenciones de los hititas y en la preparación de un conflicto que causará la derrota de Ramsés pero no la ruina de Egipto. Si el país fuera devastado, sería un hitita quien se apoderarla de las Dos Tierras.

Chenar no ocultó su contrariedad.

—¿No es demasiado arriesgado?

—Ramsés es un adversario de talla. No tomaréis fácilmente el poder.

—Si los hititas resultan vencedores, invadirán Egipto.

—No tiene por qué ser necesariamente así.

—¿Qué milagro proponéis?

—No se trata de un milagro, sino de una trampa a la que atraeremos a Ramsés, sin que nuestro país esté directamente implicado. O perecerá, o lo harán responsable de la derrota. En ambos casos no podrá continuar reinando. Entonces, vos apareceréis como un salvador.

—¿No es un sueño?

—No tengo reputación de alimentarme de ilusiones. Cuando conozca el puesto exacto que Ramsés me reserva, empezaré a actuar. A menos que vos deseéis renunciar.

—¡Jamás! Muerto o vivo, Ramsés deberá desaparecer ante mí.

—Si triunfamos, espero que no seáis ingrato.

—Sobre este punto, estad tranquilo; habréis merecido cien veces ser mi brazo derecho.

—Permitidme dudar de ello.

Chenar se sobresaltó.

—¿No confiáis en mí?

—En absoluto.

—Pero entonces...

—No finjáis sorpresa. Si fuera un ingenuo, me habríais eliminado hace tiempo. ¿Cómo creer en las promesas de un hombre de poder? Su comportamiento sólo le es dictado por su interés personal y nada más.

—¿Estáis desengañado, Acha?

—Soy realista. Cuando seáis faraón, elegiréis a vuestros ministros sólo en función de vuestros criterios del momento y quizá apartéis a aquellos que, como yo, os habrán permitido acceder al trono.

Chenar sonrió.

—Vuestra inteligencia es excepcional, Acha.

—Viajar me ha permitido observar unas sociedades y unos hombres muy diferentes, pero todos sometidos a la ley del más fuerte.

—No era el caso en el Egipto de Seti.

—Seti ha muerto. Ramsés es un guerrero cuya violencia aún no ha tenido la posibilidad de expresarse. Tal es nuestra suerte.

—A cambio de vuestra colaboración, deseáis pues beneficios inmediatos.

—Veo que me habéis comprendido, Chenar.

—Me gustarían precisiones.

—Mi familia es pudiente, es cierto, pero ¿se es alguna vez lo bastante rico? Para un gran viajero como yo poseer numerosas villas es un placer apreciable. A merced de mi fantasía, me gustaría descansar ya sea en el norte, ya sea en el sur. Tres mansiones en el Delta, dos en Menfis, dos en el Medio Egipto, dos en la región tebaica y una en Asuán me parecen indispensables para gozar de la existencia cuando permanezca en Egipto.

—Me pedís una pequeña fortuna.

—Una bagatela, Chenar, una simple bagatela a cambio del servicio que voy a haceros.

—Deseáis también minerales y piedras preciosas.

—Evidentemente.

—No os creía tan venal, Acha.

—Me gusta el lujo; ¿un aficionado a las vasijas raras, como vos, no puede comprender esta inclinación?

—Sí, pero tantas casas...

—¡Casas ricamente decoradas y que sirvan de marco para muebles magníficos! Serán mi paraíso en la tierra, lugares de goce de los que seré el único amo y donde seré respetado mientras vos ascendéis uno a uno los escalones del estrado que conduce al trono de Egipto.

—¿Cuándo debería empezar a entregar estos bienes?

—Inmediatamente.

—Aún no habéis sido nombrado.

—Suceda lo que suceda, mi puesto no será desdeñable. Alentadme a serviros bien.

—¿Por dónde empezamos?

—Por una villa en el noreste del Delta, cerca de la frontera. Preved una amplia mansión, con un estanque para bañarse, una viña y servidores celosos. Incluso si sólo vivo en ella unos días al año, deseo ser tratado como un príncipe.

—¿Es ésa vuestra única ambición?

—He olvidado las mujeres. Cuando debo partir para cumplir una misión, la ración es bastante pobre; en mi casa, las deseo numerosas, bellas y poco ariscas. Su origen me importa poco.

—Acepto vuestras exigencias.

—No os decepcionaré, Chenar. Sin embargo hay una condición esencial: que nuestros encuentros permanezcan rigurosamente secretos y que no habléis de ellos a nadie. Si Ramsés fuera informado de nuestros contactos, mi carrera habría terminado.

—Vuestro interés coincide con el mío.

—No existe mejor garantía de amistad. Hasta pronto, Chenar.

Mirando cómo se alejaba el joven diplomático, el hermano mayor de Ramsés pensó que la suerte no lo había abandonado. Este Acha era un personaje de envergadura; cuando se viera forzado a deshacerse de él, lo lamentaría.

11

El barco de Tuya, la gran esposa real, tomó la cabeza de la flotilla que salió de Menfis en dirección a Tebas y al Valle de los Reyes, donde reposaba la momia de Seti. Nefertari casi no abandonaba a Tuya, cuyo sufrimiento contenido percibía con una admirable serenidad. Con el simple contacto de la viuda del gran rey, Nefertari aprendió lo que debía ser el comportamiento de una reina durante una prueba cruel. La discreta presencia de la joven fue para Tuya un inestimable consuelo; ni una ni otra experimentaban la necesidad de extenderse en confidencias, pero su comunión afectuosa fue intensa y profunda.

Ramsés trabajó durante todo el viaje.

Ameni, aunque sufría el fuerte calor del verano, había preparado una masa impresionante de informes relativos a la política exterior, a la seguridad del territorio, a la salud pública, a los grandes trabajos, a la gestión de los alimentos, al mantenimiento de los diques y de los canales, y a muchos otros temas más o menos complejos.

Ramsés tomó así conciencia de la enormidad de su tarea. Cierto que numerosos funcionarios la compartían con él, pero debía conocer la jerarquía administrativa en sus menores detalles y no perder el control de la misma, so pena de ver a Egipto cabecear y zozobrar como un barco sin timón. El tiempo jugaba contra el futuro rey; en cuanto fuera coronado, se le pediría que tomara decisiones y que se comportara como el amo de las Dos Tierras. Si cometía grandes errores, ¿cuáles serían las consecuencias?

Su angustia se disipó cuando pensó en su madre, preciosa aliada que le evitaría pasos en falso y lo instruiría sobre las astucias que utilizaban los notables para preservar sus privilegios. ¿Cuántos lo habían requerido ya con la esperanza de que no modificaría ninguna situación establecida?

Tras largas horas de tarea en compañía de Ameni, cuya precisión y rigor eran irreemplazables, a Ramsés le gustaba permanecer en la proa del barco, contemplar el Nilo, que llevaba la prosperidad en su corriente, y gozar del viento vivificante que ocultaba el aliento de Dios. En esos instantes privilegiados, Ramsés tenía la sensación de que todo Egipto, desde la punta del Delta a las soledades de Nubia, le pertenecía. ¿Sabría amarlo como él deseaba?

Ramsés había invitado a su mesa a Moisés, a Setaú, a Acha y a Ameni, huéspedes de honor del barco del regente. Así se había reconstituido la cofradía que había pasado varios años de estudios en el interior del Kap, la escuela superior de Menfis, buscando el conocimiento y el verdadero poder. La dicha de volverse a encontrar y de compartir una comida no disipaba la pena: cada uno sentía que la desaparición de Seti era un cataclismo del que Egipto no saldría indemne.

—Esta vez —dijo Moisés a Ramsés—, tu sueño va a realizarse.

—Ya no es un sueño, sino un enorme peso que temo.

—Tú ignoras el miedo —objetó Acha.

—En tu lugar —murmuró Setaú—, renunciaría, la existencia de un faraón no tiene nada de envidiable.

—He dudado mucho, ¿pero qué pensarías de un hijo que traiciona a su padre?

—Que la razón ha triunfado sobre la locura; Tebas puede ser a la vez tu tumba y la de tu padre.

—¿Has tenido noticias de una nueva conspiración? —se inquietó Ameni.

—Una conspiración... ¡Habrá diez, veinte o cien! Por ello estoy aquí con unos magníficos aliados.

—Setaú guardaespaldas —ironizó Acha—; ¿quién lo habría creído?

—Yo actúo en vez de lanzarme a hermosos discursos.

—¿Criticas la diplomacia?

—Lo complica todo cuando en realidad la vida es muy sencilla: por un lado, el bien; por el otro, el mal. Entre los dos no hay relación posible.

—Es tu visión la que es simplista —arguyó Acha.

—Me conviene —intervino Ameni—; por un lado, los partidarios de Ramsés, por el otro, sus adversarios.

—¿Y si estos últimos fueran cada vez más numerosos? —preguntó Moisés.

—Mi posición no variará.

—Pronto Ramsés ya no será nuestro amigo, sino el faraón de Egipto. Entonces no nos mirará con los mismos ojos.

Las palabras de Moisés sembraron una gran turbación. Todos esperaron la respuesta de Ramsés.

—Moisés tiene razón. Ya que el destino me ha elegido, no huiré; ya que sois mis amigos, me serviré de vosotros.

—¿Qué suerte nos reservas? —preguntó el hebreo.

—Ya os habéis trazado un camino. Espero que nuestras sendas se encuentren y que viajemos juntos para mayor dicha de Egipto.

—Ya conoces mi postura —declaró Setaú—. En cuanto seas coronado, regresaré al lado de mis reptiles.

—De todos modos intentaré convencerte para que estés más cerca de mí.

—Perderás el tiempo. En cuanto termine mi misión de guardaespaldas me planto ahí. Moisés será maestro de obras, Ameni ministro y Acha jefe de la diplomacia, ¡que aproveche!

—¿Estás formando mi gobierno? —se sorprendió Ramsés.

Setaú se encogió de hombros.

—¿Y si degustamos el rarísimo vino que nos ofrece el regente? —propuso Acha.

—Que los dioses protejan a Ramsés y le den vida, solaz y salud —declaró Ameni.

Chenar no se encontraba en el barco del regente. Disponía, sin embargo, de un soberbio navío a bordo del cual servían cuarenta marineros. Como jefe de protocolo, había invitado a varios notables, la mayoría de los cuales no eran muy favorables a Ramsés. El hijo mayor de Seti se cuidaba mucho de añadirse a sus críticas y se contentaba con identificar a sus futuros aliados. La juventud e inexperiencia de Ramsés les parecían inconvenientes insuperables.

Con verdadera satisfacción, Chenar comprobó que su excelente reputación permanecía intacta y que su hermano seria comparado durante mucho tiempo con Seti. La brecha estaba abierta, habría que ensancharla y utilizar la menor ocasión para debilitar al joven faraón.

Chenar ofrecía a sus invitados frutos de azufaifo y cerveza fresca. Su amabilidad y su discurso moderado gustaban a numerosos cortesanos, encantados de intercambiar frases educadas con un gran personaje al que su hermano se vería obligado a concederle un papel preponderante.

Desde hacía más de una hora, un hombre de estatura media, de mentón adornado con una pequeña barba en punta, vestido con una túnica de franjas de colores vivos, esperaba ser recibido. De apariencia humilde, casi sumisa, no manifestaba ninguna señal de nerviosismo.

Cuando tuvo un momento de descanso, Chenar le indicó que se acercara.

El hombre se inclinó con deferencia.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Raia; soy sirio de origen, pero trabajo en Egipto como mercader independiente desde hace muchos años.

—¿Qué vendes?

—Conservas de carne de gran calidad y hermosos jarrones importados de Asia.

Chenar frunció el entrecejo.

—¿Jarrones?

—Sí, príncipe; tengo en exclusiva la venta de soberbias piezas.

—¿Sabes que soy coleccionista de jarrones raros?

—Me he enterado recientemente; por ello insistí en mostrároslos, con la esperanza de que os gustaran.

—¿Son elevados tus precios?

—Eso depende.

Chenar se sintió intrigado.

—¿Cuáles son tus condiciones?

Raia abrió un saco de tela gruesa y extrajo un pequeño jarrón de cuello fino de plata maciza, decorado con palmas.

—¿Qué opináis de esto, príncipe?

Chenar quedó fascinado; unas gotas de sudor perlaron sus sienes y sus manos se volvieron madorosas.

—Una obra maestra... Una increíble obra maestra... ¿Cuánto?

—¿No es conveniente ofrecer un regalo al futuro rey de Egipto?

El hijo mayor de Seti creyó haber oído mal.

—Yo no soy el futuro faraón, ése es mi hermano Ramsés... Te has equivocado, mercader. Entonces, ¿el precio?

—No me equivoco nunca, príncipe. En mi oficio, un fallo es imperdonable.

Chenar apartó su mirada del admirable jarrón.

—¿Qué intentas decirme?

—Que mucha gente no desea el reinado de Ramsés.

—En unos días será coronado.

—Quizá, pero ¿acaso se desvanecerán por ello las dificultades?

—Raia, ¿quién eres de verdad?

—Un hombre que cree en vuestro futuro y desea veros en el trono de Egipto.

—¿Qué sabes tú de mis intenciones?

—¿No habéis manifestado el deseo de comerciar más con el extranjero, de disminuir la arrogancia de Egipto y de trabar mejores relaciones económicas con el pueblo más poderoso de Asia?

—¿Quieres decir... los hititas?

—Empezamos a entendernos.

—Así pues, eres un espía a sueldo de los hititas. ¿Ellos me serían favorables?

Raia asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Qué me propones? —preguntó Chenar, tan emocionado como si estuviera mirando un jarrón excepcional.

—Ramsés es fogoso y belicoso. Como su padre, quiere afirmar la grandeza y la superioridad de Egipto. Vos sois un hombre ponderado, con el que es posible cerrar acuerdos.

—Raia, si traiciono a Egipto, arriesgo mi vida.

Chenar se acordó de la famosa condena a muerte de la esposa de Tutankamón, acusada de entendimiento con el enemigo, aunque despertara la conciencia del país[1].

—Cuando se desea la función suprema, ¿no es inevitable correr algunos riesgos?

Chenar cerró los ojos.

Los hititas... Sí, a menudo había pensado en utilizarlos contra Ramsés, pero era una simple idea, una visión de la mente desprovista de realidad. Y de pronto se materializaba, bajo la forma de aquel mercader anodino, de apariencia inofensiva.

—Amo mi país...

—¿Quién lo duda, príncipe? Pero vos preferís el poder. Sólo una alianza con los hititas os lo garantizará.

—Necesito reflexionar.

—Es un lujo que no puedo ofreceros.

—¿Quieres una respuesta inmediata?

—Mi seguridad lo exige. Descubriéndome he confiado en vos.

—¿Y si me niego?

Raia no respondió, pero su mirada se hizo fija e indescifrable.

La lucha interior de Chenar fue de corta duración. ¿No le ofrecía el destino un aliado de peso? A él le tocaba dominar la situación, evaluar bien el peligro y saber sacar provecho de esta estrategia sin poner Egipto en peligro. Por supuesto, continuaría manipulando a Acha sin informarle de sus contactos con el mayor enemigo de las Dos Tierras.

—Acepto, Raia.

El mercader esbozó una sonrisa.

—Vuestra reputación no es alabada en exceso, príncipe. Nos volveremos a ver dentro de algún tiempo. Ya que me convierto en uno de vuestros proveedores de preciosos jarrones, nadie se sorprenderá de mis visitas. Guardad éste, os lo ruego, con él sellaremos nuestro pacto.

Chenar palpó el magnífico objeto. El porvenir se despejaba.

---

[1] Ver C.Jacq, *La Reina Sol.*

12

Ramsés recordaba cada pedazo de roca del Valle de los Reyes, de esta «gran pradera» de absoluta aridez que su padre le había hecho descubrir, llevándolo al interior de la tumba del primer Ramsés, el fundador de la dinastía, un viejo visir llamado por un consejo de sabios para dar impulso a una nueva estirpe de soberanos. Sólo había reinado dos años, confiando a Seti el cuidado de hacer brillar un poder que, hoy, era otorgado a Ramsés II.

Con el corazón oprimido, indiferente al insoportable calor del verano que hacía desfallecer a algunos de los portadores del mobiliario funerario, el hijo menor de Seti caminaba a la cabeza del cortejo y conducía la momia del rey difunto a su última morada.

En un instante, Ramsés empezó a odiar aquel valle maldito que le quitaba a su padre y lo condenaba a la soledad. Pero la magia del lugar se apoderó una vez más de su alma, una magia que transmitía la vida y no la muerte.

En ese silencio mineral hablaba la voz de los antepasados; hablaba de luz, de transfiguración y de resurrección, imponía la veneración y el respeto del mundo celeste en el que nacían todas las formas de vida.

Ramsés fue el primero en penetrar en la inmensa tumba de Seti, la más larga y la más profunda del valle. Por decreto, el futuro faraón exigiría que, en adelante, ninguna otra pudiera superarla. A los ojos de la posteridad, Seti permanecería sin igual.

Doce sacerdotes llevaron la momia. Ramsés, en calidad de ritualista y sucesor encargado de pronunciar las fórmulas de paso al más allá y de renacimiento en el mundo de los dioses, estaba vestido con una piel de pantera. En las paredes de la morada eterna, los textos rituales, viviendo por sí mismos, continuaban siendo eficaces más allá del tiempo.

Los momificadores habían trabajado a la perfección. El rostro de Seti era el de un ser realizado, de una total serenidad. Se habría jurado que sus ojos iban a abrirse, que su boca iba a hablar... Los sacerdotes colocaron la tapa del sarcófago, instalado en el centro de la «morada de oro», en la que Isis realizaría su obra de alquimista para transformar lo mortal en inmortal.

—Seti fue un rey justo —murmuró Ramsés—, cumplió con la Regla, fue amado por la luz, y entra vivo en Occidente.

En todo Egipto, los barberos trabajaban sin descanso para afeitar a los hombres y hacer desaparecer las barbas, ya que el periodo de luto había terminado. Las mujeres ataron de nuevo sus cabellos, las elegantes los confiaron a las peluqueras, autorizadas a realizar su oficio.

La víspera de la coronación, Ramsés y Nefertari se recogieron en el templo de Gurnah, donde cada día se llevaría a cabo un culto al *ka* de Seti, para mantener la presencia del faraón transfigurado entre los vivos. Luego la pareja se dirigió al templo de Karnak, en el que fue acogida por el gran sacerdote, de manera muy protocolaria y sin ninguna señal de entusiasmo. Después de una comida frugal, el regente y su esposa se retiraron al palacio acondicionado en el interior de la residencia terrestre del dios Amón. Por separado, ambos meditaron ante el zócalo de un trono, símbolo de la meta primordial surgida del océano del cosmos en el origen de los tiempos y jeroglífico que servía para escribir el nombre de la diosa Maat, la Regla intemporal, «aquella que es recta y dicta la buena dirección», esa Regla con la que la pareja real se alimentaría para alimentar a su vez a la comunidad egipcia.

A Ramsés le pareció que el espíritu de su padre estaba junto a él y que lo secundaría, en esas horas angustiosas previas al instante en el que su existencia sería trastornada de manera definitiva. El nuevo rey ya no se pertenecería, ya no tendría otra preocupación más que el bienestar de su pueblo y la prosperidad de su país.

De nuevo, la tarea le espantó.

Tuvo ganas de salir de ese palacio y correr hacia su juventud desaparecida, hacia Iset la Bella, hacia el placer y la despreocupación. Pero era el sucesor designado por Seti, y el esposo de Nefertari. Tuvo que pisotear el miedo a reinar y cruzar la última noche antes de su coronación.

Las tinieblas se desgarraron y nació el alba, anunciando la resurrección del sol, vencedor del monstruo de las profundidades. Dos sacerdotes, uno que llevaba una máscara de halcón y el otro una de ibis, se colocaron a cada lado de Ramsés. Simbolizaban a los dioses Horus, protector de la realeza, y Thot, maestro de los jeroglíficos y de la ciencia sagrada. Vertieron sobre el cuerpo desnudo del regente el contenido de dos grandes jarrones para purificar su condición humana. Luego lo modelaron a la imagen de los dioses aplicándole los nueve ungüentos, desde la cabeza hasta la punta de los pies, que abrirían los centros de energía y le darían una percepción de la realidad diferente de la de los demás hombres.

La indumentaria correspondía también a la apariencia de un ser distinto de cualquier otro. Los dos sacerdotes vistieron a Ramsés con un taparrabo blanco y oro, cuya forma no había variado desde los orígenes, y le amarraron a la cintura una cola de toro, evocación del poder real. El joven recordó el terrorífico encuentro con el toro salvaje que le había impuesto su padre a fin de probar su

valor; hoy era él quien encarnaba esa fuerza que debía ejercer con conocimiento.

Luego los ritualistas adornaron el cuello de Ramsés con un ancho collar de siete hileras de perlas coloreadas, los bíceps y las muñecas con brazaletes de cobre, y le calzaron sandalias blancas. En seguida le presentaron la cachiporra blanca con la que derribaría a sus enemigos e iluminaría las tinieblas, y ciñeron a su frente una cinta dorada cuyo nombre, *sia*, significaba «visión intuitiva».

—¿Aceptas la prueba del poder? —preguntó Horus.

—La acepto.

Horus y Thot tomaron a Ramsés de la mano y lo condujeron a otra habitación. En un trono estaban las dos coronas, que eran protegidas por un sacerdote que llevaba la máscara del dios Set.

Thot se apartó, Horus y Set se dieron el abrazo fraterno. A pesar de su eterna rivalidad, tenían el deber de reunirse en un mismo ser, el del faraón.

Horus levantó la corona roja del Bajo Egipto, una especie de birrete coronado por una espiral, y la colocó sobre la cabeza de Ramsés. Luego Set encajó la corona blanca del Alto Egipto, cuya forma oval terminaba en un bulbo.

—«Los dos poderes» están unidos en ti —declaró Thot—, tú gobiernas y unes la tierra negra y la tierra roja, tú eres el del junco del sur y el de la abeja del norte, tú haces verdecer los dos países.

—Sólo tú podrás acercarte a las dos coronas —reveló Set—; el rayo que contienen aniquilaría al usurpador.

Horus dio al faraón dos cetros. El primero tenía el nombre de «amo del poder», que le serviría para consagrar las ofrendas, y el segundo, «magia», un báculo de pastor que mantendría a su pueblo en la unidad.

—Ha llegado la hora de aparecer glorificado —decretó Thot.

Precedido por las tres divinidades, el faraón salió de las salas secretas, en dirección al gran patio a cielo abierto en el que se habían reunido los notables admitidos en el recinto de Karnak.

En un estrado y bajo palio había un trono de madera dorada, más bien modesto, de líneas sobrias.

El trono de Seti durante las ceremonias oficiales.

Advirtiendo la vacilación de su hijo, Tuya dio tres pasos hacia él y se inclinó.

—Que vuestra majestad se alce como un nuevo sol y que tome asiento en el trono de los vivos.

Ramsés quedó trastornado por el homenaje que le rendía la viuda del faraón difunto, su madre, a la que él veneraría hasta su último aliento.

—He aquí el testamento de los dioses que te lega Seti —proclamó ella—. El testamento legitima tu reinado como legitimó el suyo, y de la misma manera legitimará el de tu sucesor.

Tuya entregó a Ramsés un estuche de cuero que encerraba un papiro escrito por la mano de Thot, en el alba de la civilización, y que hacía del faraón el heredero de Egipto.

—He aquí tus cinco nombres —declaró la reina madre con una voz clara y reposada—: toro poderoso amado por la Regla; protector de Egipto, que controla los países extranjeros; rico en ejércitos, con victorias grandiosas; aquel que ha sido elegido por la luz, pues poderosa es la Regla; hijo de la luz, Ramsés.

Un silencio total había acogido estas palabras. Incluso Chenar, olvidando su ambición y su rencor, había sucumbido a la magia de esos instantes.

—Es una pareja real la que gobierna las Dos Tierras —continuó Tuya—. Adelántate, Nefertari, ven al lado del rey, tú que te conviertes en su gran esposa y en la reina de Egipto.

A pesar de la solemnidad del rito, Ramsés se sintió tan emocionado por la belleza de la joven que tuvo ganas de tomarla en sus brazos. Vestida con una larga túnica de lino, adornada con un collar de oro, pendientes de amatista y brazaletes de jaspe, contempló al rey y pronunció la fórmula ancestral.

—Reconozco a Horus y a Set unidos en el mismo ser. Canto tu nombre, faraón, tú eres el ayer, el hoy y el mañana. Tu palabra me hace vivir, apartaré de ti el mal y el peligro.

—Te reconozco como soberana del Doble País y de todas las tierras, tú, cuya dulzura es inmensa y satisfaces a los dioses, tú, que eres la madre y la esposa del dios, tú, a quien amo.

Ramsés colocó en la cabeza de Nefertari la corona provista de dos altas plumas que hacía de ella la gran esposa real, asociada al poder del faraón.

Un halcón de anchas alas, que parecía surgir del sol, revoloteó por encima de la pareja real, como si localizara una presa. De pronto se precipitó hacia ella a tal velocidad que ningún arquero tuvo tiempo de actuar.

Un grito de asombro y de temor ascendió de los asistentes cuando la rapaz se posó en la nuca de Ramsés, plantando sus garras en los hombros del rey.

El hijo de Seti no se había movido; Nefertari seguía mirándolo.

Durante largos segundos, los cortesanos, deslumbrados, asistieron al milagro, a la comunión del halcón Horus, protector de la monarquía, y del hombre que él había elegido para gobernar Egipto.

Luego el pájaro partió de nuevo hacia el sol, con un vuelo poderoso y sereno.

De los pechos surgió la aclamación que saludaba, el vigésimo séptimo día del tercer mes del verano, la ascensión al trono de Ramsés.[1]

[1] Principios de junio de 1279 a.J.C, según una de las hipótesis frecuentemente adoptadas.

13

Tras el fin de las festividades, una vorágine arrastró a Ramsés.

El gran intendente de la Casa del faraón le hizo visitar su palacio de Tebas, formado por una parte pública y por apartamentos privados. Fue como jefe de Estado como Ramsés descubrió la sala de recepción de columnas cuyo suelo y paredes estaban adornados con representaciones de lotos, de cañas, de papiros, de peces y pájaros; los despachos en los que trabajaban los escribas; las pequeñas salas reservadas a las audiencias privadas; el balcón de apariciones, cuya ventana estaba coronada por un disco solar alado; el comedor, cuyo centro estaba ocupado por una mesa siempre adornada con cestos de frutas y ramilletes de flores; el dormitorio, provisto de una cama cubierta de cojines de vivos colores; el baño enlosado.

Apenas instalado el joven faraón en el trono de las Dos Tierras, el gran intendente le presentó a los miembros de su Casa, a los jefes de los rituales secretos, a los escribas de la Casa de Vida, a los médicos, al chambelán responsable de los apartamentos privados, al director del despacho de comunicaciones, encargado de la correspondencia real, al director del Tesoro, al del granero, al del ganado, y a tantos otros, solícitos en saludar al nuevo faraón y asegurarle su indefectible abnegación.

—Ahora, he aquí...

Ramsés se levantó.

—Interrumpo el desfile.

El intendente se sublevó.

—Majestad, ¡eso es imposible! Hay tanta gente importante...

—¿Más importantes que yo?

—Perdonadme, no quería...

—Llevadme a las cocinas.

—¡No es vuestro lugar!

—¿Sabes tú, mejor que yo, dónde debo estar?

—Disculpadme, yo...

—¿Pasarás tu tiempo buscando excusas? Dime más bien por qué el visir y el gran sacerdote de Amón no han venido a rendirme homenaje.

—Lo ignoro, majestad; ¿cómo podrían ser tales asuntos de mi incumbencia?

—Vamos a las cocinas.

Carniceros, fabricantes de conservas, limpiadores de legumbres, panaderos, pasteleros, cerveceros... Romé reinaba sobre una brigada de especialistas celosos de sus prerrogativas y puntillosos, tanto respecto de sus horarios de trabajo como de sus días de vacaciones. Barrigón, jovial, con las mejillas abultadas, lento para desplazarse, Romé no se preocupaba ni de su triple papada ni de su peso algo excesivo que combatiría cuando se jubilara. Por ahora estaba de acuerdo en dirigir este ejército con mano dura, en preparar unos manjares deliciosos e irreprochables, y en hacer callar las inevitables disputas entre especialistas. Obsesionado por la higiene de los locales y la frescura de los productos, Romé probaba personalmente los platos. El cocinero jefe exigía que todo fuera perfecto estuvieran o no presentes en Tebas el faraón y los miembros de la corte.

Cuando apareció el intendente de palacio, acompañado por un hombre joven de impresionante musculatura, vestido con un simple taparrabo de una blancura luminosa, Romé se preparó a soportar una retahíla de molestias. Ese maldito funcionario, imbuido de sus privilegios, iba a intentar una vez más imponerle un ayudante inepto a cambio de la gratificación que le daría la familia del muchacho.

—¡Hola, Romé! Te traigo...

—Sé a quién me traes.

—En ese caso, inclínate como corresponde.

Con las manos en las caderas, el cocinero jefe estalló en carcajadas.

—¿Yo, inclinarme ante este mocetón? ¡Veamos primero si sabe fregar platos!

Rojo de confusión, el intendente se volvió hacia el rey.

—Perdonadme, él...

—Sé hacerlo —declaró Ramsés—. Y tú, ¿sabes cocinar?

—¿Quién eres tú para poner en duda mis capacidades?

—Ramsés, faraón de Egipto.

Petrificado, Romé comprendió que su carrera había terminado.

Con un gesto seco, se quitó el delantal de cuero, lo dobló y lo colocó en una mesa baja. Una ofensa al rey, reconocida como tal por el tribunal del visir, se podía traducir en una gran condena.

—¿Qué has preparado para el almuerzo? —preguntó Ramsés.

—Unas... unas codornices asadas, una perca del Nilo a las finas hierbas, puré de higos y un pastel a la miel.

—Apetitoso, ¿pero estará la realidad a la altura de la promesa?

Romé se encolerizó.

—¿Dudáis de ello, majestad? Mi reputación...

—Me río de las reputaciones. Sírveme tus platos.

—Haré que preparen el comedor de palacio —anunció el intendente, untuoso.

—Es inútil, almorzaré aquí.

El rey comió con placer bajo la mirada inquieta del intendente.

—Excelente —concluyó—; ¿cómo te llamas, cocinero?

—Romé, majestad.

—Romé, «el hombre»... Lo mereces. Te nombro intendente de palacio, copero y jefe de todas las cocinas del reino. Sígueme, tengo preguntas que hacerte.

El ex intendente balbuceó.

—¿Y... y yo, majestad?

—No perdono la ineficacia y la avaricia. Siempre hacen falta friega platos. Tú servirás.

El rey y Romé caminaron con paso lento al abrigo de un pórtico cubierto.

—Servirás bajo las órdenes de mi secretario particular, Ameni; es de apariencia enclenque y no aprecia la buena carne, pero es un trabajador infatigable. Sobre todo, me honra con su amistad.

—Ésas son muchas responsabilidades para un simple cocinero —se sorprendió Romé.

—Mi padre me enseñó a juzgar a los hombres según el instinto; si me equivoco, tanto peor para mí. Para gobernar necesito algunos servidores fieles. ¿Conoces muchos en la corte?

—A decir verdad...

—Di la verdad, Romé, no andes con rodeos.

—La corte de vuestra majestad es el mayor hato de hipócritas y ambiciosos del reino. Se podría decir que se han dado cita en terreno conquistado. Mientras vivía vuestro padre, cuyos arrebatos temían, se escondían bajo tierra. Desde su fallecimiento, han salido de sus madrigueras como las flores del desierto después de un aguacero.

—Me detestan, ¿verdad?

—Eso es decir poco.

—¿Qué esperan?

—Que no tardéis en probar vuestra ineptitud.

—Si estás conmigo, exijo una total sinceridad.

—¿Me creéis capaz de ello?

—Un buen cocinero no es delgado. Cuando tiene talento, todos tratan de robar sus recetas. Su cocina susurra con mil rumores que su mente debe saber elegir, como cuando selecciona sus productos. ¿Cuáles son los principales clanes que se alzan contra mí?

—Casi toda la corte os es hostil, majestad. Considera que suceder a un faraón de la envergadura de Seti es una apuesta imposible. Vuestro reinado no será pues más que una transición, hasta que un pretendiente serio se manifieste.

—¿De todos modos corres el riesgo de abandonar tu cocina tebaica para ocuparte de todo el palacio?

Romé lanzó una sonrisa.

—La seguridad tiene sus buenos y sus malos aspectos... Si puedo continuar preparando algunos platos, intentaré la aventura. Pero queda una duda...

—Habla.

—Con todo el respeto, majestad, no tenéis ninguna posibilidad de éxito.

—¿Por qué ese pesimismo?

—Porque vuestra majestad es joven, inexperto, y no tiene intención de jugar un papel secundario bajo la dirección del gran sacerdote de Amón y una decena de ministros experimentados en las sutilezas del gobierno. La relación de fuerzas es demasiado desigual.

—¿No es ésa una pobre idea del poder del faraón?

—Precisamente, no. De ahí que el enfrentamiento resulte inevitable. ¿Y cuáles son las posibilidades de un hombre solo contra un ejército?

—¿No dispone el faraón del poder del toro?

—Ni el toro salvaje logra desplazar las montañas.

—Si no me equivoco, ¿tú me aconsejas que renuncie a reinar cuando acabo de ser coronado?

—Si abandonáis el poder a la gente ya situada, ¿quién se dará cuenta de ello y quién os lo reprochará?

—¿Tú, quizá?

—Sólo soy el mejor cocinero del reino, y mi opinión no cuenta mucho.

—¿Acaso no eres ahora el intendente de palacio?

—¿Me escucharíais, majestad, si os diera un consejo?

—Todo depende del consejo.

—No aceptéis jamás una cerveza de mala calidad o una carne mediocre. Eso sería el inicio de la decadencia. ¿Puedo dedicarme a mis ocupaciones y empezar a reformar la administración de vuestra casa, que deja mucho que desear?

Ramsés no se había equivocado. Romé era el hombre que necesitaba.

Tranquilizado, se dirigió hacia el jardín de palacio.

14

Nefertari contuvo las lágrimas con gran dificultad.

Lo que temía había sucedido. Ella, que soñaba con la meditación y el recogimiento, se sentía arrastrada por una ola monstruosa. Inmediatamente después de la coronación, tuvo que separarse de Ramsés para hacer frente a sus responsabilidades de gran esposa real y visitar los templos, las escuelas y los talleres de tejido que dependían de ella.

Tuya presentó a Nefertari a los gestores de las tierras de la reina, a los superiores de los harenes encargados de la educación de las muchachas, a los escribas destinados a la administración de sus bienes, a los recaudadores de impuestos, a los sacerdotes y a las sacerdotisas que realizaban en su nombre los ritos de la «esposa del Dios», destinados a preservar la energía creadora sobre la tierra.

Durante varios días, Nefertari fue llevada de un lugar a otro sin tener la posibilidad de recuperar el aliento. Tuvo que reunirse con centenares de personas, encontrar una palabra justa para cada una, no separarse de su sonrisa y no manifestar la menor señal de fatiga.

Cada mañana, peluquera, maquilladora, manicura y pedicura se apoderaban de la reina y la volvían más bella que la víspera. De su encanto, tanto como del poder de Ramsés, dependía la dicha de Egipto. Con su elegante vestido de lino, ajustado a la cintura por un cinturón rojo, ¿no era la más seductora de las reinas?

Agotada, la joven se tendió en una cama baja. No tenía el coraje de asistir a una nueva cena de gala durante la cual le ofrecerían vasijas de ungüentos perfumados.

La frágil silueta de Tuya avanzó en la penumbra que había invadido la habitación.

—¿Estás enferma, Nefertari?

—Ya no tengo fuerzas.

La viuda de Seti se sentó en el borde de la cama y tomó la mano derecha de la joven entre sus manos.

—He pasado esta prueba, como tú. Dos remedios te curarán: una poción revigorizante y el magnetismo que Ramsés ha heredado de su padre.

—No estoy hecha para ser reina.

—¿Amas a Ramsés?

—Más que a mí misma.

—En ese caso, no lo traicionarás. Es con una reina con quien se ha casado, y es una reina quien luchará a su lado.

—¿Y si se ha equivocado?

—No se ha equivocado. ¿Crees que yo no he conocido los mismos momentos de desfallecimiento y de desaliento? Lo que se pide a una gran esposa real va más allá de las fuerzas de una mujer. Desde la creación de Egipto ha sido así. Y no debe ser de otra manera.

—¿No tuvisteis ganas de renunciar?

—Diez veces, cien veces por día, al principio. Le supliqué a Seti que buscara a otra mujer y me conservara junto a él como segunda esposa. Su respuesta siempre fue idéntica: me tomaba en sus brazos y me reconfortaba, sin aliviar de ninguna manera mi carga de trabajo.

—¿No soy indigna de la confianza de Ramsés?

—Está bien que hagas esta pregunta, pero es a mí a quien le toca responderla.

La inquietud apareció en la mirada de Nefertari. La de Tuya no vaciló.

—Estás condenada a reinar, Nefertari. No luches contra tu destino, déjate deslizar en él como el pez en el agua.

En menos de tres días, Ameni y Romé habían iniciado una profunda reforma de la administración tebaica siguiendo las instrucciones de Ramsés, que se había entrevistado con todos los funcionarios, desde el alcalde de Tebas hasta el encargado del transbordador. Debido a lo lejos que se hallaba Menfis y a la presencia casi permanente de Seti en el norte, la gran ciudad del sur llevaba una existencia cada vez más autónoma, y el gran sacerdote de Amón, respaldado por las inmensas riquezas de su templo, empezaba a considerarse como una especie de monarca cuyos decretos revestían más importancia que los del rey. Escuchando a unos y a otros, Ramsés había tomado conciencia de los peligros que implicaba una situación semejante. Si permanecía indiferente,

el Alto y el Bajo Egipto se convertirían en dos países diferentes, incluso enfrentados, y la división conduciría al desastre.

Ameni, el delgado, y Romé, el barrigón, no tuvieron ninguna dificultad en colaborar; diferentes y complementarios, sordos a las solicitudes de los cortesanos, subyugados por la personalidad de Ramsés y persuadidos de que avanzaban por el buen camino, trastrocaron una jerarquía soñolienta y procedieron a muchos nombramientos inesperados, aprobados por el rey.

Quince días después de la coronación, Tebas estaba en ebullición. Unos habían anunciado la llegada al poder de un incapaz, otros de un adolescente aficionado a la caza y a las hazañas físicas. Ahora bien, Ramsés no había salido de su palacio, multiplicando consultas y decisiones, y manifestando su autoridad con un vigor digno de Seti.

Ramsés esperó las reacciones, pero éstas no se produjeron. Tebas permaneció amorfa, golpeada por el estupor. Convocado por el rey, el visir se comportó como un primer ministro dócil y se contentó con tomar nota de las directrices de su majestad con el fin de ejecutarlas sin demora.

Ramsés no compartió ni la exaltación juvenil de Ameni ni la satisfacción divertida de Romé. Sorprendidos por la rapidez de su acción, sus enemigos no estaban ni exterminados ni mucho menos vencidos, sino buscando una segunda oportunidad que la adversidad les ayudaría a encontrar. El rey habría preferido una franca batalla a las sordas alianzas que se tramaban en la sombra. Pero eso sólo era un deseo infantil.

Cada tarde, poco antes de la puesta del sol, recorría las avenidas del jardín del palacio, en el que trabajaban unos veinte jardineros que regaban los parterres de flores y los árboles una vez caída la noche. A su izquierda, *Vigilante,* el perro amarillo, llevaba un collar de acianos; a su derecha, el colosal león se desplazaba con agilidad. Y, a la entrada del jardín, el sardo Serramanna, jefe de los guardaespaldas de su majestad, sentado bajo un emparrado y dispuesto a intervenir a la menor señal de peligro.

Ramsés sentía un intenso amor por los sicomoros, los granados, las higueras, las perseas y otros árboles que hacían de un jardín un paraíso en el que el alma descansaba. ¿No debía Egipto parecerse a ese refugio de paz donde las diversas esencias vivían en armonía?

Aquella noche, Ramsés plantó un minúsculo sicomoro, lo rodeó con un montículo de tierra y lo regó con precaución.

—Vuestra majestad debe esperar un cuarto de hora y rociar el contenido de otro cántaro, casi gota a gota.

El hombre que acababa de expresarse era un jardinero sin edad. En la nuca tenía la huella de un gran absceso, secuela del peso de las pértigas que llevaban en cada extremo un pesado recipiente de tierra cocida.

—Consejo juicioso —reconoció Ramsés—. ¿Cómo te llamas?

—Nedjem.

—«El dulce»... ¿Estás casado?

—Me he unido a este jardín, a estos árboles, a estas plantas y a estas flores. Son mi familia, mis antepasados y mis descendientes. El sicomoro que habéis plantado os sobrevivirá, incluso si permanecéis ciento diez años sobre la tierra, como los sabios.

—¿Dudas de ello? —preguntó Ramsés con una sonrisa.

—No debe ser fácil ser rey y seguir siendo sabio. Los hombres son perversos y astutos.

—Pero tú perteneces a esa raza que no amas. ¿Estás exento de esos defectos?

—No me atrevo a afirmarlo, majestad.

—¿Has formado discípulos?

—Ése no es mi papel, sino el del superior de los jardineros.

—¿Es más competente que tú?

—¿Cómo podría saberlo? Jamás viene por aquí.

—¿Crees que los árboles son suficientemente numerosos en Egipto?

—Es la única población que jamás será suficiente.

—Comparto tu opinión.

—El árbol es un don total —afirmó el jardinero—. Vivo, ofrece sombra, flores y frutos. Muerto nos da su madera. Gracias a él, comemos, construimos y disfrutamos de momentos de dicha cuando el suave viento del norte nos envuelve, sentados al abrigo de un follaje. Sueño con un país de árboles en el que los únicos habitantes fueran los pájaros y los resucitados.

—Tengo la intención de hacer plantar muchos árboles en todas las provincias —reveló Ramsés—. Ninguna plaza de pueblo debe estar desprovista de sombra. Los viejos y los jóvenes se encontrarán allí, los segundos escucharán la palabra de los primeros.

—Que los dioses os sean favorables, majestad. No podría existir mejor programa de gobierno.

—¿Me ayudarás a realizarlo?

—Yo, pero...

—Los despachos del Ministerio de Agricultura están llenos de escribas trabajadores y competentes, pero necesito un hombre que ame la naturaleza y perciba sus secretos para darles buenas directrices.

—Sólo soy un jardinero, majestad, un...

—Tienes las dotes de un excelente ministro de Agricultura. Preséntate mañana por la mañana en palacio y pide ver a Ameni. Estará avisado y te ayudará a debutar en tus nuevas funciones.

Ramsés se alejó, abandonando a un Nedjem estupefacto e incapaz de reaccionar. En el fondo del amplio jardín, entre dos higueras, el rey había creído divisar una silueta fina y blanca. ¿Acababa de aparecer una diosa en ese lugar mágico?

Con paso apresurado, se acercó.

La silueta no se había movido.

En los suaves fulgores del ocaso brillaban los cabellos negros y el largo vestido blanco. ¿Cómo podía ser tan bella una mujer, a la vez que inaccesible y atractiva?

—Nefertari...

Ella se lanzó hacia él y se acurrucó en sus brazos.

—He logrado escaparme —confesó ella—. Tu madre ha aceptado representarme en el concierto de laúdes de esta noche. ¿Me habías olvidado?

—Tu boca es un capullo de loto y tus labios pronuncian hechizos, pero tengo unas ganas locas de besarte.

Su beso fue una fuente de juventud; abrazados hasta formar un solo ser, se regeneraron ofreciéndose uno a otro.

—Soy un pájaro salvaje que se deja atrapar en la trampa de tu cabellera —dijo Ramsés—. Me haces descubrir un jardín con mil flores cuyos perfumes me embriagan.

Nefertari soltó sus cabellos, Ramsés hizo deslizar los tirantes del vestido de lino por los hombros de Nefertari. En la calidez de una noche de verano, embalsamada y apacible, se unieron.

15

El primer rayo de luz despertó a Ramsés. Acarició la sublime espalda de Nefertari, aún amodorrada, y la besó en el cuello. Sin abrir los ojos, ella lo abrazó, rodeando su cuerpo poderoso.

—Soy feliz.

—Tú eres la dicha, Nefertari.

—No nos separemos durante tanto tiempo.

—Ni tú ni yo podemos elegir.

—¿Las exigencias del poder dirigirán nuestras vidas?

Ramsés la estrechó muy fuerte contra él.

—No respondes...

—Porque conoces la respuesta, Nefertari. Tú eres la gran esposa real, yo soy el faraón: no escaparemos a esta realidad, ni siquiera en nuestros sueños más secretos.

Ramsés se levantó y caminó hacia la ventana desde donde contempló el campo tebaico, verdeando bajo el sol de verano.

—Te amo, Nefertari, pero también soy el esposo de Egipto. Debo fecundar esta tierra y hacerla próspera. Cuando su voz me llama, no tengo derecho a permanecer indiferente.

—¿Tanto queda por hacer?

—Creía que tendría que reinar en un país tranquilo, olvidando que estaba habitado por hombres. Unas semanas les bastan para traicionar la ley de Maat y destruir la obra de mi padre y de sus antepasados; la armonía es el más frágil de los tesoros. Si mi vigilancia se relaja, el mal y las tinieblas se apoderarán del país.

Nefertari se levantó a su vez; desnuda, se acurrucó contra Ramsés. Al simple contacto de su cuerpo perfumado, él supo que su comunión era total.

Unos golpes nerviosos llamaron a la puerta de la habitación; ésta se abrió bruscamente, dando paso a un Ameni desgreñado que se volvió en cuanto divisó a la reina.

—¡Es grave, Ramsés, muy grave!

—¿Hasta el punto de importunarme tan temprano?

—Ven, no perdamos un instante.

—¿No me darás tiempo para lavarme y desayunar?

—Esta mañana no.

Ramsés no descuidaba las advertencias de Ameni, sobre todo cuando el joven escriba, de ordinario dueño de sí, perdía su sangre fría.

El rey conducía un carro tirado por dos caballos, seguido por otro carro que ocupaban Serramanna y un arquero. Aunque la velocidad lo mareaba, Ameni se alegró por la prisa que se daba Ramsés. Se detuvieron ante una de las puertas del recinto de Karnak. Echaron pie a tierra y leyeron la estela cubierta de jeroglíficos que todos los transeúntes capaces de leer podían descifrar.

—¡Mira la tercera línea! —exigió Ameni.

El signo formado por tres pieles de animal, que servía para escribir la idea de «nacimiento» y para designar a Ramsés como el «hijo de la luz», había sido mal grabado. Este defecto le hacía perder su magia protectora y lesionaba el ser secreto del faraón.

—Lo he comprobado —declaró Ameni postrado—. El mismo error se repite en los zócalos de las estatuas y de las estelas visibles por todos. ¡Es una malevolencia, Ramsés!

—¿Quién será el autor?

—El gran sacerdote de Amón y sus escultores. ¡Son ellos los que tenían la misión de grabar estos mensajes que proclaman tu coronación! Si no lo hubieras comprobado por ti mismo, no me habrías creído.

Aunque el sentido general de la proclamación no estuviera alterado, el asunto era serio.

—Convoca a los escultores —ordenó Ramsés—, y haz rectificar el grabado.

—¿No enviarás a los culpables ante un tribunal?

—No han hecho más que obedecer órdenes.

—El gran sacerdote de Amón está enfermo; es la razón por la cual no ha podido rendirte homenaje.

—¿Tienes pruebas contra esa importante personalidad?

—¡Su culpabilidad es evidente!

—Desconfía de las evidencias, Ameni.

—¿Quedará impune? Por muy rico que sea, es tu servidor.

—Establece una relación detallada de sus bienes.

Romé no podía quejarse de sus nuevas funciones. Tras haber nombrado hombres concienzudos y estrictos en el capítulo de la higiene, para mantener la limpieza de palacio, se había ocupado del zoológico real, en el que cohabitaban tres gatos, dos gacelas, una hiena y dos grullas cenicientas.

Un único individuo escapaba a su control: *Vigilante,* el perro amarillo oro del faraón, que había adquirido la enojosa costumbre de atrapar cada día un pez en el estanque real; como la escena se desarrollaba bajo la mirada protectora del león de Ramsés, ninguna intervención era posible.

A primera hora de la mañana, Romé había ayudado a Ameni a llevar una pesada caja de papiros. ¿De dónde sacaba tanta energía este pequeño escriba enclenque que comía poco y sólo dormía tres o cuatro horas por noche? Infatigable, pasaba la mayor parte de su tiempo en un despacho atestado de documentos sin ceder jamás a algún amago de lasitud.

Ameni se encerró con Ramsés, mientras Romé hacía su inspección cotidiana de las cocinas. La salud del faraón, por lo tanto de todo el país, ¿no dependía de la calidad de sus comidas?

Ameni desenrolló varios papiros en unas mesas bajas.

—He aquí el resultado de mis investigaciones —declaró con orgullo.

—¿Fueron difíciles?

—Sí y no. Los administradores del templo de Karnak no han apreciado mucho mi visita y mis preguntas, pero no se han atrevido a impedirme verificar sus declaraciones.

—¿Karnak es riquísimo?

—Lo es: ochenta mil empleados, cuarenta y seis obras en actividad en provincias que dependen del templo, cuatrocientos cincuenta jardines, vergeles y viñas, cuatrocientas veinte mil cabezas de ganado, noventa barcos y sesenta y cinco aldeas de diverso tamaño que trabajan directamente para el mayor santuario de Egipto. Su gran sacerdote reina sobre un verdadero ejército de escribas y campesinos. A este atestado hay que añadir otro; si se hace el recuento de la totalidad de los bienes del dios Amón, por lo tanto, de su clero, obtenemos seis millones de bovinos, seis millones de cabras, doce millones de asnos, ocho millones de mulas y varios millones de aves.

—Amón es el dios de las victorias y el protector del imperio.

—Nadie lo cuestiona, pero sus sacerdotes sólo son hombres. Cuando uno es llamado a gestionar semejante fortuna, ¿no se convierte en presa de tentaciones inconfesables? No he tenido tiempo de llevar más lejos mi investigación, pero estoy inquieto.

—¿Una razón precisa?

—En Tebas, los dignatarios esperan con impaciencia la partida de la pareja real hacia el norte. Dicho de otra manera, tu majestad trastorna su quietud y perturba el juego habitual. Se te pide enriquecer Karnak y dejarlo crecer como un Estado dentro del Estado, hasta el día en el que el gran sacerdote de Amón se proclame rey del sur y haga secesión.

—Eso sería la muerte de Egipto, Ameni.

—Y la miseria para el pueblo.

—Necesitaría pruebas tangibles, la traza de una malversación. Si intervengo contra el gran sacerdote de Amón, no tengo derecho a equivocarme.

—Yo me ocupo de ello.

Serramanna no tenía el espíritu tranquilo. Después de la tentativa de atentado de los griegos de Menelao, en Menfis, sabía que la existencia de Ramsés estaba amenazada. Y aunque los bárbaros ya habían abandonado Egipto, no por eso había desaparecido el peligro.

Así pues inspeccionaba sin parar lo que consideraba como los puntos sensibles del palacio tebaico, el cuartel general del ejército, el de la policía y el regimiento de las tropas de élite. Si se producía una revuelta, era allí donde nacería. El sardo, antiguo pirata, sólo se fiaba de su instinto, y ponía en duda las intenciones de un oficial superior o de un simple soldado. En numerosos casos, sólo había debido su supervivencia al hecho de haber golpeado primero, cuando su adversario se presentaba como un amigo.

A pesar de su estatura de coloso, Serramanna se desplazaba como un gato; le gustaba observar sin ser visto y sorprender las conversaciones. Por mucho calor que hiciera, el sardo llevaba una coraza metálica, y en la cintura un puñal y una espada corta de extremo muy puntiagudo. Las patillas y el bigote rizados daban a su rostro macizo un aspecto más bien espantoso con el que sabía jugar.

Los oficiales del ejército profesional, la mayoría procedentes de familias afortunadas, lo detestaban v se preguntaban por qué Ramsés había confiado el mando de su guardia personal a semejante patán. Serramanna no se preocupaba por ello. Ser amado no servía para nada y no formaba a un buen guerrero, capaz de servir a un buen jefe.

Y Ramsés era un buen jefe, capitán de un inmenso barco cuya navegación amenazaba ser peligrosa y animada.

En resumen, tenía todo lo que deseaba un pirata sardo, promovido a una dignidad inesperada y muy decidido a conservarla. Su suntuosa villa, las deliciosas egipcias de senos redondos como manzanas de amor y la buena comida no le bastaban. Nada sustituía un enfrentamiento sangriento durante el cual un hombre probaba su valor.

La guardia de palacio era renovada tres veces al mes, los días uno, once y veintiuno. Los soldados recibían vino, carne, pasteles y un salario en cereales. En cada relevo, Serramanna observaba a sus hombres hasta el fondo de los ojos, y les atribuía un puesto. Toda falta de disciplina, toda relajación se traducía en una paliza y un despido inmediato.

El sardo pasó lentamente ante los soldados, colocados en una sola fila. Se detuvo delante de un joven rubito, que parecía nervioso.

—¿De dónde vienes?

—De un pueblo del Delta, comandante.

—¿Cuál es tu arma preferida?

—La espada.

—Bebe esto, necesitas saciar la sed.

Serramanna le presentó al rubito una redoma que contenía vino anisado. Bebió dos sorbos.

—Tú vigilarás la entrada del pasillo que lleva al despacho real e impedirás el acceso durante las tres últimas horas de la noche.

—A sus órdenes, comandante.

Serramanna comprobó el filo de las armas blancas, rectificó posturas, reajustó uniformes e intercambio unas palabras con otros soldados.

Luego cada uno se dirigió a su puesto...

El arquitecto de palacio había dispuesto las ventanas altas de manera que se estableciera una circulación de aire que refrescara los pasillos durante las cálidas noches de verano.

Reinaba el silencio y en el exterior sólo se oía el canto de los sapos enamorados.

Serramanna avanzó sin hacer ruido por el enlosado, en dirección al pasillo que llevaba al despacho de Ramsés. Como suponía, el rubito no estaba en su puesto.

En vez de efectuar la vigilancia, intentaba hacer saltar el cerrojo que impedía el acceso al despacho. El sardo, con su ancha mano, lo agarró por el cuello y lo levantó.

—Un griego, ¡eh! Sólo un griego puede beber vino anisado sin chistar. ¿A qué facción perteneces, amiguito? ¿A un remanente de Menelao o a una nueva conspiración? ¡Responde!

El rubito se agitó unos instantes, pero no emitió ningún sonido.

Como lo sentía desmadejarse, Serramanna lo dejó en el suelo, donde se tendió como una muñeca de trapo. El sardo, sin quererlo, le había roto las vértebras cervicales.

16

Serramanna no era un especialista en informes escritos. Se contentó con relatar los hechos a Ameni y éste los transcribió en papiro y alertó de inmediato a Ramsés. Nadie conocía al griego, reclutado por sus aptitudes físicas. Su brutal muerte privaba al rey de informaciones precisas, pero no le hizo ningún reproche al sardo, cuya vigilancia se mostraba indispensable.

Esta vez no era la vida del faraón la que atacaban, sino su despacho, así pues los asuntos de Estado. ¿Qué venían a buscar ahí sino documentos confidenciales e informaciones sobre la manera como él quería gobernar el país?

El intento de asesinato de Menelao no ocultaba nada más que venganza. Este robo fracasado era mucho más tenebroso. ¿Quién había enviado a aquel griego, quién había permanecido en la sombra, con la voluntad de contrarrestar la acción del soberano? Por supuesto, estaba Chenar, el hermano decepcionado, inactivo y silencioso desde la coronación. ¿Acaso no velaba su máscara un despliegue de actividades ocultas, dirigidas con mayor habilidad que en el pasado?

Romé se inclinó ante el rey.

—Majestad, vuestro visitante ha llegado.

—Condúcelo al jardín, bajo el quiosco.

Ramsés sólo estaba vestido con un sencillo taparrabo blanco y no llevaba más que una única joya, un brazalete de oro en la muñeca derecha. Se concentró unos instantes, consciente de la importancia de aquella entrevista de la que dependería, en gran parte, la suerte de Egipto.

En el jardín, el rey había hecho levantar un elegante quiosco de madera, a la sombra de un sauce. En una mesa baja había uvas de granos rojos e higos frescos, y en unas copas habían servido cerveza ligera y digestiva, ideal durante los fuertes calores.

El gran sacerdote de Amón de Karnak estaba sentado en un confortable sillón con cojines bien rellenos; ante él había un taburete para colocar los pies. La peluca, la túnica de lino, el gran collar de perlas y lapislázuli que le cubría el pecho y los brazaletes de plata le daban un aspecto altivo.

En cuanto apareció el soberano, el gran sacerdote se levantó e inclinó.

—¿Os gusta este lugar?

—Agradezco a vuestra majestad haberlo elegido; su dulzura es propicia para mi salud.

—¿Cómo evoluciona?

—Ya no soy joven: es lo más difícil de aceptar.

—Tenía prisa por veros.

—No era necesario, majestad. Por un lado he tenido que guardar cama algún tiempo; por otro, esperaba venir en compañía de los visires del sur y del norte y del virrey de Nubia.

—¡Qué delegación! ¿Han rechazado vuestra propuesta?

—En un primer momento, no; pero finalmente se negaron a venir.

—¿Y por qué han cambiado de opinión?

—Son altos funcionarios... No desean disgustar a vuestra majestad. Sin embargo, lamento su ausencia, ya que corre el riesgo de quitarle peso a mis palabras.

—Si son justas, no tenéis nada que temer.

—¿Las consideraréis como tales?

—Como servidor de Maat las resolveré.

—Estoy inquieto, majestad.

—¿Puedo ayudaros a disipar esa turbación?

—Habéis pedido un estado de las riquezas de Karnak.

—Y lo he obtenido.

—¿Qué conclusiones sacáis?

—Que sois un notable gestor.

—¿Es un reproche?

—En absoluto. ¿No nos han enseñado nuestros antepasados que una espiritualidad dichosa se acompaña con el bienestar de todo un pueblo? Seti enriqueció Karnak, y vos hacéis prosperar esas riquezas.

—Existe un reproche en el tono de vuestra voz.

—Perplejidad, nada más; ¿y si examinamos vuestra inquietud?

—Se murmura que la gloria y la fortuna de Karnak hacen sombra a vuestra majestad, y que pensabais dispensar vuestros favores a otros templos.

—¿Quién lo dice?

—El rumor...

—¿Y le dais importancia?

—Cuando se vuelve insistente, ¿podemos desatenderlo?

—Vos mismo, ¿qué pensáis de ello?

—Que vuestra majestad seria muy prudente al no modificar en nada la situación actual; ¿no sería sabio que os ajustarais a la política de vuestro padre?

—Por desgracia, su reinado fue demasiado breve para que pudiera emprender el conjunto de reformas necesarias.

—Karnak no necesita ninguna reforma.

—No es ésa mi opinión.

—Mi inquietud estaba pues justificada.

—La mía también en ese caso.

—Yo... yo no entiendo.

—¿El gran sacerdote de Amón es aún fiel servidor del faraón?

El prelado evitó mirar a Ramsés. Para aparentar serenidad, comió un higo y bebió un poco de cerveza. La sencillez del atuendo del monarca creaba un contraste sorprendente con la elegancia refinada de su interlocutor, poco habituado a ataques tan directos. El rey se cuidó mucho de hostigarle, dejándole recobrar el aliento y los sentidos.

—¿Cómo podéis dudar de ello, majestad?

—Debido a la investigación de Ameni.

El gran sacerdote enrojeció.

—Ese aborto de escriba, ese fisgón, esa rata, ese...

—Ameni es mi amigo, y su única ambición es servir a Egipto. No tolero ningún insulto que mancille su reputación, salga de la boca que salga.

El prelado farfulló.

—Perdonadme, majestad, pero sus métodos...

—¿Se mostró violento?

—No, ¡pero es más encarnizado que un chacal devorando su presa!

—Hace su trabajo a conciencia y no descuida ningún detalle.

—¿Qué tenéis que reprocharme?

Ramsés clavó su mirada en la del gran sacerdote.

—¿Lo ignoráis?

Por segunda vez, el prelado se volvió hacia otro lado.

—¿La totalidad de la tierra de Egipto no pertenece al faraón? —preguntó Ramsés.

—Así lo quiere el testamento de los dioses.

—Pero el rey está autorizado a dar campos a hombres justos, sensatos y valientes que han merecido poseerlas.

—Así lo quiere la costumbre.

—¿El gran sacerdote de Amón está autorizado a actuar como el faraón?

—Él es su delegado y su representante en Karnak.

—¿No habéis llevado demasiado lejos dicha delegación?

—No veo...

—Vos habéis cedido tierras a particulares, que así os están muy agradecidos, especialmente militares cuya lealtad hacia mí, mañana, sería tal vez dudosa. ¿Tenéis necesidad de un ejército para defender vuestro patrimonio privado?

—¡Es una coincidencia de circunstancias, majestad! ¿Qué habéis imaginado?

—Tres ciudades albergan los tres templos mayores del país: Heliópolis es la ciudad santa de Ra, la luz creadora; Menfis, la de Ptah, que creó el Verbo e inspira el gesto de los artesanos; Tebas, la de Amón, el principio oculto, del que nadie conoce la forma verdadera. Mi padre insistía en que el equilibrio fuera mantenido entre los tres poderes, expresiones complementarias de lo divino. Mediante vuestra política, habéis roto esta armonía. Tebas es ampulosa y vanidosa.

—¡Majestad! ¿No estáis insultando a Amón?

—Es a su gran sacerdote a quien hablo, y le doy la orden de cesar toda actividad profana para consagrarse a la meditación y a la práctica de los ritos.

El prelado se levantó con dificultad.

—Vos sabéis que eso es imposible.

—¿Por qué razón?

—Mi función es a la vez espiritual y administrativa, ¡como la vuestra!

—Karnak pertenece al faraón.

—Nadie lo niega, ¿pero quién gestionará sus propiedades?

—Un especialista que yo nombraré.

—¡Eso será desmantelar nuestra jerarquía! No cometáis ese error, majestad. Enemistaros con el clero de Amón os perjudicará de manera irremediable.

—¿Es una amenaza?

—El consejo de un hombre experimentado a un joven monarca.

—¿Creéis que lo seguiré?

—Reinar es un arte difícil que exige cierta cantidad de alianzas, entre las cuales hay una con el clero de Amón. Por supuesto, obedeceré vuestras directrices, sean las que sean, pues sigo siendo vuestro fiel servidor.

A pesar de una visible lasitud, el prelado había recuperado la seguridad.

—No desencadenéis una guerra inútil, majestad, tendríais mucho que perder. Una vez pasada la exaltación del poder, volved a la razón y no

trastoquéis nada. Los dioses sienten horror por los excesos; recordad el lamentable comportamiento de Akenatón respecto de Tebas.

—Las mallas de vuestra red parecen bien tejidas, pero el pico de un halcón podrá desgarrarlas.

—¡Cuánta energía dispensada en vano! Vuestro lugar está en Menfis, no aquí. Egipto necesita vuestra fuerza para protegernos de los bárbaros, que sólo piensan en invadirnos. Dejadme gobernar esta región y apoyaré vuestros esfuerzos.

—Pensaré en ello.

El gran sacerdote sonrió.

—Si a la fogosidad añadís la inteligencia: seréis un gran faraón, Ramsés.

17

Los notables tebanos sólo tenían un sueño en la mente: encontrarse con el rey y abogar por su causa para preservar las ventajas adquiridas. Frente a un monarca imprevisible, que no se había vendido a ningún clan, incluso los cortesanos más influyentes podían esperar alguna sorpresa desagradable. Pero era necesario franquear el obstáculo que constituía Ameni, el secretario particular del rey, que daba las audiencias con cuentagotas y apartaba a los inoportunos sin miramientos. ¿Y qué decir del registro impuesto por el gigante sardo Serramanna, que no dejaba que nadie accediera al faraón sin haber comprobado personalmente que el visitante no poseía ni arma ni objeto sospechoso?

Aquella mañana, Ramsés había despedido a todos los solicitantes, incluido el responsable de los diques que había recomendado Ameni y del que se ocuparía muy bien él solo. El rey necesitaba los consejos de la gran esposa real.

Sentados en el borde del estanque al que iban a bañarse, ofreciendo sus cuerpos desnudos al sol, cuyos rayos filtraba el follaje de los sicomoros, saboreaban la belleza de los jardines de palacio. Nedjem, promovido a ministro de Agricultura, continuaba ocupándose de ellos con sumo cuidado.

—Acabo de entrevistarme con el gran sacerdote de Amón —confesó Ramsés.

—¿Su hostilidad es irremediable?

—Sin duda alguna. 0 adopto su posición, o impongo la mía.

—¿Y qué propone él?

—Que Karnak conserve la supremacía sobre los demás templos de Egipto, que él reine en el sur y yo en el norte.

—Inaceptable.

Ramsés miró a Nefertari con sorpresa.

—¡Yo que me esperaba que predicaras la moderación!

—Si la moderación conduce a la ruina del país se convierte en un vicio. Ese sacerdote intenta imponer su ley al faraón, privilegiar sus intereses particulares en perjuicio del bienestar general. Si cedes, el trono vacilará, y lo que Seti construyó será destruido.

Nefertari se había expresado con dulzura, con una voz tranquila y sosegada, pero sus palabras eran de una firmeza sorprendente.

—¿Consideras las consecuencias de un conflicto abierto entre el rey y el gran sacerdote de Amón?

—Si das muestras de debilidad desde el inicio de tu reinado, los ambiciosos y los incapaces se desatarán. En cuanto al gran sacerdote de Amón, tomará la cabeza de una disidencia y afirmará su autoridad en detrimento de la del faraón.

—No temo emprender esa lucha, pero...

—¿Temes actuar sólo para tu provecho personal?

Ramsés contempló su imagen en el agua azul del estanque.

—Has leído mis pensamientos.

—¿No soy tu esposa?

—¿Qué respondes a tu pregunta, Nefertari?

—Ninguna envoltura humana es lo bastante amplia para contener el ser del faraón. Tú eres la generosidad, el entusiasmo y el poder, y utilizas esas armas para alzarte a la altura de la función que se ha apoderado de tu vida.

—¿Me estoy equivocando?

—Lo que divide es malo, y ese gran sacerdote ha elegido la división porque le favorece. Como faraón, no debes cederle ni un palmo de terreno.

Ramsés colocó la cabeza en el seno de Nefertari, que le acarició los cabellos. Unas golondrinas, con un susurro de seda, revoloteaban por encima de la pareja real.

Los ruidos de un altercado, a la entrada del jardín, rompieron su quietud. Una mujer discutía con los guardias en un tono cada vez más alto.

Ramsés anudó un taparrabo alrededor de sus caderas y caminó hacia el grupito.

—¿Qué sucede aquí?

Los guardias se apartaron, el rey descubrió a Iset la Bella, encantadora y graciosa.

—¡Majestad! —exclamó ella—. Déjame hablarte, ¡te lo suplico!

—¿Quién te lo prohíbe?

—Tu policía, tu ejército, tu secretario, tu...

—Ven conmigo.

Oculto detrás de su madre, un chiquillo dio un paso hacia el lado.

—Éste es tu hijo, Ramsés.

—¡Kha!

Ramsés cogió al niño en brazos y lo levantó por encima de su cabeza. Asustada, la criatura estalló en sollozos.

—Es muy tímido —dijo Iset.

El rey colocó a su hijo a horcajadas sobre sus hombros; el miedo de Kha se disipó de prisa y la risa le sucedió.

—Cuatro años... ¡Mi hijo tiene cuatro años! ¿Su ayo está contento de él?

—Lo juzga demasiado serio. Kha juega muy poco y sólo piensa en descifrar jeroglíficos, incluso logra escribir algunos. Ya conoce muchas palabras.

—¡Será escriba antes que yo! Ven a refrescarte; yo voy a enseñarle a nadar.

—Ella... ¿Nefertari está ahí?

—Por supuesto.

—¿Por qué me mantienes apartada como a una extraña? Sin mí, ¡estarías muerto!

—¿Qué quieres decir?

—¿No ha sido mi carta la que te advirtió de la conspiración que se tramaba contra ti?

—¿De qué me hablas?

Iset la Bella bajó la cabeza.

—Durante algunas noches demasiado dolorosas, es cierto, he sufrido por mi soledad y tu abandono. Pero jamás he dejado de amarte y me negué a aliarme con los miembros de tu propia familia que habían decidido perjudicarte.

—Tu carta no me llegó.

Iset palideció.

—Entonces, ¿has creído que también yo me contaba entre tus numerosos adversarios?

—¿Me he equivocado?

—Sí, ¡te has equivocado! ¡Juro, sobre el nombre del faraón, que no te he traicionado!

—¿Por qué debería creerte?

Iset se agarró al brazo de Ramsés.

—¿Cómo podría mentirte?

Iset vio a Nefertari.

Su belleza le cortó el aliento. No sólo la perfección de sus formas era un encanto, sino también la luz que emanaba de la reina embelesaba la mirada y desarmaba toda crítica. Nefertari era la gran esposa con la que nadie podía rivalizar.

Los celos no encogieron el corazón de Iset la Bella. Nefertari estaba radiante, como un cielo de verano, su nobleza imponía respeto.

—¡Iset! Me alegra volver a veros.

La segunda esposa se inclinó.

—No, os lo ruego... Venid a bañaros, ¡hace tanto calor!

Iset no esperaba tal recibimiento. Desconcertada, no resistió, se desvistió y, desnuda como Nefertari, se sumergió en el agua azul del estanque.

Ramsés miró cómo nadaban las dos mujeres que amaba. ¿Cómo se podían experimentar sentimientos tan diferentes, pero intensos y sinceros? Nefertari era el gran amor de su vida, un ser excepcional, una reina. Ni las pruebas ni los ultrajes del tiempo atenuarían la pasión luminosa que vivían. Iset la Bella era el deseo, la despreocupación, la gracia, el placer loco. No obstante, había mentido y conspirado contra él. No tendría más remedio que castigarla.

—¿Es verdad que soy tu hijo? —preguntó la vocecita de Kha.

—Es verdad.

—«Hijo», en jeroglífico, se representa con un pato.

—¿Sabes dibujarlo?

Con la punta del índice y una gran seriedad, el chiquillo trazó un pato bastante logrado en la arena de la avenida.

—¿Sabes cómo se escribe faraón?

Kha trazó el plano de una casa y luego una columna.

—La casa expresa la idea de un medio protector, la columna simboliza la grandeza: «mansión grande», «gran mansión», ése es el significado de la palabra faraón[1]. ¿Sabes por qué me llaman así?

—Porque estás por encima de todo el mundo y vives en una casa muy grande.

—Tienes razón, hijo mío, pero esta casa es todo Egipto, y cada uno de sus habitantes debe encontrar en ella su propia morada.

—¿Me enseñas otros jeroglíficos?

—¿No aprecias otros juegos?

El chiquillo hizo un mohín.

—De acuerdo.

Kha sonrió.

Con el índice, el rey trazó un círculo y un punto en el centro.

—El sol —explicó—. Se le llama Ra; su nombre se forma con una boca y un brazo, pues es el verbo y la acción. Ahora te toca dibujarlo.

El niño se divirtió trazando una serie de soles que, poco a poco, se acercaron al círculo perfecto. Cuando salieron del agua, Iset y Nefertari quedaron pasmadas del resultado.

—¡Sus dotes son extraordinarias! —constató la reina.

—Casi me dan miedo —confesó Iset—. El ayo se espanta.

[1] En jeroglífico, PER, «morada, casa, templo» + ÂA, «grande» = PERÂA, de donde, por evolución fonética, faraón.

—Se equivoca —juzgó Ramsés—. Que mi hijo siga su camino, independientemente de la edad. Quizá el destino ya lo prepara para sucederme. Esta precocidad es un don de los dioses, respetémosla y no la refrenemos. Esperadme aquí.

El rey abandonó el jardín y penetró en el interior del palacio.

Al pequeño Kha se le había irritado la punta del dedo y empezó a llorar.

—¿Puedo tomarlo en mis brazos? —preguntó Nefertari a Iset.

—Sí... sí, por supuesto.

El niño se calmó casi de inmediato; en los ojos de Nefertari había una infinita ternura. Iset se atrevió a hacer la pregunta que le quemaba el corazón.

—Pese a la desdicha que os ha tocado vivir, ¿esperáis tener otro hijo?

—Creo estar encinta.

—¡Ah!... ¡Esta vez, las divinidades del nacimiento pueden seros favorables!

—Os agradezco estas palabras; me ayudarán a dar a luz.

Iset ocultó su desconcierto. Ella no cuestionaba que Nefertari fuera la reina, e incluso no envidiaba a la gran esposa real, abrumada por cargas y preocupaciones; pero a Iset le hubiera gustado ser la madre de innumerables hijos de Ramsés, la generadora que el rey veneraría a lo largo de toda su vida. Por ahora seguía siendo la que le había dado su primer hijo. Pero si Nefertari llegaba a ser madre de un chico, probablemente Kha sería relegado a un segundo plano.

Ramsés regresó con una pequeña tableta de escriba provista con dos panes de tinta, uno rojo y otro negro, y de tres pequeños pinceles. Cuando se los dio a su hijo, el rostro de Kha se iluminó, y apretó los preciosos objetos contra su pecho.

—¡Te quiero, papá!

En cuanto Iset y Kha se fueron, Ramsés no disimuló sus pensamientos a Nefertari.

—Estoy convencido de que Iset ha conspirado contra mí.

—¿Se lo has preguntado?

—Confiesa haber tenido pensamientos negativos respecto de mi persona, pero pretende hacerme creer que ha intentado prevenirme de que se estaba preparando una agresión contra mí. Su carta no me ha llegado.

—¿Por qué no le crees?

—Tengo la impresión de que miente y de que no me perdona que te haya elegido como gran esposa.

—Te equivocas.

—Su falta debe ser sancionada.

—¿Qué falta? Un faraón no puede castigar fundándose en una fugaz impresión. Iset te ha dado un hijo, ella no te desea ningún mal. Olvida la falta, si ha sido cometida, y más aún la sanción.

18

La vestimenta de Setaú contrastaba con la de los cortesanos y con la de los escribas admitidos en palacio. Su grueso vestido de piel de antílope, semejante a una túnica de invierno, estaba saturado de soluciones médicas capaces de contrarrestar la acción de un veneno. En caso de mordedura, Setaú se desnudaba, mojaba la piel en agua y sacaba de ella el remedio.

—No estamos en el desierto —afirmó Ramsés—. Aquí no tienes necesidad de esa farmacia ambulante.

—Este lugar es más peligroso que la profunda Nubia. Las serpientes y los escorpiones no tienen el mismo aspecto pero pululan. ¿Estás preparado?

—Estoy en ayunas, como me pediste.

—Gracias a mi tratamiento, estarás casi inmunizado, incluso contra ciertas cobras. ¿En verdad deseas esta protección suplementaria?

—Te he dado mi conformidad.

—El riesgo no es nulo.

—No perdamos más tiempo.

—¿Le has pedido su opinión a Nefertari?

—¿Y tú a Loto?

—Dice que estoy un poco loco, pero armonizamos a las mil maravillas.

Mal afeitado, refractario a llevar peluca, con la cabeza cuadrada, Setaú habría asustado a la mayoría de los enfermos.

—Si he dosificado mal esta poción —confesó—, corres el riesgo de quedar idiota.

—No cederé a tus amenazas.

—Entonces, bébete esto.

Ramsés se apresuró a hacerlo.

—¿Cómo te sientes?

—Estupendamente.

—Es debido al zumo de algarrobo. El resto es menos agradable: cocción de varias plantas urticantes y sangre de cobra diluida. Ahora estás inmunizado contra cualquier tipo de mordedura. Te bastará con beber esta mixtura cada seis meses para conservar esta ventaja.

—¿Cuándo aceptarás formar parte de mi gobierno?

—Jamás. Y tú, ¿cuándo dejarás de ser ingenuo? ¡Podría haberte envenenado!

—No tienes la mentalidad de un asesino.

—¡Como si la conocieras!

—Menelao me ha enseñado mucho. Y te olvidas del instinto de Serramanna, de mi león y de mi perro.

—¡En verdad, forman un hermoso trío! ¿Olvidas que Tebas sueña con verte partir y que la mayoría de los notables desea tu fracaso?

—La naturaleza me ha dotado de buena memoria.

—El hombre es una especie más temible que los reptiles, Ramsés.

—Cierto, pero también es un material con el que el faraón intenta construir un mundo justo y armonioso.

—¡Bah! Un sueño más que los años enviarán al territorio de los ilusos. Desconfía, amigo mío: estás rodeado de seres tenebrosos y malhechores. Pero tienes suerte, cuentas con esa misteriosa fuerza que también me habita a mí cuando voy al encuentro de las cobras. Y te ha dado una aliada sin par, Nefertari, un sueño realizado. Deberíamos creer que podrás triunfar.

—Sin ti sería difícil.

—El halago no era uno de tus defectos, en otro tiempo. Vuelvo a Menfis con una hermosa cosecha de venenos. Vela por ti, Ramsés.

A pesar de las demostraciones de poder de Ramsés, Chenar no desesperaba. En la prueba de fuerza que enfrentaba al joven rey con el gran sacerdote de Amón, la salida seguía siendo incierta. Sin duda los dos hombres

permanecerían en su posición, lo que debilitaría la autoridad de Ramsés, cuya palabra estaba lejos de tener el peso de la de Seti.

Poco a poco, Chenar descubría a su hermano.

Si lo atacaba directamente, el fracaso estaba asegurado, pues Ramsés se defendería con tanta energía que le daría la vuelta a la situación y la pondría a su favor. Más valía tender una sucesión de trampas, utilizar la astucia, la mentira y la traición. Si Ramsés no lograba identificar a sus enemigos, golpearía en el vacío y se agotaría. Cuando estuviera extenuado, sería fácil acabar con él.

Mientras el rey procedía a numerosos nombramientos y sometía a Tebas a su voluntad, Chenar se había mantenido silencioso y discreto, como si los acontecimientos no le concernieran. Ahora debía salir de su mutismo, so pena de ser sospechoso de urdir un complot.

Después de haber reflexionado mucho, Chenar había decidido llevar a cabo un juego aparentemente tosco, que engañaría a Ramsés y le haría reaccionar con su fogosidad habitual, sin sospechar que su intervención correspondería precisamente a las esperanzas de Chenar. Este intento tendría el valor de prueba. Si Chenar lo conseguía, sin que su hermano lo supiera, sabría manipularlo.

En ese caso, el futuro se anunciaba risueño.

Por décima vez, Ramsés intentaba explicar a *Vigilante* que no era conveniente pescar peces en el vivero del palacio y compartir el botín con el león. ¿Sus raciones no eran suficientes? En los ojos vivos del perro amarillo oro, el rey se dio cuenta de que recibía la reprimenda sin problemas pero que no la tendría en cuenta. Seguro del apoyo de la fiera, *Vigilante* se sentía casi invulnerable.

La gran estatura de Serramanna apareció en el umbral del despacho de Ramsés.

—Vuestro hermano quiere veros, pero se niega a ser registrado.

—Déjalo entrar.

El sardo desapareció. Al pasar, Chenar le lanzó una mirada glacial.

—¿Puedo entrevistarme a solas con su majestad?

El perro amarillo siguió a Serramanna, que nunca dejaba de darle un trozo de pastel de miel.

—Hace mucho tiempo que no hemos intercambiado nuestras ideas, Chenar.

—Estás muy ocupado y no tengo intención de dificultar tu acción.

Ramsés dio vueltas alrededor de Chenar.

—¿Por qué me contemplas así? —se sorprendió este último.

—Has adelgazado, querido hermano...

—Estas últimas semanas he estado a régimen.

A pesar de sus esfuerzos, Chenar seguía gordo. Sus pequeños ojos de color marrón animaban un rostro lunar de mejillas abultadas y cuyos labios gruesos traicionaban la glotonería.

—¿Por qué has conservado ese collar de barba?

—Llevo para siempre luto por Seti —afirmó Chenar—. ¿Cómo olvidar a nuestro padre?

—Soy sensible a tu dolor y lo comparto.

—Estoy seguro de ello, pero tus funciones te prohíben manifestarlo; no es lo mismo para mí.

—¿Cuál es la razón de tu visita?

—La esperabas, ¿verdad?

El rey permaneció silencioso.

—Soy tu hermano mayor y gozo de una excelente reputación; la decepción de no haber sido entronizado en tu lugar ha pasado, pero no me resigno a ser un noble ocioso y rico, sin utilidad para mi país.

—Te comprendo.

—El trabajo de jefe de protocolo que me has confiado es demasiado limitado, tanto más desde que Romé, el nuevo intendente de palacio, se encarga de ello con mucho gusto.

—¿Qué deseas, Chenar?

—He reflexionado mucho antes de dar este paso; para mí conlleva un aspecto humillante.

—Entre hermanos, un término como ése no tiene lugar.

—¿Cuestionas mis exigencias?

—No, Chenar, pues aún no las conozco.

—¿Aceptas escucharme?

—Habla, te lo ruego.

Agitado, Chenar se paseó.

—¿Convertirme en visir? Imposible. Serías acusado de concederme un privilegio exorbitante. ¿Dirigir la policía? He pensado en ello, pero es una tarea demasiado compleja. ¿Jefe de escribas? Demasiado duro, sin suficiente descanso y tiempo libre. ¿Las grandes canteras? No tengo la competencia necesaria. ¿Ministro de Agricultura? El puesto ya está ocupado. ¿Ministro de Finanzas? Has conservado al que servía a Seti. Y no tengo gusto por la vida de los templos y las ocupaciones de los grandes sacerdotes.

—¿Qué ambición te queda?

—La que corresponde a mis gustos y a mis capacidades: ministro de Asuntos Exteriores. Conoces mi interés por el comercio con nuestros vasallos y nuestros vecinos. En lugar de limitarme a unos negocios que no harían más que incrementar mi fortuna personal, insisto en trabajar para reforzar la paz mejorando nuestra diplomacia.

Chenar dejó por fin de deambular.

—¿Te sorprende mi propuesta?

—Es una responsabilidad excesiva.

—¿Me autorizas a hacer cualquier cosa para evitar una guerra con los hititas? Nadie desea un enfrentamiento sangriento. Que el faraón otorgue el puesto de ministro de Asuntos Exteriores a su hermano mayor probará la importancia que le concede a la paz.

Ramsés reflexionó durante un rato.

—Te concedo lo que deseas, Chenar. Pero necesitarás ayuda.

—Lo reconozco... ¿En quién piensas?

—En mi amigo Acha. La diplomacia es su oficio.

—Libertad vigilada, de alguna manera.

—Colaboración eficaz, espero.

—Ya que tal es tu voluntad...

—Reuníos lo antes posible y presentadme vuestros proyectos con precisión.

Al salir de palacio, Chenar contuvo con gran dificultad una explosión de alegría.

Ramsés había reaccionado como esperaba.

19

Dolente, la hermana de Ramsés, se prosternó y besó los pies del rey.

—¡Perdóname, te lo suplico, y perdona a mi marido!

—Levántate, estás grotesca.

Dolente aceptó la mano de su hermano, pero no se atrevió a mirarlo. Alta, lánguida, Dolente parecía desamparada.

—¡Perdónanos, Ramsés, hemos actuado como insensatos!

—Queríais mi muerte. Tu marido ha conspirado contra mí en dos ocasiones, ¡él, que fue mi ayo!

—Su falta es grave, la mía también, pero hemos sido manipulados.

—¿Por quién, mi querida hermana?

—Por el gran sacerdote de Karnak. Logró persuadirnos de que serías un mal rey y que conducirías al país a una guerra civil.

—Entonces no confiabais en mí.

—Mi esposo, Sary, te consideraba como un ser fogoso, incapaz de refrenar tus instintos de guerrero. Lamenta sus errores... ¡Cómo los lamenta!

—¿Mi hermano, Chenar, ha tratado también de persuadiros?

—No —mintió Dolente—, es a él a quien deberíamos haber escuchado. Desde que aceptó plenamente la decisión de nuestro padre, él se considera como uno de tus súbditos y sólo piensa en servir a Egipto encontrando un puesto digno para sus capacidades.

—¿Por qué no ha venido tu marido contigo?

Dolente inclinó la cabeza.

—Tiene demasiado miedo de la cólera del faraón.

—Tienes mucha suerte, mi querida hermana. Nuestra madre y Nefertari han intervenido con vigor para evitarte un severo castigo. Ambas deseaban preservar la unidad de nuestra familia, en homenaje a Seti.

—Tú... ¿tú me perdonas?

—Te nombro superiora honoraria del harén de Tebas. Es un buen título y no te costará muchos esfuerzos. Sé muy discreta, hermanita.

—¿Y... mi marido?

—Le nombro jefe de ladrilleros en la obra de Karnak. Así será útil y aprenderá a construir en vez de destruir.

—Pero... Sary es un profesor, un escriba, ¡no sabe hacer nada con las manos!

—Es contrario a la enseñanza de nuestros padres: si la mano y la mente no trabajan juntas, el hombre se vuelve malo. Apresuraos a tomar los dos vuestras nuevas funciones. El trabajo no falta.

Mientras se retiraba, Dolente suspiró. De acuerdo con las previsiones de Chenar, ella y Sary habían escapado a lo peor. Al principio de su reinado, y bajo la influencia de su madre y de su esposa, Ramsés preferiría la clemencia a la intransigencia.

Estar obligada a trabajar era un auténtico castigo, pero más suave que el presidio de los oasis o el exilio en lo más profundo de Nubia. En cuanto a Sary, que había corrido el riesgo de la pena de muerte, podía considerarse satisfecho, incluso si su labor no era muy gloriosa.

Estas humillaciones serían de corta duración. Dolente, gracias a sus mentiras, había restablecido la honorabilidad de Chenar, que elaboraba un creíble personaje de hermano obediente y respetuoso. Preocupado por mil inquietudes, Ramsés terminaría por creer que sus enemigos de ayer, entre ellos su hermano y su hermana, habían vuelto al orden y sólo pensaban en llevar una existencia tranquila.

Moisés reencontró con alegría la obra de la sala de columnas de Karnak que Ramsés, una vez finalizado el período de luto, había decidido reabrir con el fin de terminar la gigantesca obra emprendida por su padre. Dotado de una cabellera abundante, barbado, con los hombros anchos, el torso poderoso, el rostro curtido, el joven hebreo gozaba de la estima y del afecto de su equipo de picapedreros y de grabadores de jeroglíficos.

Moisés había rechazado el puesto de maestro de obras que le proponía Ramsés, pues no se sentía capaz de cargar con semejante responsabilidad. Coordinar los esfuerzos de los especialistas y suscitar su voluntad de

perfección, sí. Levantar el plano de un edificio como un arquitecto de la cofradía de Deir el-Medineh, no. Aprendiendo el oficio sobre el terreno, escuchando a aquellos que eran más instruidos que él, familiarizándose con la modestia de los materiales, el hebreo llegaría a ser apto para construir.

La ruda vida de una obra le permitía expresar su fuerza física y olvidar el fuego que le quemaba el alma. Todas las noches, tendido en su cama y buscando en vano el sueño, Moisés intentaba comprender por qué se le escapaba la simple dicha de vivir. Había nacido en un país rico, ocupaba una posición ventajosa, se beneficiaba de la amistad del faraón, atraía las miradas de hermosas mujeres, llevaba una existencia afortunada y apacible... Pero ninguno de estos argumentos lo tranquilizaba. ¿Por qué esta insatisfacción perpetua, por qué esta tortura interior que nada justificaba?

Reanudar una intensa actividad, oír de nuevo el alegre canto de mazos y cinceles, ver deslizarse sobre el légamo mojado los trineos de madera cargados con enormes bloques de piedra, velar por la seguridad de los obreros, asistir al crecimiento de una columna: esta aventura exaltante borraría sus tormentos.

En verano se descansaba. Pero la muerte de Seti y la coronación de Ramsés trastornaron las costumbres. Con la conformidad de los jefes de la corporación de Deir el-Medineh y del maestro de obras de Karnak, que le había explicado su plan punto por punto, Moisés había organizado dos periodos de trabajo diarios, el primero desde el alba hasta media mañana, el segundo desde fines de la tarde hasta el crepúsculo. Cada uno disponía así de un tiempo de recuperación suficiente, tanto más cuanto que anchos paños de tela tendidos entre estacas mantenía la obra a la sombra.

En cuanto Moisés franqueó el puesto de guardia que daba acceso a la sala de columnas en construcción, el jefe de los picapedreros se adelantó hacia él.

—No es posible trabajar en estas condiciones.

—El calor aún no es insoportable.

—Eso no nos asusta... Hablo del comportamiento del nuevo jefe del equipo de ladrilleros que construyen los andamios.

—¿Lo conozco?

—Se llama Sary, es el esposo de Dolente, la hermana del faraón. ¡Igual se cree que por eso puede hacer lo que le dé la gana!

—¿Que le reprochas?

—Debido a que encuentra la tarea demasiado penosa, sólo convocará a su equipo cada dos días, pero lo privará de siesta y racionará el agua. ¿Piensa tratar a nuestros colegas como esclavos? ¡Estamos en Egipto, no en Grecia ni entre los hititas! Me declaro solidario con los ladrilleros.

—Tienes razón. ¿Dónde se encuentra Sary?

—Al fresco, bajo la tienda de los jefes de equipo.

Sary había cambiado mucho. El jovial ayo de Ramsés se había convertido en un hombre casi delgado, con el rostro anguloso y gestos nerviosos. Daba vueltas sin cesar a un brazalete de cobre demasiado ancho que llevaba en la muñeca izquierda y frotaba a menudo, con un ungüento, su dolorido pie derecho, debido a la artritis que le deformaba el dedo gordo. De su antigua función, Sary sólo había conservado un elegante vestido de lino blanco, que señalaba su pertenencia a la casta de los escribas acomodados.

Tendido en unos cojines, Sary bebía cerveza fresca. Echó una mirada despreocupada sobre Moisés cuando éste entró en la tienda.

—Hola, Sary; ¿me reconoces?

—No se olvida a Moisés, ¡el brillante condiscípulo de Ramsés! Tú también estás condenado a sudar en esta obra... El rey no da muchas ventajas a sus antiguos amigos.

—Mi condición me satisface.

—¡Podrías aspirar a más!

—¿Hay más hermoso sueño que participar en la edificación de un monumento como éste?

—¿Un sueño, este calor, este polvo, el sudor de los hombres, estas piedras enormes, esta labor desmesurada, el ruido de las herramientas, el contacto con peones y obreros iletrados? ¡Una pesadilla, querrás decir! Pierdes el tiempo, mi pobre Moisés.

—Se me ha confiado una misión e intento cumplirla.

—¡Hermosa y noble actitud! Cuando llegue el aburrimiento se modificará.

—¿A ti no te han confiado también una misión?

Un rictus deformó el rostro del ex ayo de Ramsés.

—Gobernar a unos ladrilleros... ¿Hay algo más entusiasmador?

—Son hombres pacientes y respetables, tanto como los escribas perezosos y demasiado alimentados.

—Extrañas palabras, Moisés; ¿te estás sublevando contra el orden social?

—Contra tu desprecio por los seres.

—¿Intentas sermonearme?

—He fijado unos horarios de trabajo para los ladrilleros y para todos los demás; conviene respetarlos.

—Yo hago mi propia elección.

—No corresponde con la mía; a ti te toca inclinarte, Sary.

—¡Me niego!

—Como quieras. Notificaré tu negativa al maestro de obras, quien alertará al visir y éste consultará con Ramsés.

—Amenazas...

—El procedimiento habitual en caso de insubordinación en una obra real.

—¡Te gusta humillarme!

—No tengo otra meta que participar en la construcción de este templo, que nadie debe dificultar.

—Te burlas de mí.

—Hoy, Sary, somos colegas: coordinar nuestros esfuerzos es la mejor solución.

—¡Ramsés te abandonará, igual que me ha rechazado a mí!

—Pide a tus ladrilleros que levanten el andamio, concédeles la siesta reglamentaria y no olvides procurarles toda el agua que deseen.

20

El vino era excepcional, el trozo de buey sabroso, el puré de habas excelente. «Se puede juzgar a Chenar como se quiera —pensó Meba—, pero sabe recibir a sus invitados.»

—¿Te gusta la comida? —preguntó el hermano mayor de Ramsés.

—Querido amigo, ¡es una maravilla! Vuestros cocineros son los mejores de Egipto.

El elegante sexagenario, experimentado en las astucias de la diplomacia después de largos años pasados a la cabeza del Ministerio de Asuntos Exteriores, era más bien sincero. Chenar no escatimaba en la calidad de los productos que ofrecía a sus huéspedes.

—¿La política del rey no os parece incoherente? —preguntó Meba.

—No es un hombre fácil de comprender.

La suave crítica satisfizo al diplomático, cuyo rostro ancho y tranquilizador presentaba unos signos inhabituales de nerviosismo. De ordinario muy reservado, Meba se preguntaba si Chenar, para vivir en paz y no perder ningún privilegio, no se había unido al campo de los partidarios de Ramsés. Las palabras que acababa de pronunciar tendían a probar lo contrario.

—Yo no apruebo demasiado la serie de nombramientos intempestivos que obligan a excelentes servidores del Estado a abandonar sus funciones para ser relegados a puestos subalternos.

—Comparto tu opinión, Meba.

—Nombrar a un jardinero ministro de Agricultura, ¡qué ridiculez! Me pregunto cuándo la emprenderá Ramsés contra mi ministerio.

—De eso precisamente quería hablar contigo.

Meba se puso rígido y reajustó la costosa peluca que llevaba todo el año, incluso durante los grandes calores.

—¿Disponéis de informaciones confidenciales que me conciernen?

—Voy a relatarte la escena en sus menores detalles, para permitirte apreciar la situación con lucidez. Ayer, Ramsés me convocó. Una orden brutal, sin apelación. Dejé todos mis asuntos y me dirigí a palacio, donde me hizo esperar durante más de una hora.

—¿No estabais... preocupado?

—Sí, lo confieso. Su sardo, Serramanna, me registró sin miramientos, a pesar de mis protestas.

—¡A vos, el hermano del rey! ¿Tan bajo hemos caído?

—Eso temo, Meba.

—¿Habéis protestado ante el rey?

—No me dejó hablar.

—¿Acaso su seguridad no es más importante que el respeto a sus parientes? Seti habría condenado esa actitud.

—¡Ay!, mi padre ya no está en este mundo, y Ramsés le ha sucedido.

—Los hombres pasan, las instituciones permanecen. Un dignatario de vuestro valor accederá un día a la función suprema.

—Los dioses decidirán, Meba.

—¿No deseáis recordar... mi caso personal?

—Ya llego a ello. Mientras temblaba de vergüenza e indignación tras el despreciable registro, Ramsés me anunció que me nombraba ministro de Asuntos Exteriores.

Meba palideció.

—¿Vos, en mi puesto? ¡Es incomprensible!

—Lo comprenderás mejor cuando sepas que sólo soy, a sus ojos, un hombre de paja, rodeado de esbirros que no me concederán ninguna iniciativa. Tú no habrías tenido suficiente aguante, mi querido Meba, y yo sólo soy un testaferro. Los gobiernos extranjeros se sentirán muy honrados al ver el interés que Ramsés concede a este ministerio nombrando para él a su hermano, sin saber que sus pies y sus manos están atadas.

Meba estaba abatido.

—Entonces yo ya no soy nada...

—Igual que yo, a pesar de las apariencias.

—Este rey es un monstruo.

—Muchos hombres de calidad lo descubrirán, poco a poco. Es por ello por lo que no debemos ceder al desaliento.

—¿Qué proponéis?

—¿Deseas jubilarte o luchar a mi lado?

—Quiero perjudicar a Ramsés.

—Simula retirarte y espera mis instrucciones.

Meba sonrió.

—Ramsés quizá se ha equivocado al subestimaros. A la cabeza de ese ministerio, incluso muy controlado, se presentarán oportunidades.

—Eres muy perspicaz, querido amigo. ¿Y si me hablas del funcionamiento de ese gran cuerpo de Estado que has dirigido con tanto talento?

Meba no se hizo de rogar. Chenar omitió señalarle que tenía un precioso aliado que le ofrecía el dominio de la situación. La traición de Acha debía seguir siendo su secreto mejor guardado.

Llevando de la mano a Lita, el mago Ofir avanzaba con mucha lentitud por la calle principal de la ciudad del sol, la capital abandonada de Akenatón, el faraón herético, y de su esposa, Nefertiti. Ningún edificio había sido destruido, pero la arena se introducía por las puertas y ventanas cuando el viento del desierto soplaba a rachas.

Situada a más de cuatrocientos kilómetros al norte de Tebas, la ciudad estaba desierta desde hacía cincuenta años. Tras la muerte de Akenatón, la corte abandonó aquel lugar grandioso del Medio Egipto para regresar a la ciudad de Amón. Los cultos tradicionales fueron restaurados, los dioses antiguos se impusieron de nuevo, en detrimento de Atón, el disco solar, encarnación del dios único.

Akenatón no fue lo bastante lejos. El mismo disco traicionaba la verdad. Dios estaba más allá de toda representación y de todo símbolo. Él residía en el cielo, la especie humana sobre la tierra. Haciendo vivir en ella a los dioses, Egipto se oponía a la adopción universal del dios único. Egipto debía ser destruido.

Ofir era el descendiente de un consejero libio de Akenatón, que había pasado largas horas en compañía del monarca. Akenatón le había dictado poemas místicos, y el extranjero se había empeñado en difundirlos por todo Próximo Oriente e incluso entre las tribus del Sinaí, y especialmente entre los hebreos.

Fue el general Horemheb, el verdadero fundador de la dinastía a la que pertenecían Seti y Ramsés, quien hizo suprimir al antepasado de Ofir, considerado como un temible agitador y un mago negro, culpable de haber influenciado a Akenatón y de haberle hecho olvidar los deberes de su cargo.

Sí, tales habían sido las intenciones del libio: borrar las humillaciones sufridas por su pueblo, debilitar Egipto, aprovechar la frágil salud de Akenatón para convencerlo de que abandonara toda política de defensa.

La maniobra había estado a punto de tener éxito.

Hoy, Ofir retomaba la antorcha. ¿Acaso no había heredado la ciencia de su predecesor y sus talentos de brujo? Detestaba Egipto tanto como él y sacaría de su odio la capacidad para arrasarlo. Vencer a Egipto era derribar al faraón, derribar a Ramsés.

La mirada de Lita permanecía vacía. No obstante, Ofir le describía uno a uno todos los edificios oficiales y las villas de los nobles, le hacía descubrir los barrios de los artesanos y de los comerciantes, el parque zoológico en el que Akenatón había reunido especies raras. Durante horas, Ofir y Lita habían vagado a través del palacio desierto en el que el rey y Nefertiti habían jugado con sus hijas, entre ellas la abuela de la joven.

Durante esta nueva visita a la ciudad del sol, que se degradaba año tras año, Ofir juzgó a Lita más atenta, como si su interés por el mundo exterior se despertara por fin. Ella se entretuvo en el dormitorio de Akenatón y de Nefertiti, se inclinó sobre una cuna desvencijada y lloró.

Cuando sus lágrimas se secaron, Ofir la tomó de la mano y la llevó hasta el taller de un escultor. En unas cajas había varias cabezas de mujeres en yeso que habían servido de modelos antes de la realización del retrato en una piedra noble.

El mago las sacó una tras otra.

De pronto, Lita acarició una de las cabezas de yeso, un rostro de una sublime belleza.

—Nefertiti —murmuró ella.

Luego la mano se desplazó hacia otra cabeza, más pequeña, con unos rasgos de una notable finura.

—Merit-Atón, la amada de Atón, mi abuela. Y aquí, su hermana, allá su otra hermana... mi familia, ¡mi familia olvidada! Ella está de nuevo cerca de mí, ¡tan cerca!

Lita estrechó las cabezas de yeso contra su pecho pero soltó una que se rompió al caer al suelo.

Ofir temió una crisis de nervios, pero la joven no lanzó siquiera un grito de sorpresa, sino que permaneció inmóvil durante un largo minuto. Luego lanzó las otras cabezas contra un muro y pisoteó los trozos.

—El pasado ha muerto, y acabo de matarlo —declaró ella con los ojos fijos.

—No objetó el mago—, el pasado jamás muere. Tu abuela y tu madre fueron perseguidas porque creían en Atón. Fui yo quien te recogió, Lita, fui yo quien te arrancó del exilio y de una muerte segura.

—Es cierto, me acuerdo... Mi abuela y mi madre están enterradas allá, en las colinas, y yo debería haberme reunido con ellas desde hace mucho tiempo. Pero tú te has comportado como un padre.

—Ha llegado el momento de la venganza, Lita. Si tú sólo has conocido la desdicha y el sufrimiento, en vez de vivir una infancia feliz, es a causa de Seti y de Ramsés. El primero ha muerto, el segundo oprime a todo un pueblo. Debemos castigarlo, debes castigarlo.

—Quiero pasear por mi ciudad.

Lita tocó las piedras de los templos y los muros de las casas, como si tomara posesión de la ciudad difunta. A la caída del sol, subió a la terraza del palacio de Nefertiti y contempló su reino fantasmal.

—Mi alma está vacía, Ofir, y tus ideas la llenan.

—Deseo verte reinar, Lita, para que impongas la creencia en el Dios único.

—No, Ofir, eso sólo es un discurso. Sólo una fuerza te gobierna: el odio, pues el mal está en ti.

—¿Rehúsas ayudarme?

—Mi alma está vacía, tú la has llenado con tu deseo de dañar. Me has moldeado pacientemente, como el instrumento de tu venganza y de la mía: hoy estoy dispuesta a luchar, como una espada cortante.

Ofir se arrodilló y dio gracias a Dios. Sus oraciones serían escuchadas.

21

La taberna estaba animada por los escarceos sensuales de un grupo de bailarinas profesionales, en el que se mezclaban egipcias del Delta y nubias de piel de ébano. Su agilidad fascinó a Moisés, sentado a una mesa en el fondo del establecimiento ante una copa de vino de palma. Tras un día difícil, durante el cual había evitado dos accidentes, el hebreo sentía la necesidad de estar solo en medio de un grupo ruidoso, de mirar cómo vivían los demás sin estar él mismo implicado en la Comedia.

No lejos de él había una extraña pareja.

La mujer era joven, rubia, rolliza, atractiva. El hombre, mucho mayor que ella, tenía una faz inquietante: delgado, los pómulos salientes, la nariz prominente, labios muy finos, el mentón pronunciado, recordaba un ave rapaz. Debido al ruido, Moisés no podía oír su conversación. Sólo le llegaban migajas incoherentes de un lento discurso pronunciado por la voz monocorde del hombre.

Las nubias invitaron a los clientes a bailar. Uno de ellos, un cincuentón bebido, posó la mano en el hombro derecho de la mujer rubia y la invitó. Sorprendida, ésta lo rechazó. Irritado, el borracho insistió. El amigo de la mujer tendió la mano derecha en dirección al inoportuno, que retrocedió un buen metro, como golpeado por un violento puñetazo. Consternado, farfulló unas palabras de excusa y no insistió.

El gesto del hombre de faz inquietante había sido rápido y discreto, pero Moisés no se había equivocado. El curioso personaje parecía disponer de poderes extraordinarios.

Cuando el hombre y la mujer salieron de la taberna, Moisés los siguió. Se dirigieron hacia el sur de la ciudad tebana antes de desaparecer en un barrio popular, formado por casas de un piso que separaban estrechas callejuelas. Por un momento, el hebreo creyó haberlos perdido, pero oyó el paso decidido del hombre.

En medio de la noche, el lugar estaba desierto. Un perro ladró, unos murciélagos lo rozaron. Cuanto más avanzaba Moisés, más se despertaba su curiosidad. Divisó de nuevo a la pareja cuando pasaba entre unas casuchas destinadas a una próxima demolición para dejar lugar a nuevos alojamientos. Allí no vivía nadie.

La mujer empujó una puerta cuyo chirrido turbó el silencio de la noche. El hombre había desaparecido.

Moisés vaciló.

¿Debía entrar e interrogarla, preguntarle quiénes eran, por que se comportaban de ese modo? Se dio cuenta del carácter grotesco de su gestión. No sólo no pertenecía a la policía, sino que además no debía inmiscuirse en la vida privada de esas gentes. ¿Qué mal genio le había empujado a emprender esa estúpida persecución? Furioso contra sí mismo, desanduvo el camino.

El hombre con perfil de ave rapaz se alzó ante él.

—¿Nos seguías, Moisés?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me ha bastado con preguntarlo en la taberna. El amigo de Ramsés es un personaje célebre.

—¿Y tú quién eres?

—¿Por qué nos seguías?

—Un impulso irracional...

—Pobre explicación.

—Sin embargo, es la verdad.

—No te creo.

—Déjame pasar.

El hombre tendió la mano.

La arena se removió ante Moisés y apareció una víbora cornuda, apuntando una lengua furiosa.

—¡Sólo es un truco de magia!

—No te acerques a ella, es muy real. Me he contentado con despertarla.

El hebreo se volvió.

Otro reptil lo amenazó.

—Si quieres sobrevivir, entra en la casa.

La puerta chirriante se abrió. En el estrecho espacio de la callejuela, Moisés no tenía ninguna posibilidad de escapar a los reptiles, y Setaú no se encontraba en las inmediaciones. Entró en una habitación de techo bajo, con suelo de tierra batida. El hombre lo siguió y cerró la puerta.

—No intentes huir, las víboras te morderían. Cuando lo decida las adormeceré.

—¿Qué deseas?

—Hablar.

—Podría tumbarte de un solo puñetazo.

El hombre sonrió.

—Acuérdate de la escena en el mesón y no te arriesgues.

La joven rubia estaba ovillada en sí misma, en un ángulo de la habitación; un trozo de tela ocultaba su rostro.

—¿Está enferma?

—No soporta la oscuridad. Cuando sale el sol se siente mejor.

—¿Me dirás finalmente qué es lo que esperas de mí?

—Mi nombre es Ofir, nací en Libia, y practico la magia.

—¿En qué templo oficias?

—En ninguno.

—Entonces, practicas de manera ilegal.

—Esta joven y yo nos ocultamos y nos desplazamos sin cesar.

—¿Qué otro delito habéis cometido?

—El de no compartir la fe de Seti y de Ramsés.

Moisés se sintió consternado.

—No comprendo...

—Esta joven frágil y herida se llama Lita. Es la nieta de Merit-Atón, una de las seis hijas del gran Akenatón, muerto hace cincuenta y cinco años en la

ciudad del sol y suprimido de los anales reales por haber intentado imponer en Egipto la concepción de un dios único, Atón.

—¡Ninguno de sus partidarios fue perseguido!

—¿El olvido no es el peor de los castigos? La reina Akhesa, esposa de Tutankamón y heredera del trono de Egipto, fue injustamente condenada a muerte[1], y la dinastía impía fundada por Horemheb se apoderó de las Dos Tierras. Si la justicia existiera, Lita debería subir al trono.

—¿Conspiras contra Ramsés?

Ofir sonrió de nuevo.

—Sólo soy un viejo mago, Lita es débil y está desesperada. El poderoso faraón de Egipto no tiene nada que temer de nosotros. Sólo un verdadero poder lo aniquilará e impondrá su ley.

—¿Quién pues?

—El verdadero Dios, Moisés, ¡el Dios único cuya cólera pronto caerá sobre todos los pueblos que no se prosternen ante él!

Las graves inflexiones de la voz de Ofir habían hecho temblar los muros de la casucha. Moisés experimentó un extraño miedo, a la vez horrible y atractivo.

—Tú eres hebreo, Moisés.

—Nací en Egipto.

—Como yo, sólo eres un exiliado. Estamos buscando una tierra pura, ¡que no hayan mancillado decenas de divinidades! Como hebreo, Moisés, deberías saber que tu pueblo sufre, quiere resucitar la religión de sus padres, enlazar con el gran designio de Akenatón.

—Los hebreos son felices en Egipto; están bien pagados y bien alimentados.

—Lo material ya no les basta.

—Ya que estás convencido de ello, ¡conviértete en su profeta!

—Sólo soy un libio y no poseo ni tu autoridad ni tu brillantez.

—¡No eres más que un demente, Ofir! Transformar a los hebreos en una facción hostil a Ramsés seria conducirlos a su aniquilamiento. Ninguno de ellos

[1] Su destino se recuerda en mi novela *La Reina Sol. (N. del a.)*

desea sublevarse y abandonar el país, y yo, yo soy el amigo de un faraón destinado a un gran reinado.

—Un fuego arde en ti, como ardía en el corazón de Akenatón. Los que compartían su ideal no han desaparecido y empiezan a reagruparse.

—Así pues, no estáis aislados, Lita y tú.

—Debemos mostrarnos muy prudentes, pero cada día ganamos amistades preciosas. La religión de Akenatón es el futuro.

—Seguramente Ramsés no comparte esta opinión.

—Ya que eres su amigo, Moisés, a ti te toca convencerlo.

—¿Acaso lo estoy yo?

—Los hebreos impondrán la supremacía del Dios único en el mundo entero, y tú te convertirás en su jefe.

—¡Tu profecía es ridícula!

—Se realizará.

—No tengo la menor intención de oponerme al rey.

—Que se aparte de nuestro camino y será perdonado.

—Deja de divagar, Ofir, y regresa a tu país.

—La tierra nueva aún no existe, tú la crearás.

—Tengo otros proyectos.

—Crees en un solo Dios, ¿verdad?

Moisés se sintió turbado.

—No tengo por qué responderte.

—No huyas de tu destino.

—Desaparece, Ofir.

Moisés se dirigió hacia la puerta; el mago no intervino.

—Las serpientes han regresado a su agujero —declaró—. Puedes salir sin temor.

—Adiós, Ofir.

—Hasta pronto, Moisés.

22

Poco antes del alba, el sacerdote Bakhen salió de su mansión oficial, lavó su cuerpo depilado, se vistió con un taparrabo blanco, cogió un jarrón y se dirigió hacia el lago sagrado que sobrevolaban decenas de golondrinas anunciando el renacer del día. El gran lago, al que se accedía por unas escaleras de piedra dispuestas en los cuatro ángulos, contenía el agua de Nun, inagotable océano de energía de donde surgían todas las formas de vida. Bakhen sacaría de él un poco del precioso líquido, que serviría para los numerosos ritos de purificación celebrados en el templo cubierto.

—¿Te acuerdas de mí, Bakhen?

El sacerdote volvió la cabeza en dirección al hombre que se dirigía a él, vestido como un simple «sacerdote puro».

—Ramsés...

—Cuando eras mi instructor, en la armada, nos peleamos y ambos ganamos, alternativamente.

Bakhen se inclinó.

—Mi pasado ha desaparecido, majestad. Hoy pertenezco a Karnak.

El ex inspector de las cuadras, jinete emérito de rostro cuadrado e ingrato, de voz ronca y aspecto adusto, parecía absorbido por su nueva función.

—¿Karnak no pertenece al rey?

—¿Quién pretende lo contrario?

—Lamento turbar tu quietud, Bakhen, pero debo saber si eres amigo o enemigo.

—¿Por qué iba a ser adversario del faraón?

—El gran sacerdote de Amón no está de mi parte, ¿lo ignoras?

—Las disputas de la jerarquía...

—No te refugies detrás de palabras huecas, Bakhen. No existe lugar para dos amos en este país.

El ex instructor pareció desamparado.

—Acabo de superar los primeros grados y yo...

—Si eres mi amigo, Bakhen, debes ser también mi aliado en el combate que llevo a cabo.

—¿De qué manera?

—Este templo debe ser un lugar de rectitud, como todos los demás santuarios de Egipto. Si tal no fuera el caso, ¿cuál sería tu actitud?

—¡Tan cierto como que he adiestrado caballos, que curtiría la piel de los culpables!

—Es ayuda lo que te pido, Bakhen. Asegúrame que aquí nadie traiciona la ley de Maat.

Ramsés se alejó bordeando el lago sagrado con un paso tan regular como el de los otros sacerdotes puros que iban a llenar sus jarrones de agua purificadora.

Bakhen fue incapaz de tomar una decisión inmediata. Karnak se había convertido en su morada, el mundo en el que le gustaba vivir. ¿Pero la voluntad del faraón no era el valor sagrado por excelencia?

En Tebas, el mercader sirio Raia había adquirido tres hermosas tiendas en el centro de la ciudad. Los cocineros de las familias nobles iban a comprar allí conservas de carne de calidad superior y sus patronas admiraban los jarrones asiáticos, elegantes y de buena factura.

Desde el final del luto, los negocios se habían reanudado. Cortés y gozando de una excelente reputación, Raia podía contar con una clientela fiel, cada vez más numerosa. Tampoco se olvidaba de felicitar y aumentar a sus empleados que, a su vez, no cesaban de elogiar al sirio.

Tras la marcha del barbero, que había recortado la punta de su fina barba, Raia se inclinó sobre las cuentas, exigiendo que no se le molestara en absoluto.

El comerciante se enjugó la frente. Soportaba mal el calor del verano y peor aún el fracaso que acababa de sufrir al pagar a un rubito griego para introducirse en el despacho de Ramsés y hacer inventario de los asuntos que el joven monarca pensaba tratar con prioridad. Fracaso, en verdad, previsible. Raia deseaba sobre todo probar las medidas de seguridad adoptadas por Ramsés y Serramanna. Desgraciadamente, parecían eficaces. Obtener

informaciones fiables no sería fácil, aunque la corrupción seguía siendo un arma decisiva.

El sirio pegó la oreja contra la puerta de su despacho. No oyó ningún ruido en la antesala, nadie le espiaba. Por precaución, se subió en un taburete y pegó el ojo derecho a un agujero minúsculo horadado en el tabique.

Tranquilo, entró en el almacén donde se acumulaban pequeños jarrones de alabastro procedentes de Siria del Sur, aliada de Egipto. Las bellas damas los codiciaban. Raia sólo los ponía a la venta de uno en uno.

Buscó el que estaba marcado con un punto rojo muy discreto bajo el cuello. En el interior había una tableta de madera oblonga que llevaba las características del objeto: altura, anchura en lo alto, en medio y en la base, dimensiones, valor.

Otras tantas cifras codificadas que Raia traduciría a lenguaje claro.

El mensaje de sus patrones hititas era explícito: luchar contra Ramsés, apoyar a Chenar.

—Magnífica pieza —estimó Chenar pasando una mano amorosa por el vientre del jarrón que Raia le proponía, en presencia de una clientela rica que no se atrevería a pujar por encima de la oferta del hermano mayor de Ramsés.

—Es la obra maestra de un viejo artesano, celoso de sus secretos.

—Te propongo cinco vacas lecheras de la mejor raza, una cama de ébano, ocho sillas, veinte pares de sandalias y un espejo de bronce.

Raia se inclinó.

—Sois generoso, señor. ¿Me haréis el honor de poner vuestro sello en mi registro?

El mercader invitó a Chenar a entrar en la trastienda. Allí podrían hablar en voz baja sin ser oídos.

—Tengo una excelente noticia: nuestros amigos extranjeros aprecian mucho vuestra gestión y están decididos a alentaros.

—¿Sus condiciones?

—Ni condiciones, ni restricciones.

—¿Hablas en serio?

—Negociaremos más tarde. Por el momento se trata de un acuerdo de principio; consideradlo como una gran victoria. Os felicito, señor: tengo la sensación de hablar con el futuro amo del país, incluso si el camino a recorrer es aún largo.

Chenar se sintió atrapado por una especie de embriaguez.

Aquella alianza secreta con los hititas era tan eficaz y peligrosa como un veneno mortal; a él le tocaba saber utilizarlo para destruir a Ramsés sin aniquilarse a sí mismo y sin debilitar demasiado a Egipto. Una experiencia arriesgada que sabía que podía llevar a cabo con éxito.

—¿Cuál es vuestro nuevo mensaje? —preguntó Raia.

—Transmitid mi gratitud e indicad que trabajo sin descanso... como ministro de Asuntos Exteriores.

El asombro se grabó en el rostro del sirio.

—¡Habéis obtenido ese puesto!

—Bajo estrecha vigilancia.

—Mis amigos y yo contamos con vos para hacer buen uso de él.

—Que tus amigos no vacilen en realizar incursiones a los Protectorados egipcios más débiles, que compren a los príncipes y a las tribus que cree controlar Egipto y que esparzan el mayor número de falsos rumores posible.

—¿De qué tipo?

—Inminentes conquistas territoriales, anexión de la totalidad de Siria, invasión de los puertos libaneses, pérdida de moral de los soldados egipcios que residen en el extranjero... Hay que turbar a Ramsés y hacerle perder su sangre fría.

—Permitidme aprobar humildemente vuestra estrategia.

—Tengo muchas otras ideas, Raia. Tus amigos no se han equivocado al elegirme.

—Tengo la debilidad de suponer que mis modestas recomendaciones no fueron inútiles.

—A mi pago oficial se añadirá un saco de oro de Nubia.

Chenar salió de la trastienda; su rango no le autorizaba a discutir más tiempo con un mercader, incluso si su pasión por los jarrones era conocida por todos.

¿Tenía que informar al diplomático Acha de esta alianza secreta con el enemigo hitita? No, sería un error. Chenar juzgó preferible compartimentar al máximo su red de partidarios; así maniobraría con mayor eficacia y paliaría eventuales deficiencias.

Bajo la suave sombra de un sicomoro, la reina Tuya escribía la crónica del reinado de Seti. Rememoraba las hazañas de una época bendita durante la cual Egipto había conocido la dicha y la paz. Cada uno de los pensamientos de su marido, cada uno de sus gestos se habían grabado en su memoria. Había estado atenta tanto a sus esperanzas como a sus angustias y había resguardado el recuerdo de los momentos de intimidad durante los cuales sus almas se habían unido.

En su frágil silueta, Seti sobrevivía.

Cuando vio a Ramsés venir hacia ella, Tuya percibió el poder intacto del rey difunto. En la persona del joven faraón no había ninguna de las fisuras que afectaban a la mayoría de los seres; estaba tallado en un solo bloque, como un obelisco, y parecía capaz de resistir cualquier tormenta. La fuerza de la juventud aún se añadía a esta apariencia de invulnerabilidad.

Ramsés besó las manos de su madre y se sentó a su derecha.

—Escribes durante todo el día.

—E incluso por la noche. ¿Me perdonarás si olvido algún detalle? Pareces inquieto.

Tuya leía en él con tanta rapidez.

—El gran sacerdote de Amón desafía la autoridad del rey.

—Seti lo había previsto. Tarde o temprano, este conflicto era inevitable.

—¿Cómo habría actuado?

—¿No lo sabes? Sólo existe una línea de conducta posible.

—Nefertari opina lo mismo.

—Ella es reina de Egipto, Ramsés, y, como toda reina, guardiana de la Regla.

—¿No predicas la moderación?

—Cuando es necesario preservar la coherencia del país, la moderación no tiene lugar.

—Destituir a un gran sacerdote de Amón provocará terribles conflictos.

—¿Quién reina, hijo mío: tú o él?

23

Los asnos franquearon en procesión el recinto de Karnak, bajo la dirección de un viejo rocín que conocía cada grano de polvo del camino que llevaba de la fábrica de tejidos al templo y había enseñado a sus subordinados a marchar con un paso igual y digno.

Como la entrega había resultado abundante, Bakhen había sido requerido por otro sacerdote para constatar la recepción en los almacenes. Cada pieza de lino, destinado a la fabricación de vestidos rituales, recibía un número anotado en un registro, con la indicación de la procedencia y de la calidad.

—Es una hermosa mercancía —apreció el colega de Bakhen, un hombrecito de aspecto socarrón—. ¿Tú eres nuevo aquí?

—Desde hace algunos meses.

—¿Te gusta la vida en Karnak?

—Es la que me esperaba.

—¿Cuál es tu oficio, fuera de tu servicio en el templo?

—Mi pasado está olvidado, he pedido servir de manera permanente.

—Yo hago períodos de dos meses en los almacenes y regreso a la ciudad, como encargado del control de los transbordadores. Eso no es cansado... Aquí, al contrario, ¡uno no para!

—¿Por qué imponerte esta carga?

—Eso es cosa mía. Yo me ocupo de los tejidos de primera calidad, tú de los otros.

En cuanto un asno era descargado, unos almacenistas colocaban con precaución la pieza de lino en un trineo recubierto de tela. Bakhen lo examinaba y lo registraba en una tableta de madera, sin omitir la fecha de entrega. Le pareció que su colega trabajaba poco y pasaba la mayor parte de su tiempo mirando a su alrededor, como si temiera ser espiado.

—Tengo sed —dijo—; ¿quieres beber?

—Con mucho gusto.

El sacerdote de aspecto socarrón se ausentó. Como había colocado su tableta en el lomo del viejo rocín, Bakhen le echó un vistazo. Sólo había algunos jeroglíficos completamente fantasiosos, sin ninguna relación con la entrega de lino de primera calidad.

Cuando el sacerdote regresó con un odre de agua fresca, Bakhen se había puesto de nuevo al trabajo.

—Toma, está buena... Hacernos trabajar con este calor es inhumano.

—Los asnos no se lamentan.

—¡Qué bromista!

—Pronto habrás terminado, ¿no?

—¡No lo creas! Después hay que vigilar que sean colocadas en los almacenes que les corresponde.

—¿Qué hacemos con las tabletas?

—Tú me confías la tuya y yo la entrego con la mía en el despacho de registro.

—¿Está lejos de los almacenes?

—No demasiado, pero de todos modos hay que caminar un poco.

—Repartámonos las tareas; yo iré a llevar las tabletas.

—¡No, no! No te conocen en el registro.

—Será la ocasión de presentarme.

—Tienen sus costumbres y no les gusta cambiarlas.

—¿La rutina no es perjudicial?

—Gracias por tu propuesta, pero me las arreglaré.

El colega de Bakhen pareció muy turbado y se colocó de lado, de manera que este último no lo vio escribir.

—¿Un calambre, amigo?

—No, estoy bien.

—Sácame de una duda: ¿sabes escribir?

Herido en lo vivo, el sacerdote se volvió hacia Bakhen.

—¿A qué viene esa pregunta?

—He visto tu tableta, sobre el asno.

—Eres muy curioso...

—Cualquiera lo sería. Si lo deseas, grabo las inscripciones correctas; si no tu tableta será rechazada y tendrás problemas.

—No finjas que no comprendes, Bakhen.

—¿Qué debería comprender?

—¡Ah, ya basta! Tú también quieres un trozo... Es muy normal, pero no pierdes el tiempo.

—Explícate.

El sacerdote de rostro socarrón se acercó a Bakhen y habló en voz baja.

—Este templo es muy rico. Unas hermosas piezas de lino de menos no arruinarán a Karnak y nosotros, vendiéndolas a buenos clientes, realizamos un excelente negocio. ¿De acuerdo?

—¿El despacho de registro está metido en este asunto?

—Sólo un escriba y dos almacenistas. Como las piezas de lino no están registradas, no existen, y podemos negociarlas con toda discreción.

—¿No temes ser atrapado?

—No te inquietes.

—La jerarquía...

—La jerarquía tiene otras preocupaciones. ¿Quién te dice que no cierra los ojos? Entonces, ¿qué porcentaje deseas?

—Pues bien... el mayor posible.

—¡Eres tenaz! Vamos a formar un buen equipo. Dentro de unos años poseeremos una bonita fortuna e incluso no tendremos necesidad de venir a trabajar aquí. ¿Terminamos esta entrega?

Bakhen asintió.

Nefertari posó la cabeza en el hombro de Ramsés. El sol se alzaba, inundando su habitación con la poderosa claridad de la mañana. Uno y otro veneraban aquel milagro cotidiano, la victoria renovada sin cesar de la luz sobre las tinieblas. Mediante la celebración de los ritos, la pareja real se asociaba al viaje de la barca solar en los espacios subterráneos y en la lucha de la tripulación divina contra el dragón gigantesco que intentaba destruir la creación.

—Necesito tu magia, Nefertari. Esta jornada se anuncia difícil.

—¿Tu madre comparte mi opinión?

—Tengo la sensación de que sois cómplices.

—Nuestra visión es idéntica —confesó ella sonriendo.

—Vuestros argumentos me han convencido. Hoy destituiré de sus funciones al gran sacerdote de Amón.

—¿Por qué has esperado?

—Necesitaba una prueba del mal funcionamiento de su administración.

—¿La has obtenido?

—Bakhen, mi instructor militar convertido en sacerdote, ha descubierto un tráfico de piezas de lino en el cual están implicados varios empleados de Karnak. O el gran sacerdote está corrompido, o ya no controla a su personal. Tanto en un caso como en el otro, no merece estar a la cabeza de la jerarquía.

—¿Este Bakhen es un hombre serio?

—Es joven, pero Karnak se ha convertido en toda su vida. El descubrimiento del robo lo ha sumido en la desesperación. Estimó que no debía callarse, pero he tenido que arrancarle las palabras para obtener la verdad. Bakhen no es ni un delator ni un ambicioso.

—¿Cuándo verás al gran sacerdote?

—Esta misma mañana. El enfrentamiento será severo, negará toda responsabilidad y clamará injusticia.

—¿Qué temes?

—Que paralice la actividad económica del templo y desorganice, al menos durante un tiempo, los circuitos alimentarlos. Tal es el precio a pagar para evitar un intento de división del país.

La gravedad de Ramsés impresionó a Nefertari. No era un tirano deseoso de deshacerse de un rival molesto, sino un faraón consciente de la necesidad de la unión de las Dos Tierras y decidido a preservarla, fueran cuales fueran los riesgos que debiera correr.

—Tengo que confesarte una cosa —dijo ella, soñadora.

—¿Has llevado tu propia investigación sobre Karnak?

—Nada semejante.

—¡Entonces, es mi madre, y habla con tu voz!

—Tampoco.

—¿Esta confesión concierne a mi entrevista con el gran sacerdote?

—No, pero quizá no es ajena al gobierno del Estado.

—Me desespero...

—Todavía tendrás que esperar unos meses... Estoy encinta.

Ramsés tomó dulcemente a Nefertari entre sus brazos y su fuerza se tornó protectora.

—Exijo que los mejores médicos del reino se ocupen de ti a cada segundo.

—No te inquietes.

—¿Cómo no hacerlo? Espero que nuestro hijo sea hermoso y nazca sano, pero tu vida y tu salud me importan más que cualquier otra cosa.

—No me faltará nada.

—¿Puedo ordenarte que disminuyas desde ahora tu ritmo de trabajo?

—¿Tolerarás una reina perezosa?

Ramsés se impacientaba. El retraso del gran sacerdote de Amón se hacía insultante. ¿Qué excusa inventaría el prelado para justificar su ausencia? Si se

había enterado de las revelaciones de Bakhen, sin duda intentaría echar tierra a la investigación administrativa destruyendo las pruebas y alejando culpables y testigos de cargo. Esas maniobras dilatorias se volvían contra él.

Cuando el sol se acercaba a su cenit, el cuarto profeta de Amón pidió audiencia. El rey lo recibió de inmediato.

—¿Dónde se encuentra el primer profeta y gran sacerdote de Amón?

—Acaba de morir, majestad.

24

Por orden del faraón, se reunió un cónclave formado por los segundos, terceros y cuartos profetas de Amón de Karnak, los grandes sacerdotes y las grandes sacerdotisas de los principales santuarios de Egipto. Faltaron a la llamada los de Dandara y Athribis, el primero demasiado mayor para viajar y el segundo retenido en su residencia del Delta por enfermedad. En su lugar enviaron a dos delegados provistos de un poder de representación.

Esos hombres y esas mujeres de edad madura, encargados de realizar los ritos en nombre del rey en sus respectivos santuarios, habían sido reunidos en una de las salas del templo de Tutmosis III, que llevaba el nombre de «Aquel cuyo monumento brilla como la luz». Allí eran iniciados los grandes sacerdotes de Amón, allí eran revelados los deberes de su cargo.

—Necesito consultaros para elegir al nuevo jefe de la jerarquía de Karnak —declaró Ramsés.

Muchos asintieron con un movimiento de cabeza; el nuevo faraón quizá no era tan impulsivo como se pretendía.

—¿Esa función no corresponde por derecho al segundo profeta? —preguntó el gran sacerdote de Menfis.

—No creo que la ancianidad sea un criterio suficiente.

—¿Puedo poner a vuestra majestad en guardia contra la incompetencia? —intervino el tercer profeta de Amón—. En el terreno profano sin duda es posible confiar responsabilidades a hombres nuevos, pero sería un error en el marco de la gestión de Karnak. La experiencia y la honorabilidad deben ser lo primero.

—¡Hablemos de esa honorabilidad! ¿Sabéis que existe un fructífero tráfico de piezas de lino de primera calidad cuyo origen se encuentra en el interior mismo de Karnak?

Las palabras del rey sembraron una profunda turbación.

—Los responsables han sido detenidos y condenados a trabajar en los talleres de tejidos. Nunca más serán admitidos en un templo, ni siquiera a título temporal.

—¿La responsabilidad del difunto estaría comprometida?

—No lo parece, pero comprenderéis por qué me parece preferible no elegir a su sucesor en la jerarquía actual del templo.

Un largo silencio sucedió a las inesperadas declaraciones de Ramsés.

—¿Hay un nombre presente en la mente de vuestra majestad? —preguntó el gran sacerdote de Heliópolis.

—Espero de este conclave una propuesta seria.

—¿Cuánto tiempo nos concedéis?

—De acuerdo con la costumbre, ahora debo visitar algunas ciudades y diversos templos, en compañía de la reina y de varios miembros de la corte. En cuanto esté de regreso, me daréis el resultado de vuestras deliberaciones.

Antes de la salida para la tradicional gira por Egipto que debía realizarse durante el primer año de reinado, Ramsés se dirigió al templo de Gurnah, en la orilla occidental de Tebas, en el que era venerado el *ka* de Seti, su poder inmortal. Cada día, unos sacerdotes especializados llenaban los altares con carne, pan, verduras y frutas, y recitaban letanías que mantenían presente en la tierra el alma del rey difunto.

El faraón contempló uno de los relieves que mostraba a su padre, eternamente joven ante las divinidades. Le imploró salir de la piedra, surgir de ese muro y darle el abrazo que le transmitiría la fuerza de un monarca convertido en estrella.

A medida que pasaban los días, más intensamente vivía Ramsés la ausencia de Seti como una prueba y una llamada. Prueba, pues ya no podía pedir consejo a un guía seguro y generoso; llamada, pues la voz del faraón difunto habitaba en cada uno de sus pensamientos, mandándole dar un paso más hacia adelante, cualesquiera que fueran los obstáculos.

La misma pregunta aparecía sin cesar en las conversaciones de los habitantes de Tebas, nobles ricos, artesanos o madres de familia que charlaban en el umbral de sus casas: ¿qué miembros de la corte llevarían Ramsés y Nefertari con ellos para recorrer las Dos Tierras y sellar la alianza del faraón con el conjunto de las divinidades?

Cada cual tenía una información confidencial que poseía de una persona autorizada o de un empleado de palacio. De fuentes fidedignas se creía saber que la flota real se dirigiría primero dirección al sur, hasta Asuán, luego hacia el norte, para descender el Nilo hasta el Delta. Los tripulantes estaban avisados: sería necesario avanzar de prisa, habría que hacer un gran esfuerzo y las

escalas serían de corta duración. Pero todos se alegraban de la realización de este viaje ritual durante el cual la pareja real tomaría posesión de la tierra de Egipto a fin de mantenerla en armonía con Maat, la Regla eterna.

En cuanto partieron, Ameni puso al corriente a Ramsés de una enorme cantidad de informes que el rey debía conocer en detalle antes de encontrarse con los jefes de provincia, los superiores de los templos y los alcaldes de las principales ciudades. El secretario particular del rey le entregó una biografía de cada personaje importante, precisando las etapas de su carrera, su situación familiar, las ambiciones reconocidas, las amistades con los demás notables. Cuando las informaciones eran poco seguras o procedían de rumores no comprobados, Ameni lo señalaba.

—¿Cuántos días y noches has pasado recopilando este tesoro? —preguntó Ramsés.

—Yo no cuento. Mi única preocupación es la precisión en la información; sin ella, ¿cómo podrías gobernar?

—Una lectura rápida me ha demostrado que los partidarios de Chenar son numerosos, ricos e influyentes.

—¿Te sorprende?

—Hasta este extremo, sí.

—Otras tantas mentes que deberás conquistar.

—Eres muy optimista.

—Tú eres el rey y debes reinar. El resto es sólo charlatanería.

—¿No descansas nunca?

—La muerte será lo bastante larga para dormir; mientras sea tu portasandalias, allanaré tu camino. ¿Estás contento con tu silla de campaña?

La silla plegable de madera del faraón estaba formada por un asiento de cuero de estructura sólida y pies robustos que terminaban en cabezas de pato incrustadas de marfil. Durante las ceremonias oficiales y las audiencias, el rey aprovecharía esa comodidad.

—He controlado meticulosamente a los miembros del harén de escolta —afirmó Ameni—. Durante el viaje no carecerás de nada. Las comidas serán de la misma calidad que en palacio.

—¿Sigues siendo tan sobrio?

—Comer bien garantiza una vida larga y beber poco preserva la energía y la concentración. Mediante correo rápido he ordenado a los alcaldes y a los grandes sacerdotes de las ciudades en las que nos detendremos que hagan preparar locales para los miembros de nuestra expedición. Por supuesto, la reina y tú dispondréis de un palacio.

—¿Te has preocupado de Nefertari?

—Pregunta inútil; el embarazo de tu esposa es un asunto de Estado. Su cabina está ventilada, descansará en ella con toda quietud. Cinco médicos se relevarán y tendrás un informe diario sobre su salud. ¡Ah! Hay un problema.

—¿Respecto a ella?

—No, respecto a los desembarcaderos. Dispongo de notas alarmantes que pretenden que algunos están en mal estado, aunque desconfío de ellas. En mi opinión, algunos jefes de provincia intentan obtener subsidios suplementarios para el mantenimiento de sus equipamientos. Tienen razón, teniendo en cuenta tu visita, pero será necesario no dejarte influir. Cada notable intentará obtener el máximo, y deberás mostrarte equitativo mirando más el interés nacional.

—¿Cuáles son tus relaciones con los visires del norte y del sur?

—Desde sus puntos de vista, detestables. Desde el mío, excelentes. Son buenos funcionarios, pero demasiado timoratos. Viven con el temor de ser destituidos. Consérvalos, no te traicionarán.

—Yo pensaba...

—¿Nombrarme visir? ¡Ni hablar! Mi posición actual es más ventajosa para ti. Puedo actuar en la sombra, sin sentirme ahogado por el peso de un enorme servicio administrativo.

—¿Cuáles son las reacciones de mis invitados?

—Encantados de salir de viaje; algo menos de ser considerados sospechosos y registrados por Serramanna, que los considera a todos como criminales en potencia. Escucho las quejas y las olvido de inmediato. Ese Serramanna realiza su función con eficacia.

—Olvidas mi león y mi perro.

—Tranquilízate, están bien alimentados y forman tu mejor guardia privada.

—¿Cómo se comporta Romé?

—Unanimidad total. ¡Se diría que es tu intendente desde siempre! Gracias a él, la gestión de tu casa está asegurada a la perfección. Tu instinto no te ha engañado.

—¿Sucede lo mismo con Nedjem?

—Tu nuevo ministro de Agricultura se toma su papel muy en serio. Me asedia con preguntas administrativas dos horas al día. Luego se encierra con los consejeros técnicos del antiguo ministro que le enseñan su oficio... Durante este viaje, ¡no verá muchos paisajes!

—¿Y mi querido hermano?

—El barco de Chenar es un palacio flotante. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores tendrá mesa libre y promete al Egipto de Ramsés un brillante futuro.

—¿Me tomará por un ingenuo incurable?

—La realidad es más compleja —estimó Ameni—. La obtención de ese puesto parece haberlo satisfecho realmente.

—¿Llegarías a pensar que Chenar ha decidido convertirse en un aliado?

—En el fondo de sí mismo, claro que no. Pero el hombre es astuto y constata sus límites. Has tenido la precaución de satisfacer su sed de poder y de permitirle seguir ocupando un puesto de primera fila. ¿No se adormecerá en un cargo de notable rico y adulado?

—¡Que los dioses te oigan!

—Deberías dormir; mañana será un día pesado: por lo menos tendrás diez entrevistas y tres recepciones. ¿Estás satisfecho con tu cama?

«Lo estaría con menos», pensó el rey: un respaldo para la cabeza, un colchón hecho de madejas de cáñamo cruzadas, fijadas al bastidor con espigas y muescas, cuatro patas con forma de pies de león, un estribo adornado con acianos, mandrágoras y lotos para que el sueño sea florido.

—Ya sólo faltan cojines blandos —estimó el secretario particular del rey.

—Con uno me bastará.

—¡Por supuesto que no! Mira esta miseria...

Ameni se apoderó del cojín dispuesto a la cabecera de la cama. Paralizado, retrocedió. Un escorpión, molesto, estaba en posición de ataque.

25

El mismo Ramsés tuvo que consolar a Serramanna. El jefe de la guardia privada no comprendía cómo había sido introducido el escorpión en la habitación del soberano. Un estricto interrogatorio de los criados no aportó ninguna pista.

—No son culpables —constató el sardo—; hay que interrogar a vuestro intendente.

Ramsés no se opuso a ello.

Romé no apreciaba mucho a Serramanna pero no emitió ninguna protesta cuando el monarca le pidió responder sin rodeos a las preguntas del sardo.

—¿Cuántas personas están autorizadas a entrar en esta habitación?

—Cinco. En fin... Cinco permanentes.

—¿Qué significa eso?

—A veces, en algunas escalas, contrato a uno o dos interinos.

—¿Y en la última escala?

—Contraté a uno, en efecto, para transportar las sábanas y llevarlas al lavandero.

—¿Su nombre?

—Está escrito en el registro de salarios.

—Es inútil —juzgó el rey—, ese hombre habrá dado un nombre falso y no tenemos tiempo de volver atrás para intentar encontrarlo.

—¡Ignoraba esas prácticas! —tronó Serramanna—. ¡Reducen a la nada mis medidas de seguridad!

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Romé sorprendido.

—¡No tenéis por qué saberlo! ¡En el futuro, quiero registrar a toda persona que suba al barco de su majestad, ya se trate de un general, un sacerdote o un barrendero!

Romé se volvió hacia Ramsés, que asintió con un movimiento de cabeza.

—Y... ¿para las comidas?

—Uno de vuestros cocineros probará los platos delante de mí.

—Como queráis.

Romé salió de la cabina del rey. Furioso, Serramanna golpeó con el puño en una viga que emitió un largo gemido.

—Este escorpión no os habría matado, majestad —estimó Serramanna—, pero habríais tenido una fiebre muy alta.

—Y no habría podido continuar este viaje... Un fracaso debido al desaire de los dioses. Tal era el objetivo ambicionado.

—Este tipo de incidente no se repetirá —prometió el sardo.

—Hasta que identifiquemos al verdadero culpable mucho me temo que se sucederán continuamente.

Serramanna hizo una mueca de disgusto.

—¿Sospechas algo? —preguntó el rey.

—Los hombres a veces son ingratos.

—Habla claro.

—Ese Romé... ¿Y si ha mentido y ha actuado él mismo?

—¿No consiste tu trabajo en comprobarlo?

—Contad conmigo.

Etapa tras etapa, el viaje ritual de la pareja real se transformó en triunfo. La autoridad de Ramsés y el encanto de Nefertari sedujeron a los jefes de provincia, a los grandes sacerdotes, a los alcaldes y a otros notables, sorprendidos por la prestancia de los nuevos amos de Egipto. Ramsés no olvidó poner de relieve a su hermano mayor, a quien muchos dignatarios conocían y cuyo nombramiento a la cabeza del Ministerio de Asuntos Exteriores calmaba muchas angustias. Por un lado, la familia real permanecía unida, y los dos

hermanos avanzaban cogidos de la mano. Por otro lado, el patriotismo de Chenar y su voluntad de grandeza garantizarían la permanencia de la política de defensa, indispensable para preservar la civilización de los asaltos de la barbarie.

En cada escala, la pareja real rindió homenaje a la reina madre, Tuya, cuya presencia inspiraba emoción y respeto. Frágil, silenciosa, en segundo plano, Tuya encarnaba la tradición y la continuidad sin las cuales el reinado de su hijo habría parecido ilegítimo.

Al acercarse a Abydos, el prestigioso santuario de Osiris, Ramsés convocó a su amigo Acha a la proa del barco. El joven diplomático siempre estaba igual de elegante y afeitado a cualquier hora del día.

—¿Te satisface este viaje, Acha?

—Tu majestad toma posesión de los corazones, y eso está bien.

—¿No hay mucha hipocresía en la actitud de unos y de otros?

—Sin duda, pero ¿lo esencial no es que reconozcan tu autoridad?

—¿Qué piensas del nombramiento de Chenar?

—Sorprendente.

—Dicho de otra manera, te ha contrariado.

—No estoy autorizado a criticar las decisiones del faraón.

—¿Juzgas incompetente a mi hermano?

—En tales circunstancias, la diplomacia es un arte difícil.

—¿Quién se atrevería a desafiar el poder egipcio?

—Tu triunfo personal, en tu país, no debe enmascarar la realidad exterior. El enemigo hitita no permanece inactivo. Sabiendo que no eres un soberano de pacotilla, intentará reforzar sus posiciones antes de considerar, quizá, una acción más belicosa.

—¿Hechos precisos?

—De momento no son más que suposiciones.

—Mira, Acha, Chenar es mi hermano mayor y un personaje representativo, muy cómodo durante las recepciones y los banquetes. Encantará a los embajadores extranjeros con discursos huecos y caerá con su propio juego. Pero podría verse tentado por otras distracciones, como la malevolencia o la

conspiración. Su ostentosa voluntad de cooperar conmigo y de ser un buen servidor del Estado me parece sospechosa. Por ese motivo tu papel será esencial.

—¿Qué esperas de mí?

—Te nombro jefe de los servicios secretos del Alto y del Bajo Egipto. Como tus predecesores, tu función aparente consistirá en dirigir el servicio del correo diplomático, por consiguiente, examinar los documentos que redactará Chenar.

—¿Me ordenas pues espiarlo?

—Es una de tus misiones, en efecto.

—¿Chenar no sospechará de mí?

—Le he hecho comprender que no dispondría de ninguna libertad de acción. Sabiéndose vigilado permanentemente, se sentirá menos tentado a cometer deplorables extravíos.

—¿Y si escapa a mi vigilancia?

—Tienes demasiado talento, amigo mío.

Cuando Ramsés vio la tierra sagrada de Abydos, su corazón se oprimió. Allí todo recordaba la presencia de Seti. Él, el hombre del dios Set, encarnación del poder del cosmos y asesino de su hermano Osiris, había hecho construir un santuario prodigioso para celebrar los misterios del dios muerto y resucitado. Ramsés y Nefertari habían sido iniciados en ellos, grabando en lo más profundo de su ser la revelación y la certeza de la supervivencia que tenían el deber de compartir con su pueblo.

En la orilla del canal que llevaba al embarcadero no había nadie. Era cierto que, en este territorio sagrado, las riberas sólo eran abordables durante las fiestas de la resurrección de Osiris. Pero la indiferencia y la pesada atmósfera que presidía la recepción de la flota real sorprendieron a los viajeros.

Con la espada en la mano, Serramanna fue el primero en desembarcar, pronto rodeado por la guardia próxima al faraón.

—No me gusta esto —murmuró el sardo.

Ramsés puso pie en el embarcadero; a lo lejos, detrás de una cortina de acacias, quedaba el templo de Osiris.

—No corráis ningún riesgo —recomendó Serramanna—. Dejadme explorar los alrededores.

¡Facciosos en Abydos! El rey no podía creer en semejante sacrilegio.

—Los carros —ordenó—. Tomo el mando.

—Majestad...

El sardo comprendió que era inútil insistir. ¿Cómo garantizar la seguridad de un monarca tan poco razonable?

El carro real recorrió a gran velocidad el trayecto entre el desembarcadero y el recinto del templo. Para su gran sorpresa, el primer portal de acceso estaba abierto. Ramsés echó pie a tierra y entró en el patio a cielo abierto.

La fachada del templo estaba llena de andamios; en el suelo había una estatua tumbada de su padre como Osiris. Aquí y allá se veían herramientas diseminadas, y no había ni un solo artesano trabajando.

Desconcertado, el faraón entró en el santuario. Los altares estaban vacíos de ofrendas, ningún sacerdote recitaba las liturgias.

Era evidente que el templo había sido abandonado.

Ramsés volvió a salir e interpeló a Serramanna, inmóvil en el umbral.

—Tráeme en el acto a los responsables de la obra.

Tranquilizado, el sardo salió disparado.

La cólera de Ramsés subió hasta el cielo límpido de Abydos.

En el gran patio del templo habían sido reunidos sacerdotes, funcionarios, artesanos y ritualistas encargados del mantenimiento y funcionamiento del santuario. Juntos se inclinaron, doblaron las rodillas y tocaron el suelo con la nariz, aterrados por la potente voz del monarca, que les reprochaba su pereza y su incuria.

Ramsés no había admitido ninguna excusa. ¿Cómo había podido comportarse de manera tan escandalosa el personal de Abydos, con el pretexto de que la muerte de Seti le impedía tomar cualquier iniciativa? Así, el desorden y la inercia se apoderaban de los espíritus a la menor ocasión, y ya nadie pensaba en su deber.

Cada uno temía severas sanciones, pero el joven faraón se contentó con exigir que duplicasen las ofrendas al *ka* de Seti. Dio la orden de crear un vergel, plantar árboles, dorar las puertas, continuar la construcción del templo y terminar las estatuas, realizar los ritos todos los días, y anunció que seria construida un barca para la celebración de los misterios de Osiris. Los campesinos que trabajaban las tierras del santuario serían eximidos de cargas,

y el templo mismo provisto de numerosas riquezas, a condición de que nunca más fuera descuidado de aquel modo.

El gran patio se vació en silencio. Se felicitaron por la mansedumbre del rey y juraron no provocar más su cólera.

Apaciguado, Ramsés entró en la capilla central, el «cielo» de Abydos, allí donde la luz secreta brillaba en las tinieblas, y comulgó con el alma de su padre, unida a las estrellas, mientras la barca del sol continuaba su eterno viaje.

26

Chenar estaba radiante.

Era cierto que el escorpión introducido en la habitación de Ramsés había fracasado. El hermano mayor del rey no tenía demasiadas esperanzas en el plan propuesto por Sary, el ex ayo del soberano, a quien el odio cegaba. Perjudicar a Ramsés y privarlo de su poder físico no seria tarea fácil. La experiencia, no obstante, probaba que siempre había un fallo en las medidas de seguridad más estrictas.

Chenar estaba radiante porque Acha, al final de una cena muy exitosa, acababa de comunicarle una fabulosa noticia. En la proa del barco que se deslizaba por el Nilo, los dos hombres no serían oídos por los últimos invitados que habían abusado del vino. El médico de a bordo cuidaba a un alto funcionario que vomitaba, llamando la atención de los juerguistas.

—Jefe de los servicios secretos... ¿Habláis en serio?

—Mi nombramiento es efectivo.

—¿Supongo que también estáis encargado de espiarme?

—Exactamente.

—Seguramente ya no podré obrar con libertad y me contentaré con ser un personaje mundano, sin consistencia.

—Tal es el deseo del soberano.

—¡Démosle gusto, mi querido Acha! Representaré mi papel a la perfección. Si he entendido bien, vos os convertiréis en la principal fuente de información del rey en lo que concierne a la política hitita.

—Es probable.

—¿Nuestra alianza os conviene?

—Más que nunca. Ramsés es un tirano, estoy convencido de ello. Desprecia a los demás y sólo cree en sí mismo. Su vanidad llevará el país al desastre.

—Nuestros análisis siguen convergiendo, ¿pero estáis decidido a correr todos los riesgos?

—Mi postura no ha variado.

—¿Por qué detestáis a Ramsés hasta ese punto?

—Porque es Ramsés.

Situado en el corazón de una verde campiña, Dandara, el templo de la hermosa y sonriente diosa Hator, era un himno a la armonía entre el cielo y la tierra. Grandes sicomoros plantados junto al recinto daban sombra al edificio y sus anexos, que contaban, en especial, con una escuela de música. Como soberana de las sacerdotisas de Hator, iniciadas en los misterios de la danza de las estrellas, Nefertari se alegraba de hacer esta etapa durante la cual esperaba meditar unas horas en el santuario. La flota real, después del incidente de Abydos, se había visto obligada a partir de nuevo hacia el sur, pero la reina insistía en esta escala.

Le pareció que Ramsés estaba preocupado.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—En el nombramiento del gran sacerdote de Amón. Ameni me ha pasado los informes de los principales candidatos, pero ninguno me satisface.

—¿Has hablado de ello con Tuya?

—Comparte mi opinión. Son hombres que Seti había apartado y que intentan aprovecharse de la situación.

Nefertari contempló los rostros de Hator dibujados en piedra con una gracia sorprendente. De pronto, la mirada de la reina se animó con una extraña luz.

—Nefertari...

Ella no respondió, absorta en una visión. Ramsés tomó su mano, temiendo que se le escapara para siempre, llevada a los cielos por la diosa del dulce rostro. Pero la reina, más tranquila, se acurrucó contra el faraón.

—Me he ido lejos, tan lejos... Un océano de luz y una voz musical que me transmitía un mensaje.

—¿Qué decía?

—No elijas a ninguno de los hombres que te han sido propuestos. A nosotros nos corresponde buscar al futuro gran sacerdote de Amón.

—No me queda mucho tiempo.

—Escucha al más allá; ¿no es él el que guía la acción del faraón, desde el nacimiento de Egipto?

La pareja real fue recibida por la superiora de las músicas y de las cantantes, que le ofreció un concierto en el jardín del templo. Mientras Nefertari disfrutaba de esos momentos deliciosos, Ramsés ardía de impaciencia: ¿seria menester otra revelación para descubrir a un gran sacerdote de Amón que estuviera desprovisto de ambición personal?

Ramsés habría vuelto gustoso al barco para discutirlo con Ameni, pero no pudo sustraerse a la visita al templo, a sus talleres y a sus almacenes. Por todas partes reinaban el orden y la belleza.

A orillas del lago sagrado, Ramsés olvidó sus preocupaciones. La serenidad del lugar, la ternura de los parterres de iris y de acianos, la lenta procesión de las sacerdotisas que acudían a sacar un poco de agua para el ritual de la noche habría tranquilizado el espíritu más atormentado.

Un anciano arrancaba malas hierbas y las metía en un saco con gestos lentos pero precisos. Tenía una rodilla apoyada en el suelo y le daba la espalda a la pareja real. Esta actitud irreverente habría merecido una reprobación, pero el anciano parecía tan absorto en su tarea que el rey no lo molestó.

—Vuestras flores son admirables —dijo Nefertari.

—Les hablo con amor —respondió el hombre con voz adusta—. Si no crecerían torcidas.

—Yo también he comprobado ese fenómeno.

—¿Ah? Vos, una joven tan hermosa, ¿os dedicáis a la jardinería?

—Cuando mis obligaciones me lo permiten.

—¿Estáis muy ocupada?

—Mi función me deja poco tiempo libre.

—¿Sois una superiora de sacerdotisas?

—Esa tarea forma parte de mis atribuciones.

—¿Tenéis otras? Ah, perdón... No tengo ningún derecho a importunaros de esta manera. Comulgar en el amor por las flores es una maravillosa manera de coincidir sin tener necesidad de saber más.

El anciano hizo una mueca de dolor.

—Esta maldita rodilla izquierda... por momentos me tortura y tengo dificultades para levantarme.

Ramsés ofreció su brazo al jardinero.

—Gracias, príncipe... ¿Pues vos debéis de ser al menos príncipe?

—¿Es el gran sacerdote de Dandara quien os obliga a mantener así el jardín?

—Es él, en efecto.

—Dicen que es severo, que está enfermo y que se siente incapaz de viajar.

—Exacto. ¿Os gustan las flores como a esta joven?

—Plantar árboles es mi distracción favorita. Me gustaría conversar con el gran sacerdote.

—¿Por qué razón?

—Porque no ha acudido al conclave, al final del cual sus colegas debían proponerle a Ramsés el nombre del futuro gran sacerdote de Amón.

—¿Y si dejarais que este viejo servidor de los dioses se ocupara de sus flores?

Ramsés ya no dudaba: el gran sacerdote intentaba ocultarse bajo las ropas de un jardinero.

—A pesar de su rodilla dolorosa, no parece incapaz de subir a un barco e ir hasta Tebas.

—El hombro derecho no está en mejor estado, el peso de los años es demasiado cruel, el...

—¿El gran sacerdote de Dandara está descontento de su suerte?

—Al contrario, majestad. Desea que se le deje terminar sus días en paz en el recinto de este templo.

—¿Y si el faraón en persona le pidiera ir al conclave para que sus colegas aprovechen su experiencia?

—Si el faraón, a pesar de su juventud, ya posee alguna experiencia, le ahorrará tales fatigas a un anciano. ¿Consentirá Ramsés en darme mi bastón, que está encima del murito?

El rey se apresuró a hacerlo.

—Ya veis, majestad: el viejo Nebú camina con dificultad. ¿Quién se atrevería a obligarlo a salir de su jardín?

—Como gran sacerdote de Dandara, ¿aceptaríais al menos dar un consejo al rey de Egipto?

—A mi edad, es preferible callarse.

—No es la opinión del sabio Ptah-hotep, cuyas máximas nos nutren desde el tiempo de las pirámides. Vuestra palabra es algo precioso y me gustaría conocerla. ¿Quién estaría más cualificado, según vos, para ocupar el puesto de gran sacerdote de Amón?

—He pasado toda mi existencia en Dandara y jamás he ido a Tebas. Esos problemas de jerarquía no son mi fuerte. Que vuestra majestad me perdone, pero he adquirido la costumbre de acostarme temprano.

Nefertari y Ramsés pasaron una parte de la noche en la terraza del templo, en compañía de los astrónomos. En el cielo nocturno se revelaban miles de almas y la corte de las estrellas imperecederas, reunidas alrededor de la Polar, a través de la cual pasaba el eje que unía lo visible a lo invisible.

Luego la pareja real se retiró a un palacio cuyas ventanas daban al campo. Aunque de pequeño tamaño y amueblado de manera rústica, fue el paraíso de una breve noche que disipó el canto de los pájaros. Nefertari se había quedado dormida en brazos de Ramsés tras haber compartido el sueño de la felicidad.

Después de dirigir los ritos del alba, haber degustado un copioso desayuno y haberse bañado en el estanque contiguo al palacio, Ramsés y Nefertari se prepararon a partir. Los miembros del clero los saludaron. De pronto, Ramsés se apartó de la procesión y se dirigió al jardín, junto al lago sagrado.

Nebú estaba arrodillado y cuidaba la plantación de maravillas y de espuelas de caballero.

—¿Apreciáis a la reina, Nebú?

—¿Qué respuesta esperáis, majestad? Es hermosa e inteligente.

—Así pues, respetaréis su opinión.

—¿Qué ocurre?

—Lamento mucho arrancaros de vuestra quietud, pero debo llevaros a Tebas. Es lo que desea la reina.

—¿Con qué intención, majestad?

—La de nombraros gran sacerdote de Karnak.

27

Cuando la flota real iluminó las aguas del Nilo al atracar en el embarcadero del templo de Karnak, todo Tebas se agitó. ¿Qué significaba el precoz regreso de Ramsés? Los rumores más contradictorios circularon a toda velocidad. Para unos, el rey quería suprimir el clero de Amón y reducir la ciudad al rango de aldea provinciana; para otros, había caído enfermo durante el viaje y venía a agonizar a su palacio, frente a la montaña del silencio. ¿La ascensión del joven faraón no había sido demasiado rápida? El cielo castigaba sus excesos.

Raia, el espía sirio a sueldo de los hititas, moría de impaciencia. Por primera vez no disponía de ninguna información seria. No obstante, gracias a su red de mercaderes, a la vez ambulantes y sedentarios, instalados a lo largo de todo el río en las principales poblaciones, podía seguir los desplazamientos del rey y conocer rápidamente sus decisiones sin abandonar Tebas.

Ignoraba la razón del precipitado regreso de Ramsés a la capital del sur. Como estaba previsto, el rey se había detenido en Abydos, pero, en lugar de continuar su viaje hacia el norte, había retrocedido y permanecido unas horas en Dandara.

Ramsés parecía imprevisible. Actuaba de prisa, sin confiarse a sus consejeros, cuyos chismes e indiscreciones habrían llegado a oídos del sirio. Raia estaba furioso; el joven monarca sería un adversario de peso, difícil de controlar. Chenar debería dar pruebas de mucho talento para utilizar lo mejor posible las armas de que disponía. En caso de conflicto abierto, Ramsés podría mostrarse mucho más peligroso de lo que había imaginado. Así pues, la pasividad ya no era posible. A Raia le tocaba actuar rápido y con fuerza eliminando de su red a los incapaces y a los apáticos.

Tocado con la corona azul, vestido con una larga túnica de lino plisado y el cetro de mando en la mano derecha, Ramsés era la majestad misma. Cuando entró en el salón del templo donde se habían reunido los miembros del conclave, cesaron las discusiones.

—¿Tenéis un nombre que proponerme?

—Majestad —declaró el gran sacerdote de Heliópolis—, continuamos deliberando.

—Vuestras deliberaciones han terminado. He aquí al nuevo gran sacerdote de Amón.

Apoyándose en su bastón, Nebú hizo su entrada en la sala del conclave.

—¡Nebú! —exclamó la gran sacerdotisa de Sais—. ¡Te creía enfermo e incapaz de desplazarte!

—Lo estoy, pero Ramsés ha hecho un milagro.

—A vuestra edad —protestó el segundo profeta de Amón—, ¿no deseáis una tranquila jubilación? ¡La gestión de Karnak y de Luxor es una tarea agotadora!

—Tenéis razón, pero ¿quién puede oponerse a la voluntad del rey?

—Mi decreto ya ha sido grabado en la piedra —indicó Ramsés—. Varias estelas proclamarán el nombramiento de Nebú. ¿Alguno de vosotros lo considera indigno de ocupar esta alta función?

Nadie protestó.

Ramsés dio a Nebú un anillo de oro y un bastón de electro, aleación de oro y plata, símbolos de su poder.

—Ahora eres el gran sacerdote de Amón, cuyos tesoros y graneros estarán bajo tu sello. Como superior del templo y de sus territorios, sé escrupuloso, honesto y vigilante. No trabajes para ti mismo, sino para acrecentar el *ka* de la divinidad. Amón sondea las almas y traspasa los corazones, conoce lo que está oculto en cada ser. Si está satisfecho de ti, te mantendrá a la cabeza de la jerarquía y te concederá larga vida y una feliz vejez. ¿Te comprometes bajo juramento a respetar la Regla de Maat y llevar a cabo los deberes que te corresponden?

—Por la vida del faraón, me comprometo a ello —declaró Nebú inclinándose ante Ramsés.

El segundo y el tercer profeta de Amón estaban furiosos y abatidos. Ramsés no sólo había instalado a la cabeza del clero a un viejo que le obedecería ciegamente, sino que además había nombrado a un desconocido, Bakhen, como cuarto profeta. Este secuaz del rey vigilaría al viejo y sería el verdadero amo de Karnak, cuya independencia se vería comprometida durante largos años.

Los dos dignatarios no tenían ya ninguna esperanza de reinar un día sobre el territorio más rico de Egipto. Cogidos en la trampa entre Nebú y Bakhen, tarde o temprano se verían obligados a dimitir, rompiendo con sus propias manos su carrera. Desamparados, buscaron un aliado. El nombre de Chenar les

vino a la mente, pero el hermano del rey, al convertirse en uno de sus ministros, ¿no se había unido a su causa?

Puesto que no tenían nada que perder, el segundo profeta se reunió con Chenar en nombre de todos los sacerdotes de Amón hostiles a la decisión de Ramsés. Fue recibido al borde de un estanque con peces, a la sombra de una gran tela tendida entre dos estacas. Un criado le ofreció un zumo de algarrobo y desapareció. Chenar enrolló el papiro que consultaba.

—Vuestro rostro no me es desconocido...

—Me llamo Doki y soy el segundo profeta de Amón.

El personaje no disgustó a Chenar. Pequeño, con el cráneo afeitado, la frente estrecha y los ojos color avellana, tenía una nariz y un mentón alargados y agresivos, que recordaban una mandíbula de cocodrilo.

—¿En qué puedo ayudaros?

—Sin duda me creeréis torpe, pero no tengo mucha costumbre del protocolo y de las fórmulas de cortesía.

—Prescindiremos de ellas.

—Un anciano, Nebú, acaba de ser nombrado gran sacerdote, primer profeta de Amón.

—Como segundo profeta, vos estabais designado para obtener ese puesto, ¿no es verdad?

—Así me lo dijo el difunto gran sacerdote, pero el rey me ignoró.

—Criticar sus decisiones es peligroso.

—Nebú es incapaz de dirigir Karnak.

—Bakhen, el amigo de mi hermano, será el amo oculto.

—Perdonadme una pregunta directa, pero ¿aprobáis tales disposiciones?

—Es la voluntad del faraón que se vuelve realidad.

Doki se sintió decepcionado; Chenar se había colocado bajo la enseña de Ramsés. El sacerdote se levantó.

—No os importunaré más tiempo.

—Un momento... Vos os negáis a aceptar el hecho consumado.

—El rey desea disminuir el poder del clero de Amón.

—¿Tenéis medios para oponeros a ello?

—No estoy solo.

—¿A quién representáis?

—A buena parte de la jerarquía y a la mayoría de los sacerdotes.

—¿Tenéis un plan de acción?

—¡Señor Chenar! ¡No tenemos intención de convertirnos en sediciosos!

—Sois un tibio, Doki, y ni siquiera sabéis lo que queréis.

—Necesito ayuda.

—Antes que nada, probadlo.

—Pero cómo...

—A vos os toca averiguarlo.

—Sólo soy un sacerdote, un...

—O sois un ambicioso o un incapaz. Si darle vueltas a vuestra amargura es vuestra única actividad, no me interesáis.

—¿Y si lograra desacreditar a los hombres del faraón?

—Logradlo y volveremos a vernos. Por supuesto, esta entrevista jamás ha existido.

Para Doki renacía la esperanza. Abandonó la villa de Chenar planeando gran cantidad de proyectos irrealizables. A fuerza de buscar, le vendría la inspiración.

Chenar se sentía escéptico. El individuo no carecía de cualidades, pero le parecía timorato y demasiado influenciable. Asustado de su propia audacia, seguramente se arrepentiría de luchar contra Ramsés. Pero un eventual aliado jamás debía despreciarse. Así pues, había adoptado la estrategia adecuada para conocer la verdadera naturaleza del segundo profeta de Amón.

Ramsés, Moisés y Bakhen recorrían la obra en la que trabajaban los artesanos encargados de construir la gigantesca sala de columnas soñada por Seti y que su hijo realizaría. La entrega de los bloques no sufría ningún retraso,

la coordinación de los equipos se llevaba a cabo sin contrariedades, los tallos de piedra, simbolizando papiros surgidos del océano primordial, se elevaban uno a uno.

—¿Estás satisfecho de tus equipos? —preguntó Ramsés a Moisés.

—Sary no es fácil de manejar, pero creo haberlo sometido.

—¿De qué se le acusa?

—De tratar a los obreros con un desprecio inaceptable e intentar recortar sus raciones para enriquecerse.

—Enviémoslo ante un tribunal.

—No será necesario —estimó el hebreo divertido—; prefiero tenerlo a mano. En cuanto pasa los límites, me ocupo personalmente de él.

—Si lo molestas demasiado, te pondrá un pleito.

—No estés intranquilo, majestad: Sary es un cobarde.

—¿No ha sido vuestro ayo? —preguntó Bakhen.

—Sí —respondió Ramsés—, y un preceptor competente. Pero una especie de locura se ha apoderado de él. Considerando sus fechorías, otros, en mi lugar, ya lo habrían enviado al presidio de los oasis. Espero que su trabajo le permita recuperar la razón.

—Los primeros resultados no son muy alentadores —deploró Moisés.

—Tu perseverancia lo logrará... pero no aquí. Dentro de unos días partimos hacia el norte, y estarás de viaje.

El hebreo pareció contrariado.

—¡Esta sala de columnas no está terminada!

—Le confío esta tarea a Bakhen, cuarto profeta de Amón, al que darás los consejos y las instrucciones necesarias. Se encargará del final de la obra y también se preocupará de la ampliación del templo de Luxor. ¡Qué maravilla, cuando el patio de columnas, el pilón y los obeliscos vean la luz! Que los trabajos vayan de prisa, Bakhen. Quizá el destino me ha otorgado una breve existencia y deseo inaugurar esos esplendores.

—Vuestra confianza me honra, majestad.

—No nombro a hombres de paja, Bakhen. El viejo Nebú realizará su función, y tú, la tuya. Para él la gestión de Karnak, para ti las grandes obras.

Tanto uno como otro deberéis alertarme en caso de dificultad. Ponte al trabajo y no pienses en otra cosa.

El faraón y Moisés salieron de la obra y tomaron una avenida bordeada de tamarindos que llevaba al santuario de la diosa Maat, la Regla, la verdad y la justicia.

—Me gusta recogerme en este lugar —confió el rey—; mi espíritu se tranquiliza y mi visión se hace más clara. ¡Qué suerte tienen estos sacerdotes cuando se olvidan de sí mismos! En cada piedra del templo es perceptible el alma de los dioses, en cada capilla se revela su mensaje.

—¿Por qué me obligas a abandonar Karnak?

—Una formidable aventura nos espera, Moisés. ¿Te acuerdas cuando hablábamos del verdadero poder con Acha, Ameni y Setaú? Yo estaba convencido de que sólo el faraón disponía de él. Me atraía como la llama a los insectos, y me habría quemado si mi padre no me hubiera preparado para vivirlo. Incluso cuando descanso, un poder habla en mí, exige que construya.

—¿Qué proyecto has concebido?

—Es tan gigantesco que aún no me atrevo a hablar de él. Pensaré durante el viaje. Si es posible llevarlo a cabo, estarás estrechamente asociado a él.

—Me sorprendes, lo confieso.

—¿Por qué?

—Estaba convencido de que el rey olvidaría a sus amigos y sólo se cuidaría de los cortesanos, de la razón de Estado y de los imperativos del poder.

—Me habías juzgado mal, Moisés.

—¿Cambiarás, Ramsés?

—Un hombre cambia en función de la meta que desea alcanzar; la mía es la grandeza de mi país, y no variará.

28

La cólera de Sary, el ex ayo de Ramsés, no disminuía. Haber sido reducido a dirigir un miserable equipo de ladrilleros, él, que había educado a las personalidades más importantes del reino. Y ese Moisés que lo amenazaba sin cesar, aprovechándose de su fuerza física. Cada día soportaba menos las humillaciones y las burlas. Había intentado sublevar a los obreros contra el hebreo, pero su popularidad era tal que sus críticas no tuvieron ningún eco.

Moisés sólo era un mandado. Había que golpear la cabeza, vengarse del que lo sumía en la desdicha y la bajeza.

—Comparto tu odio —admitió su esposa, Dolente, la hermana de Ramsés, tendida sobre unos cojines—. Pero la solución que propones parece tan espantosa...

—¿Qué arriesgamos?

—Tengo miedo, querido. Este tipo de prácticas puede recaer sobre sus autores.

—¡Y qué más da! ¡Tú has sido olvidada, despreciada, y yo soy objeto de abominables humillaciones! ¡No podemos seguir así!

—Lo comprendo, Sary, lo comprendo... Pero llegar a eso...

—¿Me acompañarás o iré solo?

—Soy tu mujer.

La ayudó a levantarse.

—¿Lo has pensado bien?

—Pienso en ello a cada momento desde hace más de un mes.

—¿Y si... nos denuncian?

—No hay ningún peligro.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—He tomado precauciones.

—¿Serán suficientes?

—Tienes mi palabra.

—¿No es posible evitar...?

—No, Dolente. Decídete.

—Vamos.

La pareja, vestida de manera modesta, se desplazó a pie y tomó una callejuela que llevaba a un barrio popular de Tebas en el que vivían numerosos extranjeros. Muy a disgusto, la hermana de Ramsés caminaba apretada a su marido, dudando sobre el camino que debían seguir.

—¿Estamos perdidos, Sary?

—Por supuesto que no.

—¿Aún está lejos?

—Dos manzanas de casas más.

Los miraban de arriba abajo, se les consideraba intrusos. Pero Sary avanzaba, obstinado, aunque su esposa temblaba cada vez más.

—Mira, aquí es.

Sary golpeó una puerta baja pintada de rojo, en la cual estaba clavado el cadáver de un escorpión. Una vieja abrió, la pareja bajó una escalera de madera que llevaba a una especie de gruta húmeda en la que ardían unas diez lámparas de aceite.

—Ahora viene —anunció la vieja—. Sentaos en los taburetes.

A Dolente le espantaba tanto aquel lugar que prefirió permanecer de pie. La magia negra estaba prohibida en Egipto, pero algunos practicantes no dudaban en ofrecer sus servicios a precios exorbitantes.

El libanés, gordo y obsequioso, se dirigió hacia sus clientes a pasos cortos.

—Todo está a punto —anunció él—, ¿tenéis lo necesario?

Sary puso en la mano derecha del mago el contenido de un saquito de cuero: una decena de turquesas de perfecta pureza.

—El objeto que habéis comprado se halla en el fondo de la gruta; al lado encontraréis una espina de pescado con la que escribiréis el nombre de la persona que queréis hechizar. Luego romperéis el objeto y esa persona caerá enferma.

Durante el discurso del mago, Dolente se veló el rostro con un chal. En cuanto estuvo sola con su marido, le agarró las muñecas.

—¡Vámonos, es demasiado horrible!

—¡Valor!, casi ha terminado.

—¡Ramsés es mi hermano!

—Te equivocas, se ha convertido en nuestro peor enemigo. A nosotros nos toca actuar, sin temor y sin remordimientos. No arriesgamos nada, además no sabrá de dónde viene el ataque.

—Quizá podríamos...

—Ya no es tiempo de retroceder, Dolente.

En el fondo de la gruta, en una especie de altar cubierto con extraños signos que representaban animales monstruosos y genios maléficos, había una placa de caliza muy delgada y una espina de pescado, larga, gruesa y puntiaguda. Unas manchas marrones manchaban la placa. Sin duda el mago la había empapado con sangre de serpiente, a fin de aumentar su poder nocivo.

Sary tomó la espina y empezó a grabar, en jeroglíficos, el nombre de Ramsés. Espantada, su mujer cerró los ojos.

—Tu turno —ordenó él.

—¡No, no puedo!

—Si el maleficio no es realizado por una pareja, no servirá de nada.

—¡No quiero matar a Ramsés!

—No morirá, el mago lo ha prometido. Su enfermedad le impedirá reinar, Chenar se convertirá en regente y nosotros regresaremos a Menfis.

—No puedo...

Sary colocó la espina de pescado en la mano derecha de su esposa y le hizo apretar los dedos.

—Graba el nombre de Ramsés.

Como le temblaba la mano, la ayudó. Torpemente trazados, los jeroglíficos formaron el nombre del rey.

Sólo quedaba romper la fina placa de caliza.

Sary la cogió. Dolente se veló de nuevo el rostro. Se negaba a ser testigo de aquel horror.

A pesar de la fuerza que ejercía, Sary no lograba sus fines. La placa resistía, parecía tan sólida como el granito. Irritado, Sary cogió uno de los guijarros diseminados por el suelo del sótano e intentó romper la caliza hechizada, pero no logró mellarla siquiera.

—No lo comprendo... Esta plancha es muy delgada.

—¡Ramsés se halla protegido! —gritó Dolente—. Nadie puede alcanzarlo, ¡ni siquiera un mago! ¡Vámonos, vámonos de prisa!

La pareja vagó por las callejuelas del barrio popular. Presa de un pánico que le retorcía el vientre, Sary no encontraba el camino. Las puertas se cerraban al acercarse ellos, las miradas los espiaban detrás de los porticones entreabiertos. A pesar del calor, Dolente continuaba ocultando su rostro con un chal.

Un hombre delgado, con perfil de ave rapaz, los abordó. Sus ojos verde oscuro brillaban con un fulgor inquietante.

—¿Están perdidos?

—No —respondió Sary—; apartaos.

—No soy un enemigo, puedo ayudaros.

—Nos las arreglaremos.

—A veces se tienen malos encuentros en este barrio.

—Sabremos defendernos.

—Contra una banda armada, no tendríais ninguna posibilidad. Aquí, un hombre que posee piedras preciosas es una presa muy tentadora.

—Nosotros no poseemos nada semejante.

—¿No habéis pagado al mago libanés con turquesas?

Dolente se estrechó contra su marido.

—¡Habladurías, nada más que habladurías!

—Ambos sois imprudentes; ¿no habéis olvidado... esto?

El hombre delgado le mostró la fina placa de caliza donde habían escrito el nombre de Ramsés.

Dolente, desmayada, se dejó caer en brazos de su marido.

—Todo acto de magia negra contra el faraón esta castigado con la muerte, ¿lo ignoráis? No tengo intención de denunciaros, estad tranquilos.

—¿Qué... qué queréis?

—Ayudaros, ya os lo he dicho. Entrad en casa, a vuestra izquierda; vuestra esposa necesita beber.

La morada, con suelo de tierra batida, era modesta pero limpia. Una mujer joven y rubia, rolliza, ayudó a Sary a tender a Dolente en una banqueta de madera cubierta con un mantel y le ofreció agua.

—Mi nombre es Ofir —declaró el hombre delgado—, y ésta es Lita, descendiente de Akenatón y legítima heredera del trono de Egipto.

Sary se sintió consternado. Dolente recuperó la conciencia.

—¿Vos... vos bromeáis?

—Es la verdad.

Sary se volvió hacia la joven mujer rubia.

—¿Miente este hombre?

Lita movió la cabeza negativamente, se apartó y se sentó en un ángulo de la habitación, como indiferente a lo que sucedía.

—No os sorprendáis —recomendó Ofir—. Ella ha sufrido tanto que tardará mucho en aprender a vivir de nuevo.

—Pero... ¿qué le han hecho?

—La han amenazado de muerte, golpeado, encerrado, la han hecho renegar de su fe en Atón, el dios único, se le ha ordenado olvidar su nombre y a sus parientes, se ha intentado destruir su alma. Si yo no hubiera intervenido, sólo seria una pobre loca.

—¿Por qué la ayudáis?

—Porque mi familia fue perseguida, como la suya. Sólo tenemos una razón para vivir: la venganza. Una venganza que dará el poder a Lita y expulsará a los falsos dioses de la tierra de Egipto.

—¡Ramsés no es responsable de vuestras desdichas!

—Por supuesto que sí. Pertenece a una dinastía maldita que engaña al pueblo y lo tiraniza.

—¿Cómo lográis sobrevivir?

—Los partidarios de Atón nos ocultan y nos alimentan, con la esperanza de que escuchará nuestras plegarias.

—¿Aún son numerosos?

—Más de los que imagináis, pero reducidos al silencio. Incluso si sólo quedáramos Lita y yo, continuaríamos luchando.

—Esa época está superada —protestó la hermana de Ramsés—. Son rencores que sólo os conciernen a vosotros.

—Estáis equivocada —objetó Ofir—. Ahora sois mis aliados.

—Abandonemos esta casa, Sary; esta gente está loca.

—Se quiénes sois —reveló Ofir.

—¡Es falso!

—Vos sois Dolente, la hermana de Ramsés; este hombre es vuestro marido, Sary, el ex ayo del faraón. Ambos fuisteis víctima de su crueldad y deseáis vengaros.

—Es asunto nuestro.

—Tengo la placa de caliza hechizada que habéis utilizado. Si la presento en el despacho del visir y llevo testigos en contra vuestra...

—¡Es un chantaje!

—Seamos aliados y desaparecerá la amenaza.

—¿Cuál sería nuestro interés? —preguntó Sary.

—Utilizar la magia contra Ramsés es una buena idea, pero no sois especialistas. El hechizo que habéis elegido habría puesto enfermo a un simple mortal, pero no a un rey. El faraón, durante su coronación, se benefició de

protecciones invisibles que forman un cerco alrededor de su persona. Habrá que destruirlas una a una. Lita y yo somos capaces de hacerlo.

—¿Qué exigís a cambio?

—Albergue, hospitalidad y un lugar discreto donde establecer contactos.

Dolente se acercó a Sary.

—No lo escuches. Es peligroso, nos aniquilará.

Sary se dirigió al mago.

—De acuerdo. Somos aliados.

29

Ramsés encendió las lámparas de aceite que iluminaban el naos[1] de Karnak, la parte más secreta de todas, en la que sólo él y su sustituto en caso de ausencia, el gran sacerdote, podían entrar. Las tinieblas se disiparon; apareció el Sanctasanctórum, una capilla de granito rosa que contenía la imagen terrestre de Amón, «el oculto», cuya verdadera forma no conocería jamás ningún ser humano.

Unas pastillas de incienso se consumían con lentitud, embalsamando aquel lugar, más sagrado que cualquier otro, en el que la energía divina se encarnaba en lo invisible y lo visible.

El rey rompió el sello de arcilla que preservaba el naos, tiró del cerrojo y abrió las puertas del relicario.

—Despiértate en paz, poder original que crea en cada instante. Reconóceme, soy tu hijo, mi corazón te ama, vengo a llenarme de tus consejos para realizar lo que te sea útil. Despiértate en paz y brilla sobre esta tierra que sólo vive por tu amor. Por la energía que de ti dimana, resucita todo lo que es.

El rey iluminó la estatua divina, quitó las bandas de lino de color que la cubrían, la purificó con agua del lago sagrado, le aplicó diversos ungüentos y la vistió con nuevas bandas de tela pura. Luego, haciéndolas nacer con la voz, le presentó las ofrendas que los sacerdotes, en el mismo momento, colocaban en los numerosos altares repartidos por el templo. El mismo ritual se realizaba, todas las mañanas, en todos los santuarios de Egipto.

Por fin llegó la ofrenda suprema, la de Maat, la inmortal Regla de vida.

—Vives de ella —dijo el rey a la divinidad—. Ella te vivifica con su perfume, te alimenta con su rocío. Tus ojos son la Regla, todo tu ser es la Regla.

El faraón besó fraternalmente a la Potencia, cerró las puertas del naos, corrió el cerrojo y colocó un sello de arcilla. Mañana, el gran sacerdote Nebú repetiría los mismos gestos en su nombre.

Cuando Ramsés salió del naos, todo el templo estaba despierto. Los sacerdotes sacaban de los altares la parte de los alimentos purificados que

[1] Naos: parte interior y central de un templo, el sagrario. (N. Del T.)

regresaban a los humanos: panes y pasteles salían de las panaderías de Karnak, los carniceros preparaban la carne para la comida del mediodía, los artesanos se ponían al trabajo, los jardineros adornaban con flores las capillas. El día era apacible y dichoso.

El carro de Ramsés, precedido por el de Serramanna, rodaba en dirección al Valle de los Reyes. A pesar de lo temprano que era, ya hacía mucho calor. Nefertari temía el horno del valle, pero se mostraba serena. Una tela mojada en la nuca y una sombrilla le permitirían soportar la prueba.

Antes de volver a partir hacia el norte, Ramsés quería ver de nuevo la tumba de su padre y prosternarse ante el sarcófago cuyo nombre egipcio, «el dueño de la vida», indicaba la función que debía ejercer. En el misterio de la habitación de oro, el alma de Seti no dejaba de regenerarse.

Los dos carros se detuvieron ante la estrecha entrada del Valle. Ramsés ayudó a Nefertari a bajar, mientras Serramanna, a pesar de la presencia de la policía, inspeccionaba los alrededores. Incluso aquí, no estaba tranquilo. El sardo observó a los policías que custodiaban el acceso y no notó nada anormal en su comportamiento.

Para sorpresa de Nefertari, Ramsés no tomó el sendero que llevaba a las moradas de eternidad de Seti y de su antepasado, el primero de los Ramsés, que descansaban uno al lado del otro, sino que se desvió hacia la derecha, en dirección a una cantera. Unos obreros picaban la roca, que se desprendía en lascas que eran recogidas en pequeños cestos.

Sobre varios bloques pulidos y alineados, uno de los maestros de obra de la cofradía de Deir el-Medineh había desenrollado un papiro. Se inclinó ante la pareja real.

—Éste es el emplazamiento de mi tumba —reveló Ramsés a Nefertari.

—Ya has pensado en ese momento...

—Un faraón debe concebir el plan de su morada eterna y empezar los trabajos desde el primer año de su reinado.

El velo de tristeza que había oscurecido la mirada de Nefertari se disipó.

—Tienes razón, la muerte es nuestra compañera de cada instante; si sabemos prepararla, ella se mostrará risueña.

—¿Te gusta este lugar?

La reina giró muy lentamente sobre sí misma, como si tomara posesión del espacio y escudriñara la roca y las profundidades de la tierra. Luego se inmovilizó, con los ojos cerrados.

—Será aquí donde descansará tu cuerpo —predijo.

Ramsés la estrechó contra él.

—Incluso si la Regla te impone residir en el Valle de las Reinas, jamás nos separaremos. Y haré que te construyan la morada de eternidad más hermosa de toda nuestra tierra amada de los dioses. Las generaciones la recordarán y cantarán su belleza por los siglos de los siglos.

El poder del Valle y la gravedad del momento unieron a la pareja real con un nuevo vínculo, cuya intensidad luminosa notaron los picapedreros, los canteros y el maestro de obras. Más allá de una mujer y un hombre enamorados se afianzaba la presencia de un faraón y de una gran esposa real, cuya vida y muerte estaban marcadas con el sello de lo eterno.

El trabajo se había interrumpido, las herramientas guardaban silencio. Cada artesano era consciente de estar participando en el misterio de esos dos seres cuya tarea era reinar, a fin de que el cielo reposara sobre sus pilares y la tierra estuviera de fiesta. Sin ellos, el Nilo no fluiría, los peces ya no saltarían en sus ondas, ni los pájaros volarían en el azul, la humanidad estaría privada del soplo de la vida.

Ramsés y Nefertari se separaron sin dejar de mirarse. Acababan de franquear la puerta del verdadero matrimonio.

Los artesanos empezaron de nuevo a picar la roca, el rey se acercó al maestro de obras.

—Muéstrame el plan que has concebido.

El rey examinó el dibujo que le presentaron.

—Alargarás el primer pasillo, harás una primera sala con cuatro pilares; profundizarás más en la roca y desarrollarás tu talento en la sala de Maat.

Tomando el pincel que le ofrecía el maestro de obras, el rey rectificó el trazado con tinta roja y precisó las dimensiones que exigía.

—A partir de la sala de Maat, girarás en ángulo recto; un estrecho y corto pasillo conducirá a la cámara de oro, con ocho pilares, en el centro de la cual será depositado el sarcófago. Varias capillas, destinadas a recibir el mobiliario funerario, comunicarán con ella. ¿Cuál es tu opinión?

—No existe ninguna imposibilidad técnica, majestad.

—Si surgen dificultades durante los trabajos, quiero ser avisado inmediatamente.

—Mi deber es resolverlos.

La pareja real y su escolta salieron del Valle de los Reyes y retomaron el camino en dirección al Nilo. Como el rey no había indicado su destino a Serramanna, éste no dejaba de observar la cumbre de las colinas. El joven monarca era tan indiferente al peligro que garantizar su seguridad representaba una permanente proeza. De tanto jugar con la suerte, terminaría por perderla.

A la altura de los cultivos, el carro real se desvió hacia la derecha, pasó ante la necrópolis de los nobles y el templo funerario de Tutmosis III, el ilustre faraón que había logrado imponer la paz en Asia y hacer brillar la civilización egipcia en todo el Próximo Oriente e incluso más allá.

Ramsés se detuvo en un lugar deshabitado, en el límite del desierto y los campos, no lejos de la aldea de los constructores. Serramanna desplegó de inmediato a sus hombres, temiendo que un agresor se ocultara entre el trigo.

—¿Qué piensas de este lugar, Nefertari?

Elegante, aérea, la reina se había quitado las sandalias para percibir mejor la energía de la tierra. Sus pies desnudos rozaron la arena ardiente, fue de derecha a izquierda, regresó sobre sus pasos, se sentó en una piedra plana, a la sombra de una palmera.

—El poder reside aquí, un poder idéntico al que vive en tu corazón.

Ramsés se arrodilló y masajeó suavemente los delicados pies de la reina.

—Ayer tuve una extraña visión, casi espantosa —confesó ella.

—¿Puedes describirla?

—Te encontrabas en el interior de una piedra alargada, protegido por ella; alguien intentaba romperla, eliminar esa protección y destruirte.

—¿Y lo consiguió?

—Mi mente luchó contra esa fuerza tenebrosa, la repelió. La piedra permaneció intacta.

—¿Una pesadilla?

—No, estaba despierta, y esa imagen pasaba a través de mi mente, como una realidad lejana pero presente, tan presente...

—¿Tu turbación se ha disipado?

—No, no del todo. Subsiste una angustia, como si un adversario se ocultara en la sombra, fuera de alcance, con el designio de perjudicarte.

—Tengo muchos enemigos, Nefertari, pero ¿hay que sorprenderse de ello? Para derribarme, no vacilarán en utilizar las armas más viles. O me paralizo temiendo sus golpes, o avanzo sin preocuparme de ellos. He decidido avanzar.

—Así pues, tengo el deber de protegerte.

—Serramanna se encarga de ello.

—Detendrá los ataques visibles, pero ¿cómo protegerte de los asaltos invisibles? Ése será mi papel, Ramsés; gracias a mi amor, rodearé tu alma con una muralla que los demonios no podrán franquear. Pero necesitarás algo más...

—¿En qué piensas?

—En un ser que aún no existe y que preservará tu nombre y tu vida.

—Nacerá aquí, en este suelo que has pisado con tus pies desnudos. Yo también he pensado en ese aliado inmenso, con cuerpo de piedra y alma construida con materiales eternos. Aquí será edificado mi templo de millones de años, el Ramesseum. Quiero que lo concibamos juntos, como a nuestro hijo.

30

Serramanna se alisó los bigotes, se vistió con una túnica violeta de cuello abierto, se perfumó y comprobó su corte de cabello en un espejo. Teniendo en cuenta lo que pensaba decirle a Ramsés, debía aparecer como un personaje respetable y razonable cuyas opiniones contaran. El sardo había dudado mucho antes de dar este paso. Pero sus deducciones no lo engañaban, y se sentía incapaz de guardar una carga tan pesada en su pecho.

Abordó al rey al final de su aseo matinal. Fresco y despierto, el monarca sería receptivo.

—Espléndido —estimó Ramsés—. Vas a renunciar a dirigir mi guardia personal para ocuparle de la última moda de Menfis.

—Había pensado...

—Has pensado que el refinamiento sería mejor para declaraciones delicadas.

—Quién os ha advertido...

—Nadie, tranquilízate; tu secreto está intacto.

—Majestad, ¡tengo razón!

—¡Buena manera de entrar en materia! ¿Y en qué terreno?

—Ese escorpión que debía picaros y estropear vuestro viaje... Alguien tuvo que dejarlo en vuestra habitación.

—Innegable, Serramanna. ¿Qué más?

—Irritado por mi falta, he llevado a cabo una investigación.

—Y su conclusión te perturba.

—En efecto, majestad, en efecto...

—¿Tienes miedo, Serramanna?

La injuria hizo palidecer al sardo. Si Ramsés no hubiera sido el faraón de Egipto, el puño de Serramanna le habría cerrado la boca.

—Debo garantizar vuestra seguridad, majestad, y no siempre es fácil.

—¿Me reprochas ser imprevisible?

—Si lo fuerais menos...

—Te aburrirías.

—Soy un antiguo pirata, pero me gusta el trabajo bien hecho.

—¿Quién te impide hacerlo?

—En la protección pasiva no hay ningún problema; pero, ¿tengo derecho a ir más lejos?

—Sé más claro.

—Sospecho de uno de vuestros allegados. Para hacer colocar ese escorpión era necesario conocer el emplazamiento de vuestra cabina.

—¡Muchas personas estaban al tanto!

—Es posible, pero mi instinto me dice que tengo una posibilidad de identificar al culpable.

—¿Con qué métodos?

—Los míos.

—La justicia es el fundamento de la sociedad egipcia, Serramanna; el faraón es el primer servidor de la Regla, y no se sitúa por encima de las leyes.

—Dicho de otra manera, no recibiré orden oficial.

—¿No entorpecería tu gestión?

—¡Entendido, majestad!

—No estoy seguro de ello, Serramanna. Sigue tu camino, pero respeta a la gente; no admitiré ningún tipo de violencia. Con orden oficial o no, me considero responsable de tus actos.

—No atropellaré a nadie.

—Dame tu palabra.

—¿La palabra de un pirata tiene valor?

—Un hombre valiente no traiciona la suya.

—Cuando digo «atropellar», yo...

—Tu palabra, Serramanna.

—Bueno, ¡la tenéis, majestad!

La limpieza del palacio era una de las obsesiones de Romé, promovido a intendente de Ramsés y, por lo tanto, responsable de la comodidad del faraón. Así pues, los barrenderos, los fregadores de suelos y los que limpiaban el polvo no paraban, bajo las órdenes de un escriba puntilloso que insistía en afirmar su posición agradando a Romé. Comprobaba el trabajo de sus equipos y no titubeaba en llamar de nuevo al que había errado, amenazándolo con bajarles los salarios a la primera reincidencia.

Al caer la noche, el escriba salió de un palacio brillante como un espejo. Cansado y sediento, se dirigió a paso ligero a una taberna en la que se servía una cerveza deliciosa. Cuando pasaba por una callejuela obstaculizada por unos asnos cargados con sacos de trigo, una mano poderosa lo agarró por el cuello de la túnica y lo obligó a entrar reculando en una tienda oscura, cuya puerta se cerró con un golpe. Presa de terror, el funcionario ni siquiera gritó.

Dos enormes manos le apretaron el cuello.

—¡Vas a hablar, crápula!

—Dejadme... dejadme respirar...

Serramanna aflojó un poco la presión.

—Eres cómplice de tu patrón, ¿verdad?

—Patrón... ¿qué patrón?

—Romé, el intendente.

—Pero... ¡mi trabajo es impecable!

—Romé detesta a Ramsés, ¿no es cierto?

—Lo ignoro... No, no, ¡no creo! ¡Y yo soy un fiel servidor del rey!

—Romé es un gran aficionado a los escorpiones, estoy seguro de ello.

—¿A los escorpiones? ¡Le aterrorizan!

—Mientes.

—No, ¡os juro que no!

—Tú le has visto manipularlos.

—Os equivocáis...

El sardo comenzó a dudar. Habitualmente, este tipo de tratamiento le daba excelentes resultados. Parecía que el escriba decía la verdad.

—¿Buscáis... a un aficionado a los escorpiones?

—¿Conoces a uno?

—Un amigo del rey, uno llamado Setaú... Pasa su vida con serpientes y escorpiones. Dicen que habla su lenguaje y que le obedecen.

—¿Dónde se encuentra?

—Ha partido a Menfis, donde posee un laboratorio. Se ha casado con una bruja nubia, Loto, tan temible como él.

Serramanna soltó al escriba, que se frotó el cuello, feliz de respirar.

—¿Puedo... puedo irme?

El sardo expulsó al funcionario con un revés de la mano.

—Un momento... ¿Te he hecho daño?

—¡No, no!

—Vete y no hables de esta conversación con nadie. Si no, mis brazos se convertirán en serpientes y te ahogarán.

Mientras el escriba huía, Serramanna abandonó tranquilamente la tienda y, pensativo, partió en dirección opuesta.

Su instinto le decía que el intendente Romé, promocionado demasiado de prisa, era el mejor situado para perjudicar al rey. Serramanna desconfiaba de ese tipo de hombres, hábiles en ocultar la ambición bajo la jovialidad. Pero sin duda debía admitir su error, un error ventajoso ya que tal vez el escriba le había ofrecido una buena pista: la que llevaba a Setaú, uno de los amigos del rey. El sardo hizo una mueca.

Ramsés apreciaba la amistad. Para él, era un valor sagrado. Atacar a Setaú podía ser arriesgado, tanto más cuanto que el personaje disponía de armas temibles. No obstante, tras haber obtenido esta información, Serramanna no podía permanecer inactivo. Cuando regresara a Menfis, le dedicaría una atención especial a la insólita pareja que cohabitaba tan cómodamente con los reptiles.

—No he recibido ninguna queja de ti —constató Ramsés.

—He mantenido mi promesa, majestad —afirmó Serramanna.

—¿Estás seguro de ello?

—Por completo.

—¿Los resultados de tus investigaciones?

—Por el momento, ninguno.

—¿Fracaso total?

—Una falsa pista.

—Así pues no renuncias.

—Mi función consiste en protegeros... Respetando al mismo tiempo la ley.

—¿Me ocultas algún detalle importante, Serramanna?

—¿Me creéis capaz de ello, majestad?

—¿Un pirata no es capaz de todo?

—Soy un ex pirata. Me gusta demasiado esta vida para que tome riesgos inútiles.

La mirada de Ramsés se volvió de acero.

—Tu sospechoso favorito no era el que buscabas, pero perseveras.

Serramanna esbozó un vago gesto con la cabeza.

—Lamento interrumpir tus investigaciones.

El sardo no ocultó su decepción.

—He sido discreto, os lo aseguro...

—No tienes que justificarte. Mañana partimos para Menfis.

31

Romé ya no sabía qué hacer con la cantidad de preocupaciones que le causaba la organización del viaje de la corte, de Tebas a Menfis. A las damas no debía faltarles ni un bote de afeite, los notables debían contar con un gran número de sillas cómodas, las comidas a bordo debían ser de la misma calidad que en tierra firme, el perro y el león de Ramsés debían disponer de una alimentación copiosa y variada. ¡Y ese cocinero que acababa de caer enfermo, y ese lavandero que se retrasaba, y esa tejedora que se había equivocado en la entrega de los trapos de limpieza!

Ramsés había dado unas órdenes, y serían ejecutadas. Romé, que quería tener una existencia tranquila preparando suculentas recetas, había logrado caer rendido de admiración por ese rey exigente y apresurado. Era cierto que trastornaba su entorno, parecía intolerable, ardía con un fuego que corría el riesgo de quemar a aquellos que se le acercaban. Pero era tan deslumbrante como el halcón fascinado por el alto cielo, encargado de protegerlo. Romé tenía ganas de probar sus cualidades, incluso si para ello debía sacrificar su tranquilidad.

El intendente se presentó en la pasarela del barco real con un cesto lleno de higos frescos. Serramanna le impidió el acceso.

—Registro obligatorio.

—¡Soy el intendente de su majestad!

—Registro obligatorio —repitió el sardo.

—¿Intentas provocar un incidente?

—¿No tienes la conciencia tranquila?

Romé pareció estremecerse.

—¿Qué quieres decir?

—O lo ignoras, y todo ira bien para ti, o lo sabes, y no tienes escapatoria.

—¡Te has vuelto loco, sardo! Ya que eres tan desconfiado, lleva tú mismo este cesto al rey. Yo aún tengo mil cosas que hacer.

Serramanna levantó la tela blanca que cubría el cesto. Los higos eran soberbios, ¿pero no ocultaban una trampa mortal? Los sacó uno a uno, con mano inquieta, y los colocó en el muelle. Con cada gesto, esperaba ser asaltado por la cola agresiva de escorpión.

Cuando el cesto estuvo vacío, sólo le quedó llenarlo evitando aplastar las frutas maduras.

Iset la Bella estaba radiante. Se inclinó ante Ramsés, semejante a una joven noble de la corte que ve al rey por primera vez y está a punto de desfallecer.

Él la levantó, a la vez vigoroso y tierno.

—¿Te has vuelto frágil?

—Quizá, majestad.

Su rostro parecía grave, casi inquieto, pero sus ojos sonreían.

—¿Estás preocupada por algo?

—¿Me autorizas a contártelo?

Se sentaron en asientos bajos, uno junto al otro.

—Dispongo de unos instantes para una audiencia privada.

—¿Tan absorbente es el oficio de rey?

—Ya no me pertenezco, Iset; hay más tareas que horas, y así está bien.

—La corte regresa a Menfis.

—Exacto.

—No me has dado ninguna directriz... ¿Debo partir contigo o permanecer en Tebas?

—¿Adivinas la razón de mi silencio?

—Me pesa, lo confieso.

—Te dejo elegir, Iset.

—¿Por qué?

—Amo a Nefertari.

—A mí también me amas, ¿verdad?

—Deberías odiarme.

—Tú reinas sobre un imperio, pero ¿comprendes el corazón de una mujer? Nefertari es un ser extraordinario, yo no. Pero ni ella, ni tú, ni los dioses podrán impedir que te ame, sea cual sea el lugar que me concedas. ¿Por qué la segunda esposa no puede tener derecho a la felicidad, si sabe rebañar cada uno de los segundos que se le ofrecen? Verte, hablarte, compartir unos instantes tu existencia son joyas preciosas que no cambiaría por nada.

—¿Qué decides?

—Parto para Menfis con la corte.

Unos cuarenta barcos abandonaron Tebas bajo las aclamaciones de una numerosa muchedumbre que había adoptado a Ramsés y a Nefertari. La sucesión del gran sacerdote de Amón se había desarrollado sin contratiempos. El alcalde de la capital del sur había conservado su puesto, el visir también, la corte había organizado fastuosos banquetes, el pueblo se regocijaba de una buena crecida que garantizaba la prosperidad del país.

Romé se concedió unos minutos de descanso. A bordo del navío real, nada desentonaba, a excepción de ese colosal sardo que no dejaba de espiarlo. ¿Acaso no había exigido un registro de todas las cabinas y de cada miembro de la tripulación? Un día, aquel extranjero recibiría un mal golpe, y nadie lo lamentaría. Su falta de respeto hacia eminentes personalidades ya le valía sólidas enemistades. Sólo el apoyo del rey preservaba su posición. ¿Pero sería duradero?

El intendente, presa de dudas, verificó por segunda vez la calidad de la cama real, la solidez de los sillones, se aseguró de la excelencia de los alimentos que serían servidos durante la comida del mediodía y corrió por el puente, con un odre de agua fresca destinada al león y al perro, instalados bajo un dosel al abrigo del sol.

Desde una de las ventanas de la espaciosa cabina de Nefertari, Ramsés lo miraba trabajar, divertido.

—¡Por fin un intendente más preocupado de sus tareas que de sus privilegios! Menuda sorpresa, ¿no crees?

Una sombra de cansancio veló el rostro luminoso de Nefertari. Ramsés se sentó en la cama y la estrechó contra él.

—Parece que Serramanna no comparte tu opinión. Entre él y Romé se incuba una verdadera animosidad.

El rey se sorprendió.

—¿Por qué causa?

—Serramanna es suspicaz, siempre está alerta.

—¡Sospechar de Romé no tiene ningún sentido!

—Así lo espero.

—¿Tú también dudas de su lealtad?

—Aún lo conocemos muy poco.

—¡Le he ofrecido el puesto con el que soñaba!

—Lo olvidará.

—Hoy estás pesimista.

—Deseo que Romé me desmienta.

—¿Has observado algún hecho preciso?

—Nada más que la animosidad de Serramanna.

—Tu mirada es preciosa, tan preciosa...

Nefertari posó la cabeza en su hombro.

—Nadie permanecerá indiferente contigo, Ramsés. O te ayudan o te detestan. Tu poder es tal que los seres te reprochan existir.

El rey se tendió de espaldas, Nefertari se enrolló contra él.

—¿Acaso mi padre no poseía un poder superior al mío?

—Sois semejantes y diferentes. Seti imponía su autoridad sin tener que pronunciar una sola palabra, su fuerza era secreta. Tú eres el fuego y el torrente, abres un camino sin preocuparte de los esfuerzos que hay que desplegar.

—Tengo un proyecto, un inmenso proyecto.

—¿Uno sólo?

—Éste es verdaderamente inmenso. El día de la coronación se me impuso como una exigencia a la que no podía sustraerme. Si logro mis fines, el rostro de Egipto se verá trastornado.

Nefertari acarició la frente del rey.

—¿Ese proyecto ha tomado cuerpo o sólo es un sueño?

—Tengo la capacidad de transformar el sueño en realidad, pero espero una señal.

—¿Por qué dudas?

—Porque el cielo debe aprobármelo. Nadie debe romper el pacto establecido con los dioses.

—¿Deseas guardar el secreto?

—Traducirlo en palabras ya sería encarnarlo, pero eres la gran esposa real y no debes ignorar nada de mi alma.

Ramsés se confió, Nefertari escuchó. Inmenso... Sí, el proyecto del faraón era inmenso.

—Entiendo que quieras esperar una señal del más allá —concluyó— y yo la esperaré cada segundo a tu lado.

—Si no llega...

—Llegará. A nosotros nos toca saberla descifrar.

Ramsés se enderezó y contempló a Nefertari cuyo apodo, «bella entre las bellas», corría de boca en boca. ¿No se parecía ella a la mujer ideal los poemas de amor, con los miembros de porcelana y de turquesa, cuyo cuerpo flexible y liso tenía la profundidad de las aguas celestes?

El rey posó suavemente la oreja en el vientre de su esposa.

—¿Oyes crecer a nuestro hijo?

—Nacerá, te lo prometo.

Un tirante del vestido de Nefertari se deslizó por su hombro, desvelando el nacimiento de un seno. Ramsés mordió la fina tela y desnudó el admirable busto de su esposa. En sus ojos se leía la fluidez del Nilo celeste, la profundidad del deseo y la magia de dos cuerpos unidos en un amor sin límites.

32

Por primera vez desde su coronación, Ramsés entró en el despacho su padre, en Menfis. Ningún decorado, paredes blancas, ventanas *a claustra,* una gran mesa, un sillón de respaldo recto para el rey y sillas de paja para los visitantes, y un armario para papiros.

Una intensa emoción le oprimió la garganta.

El espíritu de Seti aún animaba ese lugar austero en el que había trabajado tantos días y tantas noches para gobernar Egipto y hacerlo feliz. Allí no había ninguna huella de muerte, sino la permanencia de una voluntad implacable.

La tradición prescribía que un hijo construyera su casa y su propio marco de vida. Ramsés debería haber dado la orden de destruir aquel despacho y hacer que edificaran el suyo a su imagen. Tal era la intención del joven faraón antes de volver a descubrir la amplia habitación.

Desde una de las ventanas, Ramsés contempló el patio interior que albergaba el carro real; luego tocó el escritorio, abrió el armario que contenía papiros en blanco y se sentó en el sillón de respaldo recto.

El alma de Seti no lo rechazó.

El hijo había sucedido al padre, el padre aceptaba a su hijo como amo de las Dos Tierras. Ramsés conservaría su despacho intacto, trabajaría en él cuando residiera en Menfis y conservaría su austeridad, preciosa ayuda para formar su juicio.

Sobre la gran mesa había dos ramas de acacia muy flexibles, unidas en un extremo por un hilo de lino. La varita de brujo que Seti había utilizado para encontrar agua en el desierto. ¡Cuán importante había sido aquel instante en la educación del príncipe Ramsés, aún inconsciente de su destino! Comprendió que el faraón luchaba con los elementos, con el misterio de la creación, iba al corazón de la materia y hacía brillar su vida secreta. Gobernar Egipto no era solamente dirigir un Estado sino dialogar con lo invisible.

Con los dedos a veces entumecidos por la edad, Homero mezcló hojas de salvia y las introdujo en la cazoleta de su pipa, un gran caparazón de caracol

que empezaba a ennegrecerse satisfactoriamente. Entre dos bocanadas, se concedía un trago de un vino fuerte, perfumado al anís y al coriandro. El poeta griego estaba sentado en un sillón provisto de un cojín blando, disfrutando de la dulzura de la tarde al pie de su limonero, cuando su doncella le anunció la visita del rey.

Al ver a Ramsés de cerca, Homero se sorprendió de su prestancia.

El poeta se levantó con dificultades.

—Permaneced sentado, os lo ruego.

—Majestad, ¡cuánto habéis cambiado!

—Majestad... ¿Os volvéis reverencioso, querido Homero?

—Habéis sido coronado. Y cuando un monarca posee vuestro porte, se le debe respeto. Es evidente que ya no sois el adolescente exaltado al que yo sermoneaba... ¿Mis palabras pueden llegar a los oídos del faraón?

—Me alegro de veros con buena salud. ¿Estáis satisfecho con vuestras condiciones de vida?

—He domado a la doncella, el jardinero es silencioso, el cocinero tiene talento y el escriba al que dicto mis poemas parece apreciarlos. ¿Qué más se puede pedir?

Héctor, el gato blanco y negro, saltó a las rodillas del poeta y ronroneó.

Como de costumbre, Homero se había embadurnado el cuerpo con aceite de oliva. No existía, según él, producto más higiénico y que desprendiera un perfume mejor.

—¿Habéis avanzado?

—No estoy descontento de las palabras que Zeus dirige a los dioses: «Enganchad al cielo un cable de oro. Si tiro de él con fuerza, arrastraré la tierra y el mar; lo ataré al Olimpo, y ese mundo permanecerá suspendido en los aires.»

—Dicho de otra manera, mi reinado aún no está afianzado y mi reino zozobra bajo el efecto de los vientos.

—¿Cómo podría estar informado en este retiro?

—¿La inspiración del poeta y la charlatanería de los criados no os proporcionan lo esencial de los acontecimientos?

Homero se rascó la barba blanca.

—Es muy posible... Estar inmóvil sólo presenta inconvenientes. Vuestro regreso a Menfis era deseado.

—Tenía que resolver un problema delicado.

—El nombramiento de un nuevo gran sacerdote de Amón que no os traicionará en cuanto entrarais en funciones, lo sé... Operación prontamente zanjada y de forma más bien juiciosa. La elección de un viejo sin ambición atestigua una extraña habilidad política por parte de un joven soberano.

—Aprecio a ese hombre.

—¿Por qué no? Lo esencial es que os obedezca.

—Si el norte y el sur se desgarran entre sí, Egipto se arruinaría.

—Curioso país, pero tan atractivo. Poco a poco voy habituándome a vuestras costumbres, hasta el punto de cometer infidelidades a mi vino preferido.

—¿Cuidáis de vuestra salud?

—¡Este Egipto está poblado de médicos! ¡A mi cabecera se han sucedido un dentista, un oftalmólogo y un internista! Me han prescrito tantas pociones que he renunciado a tomarlas. Todavía puedo aceptar los colirios que mejoran un poco mi vista... Si los hubiera tenido en Grecia, mis ojos quizá habrían permanecido sanos. No regresaré allá... Demasiadas facciones, demasiados conflictos, demasiados jefes de clan y reyezuelos sumidos en sus rivalidades. Para escribir necesito calma y comodidad. Esforzaos por construir una gran nación, majestad.

—Mi padre había empezado esta obra.

—He escrito estas frases: «¿Para qué los llantos, que hacen estremecer el alma, ya que tal es la suerte que los dioses han impuesto a los mortales, condenados a vivir en el dolor?» Vos no escaparéis al sino común y, no obstante, vuestra función os sitúa más allá de esa humanidad sometida al sufrimiento. ¿No es a causa del faraón, y de la perennidad de la institución desde hace tantos siglos, que vuestro pueblo cree en la felicidad, la disfruta con glotonería e incluso consigue construirla?

Ramsés sonrió.

—Empezáis a percibir los misterios de Egipto.

—No os lamentéis por vuestro padre y no intentéis imitarlo; convertíos, como él, en un rey irreemplazable.

Ramsés y Nefertari habían celebrado los ritos en todos los templos de Menfis y rendido homenaje a la acción del gran sacerdote de la ciudad, encargado de coordinar los trabajos de los colegios de artesanos, entre los cuales figuraban escultores de genio.

Llegó el momento tan temido: el de posar. El rey y la reina, sentados en un trono, coronados, con los cetros en la mano, tuvieron que permanecer inmóviles durante interminables horas para permitir a los escultores, «aquellos que dan la vida», grabar en piedra la imagen eternamente joven de la pareja real. Nefertari soportó la prueba con dignidad, mientras Ramsés manifestaba numerosas señales de impaciencia. A partir del segundo día, hizo venir a Ameni, incapaz de permanecer inactivo más tiempo.

—¿La crecida?

—Conveniente —respondió el secretario particular del rey—. Los agricultores esperaban más, pero el servicio de pantanos es optimista. No careceremos de agua.

—¿Cómo se comporta mi ministro de Agricultura?

—Me confía el trabajo administrativo y no pone los pies en despacho. Va de campo en campo, de explotación en explotación, y resuelve mil y una dificultades día tras día. No es un comportamiento ministerial ordinario, pero...

—¡Que continúe así! ¿Hay protestas entre los campesinos?

—Las cosechas han sido buenas, los graneros están llenos.

—¿Los rebaños?

—Natalidad en aumento, mortalidad en regresión, después del último censo. Los servicios veterinarios no han comunicado ningún informe alarmante.

—¿Y mi querido hermano?

—Chenar se ha convertido en un modelo de responsabilidad. Ha reunido a sus colaboradores del Ministerio de Asuntos Exteriores, te ha dirigido alabanzas y le ha pedido a cada funcionario que sirva a Egipto a conciencia y eficazmente. Se ha tomado su puesto muy en serio, empieza a trabajar temprano por la mañana, consulta a sus consejeros y trata con deferencia a nuestro amigo Acha. Chenar se ha vuelto un hombre de informes y un ministro responsable.

—¿Hablas en serio, Ameni?

—No se bromea con la administración.

—¿Has conversado con él?

—Por supuesto.

—¿Cómo te ha recibido?

—Con cortesía. No ha puesto ninguna objeción cuando le he pedido que me proporcione un informe semanal de sus actividades.

—Sorprendente... Debería haberte despedido.

—En mi opinión, se presta al juego. En la medida en que lo controlas, ¿qué temes?

—No toleres ninguna irregularidad de su parte.

—Es una recomendación inútil, majestad.

Ramsés se levantó, colocó los cetros y la corona en su trono y despidió al escultor. Aliviada, Nefertari imitó al rey.

—Posar es un suplicio —confesó el monarca—. Si me hubieran descrito esta trampa, ¡la habría evitado! Por suerte, el boceto ya va tomando forma y nuestro retrato quedará fijado de una vez por todas.

—Cada función tiene sus exigencias: tu majestad no puede sustraerse a ellas.

—Desconfía Ameni, quizá te levanten una estatua si te conviertes en sabio.

—Con la existencia que tu majestad me hace llevar, ¡no hay posibilidad!

Ramsés se acercó a su amigo.

—¿Qué piensas de mi intendente, Romé?

—Un hombre eficaz y atormentado.

—¿Atormentado?

—El menor detalle lo obsesiona y busca sin cesar la perfección.

—Así pues, se parece a ti.

Molesto, Ameni cruzó los brazos.

—¿Es un reproche?

—Deseo saber si el comportamiento de Romé te intriga.

—¡Al contrario, me tranquiliza! Si toda la jerarquía actuara como él, ya no tendría ninguna preocupación. ¿Qué le reprochas?

—Nada, por el momento.

—No tienes nada que temer de Romé. Si tu majestad no me retiene más, corro al despacho.

Nefertari tomó tiernamente el brazo de Ramsés.

—Ameni es inmutable.

—Es un gobierno en sí mismo.

—Esa señal, ¿la has advertido?

—No, Nefertari.

—La presiento.

—¿Qué forma adoptará?

—Lo ignoro, pero viene hacia nosotros como un caballo desbocado.

33

En esos primeros días de septiembre, la crecida se había estabilizado. Egipto semejaba un inmenso lago de donde emergían, aquí y allá, colinas coronadas de aldeas. Para los que no se habían alistado en las obras del faraón, llegaba el tiempo de las vacaciones y de los paseos en barca. Bien al abrigo sobre montículos de tierra, el ganado se hartaba de forraje que le llevaban los campesinos; en los terrenos donde se labraba antes de la crecida, ¡se pescaba!

En la punta sur del Delta, un poco por encima de Menfis, el Nilo se extendía con una anchura de veinte kilómetros; en la franja norte, donde el río se unía al mar empuñándolo hacia el horizonte, la inundación se desplegaba sobre más de doscientos kilómetros.

Papiros y lotos proliferaban, como si el país volviera a los tiempos primordiales, antes de la presencia del hombre. Las alegres aguas purificaban la tierra, ahogaban la miseria y depositaban el fértil légamo que aportaba fecundidad y prosperidad.

Como cada mañana desde mediados de mayo, un especialista bajó las gradas de la escalera del nilómetro de Menfis, cuyas paredes llevaban graduaciones en codos[1] que permitían verificar la altura de la crecida y calcular el ritmo del ascenso de las aguas. En esa época del año, su nivel comenzaba a bajar de manera casi imperceptible antes de que el descenso de las aguas se iniciara de manera clara, hacia finales del mes de septiembre.

El nilómetro era una especie de pozo cuadrado construido en piedra de sillería. El especialista, temiendo resbalar, bajaba con prudencia. Con la mano izquierda sujetaba una tableta de madera y una espina de pescado que le serviría para escribir; con la derecha se apoyaba en el muro.

Su pie tocó el agua.

Sorprendido, se inmovilizó y escrutó las marcas en la pared. Sus ojos debían equivocarse. Comprobó, comprobó de nuevo y subió la escalera corriendo.

[1] Un codo = 0,52 m

El supervisor de los canales de la región de Menfis miró con sorpresa al técnico destinado al nilómetro.

—Tu informe es aberrante.

—Ayer, yo también lo creí. Hoy lo he comprobado de nuevo, ¡no hay ninguna duda!

—¿Conoces la fecha?

—Estamos a principios de septiembre, ¡lo sé!

—Eres un funcionario sensato, bien considerado y propuesto en una lista de ascensos. Quiero olvidar este incidente, pero no insistas y rectifica tu error.

—No es un error.

—Me obligarás a tomar una medida disciplinaria.

—Verificadlo vos también, os lo ruego.

La seguridad del encargado del nilómetro turbó al supervisor de los canales.

—¡Sabes muy bien que es imposible!

—No lo comprendo, pero es la verdad... La verdad que he anotado en mi tableta, ¡dos días seguidos!

Los dos hombres se dirigieron al nilómetro.

El supervisor comprobó por sí mismo el extraordinario fenómeno: en vez de iniciarse el descenso, ¡las aguas subían!

Dieciséis codos, la altura ideal de la crecida. Dieciséis codos o «la alegría perfecta».

La noticia se extendió por el país inmediatamente y se elevó un clamor: Ramsés, en el primer año de reinado, había realizado un milagro. Los estanques de reserva se llenarían al máximo, el riego de los cultivos estaría asegurado hasta el final del período seco, las Dos Tierras conocerían una época de fasto gracias a la magia real.

En los corazones, Ramsés sucedió a Seti. Egipto estaba gobernado por un faraón benéfico, dotado de poderes sobrenaturales, capaz de controlar la crecida, de rechazar el espectro de la hambruna y de alimentar los vientres.

Chenar se enfureció. ¿Cómo atajar la estupidez de un populacho que transformaba un fenómeno natural en una manifestación de brujería? Aquel malhadado regreso de la crecida, que ningún controlador del nilómetro había observado jamás, era, en verdad, insólita, e incluso podía calificarse de alucinante, ¡pero no le debía nada a Ramsés! No obstante, en las ciudades y las aldeas se organizaron fiestas en honor del faraón, cuyo nombre fue celebrado con fervor. ¿Acaso no seria algún día igual que los dioses?

El hermano mayor del rey anuló sus citas y concedió un día de permiso al personal de su ministerio, a instancias de sus colegas del gobierno. Singularizarse habría sido una falta grave. ¿Por qué Ramsés era favorecido con tanta suerte? En pocas horas su popularidad había superado la de Seti. Muchos de sus adversarios estaban alterados, preguntándose si era posible combatirlo. En vez de seguir adelante, Chenar debía redoblar la prudencia y tejer su tela con lentitud.

Su obstinación vencería la suerte de su hermano. Infiel por naturaleza, la fortuna terminaba siempre por abandonar a sus protegidos. En el momento en que dejara de lado a Ramsés, Chenar actuaría. Todavía era necesario preparar armas eficaces, a fin de golpear fuerte y con precisión.

Unos gritos subieron de la calle. Chenar creyó que se trataba de un altercado, pero el fenómeno se amplió hasta formar un verdadero alboroto: ¡era todo Menfis quien lanzaba exclamaciones! El ministro de Asuntos Exteriores sólo tuvo que subir unos escalones para llegar a la terraza del edificio.

El espectáculo al que asistió, como miles de egipcios, lo dejó petrificado.

Un inmenso pájaro azul, parecido a una garza, daba vueltas por encima de la ciudad.

«El fénix —pensó Chenar—. Es imposible, el fénix ha vuelto...». El hermano mayor de Ramsés no podía apartar esta estúpida idea y mantenía la mirada fija en el pájaro azul. La leyenda decía que regresaba del más allá para anunciar un reinado radiante e iniciar una nueva era.

¡Un cuento para niños, tonterías inventadas por los sacerdotes, pamplinas para divertir al pueblo! Pero el fénix daba vueltas, con un vuelo de una amplitud magnífica, como si descubriera Menfis antes de elegir su dirección.

Si hubiera sido arquero, Chenar habría abatido el ave para probar que sólo era un pájaro migrador asustado y desorientado. ¿Debería dar la orden a un soldado? ¡Ninguno habría obedecido y habrían acusado al ministro de locura! Todo un pueblo comulgaba en la visión del fénix. De pronto, el clamor se atenuó.

Chenar recuperó la esperanza. Por supuesto, todos sabían que si aquel pájaro azul era el fénix, no se contentarla con sobrevolar Menfis pues, según la leyenda, tenía un destino preciso. Dados los titubeos de la garza, pronto se

disiparían las ilusiones de la muchedumbre, que ya no creería en un segundo milagro de Ramsés y tal vez pondría en duda el primero.

La suerte, la maldita suerte, estaba a punto de volver.

Todavía se oyeron unos gritos de niños y se hizo el silencio. El inmenso pájaro azul seguía trazando grandes círculos.

Gracias a la pureza del aire, se oía el canto gracioso de su vuelo; su batir de alas semejaba el roce de una tela. A la alegría se sumaron la amargura y los llantos. No habían tenido la dicha de ver el fénix, que sólo aparecía una vez cada quince siglos, sino una desdichada garza que había perdido a su grupo y ya no sabía a donde ir.

Chenar regresó a su despacho. ¡Cuánta razón tenía de no dar crédito a esas viejas leyendas destinadas a embrutecer las mentes débiles! Ni un pájaro ni un hombre vivían durante milenios, ningún fénix daba ritmo al tiempo y consagraba la predestinación de un faraón. No obstante, de aquel acontecimiento debía sacarse una lección: manipular al pueblo era una necesidad para quien quería gobernar. Darle sueños e ilusiones era tan importante como alimentarlo. Si la popularidad de un jefe de Estado no procedía de sí mismo, convenía pues fabricarla utilizando los rumores y las habladurías.

Los clamores se reanudaron.

Sin duda era el despecho de una multitud de personas encolerizadas, frustradas por el prodigio que esperaban. Chenar oyó el nombre de Ramsés, cuya derrota parecía ser cada vez mayor.

Regresó a la terraza y, estupefacto, vio a un montón de gente alborozada que saludaba el vuelo del fénix en dirección a la piedra primordial, el obelisco único.

Loco de rabia, Chenar comprendió que los dioses proclamaban así una nueva era. La era de Ramsés.

—Dos señales —concluyó Nefertari—. ¡Una crecida inesperada y el regreso del fénix! ¿Qué reinado ha empezado de manera más deslumbradora?

Ramsés leía los informes que acababan de llegarle. Ese increíble ascenso de las aguas, hasta el nivel ideal, era una bendición para Egipto. En cuanto al inmenso pájaro azul que toda la población de Menfis había admirado, se había posado en la punta del obelisco del gran templo de Heliópolis, rayo de luz petrificado.

De vuelta del más allá, el fénix ya no se movía y contemplaba el país amado por los dioses.

—Pareces perplejo —observó la reina.

—¿Quién no estaría sorprendido por el poder de estos signos?

—¿Te harán retroceder?

—Al contrario, Nefertari. Confirman que debo avanzar sin preocuparme de las críticas, de las trabas y de las dificultades.

—Así pues, ha llegado la hora de realizar tu gran proyecto.

Él la tomó en sus brazos.

—La crecida y el fénix han dado la respuesta.

Un Ameni sin aliento irrumpió en la sala de audiencias de la pareja real.

—El superior... de la Casa de Vida... Desea hablarte.

—Que pase.

—Serramanna quiere registrarlo... ¡Va a provocar un escándalo!

Ramsés se dirigió a paso ligero a la antecámara en la que se enfrentaban el superior, un robusto sexagenario con el cráneo rasurado, vestido con una túnica blanca, y el colosal sardo, con casco, coraza y armado.

El superior se inclinó ante el faraón, cuyo descontento percibió Serramanna.

—No puedo hacer excepciones —murmuró el sardo—. De lo contrario, vuestra seguridad no estaría garantizada.

—¿Qué deseáis? —preguntó Ramsés al superior.

—La Casa de Vida espera veros lo antes posible, majestad.

34

Cuando Seti llevó a Ramsés a Heliópolis, decidió hacerle pasar una prueba de la que dependería su futuro. Hoy franqueaba como faraón la puerta del recinto del gran templo de Ra, tan amplio como el de Amón de Karnak.

En aquel espacio sagrado, atravesado por un canal, se habían construido varios edificios: el templo de la piedra primordial, la capilla del sauce en cuyo tronco estaban inscritas las dinastías, el memorial de Zoser, creador de la pirámide escalonada de Saqqara.

Heliópolis era una maravilla. Avenidas bordeadas de altares de piedra para las estatuas divinas cruzaban bosques de acacias, sauces y tamarindos. Los vergeles y olivares prosperaban. Los apicultores preparaban abundantes cosechas de miel, los establos albergaban vacas con ubres generosas, los talleres formaban artesanos de élite, y un centenar de aldeas trabajaban para la ciudad santa que, a cambio, garantizaba su bienestar.

Aquí había tomado forma la sabiduría egipcia, traducida en rituales y narraciones mitológicas que pasaban de la boca de los maestros a los oídos de los discípulos; colegios de sabios, de ritualistas y de magos aprendían allí su arte en silencio y en secreto.

El superior de la Casa de Vida de Heliópolis, la más antigua del país y modelo de sus émulas presentes en cada gran templo, no tenía costumbre de aparecer en el mundo profano. Dedicado a la meditación y al estudio, rara vez abandonaba su ámbito.

—Vuestro padre venía a menudo a estar con nosotros —reveló a Ramsés— Lo que más deseaba era retirarse del mundo, pero sabía que ese sueño no se realizaría jamás. Vos, majestad, sois joven e innumerables proyectos se agitan en vuestra cabeza y en vuestro corazón. ¿Pero seréis digno del nombre que lleváis?

Ramsés contuvo a duras penas su cólera.

—¿Lo dudáis?

—El cielo responderá por mí. Seguidme.

—¿Es una orden?

—Vos sois el amo del país y yo soy vuestro servidor.

El superior de la Casa de Vida no había bajado los ojos. Este adversario era más temible que aquellos a los que ya se había enfrentado.

—¿Me seguís?

—Mostradme el camino.

El superior avanzó con paso uniforme y se dirigió al santuario de la piedra primordial de donde surgía un obelisco cubierto de textos jeroglíficos.

En el extremo estaba el fénix, inmóvil.

—Majestad, ¿aceptáis levantar la cabeza y mirar fijamente ese pájaro?

El sol del mediodía era tan deslumbrador que el fénix estaba sumido en la luz.

—¿Queréis que me quede ciego?

—Vos debéis juzgar, majestad.

—El rey no tiene por qué aceptar vuestro desafío.

—¿Quién le obliga a ello, sino él mismo?

—Explicadme la razón de vuestra actitud.

—Tenéis un nombre, majestad, y ese nombre es el soporte de vuestro reinado. Hasta ahora, él sólo fue un ideal; pero, ¿lo seguirá siendo u os atreveréis a realizarlo, sea cual sea el riesgo que haya que correr?

Ramsés miró el sol de frente.

El disco de oro no le quemó los ojos, vio al fénix crecer, batir las alas y ascender hacia los confines del cielo. Durante largo rato, la mirada del monarca no se separó del resplandor que iluminaba el azul y creaba el día.

—En verdad sois Ramsés, el hijo de la luz e hijo del sol. Que vuestro reinado proclame su triunfo sobre las tinieblas.

Ramsés comprendió que jamás tendría nada que temer de ese sol del que era la encarnación terrestre. Comulgando con él, se alimentaría de su energía.

Sin decir palabra, el superior se dirigió hacia un edificio oblongo, con muros altos y gruesos. Ramsés lo siguió y entró en la Casa de Vida de Heliópolis. En su

centro, un montículo albergaba la piedra divina, cubierta con una piel de carnero; los alquimistas la usaban para realizar las transmutaciones; y algunos trocitos se colocaban en los sarcófagos de los iniciados para hacer posible el tránsito de la muerte a la resurrección.

El superior introdujo al rey en una amplia biblioteca donde se conservaban las obras de astronomía y astrología, las profecías y los anales reales.

—Según nuestros anales —declaró el superior—, el fénix no había aparecido en Heliópolis desde hacia mil cuatrocientos sesenta y un años. Su llegada, en el año uno de vuestro reinado, marca el momento notable del encuentro de dos calendarios establecidos por nuestros astrónomos: el del año fijo, que pierde un día cada cuatro años, y el del año real, que pierde un cuarto de día por año. En el mismo momento en que vos subisteis al trono, los dos ciclos cósmicos coincidieron. Será grabada una estela para anunciar el acontecimiento, si vos lo decidís.

—¿Qué enseñanza debo sacar de vuestras revelaciones?

—Que el azar no existe, majestad, y que vuestro destino pertenece a los dioses.

Una inundación milagrosa, el regreso del fénix, una nueva era... esto era demasiado para Chenar. Deprimido, con la cabeza vacía, consiguió sin embargo poner buena cara durante las ceremonias organizadas en honor de Ramsés, cuyo reinado, colocado bajo tales auspicios, se anunciaba notable. Nadie dudaba de que los dioses hubieran elegido a ese hombre joven para gobernar las Dos Tierras, mantener su unión y aumentar su prestigio.

Sólo Serramanna mostraba mal humor. Garantizar la seguridad del rey requería permanentes proezas; verdaderos tumultos de dignatarios querían saludar al faraón, quien, además, había circulado en carro por las principales calles de Menfis, bajo las ovaciones de su pueblo. Indiferente a los consejos de prudencia del sardo, se embriagaba con su popularidad.

No contento con exponerse así por la capital, el rey se aventuró por el campo, cuya mayor parte estaba cubierta por las aguas de la inundación. Los campesinos reparaban herramientas y arados, consolidaban los graneros, mientras los niños aprendían a nadar utilizando flotadores. Grullas de pico rojo y negro los sobrevolaban, manadas de hipopótamos irascibles holgazaneaban en el río. No concediéndose más de dos o tres horas de sueño por noche, Ramsés logró visitar numerosas aldeas. Recibió las promesas de fidelidad de los jefes de provincia y de los alcaldes, y ganó la confianza de los humildes.

Cuando regresó a Menfis, empezaba el descenso de las aguas y los labradores preparaban la siembra.

—Ni siquiera pareces agotado —observó Nefertari.

—¿Cómo experimentar fatiga cuando uno comulga con su pueblo? Tú pareces abatida.

—Un malestar...

—¿Qué han dicho los médicos?

—Que debía guardar cama para esperar un parto normal.

—¿Por qué estás en pie?

—En tu ausencia, debía...

—Hasta el parto no volveré a abandonar Menfis.

—¿Y tu gran proyecto?

Ramsés pareció contrariado.

—¿Me concederás... un breve viaje?

La reina sonrió.

—¿Qué le puedo negar al faraón?

—¡Qué bella es esta tierra, Nefertari! Recorriéndola me he dado cuenta de que era un milagro del cielo, la hija del agua y del sol. En ella se concilian la fuerza de Horus y la belleza de Hator. Debemos ofrecerle cada segundo de nuestra vida; tú y yo no hemos nacido para gobernarla, sino para servirla.

—Yo también lo creo.

—¿Qué quieres decir?

—Servir es el acto más noble que un ser humano puede realizar. Es por él, y sólo por él, como se llega a alcanzar la plenitud. *Hem,* «el servidor»... Esta sublime palabra ¿no designa a la vez al hombre más modesto, al destajista de una cantera o al obrero agrícola, y al hombre más poderoso, al faraón, servidor de los dioses y de su pueblo? Desde la coronación he vislumbrado otra realidad. Ni tú ni yo podemos contentarnos con servir. También tenemos que dirigir, orientar, manejar el timón que permitirá a la nave del Estado ir en la buena dirección. Nadie puede hacerlo en nuestro lugar.

El rey se entristeció.

—Cuando mi padre murió, tuve la misma sensación. ¡Qué bueno era sentir la presencia de un ser superior, capaz de guiar, aconsejar y ordenar! Gracias a él, ninguna dificultad era insuperable, ninguna desdicha irremediable.

—Es lo que tu pueblo espera de ti.

—He contemplado el sol de frente y no me ha quemado los ojos.

—El sol está en ti, Ramsés; da la vida, hace crecer las plantas, los animales y a los humanos, pero también puede desecar y matar si se vuelve demasiado violento.

—El desierto está quemado por el sol, ¡pero no carece de vida!

—El desierto es el más allá en la tierra, los humanos no edifican sus casas en él. Allí sólo se construyen las moradas eternas que atravesarán las generaciones y agotarán el tiempo. ¿Acaso el faraón no se siente tentado de sumergir su pensamiento en el desierto olvidando a los hombres?

—Mi padre era un hombre del desierto.

—Todo faraón debe serlo, pero su mirada también debe hacer florecer el Valle.

Ramsés y Nefertari disfrutaron juntos de la paz de la tarde, mientras los rayos del ocaso doraban el obelisco único de Heliópolis.

35

En cuanto las ventanas de la habitación de Ramsés se oscurecieron, Serramanna abandonó el palacio, no sin haber verificado que los guardias que él mismo había elegido estaban en sus puestos. Saltando sobre el lomo de un soberbio caballo negro, cruzó Menfis al galope y tomó la dirección del desierto.

A los egipcios no les gustaba mucho desplazarse de noche. En ausencia del sol, los demonios salían de sus madrigueras y agredían a los viajeros imprudentes. El coloso sardo no creía en esas supersticiones. Además, podía defenderse de una horda de bestias monstruosas. Cuando se le metía una idea en la cabeza, nadie lo detenía.

Serramanna había esperado que Setaú acudiera a la corte y participara en los festejos en honor de Ramsés. Pero el especialista de las serpientes, fiel a su reputación de excéntrico, no había abandonado su laboratorio. Siempre en busca de aquel que había introducido el escorpión en la cabina de Ramsés, el sardo hacía preguntas a unos y a otros, e intentaba obtener informaciones más o menos confidenciales.

A nadie le gustaba Setaú. Temían sus maleficios y las horribles criaturas que frecuentaba, pero había que reconocer que su negocio iba en aumento. Al vender veneno a los preparadores de medicamentos destinados a curar enfermedades graves, empezaba a hacer fortuna.

Aunque seguía desconfiando de Romé, Serramanna se veía obligado a admitir que Setaú resultaba un excelente sospechoso. Tras su fallida fechoría, ya no se atrevía a aparecer ante Ramsés y afrontar la mirada de su amigo. Escondido en su casa, ¿no estaba confesando?

Serramanna necesitaba verlo. El ex pirata se había acostumbrado a juzgar a sus adversarios por su aspecto y debía su supervivencia a su perspicacia. Cuando hubiera observado a Setaú, se formaría una opinión. Y ya que se ocultaba, el sardo lo sacaría a la luz.

En el límite de los cultivos, Serramanna echó pie a tierra y ató las riendas del caballo al tronco de una higuera. Murmuró unas palabras al oído del animal para tranquilizarlo y avanzó sin hacer ruido hacia la granja-laboratorio de Setaú. Aunque la luna apenas era creciente, la noche estaba clara. La risa de una hiena no turbó al sardo, que tenía la sensación de salir al abordaje de un navío tomándolo por sorpresa.

El laboratorio estaba iluminado. Tal vez un interrogatorio algo intenso permitiría obtener la verdad. Era cierto que Serramanna había prometido no atropellar a los sospechosos, ¿pero la necesidad no hacía la ley? Prudente, se curvó, rodeó un montículo y llego al edificio por detrás.

Con la espalda pegada a la pared, el sardo escuchó.

Del interior del laboratorio llegaban unos gemidos. ¿A qué desdichado torturaba el encantador de serpientes? Serramanna se desplazó como un cangrejo hasta una abertura y echó un vistazo. Potes, jarras, filtros, jaulas que contenían escorpiones y serpientes, cuchillos de diversos tamaños, cestos... Toda una serie de trastos colocados sobre tablas y bancos.

En el suelo vio a un hombre y una mujer, desnudos y enlazados. Una espléndida nubia, de cuerpo esbelto y febril, lanzaba gemidos de placer. Su pareja, de cabellos negros y cabeza cuadrada era viril y corpulenta.

El sardo se apartó. Pese a que le gustaban las mujeres sin moderación, no le interesaba ver cómo otros hacían el amor. No obstante, la belleza de aquella nubia lo había emocionado. Interrumpir sus apasionados embates habría sido criminal; así pues se resignó a esperar. Un Setaú agotado seria más fácil de interrogar.

Divertido, pensó en la hermosa menfita con la que cenaría al día siguiente por la noche; según su mejor amiga, apreciaba a los hombres fuertes y musculosos.

Oyó un ruido extraño a su izquierda.

El sardo volvió la cabeza y vio una enorme cobra erguida, dispuesta a atacar. Más valía evitar el combate. Retrocedió, chocó con el muro y se detuvo en seco. Una segunda serpiente, semejante a la primera, le cortaba el paso.

—¡Atrás, bestias asquerosas!

El puñal del coloso no asustó a las serpientes, que seguían amenazantes. Si lograba matar una, la otra le mordería.

—¿Qué sucede aquí?

Desnudo, con una antorcha en la mano, Setaú descubrió al sardo.

—Vienes a robar mis productos... Mis fieles perros guardianes me evitan este tipo de disgustos. Son vigilantes y afectuosos. Lo malo para ti es que su beso es mortal.

—¿No irás a cometer un asesinato, Setaú?

—Vaya, conoces mi nombre... De todos modos eres un ladrón atrapado en flagrante delito, con un puñal en la mano. Legítima defensa, resolverá el juez.

—Soy Serramanna, el jefe de la guardia personal de Ramsés.

—Tu cara no me es desconocida. ¿Por qué querías robarme?

—Sólo deseo verte.

—¿A estas horas? No sólo me impides hacer el amor con Loto, sino que además mientes de manera grosera.

—Te he dicho la verdad.

—¿Y por qué estas súbitas ganas de verme?

—Exigencias de seguridad.

—¿Qué significa eso?

—Mi deber es proteger al rey.

—¿Acaso amenazo a Ramsés?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas, ya que has venido a espiarme.

—No tengo derecho a equivocarme.

Las dos cobras se habían acercado al sardo. Los ojos de Setaú estaban llenos de furor.

—No cometas una locura.

—¿Un antiguo pirata teme la muerte?

—Esta, sí.

—Lárgate, Serramanna, y no me molestes nunca más. Si no, no retendré a mis guardianes.

A una señal de Setaú, las cobras se apartaron. El sardo, empapado en sudor, pasó entre ellas y caminó recto hasta los cultivos.

Su opinión era firme: Setaú tenía alma de criminal.

—¿Qué hacen? —preguntó el pequeño Kha mirando a los campesinos que obligaban a avanzar a un rebaño de corderos por un terreno rebosante de agua.

—Les hacen hundir los granos que han sembrado —respondió Nedjem, el ministro de Agricultura—. La crecida ha depositado una enorme cantidad de légamo en las orillas y los cultivos; gracias a él, el trigo será vigoroso y abundante.

—¿Son útiles estos corderos?

—Como las vacas y todos los animales de la creación.

El descenso de las aguas había empezado. Los campesinos se habían puesto manos a la obra, felices de pisar el barro fértil que el gran río había traído en abundancia. Trabajaban desde muy temprano y sólo tenían unos pocos días para aprovechar aquella tierra blanda y fácil de labrar. Tras el paso de la azada, rompiendo los terrones repletos de agua, el suelo que acababa de ser sembrado se cubría rápido, y los animales ayudaban a los hombres a enterar los granos.

—Es bonito el campo —dijo Kha—, pero prefiero los papiros y los jeroglíficos.

—¿Deseas ver una granja?

—Si quieres.

El ministro tomó al pequeño de la mano. Caminaba de la misma manera que leía y escribía: con una inmensa seriedad, totalmente inhabitual para su edad. A Nedjem, el bueno, le había conmovido el aislamiento del niño, que no reclamaba ni juguete ni compañero, y había rogado a su madre, Iset la Bella, que le dejara actuar como preceptor. Le parecía indispensable sacar al hijo de Ramsés de su prisión dorada y hacerle descubrir la naturaleza y sus maravillas.

Kha no observaba como un niño sorprendido por un espectáculo insólito y nuevo, sino como un escriba experimentado y dispuesto a tomar notas para hacer un informe a la administración.

La granja estaba formada por silos de grano, establos, un corral una panadería y un huerto. En el umbral de la propiedad, Nedjem y Kha fueron invitados a lavarse las manos y los pies. Luego el propietario los recibió, encantado con la visita de tan altas personalidades, y les enseñó sus más hermosas vacas lecheras, alimentadas y mantenidas con sumo cuidado.

—Mi secreto consiste en llevarlas a pacer a buenos lugares —confesó—. No tienen demasiado calor, comen hasta la saciedad y mejoran de semana en semana.

—La vaca es el animal de la diosa Hator —declaró el pequeño Kha—; por ello es hermosa y dulce.

El granjero se sorprendió.

—¿Quién os ha enseñado eso, príncipe?

—Lo leí en un cuento.

—¿Ya sabéis leer?

—¿Quieres complacerme?

—¡Por supuesto!

—Dame un pedazo de caliza y un extremo de caña.

—Sí, sí... en seguida...

El granjero consultó con la mirada a Nedjem, que aprobó con un guiño. Provisto de los útiles, el muchachito se aventuró por el patio de la granja y luego por los establos, bajo la vigilancia de campesinos estupefactos.

Una hora después presentó a su anfitrión el pedazo de caliza cubierto de cifras.

—He contado bien —afirmó Kha—; posees ciento doce vacas.

El niño se frotó los ojos y se refugió en la pierna de Nedjem.

—Ahora tengo sueño —confesó.

El ministro de Agricultura lo tomó en sus brazos. Kha ya dormía.

«Un nuevo milagro de Ramsés», pensó Nedjem.

36

Tan atlético como Ramsés, con los hombros anchos, la frente amplia coronada por una abundante cabellera, barbudo, con el rostro curtido por el sol, Moisés entró con lentitud en el despacho del rey de Egipto.

Ramsés se levantó, los dos amigos se dieron un abrazo.

—Aquí trabajaba Seti, ¿verdad?

—No he modificado nada, Moisés. Esta habitación está impregnada de su pensamiento; ojalá pueda inspirarme para gobernar.

Una suave luz penetraba por las tres ventanas *a claustra,* cuya disposición aseguraba una agradable circulación de aire. El calor de finales del verano se volvía agradable.

Ramsés abandonó el sillón real de respaldo recto y se sentó en una silla de paja, frente a su amigo.

—¿Cómo te encuentras, Moisés?

—Mi salud es excelente, mi fuerza desocupada.

—Ya no tenemos mucho tiempo para vernos, y yo soy el único responsable.

—Sabes que la ociosidad, incluso lujosa, me horripila. Apreciaba mi trabajo en Karnak.

—¿La corte de Menfis carece de seducción?

—Los cortesanos me aburren. No dejan de cantar tus alabanzas y no tardarán en elevarte al rango de divinidad. Es estúpido y despreciable.

—¿Criticas mis acciones?

—La crecida milagrosa, el fénix, la nueva era... son hechos indiscutibles que explican tu popularidad. ¿Posees poderes sobrenaturales, eres un predestinado? Tu pueblo está convencido de ello.

—¿Y tú, Moisés?

—A lo mejor es verdad. Pero tú no eres el verdadero Dios.

—¿Lo he pretendido?

—Ten cuidado, Ramsés; la adulación de tu entorno podría conducirte a una vanidad inconmensurable.

—Conoces mal el papel y la función del faraón. Además me tomas por un mediocre.

—Sólo intento ayudarte.

—Voy a darte la oportunidad.

La mirada de Moisés brilló de curiosidad.

—¿Me vuelves a enviar a Karnak?

—Tengo una tarea mucho más importante que otorgarte, si estás de acuerdo.

—¿Más importante que Karnak?

El rey se levantó y se apoyó en la ventana.

—He concebido un inmenso proyecto del que he hablado con Nefertari. Ella y yo estimamos que había que esperar una señal antes de concretarlo. La crecida y el fénix... El cielo me ha ofrecido dos señales, la Casa de Vida me ha confirmado que se abría una nueva era, según las leyes de la astronomía. Terminaré la obra empezada por mi padre, tanto en Karnak como en Abydos; pero este tiempo nuevo debe ser marcado por creaciones nuevas. ¿Es vanidad, Moisés?

—Cada faraón debe actuar así, según la tradición.

Ramsés pareció preocupado.

—El mundo está a punto de cambiar, los hititas constituyen una amenaza constante. Egipto es un país rico y codiciado. Éstas son las verdades que me han llevado a concebir mi proyecto.

—¿Aumentar el poder del ejército?

—No, Moisés, desplazar el centro vital de Egipto.

—Quieres decir...

—Construir una nueva capital.

El hebreo quedó aturdido.

—¿Eso no es... una locura?

—La suerte de nuestro país se jugará en su frontera noreste. Mi gobierno residirá en el Delta, a fin de estar inmediatamente informado del menor acontecimiento que suceda en el Líbano, en Siria y en nuestros protectorados, constantemente amenazados por los hititas. Tebas seguirá siendo la ciudad de Amón, una ciudad espléndida en la que se levantan el inmenso Karnak y el admirable Luxor, que embelleceré. En la orilla oeste, la montaña del silencio vela para siempre sobre los Valles de los Reyes y las Reinas, y las moradas eternas de los seres rectos.

—¿Pero...Menfis?

—Menfis es la balanza de las Dos Tierras, la unión del Delta y del valle del Nilo; continuará siendo nuestra capital económica y nuestro centro de regulación interna. Pero es necesario ir más al norte y más al este, Moisés, no debemos abandonamos en nuestro soberbio aislamiento, no debemos olvidar que ya hemos sido invadidos, y que Egipto se presenta como una presa tentadora.

—¿La línea de fortalezas no basta?

—En caso de peligro debo actuar muy de prisa. Cuanto más cerca de la frontera esté, menos tiempo tardarán en llegarme las informaciones.

—Crear una capital es una empresa peligrosa. ¿Acaso no fracasó Akenatón?

—Akenatón cometió errores imperdonables. El lugar que eligió en el medio Egipto, estaba condenado desde que pusieron la primera piedra. No buscaba la dicha de su pueblo, sino la realización de su sueño místico.

—¿No se opuso a los sacerdotes de Amón, como tú?

—Si el gran sacerdote de Amón es fiel a la Regla y al rey, ¿por qué lo combatiría?

—Akenatón creía en un dios único y construyó una ciudad para su gloria.

—Casi arruinó el próspero país que le había legado su padre, el gran Amenhotep; Akenatón era un débil y un indeciso, perdido en sus plegarias. Bajo su reinado, las potencias hostiles a Egipto conquistaron numerosos territorios que nosotros controlábamos. ¿Insistes en defenderlos?

Moisés vaciló.

—Hoy su capital está abandonada.

—La mía será construida para varias generaciones.

—Casi me das miedo, Ramsés.

—¡Recupera el valor, amigo!

—¿Cuántos años se necesitarán para hacer surgir una ciudad de la nada?

Ramsés sonrió.

—No surgirá de la nada.

—Explícate.

—Durante mis años de formación, Seti me hizo descubrir lugares esenciales. En cada viaje me transmitía una enseñanza que yo intentaba percibir. Ahora, esas peregrinaciones han cobrado sentido. Uno de esos lugares fue Avaris.

—¿Avaris, la ciudad maldita, la capital de los invasores hicsos?

—Seti llevaba el nombre de Set, el asesino de Osiris, pues su poder era tal que supo pacificar la fuerza de destrucción, al sacar de ella la luz oculta y utilizarla para construir.

—¿Y tú quieres transformar Avaris en la ciudad de Ramsés?

—Pi-Ramsés, «la ciudad de Ramsés», capital de Egipto, será efectivamente su nombre.

—¡Es una locura!

—Pi-Ramsés será magnífica y acogedora, los poetas cantarán su belleza.

—¿En cuántos años?

—No he olvidado tu pregunta; es incluso debido a ella por lo que te he convocado.

—Temo comprender...

—Necesito a un hombre de confianza para supervisar los trabajos e impedir todo retraso. No tengo mucho tiempo, Moisés; Avaris debería ser transformada en Pi-Ramsés tan de prisa como sea posible.

—¿Has considerado un plazo?

—Menos de un año.

—¡Imposible!

—Gracias a ti, no.

—¿Me crees capaz de desplazar piedras a la velocidad de un halcón y de ensamblarlas con sólo la fuerza de mi voluntad?

—Piedras, no; ladrillos, sí.

—Entonces, has pensado...

—En los numerosos hebreos que trabajan en la zona. Actualmente están dispersos en varias aldeas. Si los reúnes, formarás un formidable equipo de obreros cualificados, ¡capaz de llevar a cabo una gigantesca empresa!

—¿Los templos no deben ser construidos en piedra?

—Haré agrandar los que ya existen, la construcción se alargará durante varios años. Con los ladrillos levantaremos los palacios, los edificios administrativos, las villas de los nobles, las casas grandes y pequeñas. En menos de un año, Pi-Ramsés será habitable y funcionará como capital.

Moisés pareció dubitativo.

—Mantengo que es imposible. Por sí solo, el plan...

—¡El plan está en mi cabeza! Lo dibujaré yo mismo sobre papiro y tú vigilarás personalmente su ejecución.

—Los hebreos son gentes más bien díscolas. Cada clan tiene su jefe.

—No te pido que te conviertas en el rey de una nación, sino en jefe de unas obras.

—Imponerme no será fácil.

—Yo confío en ello.

—En cuanto se conozca el proyecto, otros hebreos intentarán tomar mi puesto.

—¿Crees que tendrán la posibilidad de obtenerlo?

Moisés sonrió a su vez.

—En los plazos que impones, creo que será imposible tener éxito.

—Construiremos Pi-Ramsés, resplandecerá bajo el sol del Delta e iluminará Egipto con su belleza. Al trabajo, Moisés.

37

Abner, el ladrillero, ya no soportaba las injusticias con las que lo abrumaba Sary. El egipcio trataba a los obreros con desprecio y dureza porque era el esposo de la hermana de Ramsés. Pagaba de menos las horas extras, hacía trampa con las raciones de alimentos y negaba permisos con el pretexto de que el trabajo estaba mal hecho.

Cuando Moisés residía en Tebas, Sary había tenido que batirse en retirada. Desde su partida, redobló la agresividad. La víspera había golpeado a un muchacho de quince años con un bastón, acusándolo de no transportar los ladrillos lo bastante rápido de la fábrica al barco.

Esta vez había ido demasiado lejos.

Cuando Sary se presentó a la entrada de la fábrica, los hebreos estaban sentados en círculo. Sólo Abner permanecía de pie, delante de los capazos vacíos.

—¡De pie y al trabajo! —ordenó Sary, cuya delgadez se había acentuado.

—Deberías pedirnos excusas —declaró Abner con calma.

—¿Qué palabra has empleado?

—El muchacho que has golpeado injustamente está en cama. Deberías excusarte tanto con él como con nosotros.

—¿Has perdido la cabeza, Abner?

—No reanudaremos el trabajo hasta que nos pidas perdón.

La risa de Sary fue feroz.

—¡Eres ridículo, mi pobre Abner!

—Ya que te burlas de nosotros, te denunciaremos.

—Eres ridículo y estúpido. Siguiendo mis órdenes, la policía ha llevado a cabo una investigación y ha comprobado que el joven destajista fue víctima de un accidente, por culpa suya.

—Pero... ¡eso es mentira!

—Su declaración ha sido registrada por un escriba, en mi presencia. Si se echa atrás en lo dicho, lo acusarán de mentiroso.

—¿Cómo te atreves a desnaturalizar así la verdad?

—Si no reanudáis inmediatamente el trabajo, las sanciones serán grandes. Debéis entregar ladrillos para la nueva mansión del alcalde de Tebas, y no soporta los retrasos.

—Las leyes...

—No hables de las leyes, hebreo. Eres incapaz de comprenderlas. Si te atreves a denunciarme, tu familia y tus allegados lo pagarán.

Abner tuvo miedo del egipcio. Él y los demás obreros reanudaron el trabajo.

Dolente, la esposa de Sary, cada vez estaba más maravillada por la extraña personalidad de Ofir, el mago libio. A pesar de su rostro inquietante y su perfil de ave rapaz, pronunciaba palabras tranquilizadoras y hablaba del disco solar, Atón, con un calor comunicativo. Huésped discreto, había aceptado recibir a numerosos amigos de la hermana de Ramsés, recordar lo injusto de la persecución infligida a Akenatón y la necesidad de promover el culto a un dios único.

Ofir fascinaba a todo el mundo. Nadie salía indiferente de sus entrevistas; unos se transformaban, otros se convencían de que el mago era clarividente. Poco a poco tejía una tela en la que retenía las presas dignas de interés. A lo largo de varias semanas, la red de los partidarios de Atón y del reinado de Lita se había ampliado, incluso si parecía lejos de poder jugar un papel cualquiera en la conquista del trono. Un movimiento de ideas tomaba cuerpo.

Lita asistía a las conversaciones, pero permanecía muda. La dignidad de la joven, su actitud, su moderación consiguieron convencer a varios notables. Pertenecía sin duda a una estirpe real que merecía ser tomada en consideración. ¿No debía, tarde o temprano, encontrar un puesto en la corte?

Ofir no criticaba, no exigía nada. Con una voz grave y persuasiva, recordaba las profundas convicciones de Akenatón, la belleza de los poemas que él mismo había compuesto en honor a Atón, su amor por la verdad. El amor y la paz: ¿no era ése el mensaje del rey perseguido y de su descendiente, Lita?

Y ese mensaje anunciaba un magnífico futuro, digno de Egipto y de su civilización.

Cuando Dolente presentó al mago al ex ministro de Asuntos Exteriores, Meba, se sintió orgullosa de sí misma. Orgullosa de salir de su apatía habitual, orgullosa de servir a una noble causa. Ramsés la había abandonado, el mago daba un sentido a su existencia.

Con el rostro largo y tranquilizador, el porte noble e imponente, el antiguo diplomático no ocultó su desconfianza.

—Cedo ante vuestra insistencia, querida mía, pero únicamente para agradaros.

—Os doy las gracias, Meba; no lo lamentaréis.

Dolente condujo a Meba hasta el mago, sentado bajo una persea. Anudaba dos hilos para confeccionar una cuerdecita que serviría como soporte de un amuleto.

Se levantó y se inclinó.

—Es un gran honor para mí recibir a un ministro.

—Ya no soy nada —declaró Meba, ácido.

—La injusticia puede golpear a cualquiera y en cualquier momento.

—No es un consuelo.

La hermana de Ramsés intervino.

—Le he explicado todo a mi amigo Meba; quizá acepte ayudamos.

—¡No nos hagamos ilusiones, querida! Ramsés me ha encerrado en una jubilación dorada.

—Deseáis vengaros de él —afirmó el mago con una voz reposada.

—No exageremos —protestó Meba—. Me quedan algunos amigos influyentes que...

—Se ocuparán de sus propias carreras, no de la vuestra. Yo tengo otra meta: probar la legitimidad de Lita.

—Es una utopía. Ramsés posee una personalidad de una fuerza excepcional, y no le entregará el poder a nadie. Además, los milagros que han marcado su primer año de reinado le han vuelto muy popular. Creedme, está fuera del alcance de cualquiera.

—Para vencer a un adversario de su talla no hay que combatir en su propio terreno.

—¿Cuál es vuestro plan?

—¿Os interesa?

Molesto, Meba palpó el amuleto que llevaba al cuello.

—Pues bien...

—Mediante ese gesto acabáis de dar una de las respuestas: la magia. Tengo la capacidad de romper las protecciones que rodean a Ramsés. Será largo y difícil, pero lo lograré.

Asustado, el diplomático retrocedió un paso.

—Soy incapaz de prestaros ayuda.

—Yo no os la pido, Meba. Pero hay otro terreno en el que se puede atacar a Ramsés: el de las ideas.

—No os sigo.

—Los partidarios de Atón necesitan un jefe respetado y respetable. Cuando Atón elimine a los demás dioses, ese hombre jugará un papel de primera fila y derrocará a un Ramsés debilitado e incapaz de actuar.

—¡Es...es muy arriesgado!

—Akenatón fue perseguido, Atón no. Ninguna ley prohíbe su culto, sus adoradores son numerosos y están decididos a imponerlo. Akenatón fracasó, nosotros triunfaremos.

Meba estaba turbado; sus manos temblaban.

—Me gustaría pensarlo.

—¿No es excitante? —preguntó la hermana del rey—. Es un mundo nuevo que se abre ante nosotros, ¡un mundo en el que tendremos nuestro verdadero puesto!

—Sí, sin duda... lo pensaré.

Ofir estaba muy satisfecho de la entrevista. Diplomático prudente y miedoso, Meba no tenía la envergadura de un jefe de clan. Pero detestaba a Ramsés y soñaba con reconquistar su rango. Incapaz de actuar, explotaba no obstante esta oportunidad consultando a su guía y amigo, Chenar, el hombre que Ofir quería manipular. Dolente le había hablado largamente del nuevo

ministro de Asuntos Exteriores, antes celoso de su hermano. Si no había cambiado, Chenar avanzaba enmascarado, animado con el mismo deseo de destruir a Ramsés. A través de Meba, el mago terminaría por entrar en contacto con ese poderoso personaje y haría de él su principal aliado.

Después de una agotadora e interminable jornada de trabajo el dedo gordo del pie derecho de Sary estaba rojo e hinchado, deformado por la artritis. Conducía a duras penas su carro oficial: permanecer de pie le resultaba insoportable. Su única satisfacción había sido tomar medidas disciplinarias contra los hebreos, quienes por fin habían comprendido que era inútil sublevarse contra él. Gracias a sus relaciones en la política tebaica y al apoyo del alcalde de la ciudad, podía tratar a los ladrilleros a su antojo y dar libre curso a su odio contra esa chusma.

La presencia del mago y de su silenciosa musa empezaba a importunarle. Claro, los dos extraños personajes permanecían discretos, pero influenciaban demasiado a Dolente, cuya devoción hacia Atón se volvía exasperante. A fuerza de aferrarse a su misticismo y de beber de las palabras de Ofir como del agua de un manantial, ¿no abandonaba su deber conyugal?

La alta y lasciva morena lo esperaba en el umbral de la villa.

—Busca ungüento para masajearme —ordenó—; el dolor es intolerable.

—Eres demasiado delicado, querido.

—¿Yo, delicado? ¡Desconoces lo pesado de mis días! La compañía de esos hebreos me deprime.

Dolente lo tomó por el brazo y lo llevó a su habitación. Sary se tendió sobre unos cojines, su esposa le lavó los pies, se los perfumó y le untó con ungüento el dedo hinchado.

—¿Tu mago está aún ahí?

—Meba le ha hecho una visita.

—¿El ex ministro de Asuntos Exteriores?

—Se han entendido muy bien.

—¿Meba, partidario de Atón? ¡Es un cobarde!

—Aún posee muchas relaciones, muchos notables lo respetan. Si consiente en ayudar a Ofir y a Lita, progresaremos.

—¿Acaso no concedes demasiada importancia a esos dos iluminados?

—¡Sary! ¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Está bien, está bien... No he dicho nada.

—Es nuestra única posibilidad de reconquistar nuestro rango. Y además la creencia en Atón es tan bella, tan pura... ¿No se enternece tu corazón cuando Ofir habla de su fe?

—¿No cuenta más tu marido que ese mago libio?

—Pero... ¡No hay ni punto de comparación!

—Él te observa durante todo el día; yo vigilo a los hebreos holgazanes. Una rubia y una morena bajo el mismo techo... ¡Tiene mucha suerte tu Ofir!

Dolente dejó de masajear el dedo enfermo.

—¡Deliras, Sary! Ofir es un sabio y un hombre de oraciones. Hace mucho tiempo que ya no piensa en...

—Y tú, ¿piensas aún en ello?

—¡Me repugnas!

—Quítate el vestido, querida, y vuelve a masajearme. A mí las plegarias me importan un pito.

—¡Ah, lo olvidaba!

—¿Qué, dime?

—Un mensajero real ha dejado una carta para ti.

—Tráemela.

Dolente desapareció. El dedo de Sary ya estaba menos dolorido. ¿Qué quería la administración? Sin duda nombrarle en otro puesto más honorífico en el que, esta vez, evitaría el contacto con los hebreos.

La alta mujer morena reapareció con la misiva. Sary rompió el sello del papiro, lo desenrolló y lo leyó.

Su rostro se crispó y sus labios quedaron privados de sangre.

—He sido convocado en Menfis con mi equipo de ladrilleros.

—¡Es... es maravilloso!

—La carta está firmada por Moisés, supervisor de las obras reales.

38

Ningún ladrillero hebreo faltó a la cita. Cuando las cartas de Moisés llegaron a las distintas aldeas en las que trabajaban, el entusiasmo fue general. Desde su estancia en Karnak, la reputación de Moisés había dado la vuelta a Egipto. Todos sabían que defendía a sus hermanos de raza y no toleraba ninguna opresión. Ser amigo de Ramsés le daba una ventaja notable; y ahora había sido nombrado supervisor de las obras reales. Para muchos nacía una inmensa esperanza. ¿Acaso no mejoraría el joven hebreo los salarios y las condiciones de trabajo?

Él mismo no esperaba semejante éxito. Algunos jefes de clan estaban contrariados, pero las órdenes del faraón no podían ser discutidas; así pues, se pondrían bajo la autoridad de Moisés, que recorría el campo de tiendas establecido al norte de Menfis y se aseguraba de la comodidad y de la higiene.

Sary le cortó el paso.

—¿Cuál es la razón de tu convocatoria?

—Pronto lo sabrás.

—¡Yo no soy hebreo!

—Varios jefes de equipo egipcios están presentes aquí.

—¿Olvidas que mi esposa es la hermana del rey?

—Yo soy el supervisor de sus obras. Dicho de otra manera, me debes obediencia.

Sary se mordió los labios.

—Mi recua de hebreos es muy indisciplinado. He adquirido la costumbre de manejar el garrote y no tengo intención de cambiar.

—Bien manejado, el garrote abre el oído que está en la espalda; en caso de injusticia, el que maneja el garrote es quien debe ser golpeado. Me encargaré de ello yo mismo.

—Tu arrogancia no me asusta.

—Sé más desconfiado, Sary; tengo la capacidad de destituirte. ¿No serías un excelente ladrillero?

—Jamás te atreverías...

—Ramsés me ha dado plenos poderes. No lo olvides.

Moisés apartó a Sary, que escupió en las huellas de los pasos del hebreo.

El regreso a Menfis, del que Dolente se regocijaba tanto, amenazaba con ser un infierno. Aunque fue oficialmente informado de que su hermana mayor acompañaba a su marido, Ramsés no reaccionó. La pareja se había instalado en una villa de medianas dimensiones donde albergaba al mago Ofir y a Lita, presentados como criados. El trío, a pesar de la relativa desaprobación de Sary, estaba muy decidido a empezar de nuevo en Menfis lo que habían emprendido en Tebas. Debido a la gran cantidad de extranjeros que residían en la capital económica del país, la propagación de la religión de Atón sería más que en el sur, tradicionalista y hostil a las evoluciones religiosas. Dolente veía en eso una señal muy favorable para el éxito de su empresa.

Sary permanecía escéptico y se preocupaba sobre todo de su propia suerte. ¿Cuál seria el contenido del discurso que Moisés iba a pronunciar ante miles de hebreos enfebrecidos?

A la entrada del Ministerio de Asuntos Exteriores velaba una estatua de Thot, bajo la forma de un enorme babuino de granito rosa. El maestro de los jeroglíficos, encarnado en este temible animal capaz de ahuyentar a una fiera, ¿no había separado las lenguas durante la creación de las razas humanas? A ejemplo suyo, los diplomáticos debían practicar varios idiomas, pues la exportación de los signos sagrados, que los egipcios grababan en piedra, estaba prohibida. Durante su estancia en el extranjero, los embajadores y mensajeros hablaban la lengua del país en el que se encontraban.

Como los demás altos funcionarios del ministerio, Acha oró en la capilla situada a la izquierda de la entrada al edificio y depositó narcisos en el altar de Thot. Antes de inclinarse ante los complejos informes de los que dependía la seguridad del país era bueno implorar los favores del escriba divino.

Una vez realizado el rito, el elegante y brillante diplomático cruzó varias salas en las que vio a unos funcionarios muy atareados, y pidió ser recibido por Chenar, que ocupaba un espacioso despacho en el mismo piso.

—Acha, ¡por fin! ¿Dónde estabais?

—He pasado una noche un poco frívola y he dormido más tiempo de lo habitual. ¿Mi ligero retraso os ha causado algún perjuicio?

El rostro de Chenar estaba rojo e hinchado; sin duda alguna, el hermano mayor de Ramsés era presa de una violenta emoción.

—¿Algún incidente grave?

—¿Habéis oído hablar de la reunión de ladrilleros hebreos en el norte de Menfis?

—No he prestado mucha atención.

—Yo tampoco, ¡y ambos nos hemos equivocado!

—¿En qué nos concierne esa gente?

Con la cabeza alargada y fija, y la voz untuosa, Acha sólo experimentaba un profundo desdén respecto de los obreros, que no tenía ocasión de frecuentar.

—¿Conocéis la identidad del hombre que los ha convocado allí y que en adelante llevará el título de supervisor de las obras reales? ¡Moisés!

—¿Qué tiene de sorprendente? Ya ha vigilado una obra en Karnak y se beneficia de una promoción.

—Si sólo fuera eso... Ayer, Moisés se dirigió a los hebreos y les reveló el proyecto de Ramsés: ¡construir una nueva capital en el Delta!

Un largo silencio sucedió a esta revelación. Acha, de ordinario tan seguro de sí, acusó el golpe.

—Estáis seguro...

—Sí, Acha, ¡completamente seguro! Moisés ejecuta las órdenes de mi hermano.

—Una nueva capital... Es imposible.

—¡No para Ramsés!

—¿Es un simple proyecto?

—El faraón en persona ha trazado el plan y ha elegido el emplazamiento: ¡Avaris, la ciudad maldita de los ocupantes hicsos, de los que nos costó tanto deshacernos!

De pronto, el rostro lunar de Chenar se iluminó.

—¿Y si...Ramsés se ha vuelto loco? Como su empresa está destinada al fracaso, habrá que llamar a hombres razonables.

—No seáis optimista. Ramsés corre riesgos enormes, cierto, pero su instinto es un buen guía. No podía tomar mejor decisión; implantando la capital al nordeste del país, tan cerca de la frontera, dará una clara advertencia a los hititas. En vez de replegarse sobre sí mismo, Egipto se muestra consciente del peligro y no cede un palmo de terreno. El rey será informado muy de prisa de los manejos de sus enemigos y actuará sin tardanza.

Chenar se sentó, desengañado.

—Es una catástrofe. Nuestra estrategia se hunde.

—No seáis pesimista. Por una parte, el deseo de Ramsés quizá no se convierta en realidad. Por otra parte, ¿por qué renunciar a nuestros planes?

—¿No es evidente que mi hermano toma en sus manos la política extranjera?

—No es una sorpresa, pero estará prisionero de las informaciones que recibirá y a partir de las cuales apreciará la situación. Dejémosle minimizar nuestro papel y obedezcámosle con deferencia.

Chenar recuperó la confianza.

—Tenéis razón, Acha; una nueva capital no será una muralla infranqueable.

La reina madre, Tuya, había vuelto a encontrar con emoción el jardín de su palacio de Menfis. ¡Qué escasos habían sido los paseos en compañía de Seti, cuán breves los años pasados junto a él! Se acordaba de cada una de sus palabras, de cada una de sus miradas, a menudo había soñado con una vejez larga y apacible durante la cual desgranarían sus recuerdos. Pero Seti había partido por los hermosos senderos del más allá, y ella caminaba sola por este jardín maravilloso, poblado de granados, tamarindos y azufaifas. A un lado y a otro de la avenida había acianos, anémonas, altramuces y ranúnculos. Un poco fatigada, Tuya se sentó cerca del estanque de lotos, bajo un cenador cubierto de glicinas.

Cuando Ramsés se dirigió a ella, desapareció su tristeza.

En menos de un año de reinado, su hijo había adquirido tanta seguridad que la duda parecía expulsada para siempre de su espíritu. Gobernaba con el mismo vigor que su padre, como si una fuerza inagotable lo habitara.

Ramsés abrazó a su madre con ternura y respeto, y se sentó a su derecha.

—Necesito hablarte.

—Por eso estoy aquí, hijo mío.

—¿Apruebas la elección de los hombres que forman mi gobierno?

—¿Te acuerdas del consejo de Seti?

—El que me ha guiado: «Escruta el alma de los hombres, busca dignatarios de carácter firme y recto, capaces de emitir un juicio imparcial sin traicionar su juramento de obediencia.» ¿Lo he logrado? Sólo los próximos años lo dirán.

—¿Ya temes una revuelta?

—Voy de prisa, la revuelta es inevitable. Las susceptibilidades se mostrarán exacerbadas, los intereses contrariados. Cuando tuve la idea de esta nueva capital, fue un fulgor, un rayo de luz que atravesó mi pensamiento y se impuso en mí como una verdad indestructible.

—Eso se llama *sia*, intuición directa, sin razonamiento y sin análisis. Seti tomó numerosas decisiones gracias a ella, estimaba que se transmitía de corazón de faraón a corazón de faraón.

—¿Apruebas la construcción de Pi-Ramsés, mi ciudad?

—Ya que *sia* le habló a tu corazón, ¿por qué necesitas mi opinión?

—Porque mi padre está presente en este jardín, y tú y yo oímos su voz.

—Las señales han aparecido, Ramsés; con tu reinado se abre una nueva era. Pi-Ramsés será tu capital.

Las manos de Ramsés se unieron a las de su madre.

—Verás la ciudad, madre, y te gustará.

—Tu protección me preocupa.

—Serramanna vigila constantemente.

—Quiero hablar de tu protección mágica. ¿Piensas construir tu templo de millones de años?

—He elegido dónde levantarlo, pero le doy prioridad a Pi-Ramsés.

—No olvides ese templo. Si las fuerzas de las tinieblas se desencadenan contra ti, él será tu mejor aliado.

39

El lugar era magnífico. Una tierra fértil, amplios campos, hierba en abundancia, senderos bordeados de flores, manzanos cuyos frutos tenían gusto a miel, un olivar de árboles vigorosos, estanques llenos de peces, salinas, extensiones de papiros altos y tupidos: así se presentaba el campo de Avaris, la ciudad odiada, reducida a unas casas y a un templo del dios Set.

Fue ahí donde Seti confrontó a Ramsés con el poder. Sería ahí donde Ramsés construiría su capital.

La belleza y la lujuria del lugar sorprendieron a Moisés. Los hebreos y los contramaestres egipcios formaban parte de la expedición que guiaba Ramsés en persona, acompañado de su león y de su perro. Con la mirada al acecho, Serramanna y una decena de exploradores habían precedido al monarca para asegurarse de que ningún peligro lo amenazaba.

La aldea de Avaris dormitaba bajo el sol. Sólo albergaba a unos funcionarios sin futuro, campesinos de gestos lentos y recogedores de papiros. El lugar parecía abocado al olvido y al eterno ritmo de las estaciones.

La expedición, que salió de Menfis, se detuvo en la ciudad santa de Heliópolis, donde Ramsés hizo ofrendas a su protector, Ra. Luego pasó por Bubastis, ciudad de la diosa de la dulzura y del amor, Bastet, que se encarnaba en una gata, y había recorrido la rama pelusiana[1] del Nilo a la que llamaban «las aguas de Ra». Cercana al lago Manzala, Avaris se encontraba en el extremo occidental del «camino de Horus», una pista que llevaba a Siria-Palestina por el litoral del Sinaí.

—Un emplazamiento estratégico de primera importancia —constató Moisés mirando el plano que le había confiado Ramsés.

—¿Comprendes las razones de mi elección? Prolongadas mediante un canal, las «aguas de Ra» nos permitirán comunicar con los grandes lagos que bordean el istmo de El-Qantara. En caso de urgencia, llegaremos rápidamente en barco a la fortaleza de Selé y a los fortines de la frontera. Reforzaré la protección del este del Delta, controlaré la ruta de las invasiones y seré informado en seguida del menor disturbio que suceda en nuestros

[1] La rama «pelusiana», uno de los tres grandes brazos del Delta, llamado así porque desembocaba en Pelusa (cerca de Tell Farameh), ciudad situada en el extremo oriental del Delta.

protectorados. Aquí, el verano será agradable; las guarniciones no sufrirán calor y estarán dispuestas a intervenir en todo momento.

—Eres muy previsor —estimó Moisés.

—¿Cómo reaccionan tus hombres?

—Parecen felices de trabajar bajo tus órdenes. Aunque la mejor motivación ¿no es el sustancial aumento de salario que les has concedido?

—No hay victoria sin generosidad. Quiero una ciudad espléndida.

Moisés se inclinó de nuevo sobre el plano. Serían construidos cuatro templos mayores: en occidente, el de Amón, «el oculto»; al sur, el de Set, el amo del lugar; en oriente, el de Astarté, la diosa siria; al norte, el de Uadjet, «la diosa verde», garante de la prosperidad del lugar. Junto al templo de Set había un gran puerto fluvial, unido a las «aguas de Ra» y a las «aguas de Avaris», dos anchos canales que rodearían la ciudad y le garantizarían un perfecto suministro de agua potable. Alrededor del puerto se situarían los almacenes, los graneros, las fábricas y los talleres. Más al norte, en el centro de la ciudad, el palacio real, los edificios administrativos, las villas de los nobles y los barrios de viviendas, en los que se codearían los grandes y los humildes. Del palacio saldría la arteria principal, que comunicaría en línea recta con el templo de Ptah, el Creador, mientras dos grandes avenidas llevarían, por la izquierda, hacia el de Amón y, por la derecha, hacia el de Ra. El santuario de Set estaba más aislado, al otro lado del canal que unía las «aguas de Ra» y las «aguas de Avaris».

En cuanto al ejército, contaría con cuatro cuarteles, uno entre la rama pelusiana y los edificios oficiales, los otros tres a lo largo de las «aguas de Avaris», el primero detrás del templo de Ptah, el segundo cerca de los barrios populares, y el tercero próximo a los templos de Ra y de Astarté.

—A partir de mañana, unos especialistas abrirán talleres de fabricación de tejas barnizadas —manifestó Ramsés—. De la casa más modesta a la sala de recepción del palacio proliferarán colores brillantes. También es necesario construir edificios. Tal será tu papel, Moisés.

Con el índice de la mano derecha, Moisés identificó uno a uno los edificios cuyas dimensiones habían sido precisadas por el monarca.

—La obra es gigantesca pero entusiasmadora. Sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Sin que tu majestad se moleste, falta un templo. Yo lo vería bien en el espacio libre entre los santuarios de Amón y de Ptah.

—¿A qué divinidad estaría dedicado?

—A la que crea la función del faraón. ¿No será en este templo donde celebrarás tu fiesta de regeneración?

—Para que este rito se lleve a cabo, un faraón debe haber reinado treinta años. Emprender desde hoy la construcción de semejante templo sería una injuria al destino.

—De todos modos has dejado el espacio libre.

—No pensar en ello habría sido una injuria a mi suerte. En el año treinta de mi reinado, durante esa fiesta, estarás en la primera fila de los dignatarios, en compañía de nuestros amigos de infancia.

—Treinta años... ¿Qué suerte nos reserva Dios?

—Por ahora nos ordena crear juntos la capital de Egipto.

—He repartido a los hebreos en dos grupos. El primero llevará los bloques de piedra hasta las obras de los templos, donde trabajarán bajo la dirección de los maestros de obra egipcios. El segundo fabricará miles de ladrillos destinados a tu palacio y a los edificios civiles. La coordinación entre los grupos de producción será dificultosa. Temo que mi popularidad sea destrozada rápidamente. ¿Sabes cómo me llaman los hebreos? *Masha,* «¡el salvado de las aguas!»

—¿Tú también has realizado un milagro?

—Es una vieja leyenda babilónica que les gusta mucho; han hecho un juego de palabras con mi verdadero nombre, Moisés, «aquel que nació», pues estiman que yo, un hebreo, estoy bendecido por los dioses. ¿Acaso no he recibido la educación de los nobles y no soy amigo del faraón? Dios me ha salvado de las «aguas» de la miseria y del infortunio. Un hombre que se beneficia de tanta suerte merece ser seguido. Razón por la cual los ladrilleros me conceden su confianza.

—Que no carezcan de nada. Te doy el poder de utilizar los graneros reales en caso de necesidad.

—Construiré tu capital, Ramsés.

Los ladrilleros hebreos formaban una corporación celosa de su habilidad. Llevaban una corta peluca negra sujeta por una cinta blanca que dejaba las orejas descubiertas, eran partidarios del bigote y la barba corta, y tenían la frente estrecha y el labio inferior grueso. Sirios y egipcios intentaban rivalizar con ellos, pero los mejores especialistas eran los hebreos y lo seguirían siendo. El trabajo era duro, estrechamente vigilado por contramaestres egipcios, pero correctamente pagado y dividido por numerosos días de permiso. Además, en Egipto, la alimentación era buena y abundante, y hospedarse no tenía

demasiados problemas. Incluso los más animosos lograban construirse agradables moradas con materiales de desecho.

Moisés no había disimulado que, en las obras de Pi-Ramsés, el ritmo de trabajo seria más intenso que de costumbre; pero la importancia de las primas compensaría esta molestia. Participar en la construcción de la nueva capital enriquecería a más de un hebreo, a condición de que no economizara el sudor. Tres obreros, a ritmo normal, podían fabricar de ochocientos a novecientos ladrillos de pequeño tamaño por día; en Pi-Ramsés habría que moldear piezas de tamaño considerable[1] que servirían de fundamento para la colocación de otros ladrillos, de dimensiones más modestas y producidos en serie. Estos fundamentos eran responsabilidad de los maestros de obras y de los picapedreros, no de los ladrilleros.

Desde el primer día, los hebreos comprendieron que la vigilancia de Moisés no se debilitaría. Los que habían esperado concederse largas siestas bajo un árbol redujeron sus pretensiones y se rindieron a la evidencia: el ritmo sería sostenido hasta la inauguración oficial de la capital.

Como sus colegas, Abner se decidió a sudar para mezclar légamo del Nilo con paja picada y obtener, en un periquete, la mezcla. Varias áreas[2] habían sido puestas a disposición de los obreros, que mojaban el légamo con el agua sacada de una zanja unida a un canal. Luego, con gran entusiasmo acompañado por cánticos, trabajaban el material con la azada y el pico para hacer más resistentes los futuros ladrillos.

Abner era enérgico y hábil; en cuanto la arcilla le parecía de buena calidad, llenaba con ella un capazo, que un peón llevaba sobre la espalda hasta el taller en el que se vertía en un molde rectangular de madera. El desmoldado era una operación delicada a la que a veces asistía Moisés personalmente. Los ladrillos eran dispuestos en el suelo, donde se secaban durante cuatro días antes de ser apilados y transportados a las diversas obras, empezando por los más claros.

Modesto material, el ladrillo de légamo del Nilo bien fabricado se mostraba de una resistencia notable; cuando las hileras estaban correctamente colocadas, incluso podía desafiar siglos.

Entre los hebreos nació una verdadera emulación; existía el aumento de salario y las primas, cierto, pero también el orgullo de participar en una empresa colosal y de ganar la apuesta que se les había impuesto. En cuanto la exaltación disminuía, Moisés les daba nuevo impulso, y millares de ladrillos perfectos salían de los moldes.

Pi-Ramsés nacía, Pi-Ramsés surgía del sueño de Ramsés para convertirse en algo real. Maestros de obras y picapedreros, respetando el plano del rey, edificaban sólidos cimientos. Incansables, los trabajadores traían a destajo los ladrillos que fabricaban los hebreos.

---

[1] 38x18x12 centímetros.
[2] De 6.000 m^2 cada una aproximadamente.

Bajo el sol, una ciudad tomaba cuerpo.

Abner, al final de cada jornada, admiraba a Moisés. El jefe de los hebreos iba de un grupo a otro, verificaba la calidad de los alimentos, enviaba a descansar a los enfermos y a los obreros demasiado agotados. Al contrario de lo que había pensado, su popularidad no dejaba de crecer.

Gracias a las primas que ya había atesorado, Abner le regalaría una hermosa mansión a su familia, aquí mismo, en la nueva capital.

—¿Estás orgulloso de ti mismo, Abner?

El rostro delgado de Sary llevaba impreso una alegría malsana.

—¿Qué quieres de mí?

—Soy tu jefe de equipo. ¿Lo has olvidado?

—Hago mi trabajo.

—Mal.

—¿Explicate?

—Has estropeado varios ladrillos.

—¡Es falso!

—Dos contramaestres han comprobado tus errores y han redactado un informe. Si se lo entrego a Moisés, serás despedido y sin duda condenado.

—¿Por qué estas invenciones, por qué estas mentiras?

—Te queda una solución: comprar mi silencio con tus ganancias. Así pues, tu falta será borrada.

—¡Eres un chacal, Sary!

—No tienes elección, Abner.

—¿Por qué me detestas?

—Eres un hebreo, entre tantos otros; tú pagas por los demás, eso es todo.

—¡No tienes derecho!

—Respóndeme, en seguida.

Abner bajó los ojos. Sary era el más fuerte.

40

En Menfis, Ofir se sentía más a gusto que en Tebas. La gran ciudad albergaba a numerosos extranjeros, la mayoría perfectamente integrados en la población egipcia. Entre ellos, adeptos de la doctrina de Akenatón en los que el mago reanimó la fe desfalleciente, prometiéndoles que les daría, en un futuro próximo, dicha y prosperidad.

Aquellos que tuvieron la suerte de ver a Lita, siempre silenciosa, se sintieron muy impresionados. Nadie dudó de que por sus venas corriera sangre real y que era la heredera del rey maldito. El discurso paciente y persuasivo del mago hacía maravillas, y la villa menfita de la hermana de Ramsés servía de marco para fructíferas entrevistas que, día tras día, permitían aumentar el número de partidarios del dios único.

Ofir no era el primer extranjero que propagaba las ideas originales, pero sí era el único que intentaba resucitar la herejía desechada por los sucesores de Akenatón. Su capital y su sepultura habían sido abandonadas, ningún cortesano había sido inhumado en la necrópolis cercana a la ciudad de Atón. Y todos sabían que Ramsés, tras haber sometido a su voluntad a la jerarquía de Karnak, no toleraría ningún disturbio religioso. Ofir también tuvo cuidado en destilar en dosis infinitesimales críticas contra el rey y su política, sin provocar la reprobación.

El mago progresaba.

Dolente le trajo zumo de algarroba fresco.

—Parecéis cansado, Ofir.

—Nuestra tarea reclama ardor en todos los instantes. ¿Cómo se encuentra vuestro marido?

—Está muy descontento. Según su última carta, pasa su tiempo reprendiendo a hebreos holgazanes y mentirosos.

—No obstante, se pretende que la construcción de la capital adelanta de prisa.

—Según la opinión general será espléndida.

—¡Pero dedicada a Set, señor del mal y de los poderes tenebrosos! Ramsés intenta ahogar la luz y ocultar el sol. Debemos impedir que triunfe.

—Estoy convencida de ello, Ofir.

—Necesito vuestro apoyo, lo sabéis. ¿Me autorizáis a utilizar los recursos de mi ciencia para impedir a Ramsés que destruya Egipto?

La mujer morena y lasciva se mordisqueó los labios.

—¡Ramsés es mi hermano!

Ofir tomó suavemente las manos de Dolente.

—¡Ya nos ha hecho mucho daño! Por supuesto, respetaré vuestra decisión, pero ¿por qué dudar más tiempo? ¡Ramsés avanza! Y cuanto más avanza, más se refuerzan sus protecciones mágicas. Si aplazamos nuestra intervención, ¿lograré aniquilarlas?

—Es tan grave...

—Sed consciente de vuestras responsabilidades, Dolente. Aún puedo actuar pero pronto será demasiado tarde.

La hermana del rey titubeaba en pronunciar una condena definitiva. Ofir le soltó las manos.

—Quizá existe otro medio.

—¿En qué pensáis?

—El rumor pretende que la reina Nefertari está encinta.

—¡Ya no es un rumor! Basta con mirarla.

—¿Sentís afecto por ella?

—Ni el más mínimo.

—Esta noche, uno de mis compatriotas me traerá lo necesario.

—¡Me encerraré en mi habitación! —gritó Dolente antes de desaparecer.

El hombre llegó en medio de la noche. La villa estaba silenciosa, Dolente y Lita dormían. Ofir abrió la puerta de la mansión, tomó el saco que le tendía el mercader y le pagó con dos sábanas de lino que Dolente había dado al mago.

La transacción sólo duró unos instantes.

Ofir se encerró en una pequeña habitación de la villa, a la que le había tapiado todas las ventanas. Una única lámpara de aceite dispensaba una débil luz.

En una mesa baja, el mago dispuso el contenido del paquete: una estatuilla de mono, una mano de marfil, una burda figura de mujer desnuda, un minúsculo pilar, y otra figura de mujer que tenía serpientes en las manos. El mono le ofrecería la técnica del dios Thot; la mano, la capacidad de actuar; la mujer desnuda, la de golpear los órganos genitales de la reina; el pilar volvería duradero su ataque; la mujer con serpientes destilaría el veneno de la magia negra en el cuerpo de Nefertari.

La tarea de Ofir no parecía fácil. La reina poseía una fuerte personalidad y, durante su coronación, se había beneficiado de protecciones invisibles, análogas a las de Ramsés. Pero el embarazo hacía menos eficaces sus defensas. Otra vida se alimentaba de la de Nefertari y la privaba poco a poco de sus fuerzas.

Se necesitarían al menos tres días y tres noches para que el maleficio tuviera una posibilidad de éxito. Ofir estaba un poco decepcionado de no atacar directamente a Ramsés, pero la prohibición de su hermana se lo impedía. Cuando hubiera conquistado la mente de Dolente, perseguiría una meta más ambiciosa. Por el momento debía contentarse con debilitar al adversario.

Abandonando la gestión de los asuntos corrientes a Ameni y a sus ministros, Ramsés iba con frecuencia a la obra de Pi-Ramsés. Gracias al impulso de Moisés y a una rigurosa organización de trabajo, la obra progresaba a pasos agigantados.

La alegría reinaba entre los obreros; no sólo los alimentos seguían siendo excelentes y abundantes, sino que también las primas anunciadas eran pagadas con regularidad, teniendo en cuenta el esfuerzo de cada uno. Los más animosos amasarían un hermoso peculio y podrían instalarse en la nueva capital o en cualquier otra ciudad en la que comprarían una pequeña extensión de terreno. Además, un servicio de sanidad bien equipado se ocupaba de los enfermos y dispensaba cuidados gratuitos; al contrario que en otras obras, la de Pi-Ramsés no sufría con la presencia de simuladores que intentaban obtener un permiso pretextando males imaginarios.

El rey se preocupaba de la seguridad; varios contramaestres velaban por ello permanentemente. Sólo hubo que lamentar unos heridos leves durante la colocación de bloques de granito en el lugar del templo de Amón. Gracias a la rotación de los equipos, observada con minuciosidad, los hombres no llegaban al límite de sus fuerzas. Cada seis días, dos jornadas de descanso les permitían distenderse y recuperarse.

Moisés era el único que no se concedía tiempo libre. Comprobaba, evitaba los conflictos, tomaba decisiones urgentes, reorganizaba equipos desfallecientes, pedía el material que faltaba, redactaba informes, dormía una hora después del almuerzo y tres horas por la noche. Viendo que tenían un jefe de excepcional vitalidad, los ladrilleros hebreos le obedecían al menor gesto. Jamás habían estado a las órdenes de un hombre que defendía tan bien sus intereses.

Abner le habría hablado a Moisés de las afrentas que le hacía sufrir Sary, pero temía las represalias, debido a las buenas relaciones del egipcio con la policía. Si Abner fuera señalado como perturbador, sería expulsado del país y jamás volvería a ver a su mujer y a sus hijos. Desde que pagaba, Sary ya no lo hostigaba y casi se mostraba amable. Como lo más duro parecía haber pasado, el hebreo se encerró en el silencio y amoldó los ladrillos con el mismo ardor que sus colegas.

Aquella mañana, Ramsés visitó la obra. En cuanto fue anunciada la llegada del monarca, los hebreos se lavaron meticulosamente, se recortaron barbas y bigotes, se sujetaron la peluca de fiesta con una cinta blanca nueva y alinearon los ladrillos uno al lado de otro en un orden impecable.

Del primer carro que se detuvo ante la fábrica descendió un gigante acorazado y armado, cuyo porte asustó. ¿Alguno de los obreros merecía sanciones disciplinarias? El despliegue de unos veinte arqueros hizo aún más pesada la atmósfera.

Mudo, Serramanna pasó entre las hileras de hebreos, inmóviles e inquietos.

Cuando se sintió satisfecho de su inspección, el sardo hizo señas a uno de sus soldados para que abriera el camino al carro real.

Los ladrilleros se inclinaron ante el faraón, quien los felicitó uno a uno, llamándolos por su nombre. El anuncio de la distribución de pelucas nuevas y la entrega de jarras de vino blanco del Delta provocó una explosión de alegría; pero el presente que emocionó más a los obreros fue la atención que el rey tuvo por los ladrillos recientemente moldeados. Tomó varios en la mano y los sopesó.

—Perfecto —declaró—. Raciones dobles durante una semana y un día de descanso suplementario. ¿Dónde se encuentra vuestro jefe de equipo?

Sary salió de la fila.

El ex ayo de Ramsés era el único que no se regocijaba de la visita del monarca. Él, antaño brillante profesor y cortesano ambicioso, temía volver a ver al rey, contra el que había conspirado.

—¿Has realizado tus nuevas funciones, Sary?

—Agradezco a vuestra majestad habérmelas confiado.

—Sin la clemencia de mi madre y de Nefertari, tu castigo habría sido más rudo.

—Soy consciente de ello, majestad, e intento, mediante mi actitud, borrar mis faltas.

—Son imborrables, Sary.

—El remordimiento que roe mi corazón es peor que un ácido.

—Debe de ser muy suave para permitirte sobrevivir tanto tiempo a tu crimen.

—¿No puedo esperar el perdón de vuestra majestad?

—Ignoro esa noción, Sary; se vive en la Regla o fuera de la Regla. Has mancillado a Maat, y tu alma será vil para siempre. Que Moisés no tenga que quejarse de ti, si no ya no tendrás ocasión de perjudicar a nadie.

—Juro a vuestra majestad que...

—Ni una palabra más, Sary. Y alégrate de tener la suerte de trabajar en la edificación de Pi-Ramsés.

Cuando el rey subió de nuevo a su carro, unas aclamaciones surgieron de los pechos. De mala gana, Sary se mezcló al concierto.

41

Como estaba previsto, los templos crecían más lentamente que los edificios profanos. Sin embargo, la entrega de los bloques se efectuaba sin retraso, y los especialistas en arrastrar las barcazas desde tierra, entre los cuales habían numerosos hebreos, los traían con regularidad a las obras.

Gracias a la intensa actividad de los ladrilleros, el palacio real, cuyas partes en piedra eran confiadas a especialistas, formaba ya una masa impresionante en el corazón de la capital. Los primeros barcos de transporte atracaban, los almacenes estaban abiertos, de los talleres de carpintería salían muebles de lujo, la fábrica de telas barnizadas empezaba su producción. Los muros de las villas parecían surgir de la tierra, los barrios de la ciudad adquirían forma, los cuarteles pronto albergarían las primeras tropas.

—El lago del palacio será espléndido —anunció Moisés—; preveo el final de su excavación para mediados del mes próximo. Tu capital será hermosa, Ramsés, pues está construida con amor.

—Tú eres el principal artífice de este éxito.

—Sólo en apariencia. Has sido tú quien ha trazado el plano; yo lo he ejecutado.

El rey percibió un matiz de reproche en el tono de su amigo. Cuando iba a pedirle una explicación, un mensajero del palacio de Menfis se acercó a él a galope tendido. Serramanna le obligó a pararse a unos diez metros del monarca.

Jadeante, el mensajero saltó a tierra.

—Es necesario regresar con urgencia a Menfis, majestad... La reina... la reina está enferma.

Ramsés tropezó con el doctor Pariamakhú, el jefe de los médicos de palacio, cincuentón docto y autoritario, con manos largas y finas. Cirujano experimentado, se le consideraba un internista notable, pero severo con sus pacientes.

—Quiero ver a la reina —exigió Ramsés.

—La reina duerme, majestad. Las enfermeras le han masajeado el cuerpo con aceite mezclado con un somnífero.

—¿Qué sucede?

—Temo un parto prematuro.

—¿No es...peligroso?

—El riesgo es mayor, en efecto.

—Os ordeno salvar a Nefertari.

—El pronóstico del nacimiento sigue siendo favorable.

—¿Cómo lo sabéis?

—Mis servicios han procedido al examen habitual, majestad. Han colocado cebada y trigo en dos sacos de tela que fueron regados varios días seguidos con la orina de la reina. Y de la misma manera que han germinado la cebada y el trigo, ella también dará a luz; y ya que el trigo germinó primero, puedo deciros que será una niña.

—He oído decir lo contrario.

El doctor Pariamakhú se quedó helado.

—Vuestra majestad se confunde con otra experiencia en la cual se utiliza trigo candeal y cebada, que se cubre con tierra. Queda esperar que la semilla, salida de vuestro corazón hasta llegar al corazón de la reina, se haya fijado bien en la columna vertebral y en los huesos de la criatura. Un esperma de buena calidad producirá una excelente médula espinal y una perfecta médula ósea. ¿Debo recordaros que el padre forma los huesos y los tendones y la madre, la carne y la sangre?

Pariamakhú no estaba descontento del curso de medicina de que acababa de descargar sobre su prestigioso alumno.

—¿Dudáis de mis conocimientos fisiológicos de antiguo alumno del Kap, doctor?

—¡Claro que no, majestad!

—No habéis previsto este incidente.

—Majestad, mi ciencia tiene ciertos límites y...

—Mi poder no los tiene, doctor, y exijo un nacimiento feliz.

—Majestad...

—¿Sí, doctor?

—Vuestra propia salud merece gran atención. Aún no he tenido el honor de examinaros, como me imponen los deberes de mi cargo.

—No penséis más en ello, yo no conozco la enfermedad. Avisadme en cuanto la reina se despierte.

El sol declinaba cuando Serramanna autorizó al doctor Pariamakhú a entrar en el despacho del rey.

El médico parecía incómodo.

—La reina está despierta, majestad.

Ramsés se levantó.

—Pero...

—¡Hable, doctor!

Pariamakhú, que se había jactado ante sus colegas de poder domeñar a su ilustre cliente, echaba de menos a Seti, a quien sin embargo juzgaba rebelde y desagradable. Ramsés era una tormenta, cuya cólera era preferible evitar.

—La reina acaba de ser llevada a la sala de parto.

—¡Había exigido verla!

—Las comadronas han estimado que no había que perder un segundo.

Ramsés rompió el cálamo con el que escribía. Si Nefertari moría, ¿tendría fuerzas para reinar?

Seis comadronas de la Casa de Vida, que llevaban una túnica larga y un ancho collar de turquesas, ayudaron a caminar a Nefertari hasta la sala de parto, un pabellón aireado y adornado con flores. Como las demás mujeres de Egipto, la reina pariría desnuda, con el busto recto, en cuclillas sobre piedras cubiertas por un lecho de cañas. Éstas simbolizaban el destino de cada recién nacido, cuya duración de vida era fijada por Thot.

La primera comadrona sujetaría a la reina con su cuerpo; la segunda intervendría en cada fase del parto; la tercera recibiría al niño en sus manos abiertas; la cuarta administraría los primeros cuidados; la quinta era la nodriza; y la sexta presentaría a la reina dos llaves de vida, hasta el momento en que el niño lanzara su primer grito. Conscientes del peligro, las seis mujeres mostraban sin embargo una calma perfecta.

Después de haber masajeado largamente a Nefertari, la comadrona jefe había aplicado cataplasmas en el bajo vientre y le había vendado el abdomen. Juzgando necesario acelerar un alumbramiento que se anunciaba doloroso, había introducido en la vagina una pasta formada de trementina, cebolla, leche, hinojo y sal. Para aminorar el sufrimiento, utilizaría tierra cocida molida con aceite tibio y untaría las partes genitales.

Las seis comadronas sabían que la lucha de Nefertari sería larga y su resultado incierto.

—Que la diosa Hator conceda un hijo a la reina —cantó monótonamente una de ellas—, que ninguna enfermedad le alcance. Desaparece, demonio, que llegas con las tinieblas y entras solapadamente, con el rostro vuelto hacia atrás. No abrazarás a este niño, no lo dormirás, no lo perjudicarás, no te lo llevarás. Que el espíritu venga a él y lo anime, que ningún maleficio lo alcance, que las estrellas le sean favorables.

Cuando cayó la noche, las contracciones se hicieron más frecuentes. Entre los dientes de la reina se introdujo una pasta a base de habas, para permitirle apretar los dientes sin herirse a sí misma.

Seguras de su técnica, concentradas, recitando las antiguas fórmulas contra el dolor, las seis comadronas ayudaron a la reina de Egipto a dar a luz.

Ramsés no soportaba la impaciencia.

Cuando el doctor Pariamakhú volvió a aparecer por décima vez creyó que el rey iba a saltarle a la garganta.

—¿Ya acabó por fin?

—Sí, majestad.

—¿Nefertari?

—La reina está viva, con buena salud, y tenéis una hija.

—¿También con buena salud?

—Eso es... algo más delicado.

Ramsés apartó al médico y se precipitó hacia el pabellón de parto. Una comadrona lo limpiaba.

—¿Dónde están la reina y mi hija?

—En una habitación del palacio, majestad.

—¡Quiero saber la verdad!

—La niña está muy débil.

—Deseo verlas.

Relajada, radiante pero agotada, Nefertari dormía. La comadrona jefe le había hecho tomar una poción sedante. El bebé era de una belleza notable. Fresca, con los ojos a la vez asombrados y curiosos, la hija de Nefertari y de Ramsés ya saboreaba la vida como un milagro.

El rey la tomó en brazos.

—¡Es magnífica! ¿Qué teméis?

—El cordón del amuleto que debíamos ponerle alrededor del cuello se ha roto. Es un mal presagio, majestad, muy mal presagio.

—¿Se ha formulado la predicción?

—Esperamos a la profetisa.

Ésta se presentó minutos más tarde y, con las seis comadronas, recreó la cofradía de las siete de Hator, encargadas de percibir el destino del recién nacido. Formando un círculo alrededor de él, unieron sus pensamientos para desvelar el futuro.

Su meditación duró más tiempo de lo habitual.

Con aspecto sombrío, la profetisa salió del grupo y avanzó hacia el rey.

—El momento no es propicio, majestad. Somos incapaces de...

—No mientas.

—Podemos equivocarnos.

—Sé sincera, te lo ruego.

—El destino de esta niña se jugará en las próximas veinticuatro horas. Si no encontramos un medio para apartar a los demonios que roen su corazón, vuestra hija no sobrevivirá la próxima noche.

42

La nodriza, de excelente salud, fue la encargada de amamantar a la hija de la pareja real. El mismo doctor Pariamakhú había controlado la leche, que debía tener el agradable olor de la harina de algarrobo. Para asegurar una vigorosa subida de la leche, la nodriza bebió zumo de higuera y comió espina dorsal de pescado, cocida y triturada con aceite.

Para desesperación de la nodriza y del médico, el bebé se negaba a alimentarse. Probaron con otra nodriza, pero tampoco tuvo éxito. La última solución, una leche excepcional conservada en una vasija en forma de hipopótamo, no dio mejores resultados. El bebé no bebió el líquido untuoso que salía de los pezones del animal.

El médico humedeció los labios de su pequeña paciente y se aprestaba a envolverla en una tela húmeda cuando Ramsés la tomó en sus brazos.

—¡Es necesario hidratar, majestad!

—Vuestra ciencia es inútil. Mi fuerza la mantendrá con vida.

Apretando a su hija contra su pecho, el rey fue a la cabecera del lecho de Nefertari. A pesar de su agotamiento, la reina seguía radiante.

—¡Soy tan feliz! ¿No está bien protegida?

—¿Cómo te sientes?

—Estoy bien, no te preocupes por nada. ¿Has pensado en el nombre de nuestra hija?

—Ese papel le corresponde a la madre.

—Se llamará Meritamón, «la amada de Amón», y verá tu templo de millones de años. Mientras daba a luz he tenido un extraño pensamiento... Hay que construirlo sin tardanza, Ramsés... Ese templo será tu mejor muralla contra el mal, estaremos unidos en él contra la adversidad.

—Tu deseo se hará realidad.

—¿Por qué estrechas a nuestra hija tan fuerte?

La mirada de Nefertari era tan clara, tan confiada, que Ramsés fue incapaz de disimularle la verdad.

—Meritamón está enferma.

La reina se incorporó y agarró la muñeca del rey.

—¿Qué enfermedad tiene?

—Se niega a alimentarse, pero yo la curaré.

Cansada, la reina dejó de luchar.

—Ya he perdido un hijo, las fuerzas de las tinieblas quieren llevarse a nuestra hija... La noche me persigue.

Nefertari se desvaneció.

—¿Vuestras conclusiones, doctor? —preguntó Ramsés.

—La reina está muy débil —respondió Pariamakhú.

—¿La salvaréis?

—Lo ignoro, majestad. Si sobrevive, no podrá tener más hijos; un nuevo embarazo sería fatal para ella.

—¿Y nuestra hija?

—No comprendo nada; ¡ahora está tan tranquila! Quizá la hipótesis de las comadronas sea la buena, pero me parece absurda.

—¡Hablad!

—Creen en un maleficio.

—¿Un maleficio, aquí, en mi palacio?

—Precisamente por eso juzgo esta idea inverosímil. Sin embargo, quizá deberíamos convocar a los magos de la corte...

—¿Y si el responsable fuese uno de ellos? No, sólo me queda una única posibilidad.

Meritamón se había dormido en los poderosos brazos de Ramsés.

La corte bullía en rumores. Nefertari habría dado a luz a un segundo hijo nacido muerto y la reina estaría a punto de sucumbir. Ramsés, presa de desesperación, habría perdido la razón. Chenar no se atrevía a creer estas excelentes noticias, pero esperaba que no estuvieran del todo desprovistas de fundamento.

Dolente y él se dirigieron a palacio. Chenar intentó poner un rostro grave y afligido, pero su hermana parecía derrumbada de verdad.

—Llegarías a ser una excelente actriz, mi hermana querida.

—Estos acontecimientos me trastornan.

—Sin embargo, no quieres ni a Ramsés ni a Nefertari.

—Ese niño... Ese niño no tiene la culpa.

—¡Qué importancia puede tener! Se te ve muy sensible de repente. Si el rumor es fundado, nuestro futuro se despeja.

Dolente no se atrevía a confesar a Chenar que el maleficio exitoso del mago Ofir era la verdadera causa de su turbación. Para haber logrado romper el destino de la pareja real, el libio disponía de un raro dominio sobre las fuerzas ocultas.

Ameni, más pálido que de costumbre, recibió a Dolente y a Chenar.

—Dadas las circunstancias —declaró este último—, hemos pensado que el rey desearía tener junto a él a su hermano y a su hermana.

—Lo lamento, prefiere estar solo.

—¿Cómo se encuentra Nefertari?

—La reina descansa.

—¿Y la niña? —preguntó Dolente.

—El doctor Pariamakhú está con ella.

—¿No tenéis noticias más precisas?

—Hay que esperar.

Mientras Chenar y Dolente abandonaban el palacio, vieron pasar a Serramanna y a sus soldados flanqueando a un hombre sin peluca, mal afeitado y vestido con una túnica de piel de antílope de múltiples bolsillos. Se dirigían hacia los apartamentos privados de la pareja real con mucha premura.

—¡Setaú! Eres mi última esperanza.

El encantador de serpientes se acercó al rey y contempló al bebé que tenía en brazos.

—No me gustan las criaturas, pero ésta es una pequeña maravilla. La obra de Nefertari, por supuesto.

—Meritamón, nuestra hija, va a morir, Setaú.

—¿De qué estás hablando?

—De un maleficio.

—¿Aquí, en palacio?

—Lo ignoro.

—¿Cómo se manifiesta?

—Rehúsa alimentarse.

—¿Y Nefertari?

—Está muy mal.

—Supongo que el querido doctor Pariamakhú ha dejado de luchar.

—Está desamparado.

—Es su actitud normal. Coloca suavemente a tu hija en su cuna.

Ramsés lo hizo. En cuanto abandonó los brazos de su padre, Meritamón respiró con dificultad.

—Sólo tu poder la mantiene con vida... Es lo que temía. Pero... ¿en que pensáis en este palacio? ¡Esta niña ni siquiera lleva un amuleto protector!

De uno de los bolsillos, Setaú sacó un amuleto con forma de escarabajo, lo ató al extremo de una cuerdecita con siete nudos y lo colocó en el cuello de Meritamón. Sobre el escarabajo había un texto: «La muerte ladrona no se apoderará de mí, la luz divina me salvará.»

—Vuelve a coger a tu hija y ábreme las puertas del laboratorio —ordenó Setaú.

—Crees que lograrás...

—Luego charlaremos. No tenemos mucho tiempo.

El laboratorio del palacio tenía varias secciones. Setaú se encerró en la habitación donde se almacenaban caninos inferiores de hipopótamo macho, que superaban a veces setenta centímetros de largo y diez de ancho. Talló uno en forma de creciente lunar con extremos alargados y, después de haber pulido la superficie sin deteriorar el marfil, grabó en él varias figuras destinadas a rechazar las fuerzas maléficas, surgidas de la noche para matar a la madre y a la hija. Setaú eligió aquellas que le parecían mejor adaptadas a la situación: un grifo alado con cuerpo de león y cabeza de halcón, un hipopótamo hembra manejando un cuchillo, una rana, un sol resplandeciente, un enano barbudo con serpientes en cada mano. Describiéndolas en voz alta, las volvió eficaces. Les ordenó cortar la garganta de los demonios machos y hembras, pisotearlos, lacerarlos y ahuyentarlos. Luego preparó una poción a base de veneno de víbora para abrir la boca del estómago; incluso en dosis infinitesimales, tal vez sería demasiado violenta para el organismo de una niña de pecho.

Cuando Setaú salió, el doctor Pariamakhú se precipitó sobre él, enloquecido.

—Hay que actuar de prisa, la niña está empeorando.

Frente al sol poniente, Ramsés sostenía a su hija en brazos, abandonada y confiada. A pesar de su magnetismo, la respiración del bebé se volvía irregular. El hijo de Nefertari, el único hijo de su unión que podría vivir... Si Meritamón moría, Nefertari no lo superaría. La cólera llenó el corazón del rey, una cólera que desafiaría a las tinieblas reptantes y salvaría a su hija de los maleficios.

Setaú entró en la habitación. En la mano llevaba el marfil esculpido.

—Esto debería parar el maleficio —explicó—. Pero no será suficiente. Si queremos reparar los daños causados en el interior del cuerpo y permitirle que se alimente, será necesario hacerle beber este remedio.

Al enunciar su composición, el doctor Pariamakhú se sobresaltó.

—¡Me opongo a ello, majestad!

—¿Estás seguro del resultado, Setaú?

—Es realmente peligroso. Te toca decidir a ti.

—Actuemos.

43

Setaú colocó el marfil sobre el pecho de Meritamón. Tendida en su cuna, con sus grandes ojos inquisitivos, la niña respiró apaciblemente.

Ramsés, Setaú y el doctor Pariamakhú permanecieron silenciosos. El talismán parecía eficaz, ¿pero su protección seria duradera?

Diez minutos más tarde, Meritamón se agitó y lloró.

—Que traigan una estatua de la diosa Opet —ordenó Setaú—; regreso al laboratorio. Doctor, humedezca los labios del bebé y ¡sobre todo no haga nada más!

Opet, el hipopótamo hembra, era la patrona de las comadronas y de las nodrizas. En el cielo tomaba la forma de una constelación que impedía a la Osa Mayor, de naturaleza setiana, por lo tanto portadora de un enorme poder, encontrar la paz de Osiris resucitado. Llena de leche materna y cargada de energía positiva por los magos de la Casa de Vida, la estatua de Opet fue colocada a la cabecera de la cuna.

Su presencia calmó a la niña. Meritamón se volvió a dormir.

Setaú reapareció con un marfil mágico toscamente tallado en cada mano.

—Es escueto —declaró—, pero tendría que ser suficiente.

Colocó el primero sobre el vientre del bebé y el segundo sobre sus pies. Meritamón no tuvo ninguna reacción.

—Ahora, un campo de fuerzas positivas la protege. El hechizo está roto, el maleficio es inoperante.

—¿Está salvada? —preguntó el rey.

—Sólo el amamantamiento la arrancará de la muerte. Si la boca de su estómago permanece cerrada, morirá.

—Dale tu poción.

—Dásela tu mismo.

Con suavidad, Ramsés separó los labios de su hija, profundamente dormida y vertió el líquido ámbar en la boquita. El doctor Pariamakhú había vuelto la cabeza.

Segundos más tarde, Meritamón abrió los ojos y gritó.

—De prisa —dijo Setaú—, ¡la teta de la estatua!

Ramsés levantó a su hija, Setaú sacó el vástago metálico que tapaba el seno de donde se derramaba la leche, el rey pegó los labios del bebé al orificio.

Meritamón bebió con voluptuosidad, deteniéndose apenas para recuperar el aliento, y lanzó suspiros de contento.

—¿Qué deseas, Setaú?

—Nada, Ramsés.

—Te nombro director de los magos de palacio.

—¡Que se las arreglen sin mí! ¿Cómo se encuentra Nefertari?

—Es sorprendente. Mañana paseará por el jardín.

—¿Y la pequeña?

—Su sed de vivir es inextinguible.

—¿Qué han predicho las siete hadas?

—El velo negro que cubría el destino de Meritamón se ha desgarrado; ellas han visto un vestido de sacerdotisa, una mujer de gran nobleza y las piedras de un templo.

—Una existencia austera, ¿no?

—Mereces ser rico, Setaú.

—Mis serpientes, mis escorpiones y Loto me bastan.

—Tus créditos de investigación serán ilimitados. En cuanto a tu producción de veneno, el palacio la comprará, al mejor precio, para distribuirla a los hospitales.

—Rechazo los privilegios.

—Éste no lo es. Ya que tus productos son excelentes, tu remuneración debe ser elevada y tu trabajo alentado.

—Si me atreviera...

—Atrévete.

—¿Aún te queda vino tinto del Fayum, del año tercero de Seti?

—Te enviaré varias ánforas mañana mismo.

—¡Eso me costará bastantes redomas de veneno!

—Permíteme que te las regale.

—No me gustan los regalos, sobre todo viniendo del rey.

—Es el amigo quien te ruega que aceptes este presente. ¿Cómo has adquirido la ciencia que ha salvado a Meritamón?

—Las serpientes me lo han enseñado casi todo, Loto ha hecho el resto. La técnica de las brujas nubias es incomparable. El amuleto que tu hija lleva al cuello le evitará muchos sinsabores, a condición de que sea vuelto a cargar cada año.

—Una villa oficial os espera, a Loto y a ti.

—¡En plena ciudad! No hablas en serio... ¿Cómo estudiaríamos las serpientes? Necesitamos el desierto, la noche y el peligro. A propósito de peligro... Este maleficio es inhabitual.

—Explícate.

—He tenido que emplear grandes recursos, pues el ataque era serio. Hay maleficio extranjero en este asunto, sirio, libio o hebreo; si no hubiera utilizado tres marfiles mágicos, no habría logrado romper el campo de fuerzas negativas. Y no quiero recordar la voluntad de hacer morir de hambre a un niño de pecho... Un espíritu particularmente perverso, en mi opinión.

—¿Un mago de palacio?

—Me sorprendería. Tu enemigo está familiarizado con las fuerzas del mal.

—¿Volverá a hacerlo?

—Puedes estar seguro de ello.

—¿Cómo podemos identificarlo e impedir que vuelva a perjudicar a alguien?

—No tengo la menor idea. Un demonio de esta talla sabe disimularse con arte consumado. Quizá ya te hayas cruzado con él; te habrá parecido amable e inofensivo. Quizá se oculta en un antro inaccesible.

—¿Cómo puedo proteger a Nefertari y a Meritamón?

—Utilizando los medios que han probado su eficacia: amuletos y ritual de invocación a las fuerzas benéficas.

—¿Y si es insuficiente?

—Será necesario desplegar una energía superior a la del mago negro.

—Así pues, crear un hogar que la produzca.

El templo de millones de años... Ramsés no tendría un aliado más eficaz.

Pi-Ramsés crecía.

Aún no era una ciudad, pero edificios y casas tomaban forma, dominados por la imponente masa del palacio, cuyos basamentos de piedra emulaban tanto a los de Tebas como a los de Menfis. El ardor en la tarea no flaqueaba. Moisés parecía infatigable, la intendencia seguía siendo ejemplar. Viendo el resultado de sus esfuerzos, los constructores de la nueva capital, desde los maestros de obra a los peones, deseaban ver la culminación de la obra. Había algunos que tenían la intención de establecerse en la ciudad edificada por sus manos.

Dos jefes de clan, celosos del éxito de Moisés, habían intentado cuestionar su autoridad. Sin esperar siquiera que el joven hebreo se defendiera, la totalidad de los ladrilleros había exigido que permaneciera en su puesto. Desde ese instante, Moisés, sin ser consciente de ello, aparecía cada vez más como el rey sin corona de un pueblo sin país. Construir aquella capital le robaba tanta energía que sus angustias se habían disipado. Ya no se preguntaba acerca del dios único y sólo se preocupaba por la buena organización de las obras.

El anuncio de la llegada de Ramsés le regocijó. Unos pájaros de mal agüero se habían referido a la muerte de Nefertari y de su hija. Durante unos días, la atmósfera había estado cargada. Para desmentir el rumor, Moisés había apostado que el rey no tardaría en visitar la ciudad en construcción.

Ramsés le dio la razón.

Serramanna no pudo impedir que los obreros formaran un pasillo de honor al paso del carro real. Querían tocarle para conseguir un poco de la magia del faraón. El sardo maldijo a ese joven monarca que no tenía ninguna consideración por las medidas de seguridad y se exponía al puñal de un agresor.

Ramsés fue derecho a la villa provisional que ocupaba Moisés. Cuando el faraón echó pie a tierra, el hebreo se inclinó; una vez en el interior y al abrigo de las miradas, los dos amigos se dieron un abrazo.

—Si continuamos así, tu insensata apuesta está a punto de ser ganada.

—¿Estás adelantado en los plazos?

—Así es.

—Hoy quiero verlo todo.

—Te llevarás muchas sorpresas. ¿Cómo se encuentra Nefertari?

—La reina está muy bien, nuestra hija también. Meritamón será tan bella como su madre.

—¿No estuvieron a punto de morir?

—Setaú las ha salvado.

—¿Con sus venenos?

—Se ha convertido en un experto en magia y disipó el maleficio que afectaba a mi esposa y a mi hija.

Moisés quedó estupefacto.

—¿Quién se ha atrevido a provocarlo?

—Aún lo ignoramos.

—Hay que ser infame para atacar a una mujer y su hijo, ¡y loco para herir a la esposa y a la hija del faraón!

—Me he preguntado si esta horrible agresión no está vinculada con la construcción de Pi-Ramsés. Muchos notables están en contra de que cree esta nueva capital.

—No, es imposible... Entre el descontento y el crimen, el abismo es demasiado grande.

—Si el culpable fuera un hebreo, ¿cuál sería tu reacción?

—Un criminal es un criminal, sea cual sea su pueblo. Pero creo que te equivocas.

—Si te enteras de cualquier cosa, no me lo ocultes.

—¿No confías en mí?

—¿Te hablaría así si no lo hiciera?

—Ningún hebreo concebiría semejante fechoría.

—Debo ausentarme durante varias semanas, Moisés, te confío mi capital.

—Cuando regreses, ya no la reconocerás. No tardes demasiado; no nos gustaría posponer la inauguración.

44

En esos primeros días de un mes de junio sofocante, Ramsés festejaba el inicio de su segundo año de reinado. Ya había pasado un año desde la partida de Seti hacia el reino de las estrellas.

El barco de la pareja real se había inmovilizado a la altura de Gebel Silsileh, en el lugar en el que las dos orillas se estrechaban. Según la tradición, el genio del Nilo residía allí, y el faraón debía despertarlo para que se convirtiera en el padre nutricio e hiciera subir las aguas.

Tras haber hecho la ofrenda de leche y vino, y pronunciado las plegarias rituales, la pareja real entró en una capilla excavada en la roca. Allí reinaba una temperatura agradable.

—¿Has hablado con el doctor Pariamakhú? —pregunto Ramsés a Nefertari.

—Me ha prescrito un nuevo tratamiento para borrar las últimas trazas de fatiga.

—¿Nada más?

—¿Me ha ocultado la verdad a propósito de Meritamón?

—No, tranquilízate.

—¿Qué debería haberme dicho?

—El valor no es la mayor virtud de ese buen doctor.

—¿De qué cobardía es culpable?

—Has sobrevivido de milagro al parto.

El rostro de Nefertari se ensombreció.

—No tendré otro niño, ¿verdad? Y no te daré un hijo.

—Kha y Meritamón son los herederos legítimos de la Corona.

—Ramsés debe tener otros niños y otros hijos. Si estimas que retirarme a un templo es indispensable...

El rey estrechó a su esposa contra sí.

—Te amo, Nefertari. Tú eres el amor y la luz, tú eres la reina de Egipto. Nuestras almas están unidas para siempre, nadie podrá separarnos.

—Iset te dará hijos.

—Nefertari...

—Es necesario, Ramsés, es necesario. Tú no eres un hombre como los demás, tú eres el faraón.

En cuanto llegaron a Tebas, la pareja real se dirigió al sitio en el que sería edificado el templo de millones de años de Ramsés. El lugar les pareció grandioso y cargado de una energía que se alimentaba a la vez de la montaña de Occidente y de la llanura fértil.

—Me he equivocado al descuidar esta fundación en provecho de la capital —confesó Ramsés—. La advertencia de mi madre y el atentado perpetrado contra ti y nuestra hija me han abierto la mente. Sólo un templo de millones de años nos protegerá del mal oculto en las tinieblas.

Noble y resplandeciente, Nefertari recorrió la amplia extensión de arena y de rocas que parecía abocada a la esterilidad. Como Ramsés, gozaba de una complicidad con el sol; se deslizaba sobre su piel sin quemarla y la iluminaba con sus rayos. En esos momentos inmóviles era la diosa de las fundaciones, cuyos pasos sacralizaban el terreno elegido.

La gran esposa real surgía de la eternidad y la grababa en aquella tierra quemada por el sol, marcada ya con el sello de Ramsés.

Los dos hombres se tropezaron en la pasarela del barco real y se quedaron inmóviles, cara a cara. Setaú era más bajo que Serramanna, pero igual de ancho de hombros. Las miradas se enfrentaron.

—Esperaba no volver a verte cerca del rey, Setaú.

—Me aflige mucho decepcionarte.

—Se habla de un mago negro que ha puesto en peligro la vida de la reina y de su hija.

—¿Todavía no lo has identificado? Ramsés está muy mal rodeado.

—¿Nadie te ha cerrado el pico?

—Pruébalo, si eso te divierte. Pero desconfía de mis serpientes.

—¿Es una amenaza?

—Lo que tú pienses me es indiferente. Sea cual sea su hábito, los piratas siempre serán piratas.

—Si confiesas tu crimen, me harás ganar tiempo.

—Para ser jefe de seguridad, estás muy mal informado. ¿Ignoras que he salvado a la hija de la pareja real?

—¡Pamplinas! Eres un vicioso, Setaú.

—Y tú tienes la mente torcida.

—En el mismo instante en que intentes perjudicar al rey, te partiré el cráneo con mi puño.

—La pretensión va a sofocarte, Serramanna.

—Probémoslo, ¿quieres?

—Agredir sin razón a un amigo del rey te conducirá a prisión.

—Pronto residirás en ella.

—Tú me precederás, sardo. Mientras tanto, apártate de mi camino.

—¿Adónde vas?

—A reunirme con Ramsés y, bajo sus órdenes, purificar el sitio de su futuro templo de los reptiles que lo habrían elegido como domicilio.

—Te impediré dañar, brujo.

Setaú apartó a Serramanna.

—En vez de decir estupideces, seria mejor que protegieras al rey.

Ramsés se recogió varias horas en la capilla de culto a su padre, en el interior del templo de Gurnah, en la orilla oeste de Tebas. El rey había depositado sobre el altar unos racimos de uva, higos, bayas de enebro y piñas de pino. En este lugar de reposo, el alma de Seti vivía en paz, alimentada por la esencia sutil de las ofrendas.

Allí fue donde Seti anunció que Ramsés le sucedería. El joven príncipe no sintió el peso de las palabras de su padre. Vivía un sueño, bajo la sombra protectora de un gigante cuyo pensamiento se movía como la barca divina a través de los espacios celestes.

Cuando la corona roja y la corona blanca fueron puestas sobre su cabeza, Ramsés había abandonado para siempre la quietud del heredero del trono para afrontar un mundo cuya rudeza no sospechaba. En las paredes de ese templo, unos dioses sonrientes y graves sacralizaban la vida; un faraón resucitado les rendía homenaje y comulgaba con el invisible. En el exterior, los hombres, la humanidad con su coraje y su cobardía, su rectitud y su hipocresía, su generosidad y su avidez. Y él, Ramsés, en medio de esas fuerzas contrarias, encargado de mantener el vínculo entre los humanos y los dioses, cualesquiera que fueran sus deseos y sus debilidades.

Sólo reinaba desde hacía un año pero hacía mucho tiempo que ya no se pertenecía.

Cuando Ramsés subió en el carro de Serramanna, que sujetaba las riendas, el sol declinaba.

—¿Adónde vamos, majestad?

—Al Valle de los Reyes.

—He hecho registrar los barcos que forman la flotilla.

—¿Nada sospechoso?

—Nada.

El sardo estaba nervioso.

—¿No tienes nada más que decirme, Serramanna?

—En realidad no, majestad.

—¿Estás seguro de ello?

—Acusar sin pruebas seria una falta grave.

—¿Has identificado al mago negro?

—Mi opinión no tiene ningún valor. Sólo cuentan los hechos.

—Al galope, Serramanna.

Los caballos se lanzaron hacia el Valle, cuyo acceso estaba vigilado permanentemente por soldados. En este final de un día de verano, el calor se

había acumulado en la roca, que lo devolvía, y se tenía la sensación de penetrar en un horno en el que uno perecería asfixiado.

Sudando y jadeante, el oficial responsable del destacamento se inclinó ante el faraón y le garantizó que ningún ladrón se introduciría en la tumba de Seti.

Pero Ramsés no se dirigió a la morada eterna de su padre, sino a la suya. Terminada la jornada de trabajo, los picapedreros limpiaban sus herramientas y las guardaban en canastos. La visita repentina del soberano interrumpió las conversaciones; los artesanos se reunieron detrás del maestro de obras, que acababa de redactar su informe diario.

—Hemos excavado el largo pasillo hasta la sala de Maat. ¿Puedo enseñároslo, majestad?

—Déjame solo.

Ramsés franqueó el umbral de su tumba y descendió una escalera bastante corta excavada en la roca, que correspondía a la entrada del sol en las tinieblas. En las paredes del pasillo que seguía habían grabado jeroglíficos dispuestos en columnas verticales, unas plegarias que una figura del faraón eternamente joven dirigía al poder de la luz, del que enumeraba los nombres secretos. Luego se desvelaban las horas de la noche y las pruebas de la cámara oculta que debía superar el viejo sol para esperar renacer en la mañana.

Después de haber cruzado aquel reino de las sombras, Ramsés se vio venerando las divinidades, presentes en el más allá como lo habían sido en la tierra. Admirablemente dibujadas, pintadas con colores vivos, recreaban al rey permanentemente.

A la derecha estaba la sala del carro real con cuatro pilares. Allí serían conservados el timón, la caja, las ruedas y las demás piezas del carro ritual de Ramsés, para que fuera reconstruido en el otro mundo y permitiera al monarca desplazarse por él, derribando a los enemigos de la luz.

Más allá, el pasillo se estrechaba. Lo decoraban las escenas y los textos rituales de la abertura de la boca y de los ojos, practicada sobre la estatua del rey, transfigurada y resucitado.

Luego reinaba otra vez la roca, apenas desbastada por los cinceles de los picapedreros. Necesitarían varios meses para abrir y decorar la sala de Maat y la morada de oro en la que sería instalado el sarcófago.

La muerte de Ramsés se construía ante él, tranquila y misteriosa. Ninguna palabra faltaría en el lenguaje de la eternidad, ninguna escena en el arte de lo invisible. El joven rey evolucionaba por el más allá de su persona terrestre, participaba de un universo en el que las leyes superaban para siempre el entendimiento humano.

Cuando el faraón salió de su tumba, una noche apacible reinaba en el Valle de sus antepasados.

45

El segundo profeta de Amón, Doki, corrió al palacio de Tebas, en el que el rey acababa de convocar a los principales dignatarios de la jerarquía de Karnak. Pequeño, con el cráneo afeitado, la frente estrecha, la nariz y el mentón prominentes, y una mandíbula que recordaba la de un cocodrilo, Doki temía llegar tarde debido a la estupidez de su secretario, que había omitido prevenirlo con urgencia, cuando verificaba las cuentas del escriba de los rebaños. El imbécil sería enviado a una granja, lejos de la comodidad de los despachos del templo.

Serramanna registró a Doki y lo dejó entrar en la sala de audiencias del faraón. Frente a él, sentado en un asiento provisto de brazos, se hallaba el viejo Nebú, gran sacerdote y primer profeta de Amón. Arrugado, con los hombros caídos, había colocado su dolorida pierna izquierda sobre un cojín y aspiraba de un frasco de esencia de flores.

—Queréis perdonarme, majestad. Mi retraso...

—No hablemos más. ¿Dónde se encuentra el tercer profeta?

—Es el encargado de los ritos de purificación en la Casa de Vida y desea permanecer recluido.

—De acuerdo. ¿Y Bakhen, el cuarto profeta?

—En la obra de Luxor.

—¿Por qué no está aquí?

—Supervisa la difícil colocación de los obeliscos. Si queréis que le haga venir inmediatamente...

—Es inútil. ¿La salud del gran sacerdote de Karnak es satisfactoria?

—No —respondió Nebú con voz fatigada—. Me desplazo con dificultad y paso la mayor parte del tiempo en la sala de archivos. Mi predecesor había descuidado unos rituales antiguos que deseo poner de nuevo al día.

—¿Y tú, Doki, estás más preocupado por los asuntos de este mundo?

—¡Es sumamente necesario, Majestad! Bakhen y yo nos preocupamos de la gestión de esta propiedad bajo el control de nuestro venerado gran sacerdote.

—Mis jóvenes subordinados han comprendido que mal pie no impide buen ojo —precisó Nebú—. La misión que el rey me ha confiado será realizada sin descanso, y no toleraré ni inexactitud ni pereza.

La firmeza del tono sorprendió a Ramsés. Aunque parecía agotado, el viejo Nebú mantenía firmemente el timón.

—Vuestra presencia es una gran dicha, majestad. Significa que el nacimiento de vuestra nueva capital no implica el abandono de Tebas.

—No era mi intención, Nebú. ¿Qué faraón digno de su función podría descuidar la ciudad de Amón, el dios de las victorias?

—¿Por qué alejarse de ella?

La pregunta parecía cargada de reproches.

—No corresponde al gran sacerdote de Amón discutir la política de Egipto.

—Lo admito de buen grado, majestad, ¿pero no le corresponde preocuparse por el futuro de su templo?

—Que Nebú esté tranquilo. ¿Acaso la gran sala de columnas Karnak no es la más bella y la más amplia jamás construida?

—Os lo agradezco, majestad; pero permitid a un viejo sin ambición que os pregunte la verdadera razón de vuestra presencia aquí.

Ramsés sonrió.

—¿Quién es más impaciente, Nebú, tú o yo?

—En vos arde el fuego de la juventud, en mí se impone la voz del reino de las sombras. El poco tiempo que me queda por vivir me prohíbe los discursos inútiles.

Los mandobles entre Ramsés y Nebú dejaron a Doki sin habla. Si el gran sacerdote continuaba desafiando así al monarca, su cólera no tardaría en estallar.

—La familia real está en peligro —reveló el faraón—. He venido a Tebas para buscar la protección mágica que necesita.

—¿Cómo pensáis actuar?

—Fundando mi templo de millones de años.

Nebú apretó su bastón.

—Os lo apruebo, pero primero es necesario acrecentar el *ka,* ese poder del que sois depositario.

—¿De qué manera?

—Terminando el templo de Luxor, el santuario del ka por excelencia.

—¿No barres hacia dentro, Nebú?

—En otras circunstancias, sin duda habría intentado influenciaros poco o mucho, pero la gravedad de vuestras palabras me ha disuadido de ello. Es en Luxor donde se acumula el poder que Karnak necesita para hacer resplandecer lo divino, es ése el que necesitáis para reinar.

—Tendré en cuenta vuestra opinión, gran sacerdote, pero te ordeno preparar el ritual de fundación de mi templo de millones de años, que será levantado en la orilla de Occidente.

Para calmar la fiebre que se había apoderado de él, Doki bebió varias copas de cerveza fuerte. Sus manos temblaban, un sudor helado corría a lo largo de su espalda. Después de haber sufrido tantas injusticias, ¡por fin la suerte le sonreía!

Él, el segundo profeta de Amón, condenado a envejecer en ese puesto subalterno, ¡era depositario de un secreto de Estado de la mayor importancia! Al confiarse, Ramsés había cometido un error que Doki explotaba, con la esperanza de acceder a la función de gran sacerdote.

El templo de millones de años... ¡Una ocasión inesperada, la solución que le parecía inaccesible! Pero debía calmarse, no actuar con precipitación, no perder un segundo, pronunciar las palabras justas, saber callarse.

Su posición de segundo profeta le permitía sustraer los productos que le servirían de moneda de cambio, suprimiendo algunas líneas en los inventarios. Como supervisor de los escribas controladores, no corría ningún riesgo.

¿No se ilusionaba, poseía verdaderamente la capacidad de llevar semejante proyecto a buen fin? Ni el gran sacerdote ni el rey eran niños crédulos. Al menor paso en falso, sería desenmascarado. Pero semejante posibilidad no se volvería a presentar. Un faraón no construía más que un único templo de millones de años.

Situado a media hora de camino de Karnak, Luxor estaba unido al inmenso templo de Amón por una avenida bordeada de esfinges protectoras. Utilizando los archivos de la Casa de Vida, que contenían los secretos del cielo y de la

tierra, y leyendo los libros de Thot, Bakhen había trazado un plan que permitiría ampliar Luxor conforme a la voluntad expresada por Ramsés desde el primer año de su reinado. Gracias al apoyo de Nebú, los trabajos habían avanzado de prisa. Añadido al santuario Amenhotep, un gran patio de cincuenta y dos metros de ancho por cuarenta y ocho de largo albergaría unas estatuas de Ramsés. Ante el elegante pilón, de sesenta y cinco metros de ancho, seis colosos que representaban al faraón custodiarían el acceso al templo del *ka,* mientras dos obeliscos, de veinticinco metros de alto, se alzarían hacia el cielo para disipar las fuerzas nocivas.

La hermosa piedra de arenisca, de una belleza inigualable, los muros cubiertos de electro, el suelo de plata harían de Luxor la obra maestra del reinado de Ramsés. Los mástiles para oriflamas, afirmando la presencia de lo divino, tocarían las estrellas.

Pero el espectáculo al que Bakhen asistía desde hacía al menos una hora lo sumía en la desesperación. Procedente de las canteras de Asuán, una barcaza de setenta metros de largo, que transportaba el primero de los dos obeliscos, giraba sobre sí misma en medio del Nilo, atrapada por un remolino que no señalaba ninguna carta de navegación. En la parte delantera del pesado navío de sicomoro, el marinero, que sondeaba sin cesar el río con una larga pértiga para evitar la varada en un banco arena, había visto demasiado tarde el peligro. Aterrorizado, el hombre de la caña había hecho una falsa maniobra; en el mismo instante en que éste caía al agua, uno de los dos timones se rompía. El otro, bloqueado, había quedado inservible.

Los movimientos desordenados de la barcaza habían desequilibrado el cargamento. Al correrse, el obelisco, monolito de doscientas toneladas, había roto varias cuerdas que aseguraban su estabilidad. Otras amenazaban con ceder. Pronto, el gigantesco bloque de granito rosa caería al río.

Bakhen apretó los puños y lloró.

Este naufragio era un espantoso fracaso del que no se repondría. Con toda justicia sería considerado el responsable de la pérdida de un obelisco y de la muerte de varios hombres. ¿No había sido él, demasiado apresurado, quien había ordenado la salida de la barcaza sin esperar la crecida? Inconsciente de los peligros que hacía correr a la tripulación, Bakhen se había creído superior a las leyes de la naturaleza.

El cuarto profeta de Amón habría dado con gusto su vida para impedir este desastre. Pero el barco cabeceaba cada vez más, y unos siniestros crujidos probaban que el casco no tardaría en romperse. El obelisco era un perfecto acierto. Sólo faltaba el dorado del piramidión, que habría resplandecido bajo los rayos del sol. Un obelisco condenado a desaparecer en el fondo del Nilo.

En la orilla, un hombre gesticulaba. Un gigante bigotudo con casco y armado, cuyas protestas se perdían en el viento violento.

Bakhen se dio cuenta de que se dirigía a un nadador, al que le suplicaba que regresara. Pero éste avanzaba de prisa en dirección al barco a la deriva. Corriendo el riesgo de ahogarse o perecer golpeado por un remo, logró alcanzar la proa de la barcaza y trepar a lo largo del casco ayudándose con un cabo.

El hombre empuñó el timón bloqueado que dos manos intentaban en vano poner de nuevo en marcha. Con una fuerza increíble, apoyándose en sus talones, los músculos de sus brazos y de su pecho al borde del estallido, logró hacer que se moviera la pesada pieza de madera.

El barco dejó de dar vueltas sobre sí mismo y se inmovilizó unos instantes, paralelo a la orilla. Aprovechando un viento favorable, el hombre de la caña logró salir del remolino, ayudado en seguida por unos remeros que habían recuperado la confianza.

Cuando la barcaza atracó, decenas de picapedreros y de peones se ocuparon de descargar el obelisco.

Cuando su salvador apareció en lo alto de la pasarela, Bakhen lo reconoció. Ramsés, el rey de Egipto, había arriesgado su vida para salvar la aguja de piedra que traspasaría el cielo.

Chenar comía seis veces al día y engordaba a ojos vistas. Esto le ocurría cuando perdía la esperanza de conquistar el poder y tomar por fin su revancha sobre Ramsés. La bulimia lo tranquilizaba, le permitía olvidar el nacimiento de una nueva capital y la insolente popularidad del rey. Ya ni siquiera Acha lograba confortarlo. Era cierto que empleaba argumentos convincentes: el poder gastaba, el entusiasmo de los primeros meses de reinado se deshilacharía, las dificultades de todo orden se acumularían en el camino de Ramsés... Pero nada concreto corroboraba estas hermosas palabras. Los hititas parecían paralizados, sensibles al eco de los milagros realizados por el joven monarca.

En resumen, todo iba de mal en peor.

Chenar se encarnizaba con un muslo de oca asada cuando su intendente le anunció la visita de Meba, el ex ministro de Asuntos Exteriores, al que le había quitado el puesto y le había hecho creer que Ramsés era el único responsable de aquel cambio.

—No quiero verlo.

—Insiste.

—Despídelo.

—Dice que posee una información importante que os concierne.

El ex ministro no era ni un jactancioso ni un fabulador. Además había construido su carrera basándose en la prudencia.

—Entonces, déjale entrar.

Meba no había cambiado: con el rostro ancho y tranquilizador, el aire pontifical, una voz neutra y sin gran personalidad: un alto funcionario aferrado a su comodidad y a sus costumbres, incapaz de comprender las verdaderas razones de su caída.

—Gracias por recibirme, Chenar.

—Es un placer recibir a un viejo amigo. ¿Tienes hambre o sed?

—Un poco de agua fresca me iría bien.

—¿Has renunciado al vino y a la cerveza?

—Desde que he perdido el puesto, sufro horribles dolores de cabeza.

—Lamento ser el beneficiario involuntario de esa injusticia. El tiempo pasará, Meba, quizá conseguiré obtener un puesto honorífico para ti.

—Ramsés no es un rey que se vuelva atrás. En tan pocos meses, su éxito es fulgurante.

Chenar clavó los dientes en un ala de oca.

—Me resigné —confesó el viejo diplomático—, hasta el momento en que vuestra hermana, Dolente, me presentó a un extraño personaje.

—¿Su nombre?

—Ofir, es libio.

—Jamás he oído hablar de él.

—Se oculta.

—¿Por qué razón?

—Porque protege a una joven, Lita.

—¿Qué sórdida historia me cuentas?

—Según Ofir, Lita es descendiente de Akenatón.

—¡Pero todos sus descendientes están muertos!

—¿Y si fuera cierto?

—Ramsés la desterrará de inmediato.

—Vuestra hermana ha tomado partido por ella y por los seguidores de Atón, el dios único, que excluirá a los demás. En el mismo Tebas se ha formado un clan.

—¡Espero que tú no formes parte de él! Esta locura terminará mal. ¿Olvidas que Ramsés pertenece a una dinastía que condena la experiencia intentada por Akenatón?

—Soy consciente de ello y estaba asustado cuando me encontré con ese Ofir. Después de pensarlo mejor deduje que era un hombre que podría ser un aliado precioso contra Ramsés.

—¿Un libio obligado a esconderse?

—Ofir posee una cualidad apreciable: es mago.

—¡Los hay a centenares!

—A pesar de todo éste ha puesto en peligro la vida de Nefertari y de su hija.

—¿Qué intentas decirme?

—Vuestra hermana, Dolente, está convencida de que Ofir es un sabio y que Lita subirá al trono de Egipto. Como cuenta conmigo para reunir a los partidarios de Atón, me aprovecho de sus confidencias. Ofir es un mago temible, decidido a destruir las defensas mágicas de la pareja real.

—¿Estás seguro de ello?

—Cuando lo hayáis visto, os convenceréis. Pero eso no es todo Chenar; ¿habéis pensado en Moisés?

—Moisés... ¿Por qué Moisés?

—Las ideas de Akenatón no están muy alejadas de las de estos hebreos. ¿No se murmura que al amigo del faraón se le ve atormentado por el advenimiento de un dios único y que su fe en nuestra civilización está debilitada?

Chenar examinó a Meba con atención.

—¿Qué propones?

—Que alentéis a Ofir a continuar su acción de mago negro y a encontrarse con Moisés.

—Tu descendiente de Akenatón me disgusta...

—A mí también, ¿pero qué importa? Convenzamos a Ofir de que creemos en Atón y en el reinado de Lita. Cuando el mago haya debilitado a Ramsés y manipulado a Moisés contra el rey, nos desharemos de este dudoso personaje y de su protegida.

—Un plan interesante, mi querido Meba.

—Cuento con vos para mejorarlo.

—¿Qué deseáis a cambio?

—Recuperar mi antiguo puesto. La diplomacia es toda mi vida. Me gusta recibir a los embajadores, presidir cenas mundanas, discutir a medias palabras con dignatarios extranjeros, promover una relación, tender trampas, gozar del protocolo... Nadie puede comprenderlo si no ha entrado en la carrera. Cuando seáis rey, nombradme ministro de Asuntos Exteriores.

—Tus propuestas son totalmente dignas de interés.

Meba estaba encantado.

—Si no os molesta, bebería con ganas un poco de vino. Mi migraña ha desaparecido.

Bakhen, cuarto profeta de Amón, se había prosternado ante Ramsés.

—No tengo ninguna excusa, majestad. Soy el único responsable de este desastre.

—¿Qué desastre?

—El obelisco podría haberse perdido, la tripulación diezmarse.

—Tus pesadillas no tienen ningún sentido, Bakhen. Sólo la realidad cuenta.

—Ésta no borra mi imprudencia.

—¿Por qué la has cometido?

—Deseaba hacer de Luxor la joya de vuestro reinado.

—¿Creías que un único maestro de obras me bastaba? Levántate, Bakhen.

El ex instructor militar de Ramsés no había perdido nada de su robustez. Se parecía más a un atleta que a un sacerdote ascético.

—Has tenido suerte, Bakhen, y yo aprecio a los hombres a los que el destino favorece. ¿La magia de un ser no consiste en desviar los golpes de la suerte?

—Sin vuestra intervención...

—¡Así que eres capaz de provocar que venga el faraón! Bonita hazaña, en verdad, que merece ser grabada en los anales.

Bakhen temía que una terrible sanción sucediera a esas irónicas palabras. Pero la mirada penetrante de Ramsés se desvió y se orientó hacia la barcaza. Las maniobras de descarga se efectuaban sin dificultad.

—Ese obelisco es espléndido. ¿Cuándo estará listo el segundo?

—A finales de septiembre, espero.

—¡Que los grabadores de jeroglíficos se den prisa!

—En las canteras de Asuán hace demasiado calor.

—¿Qué eres, Bakhen, un constructor o un quejumbroso? Ve allá y vigila la finalización del trabajo. ¿Y los colosos?

—Los picapedreros han elegido una arenisca magnífica en las canteras de Gebel Silsileh.

—Que se pongan a la obra también, y sin demoras. Envía a un emisario hoy mismo y luego ve a comprobar que los escultores no pierden ni una hora. ¿Por qué está inacabado todavía el gran patio?

—¡Era imposible ir más de prisa, majestad!

—Te equivocas, Bakhen. Para construir un santuario del *ka,* un lugar de reposo ofrecido al poder que crea el universo permanentemente, no hay que comportarse como un modesto capataz, vacilando sobre los pasos a seguir y tímido con los materiales. Es el fuego del rayo el que debe proteger tu pensamiento en la piedra y hacer nacer el templo. Te has mostrado lento y perezoso: ésa es tu verdadera falta.

Aturdido, Bakhen era incapaz de protestar.

—Cuando Luxor esté terminado, producirá *ka*, una energía que necesito lo más pronto posible. Moviliza a los mejores artesanos.

—Algunos se ocupan de vuestra morada eterna, en el Valle de los Reyes.

—Hazles venir aquí, mi tumba esperará. También te preocuparás de otra urgencia: la creación de mi templo de millones de años, en la orilla oeste. Su presencia preservará al reino de muchas desdichas.

—Queréis...

—Un edificio colosal, un santuario tan poderoso que su magia rechace la adversidad. Mañana le daremos vida.

—Pero si existe Luxor, majestad...

—También existe Pi-Ramsés, toda una ciudad. Llama a los escultores de todas las provincias y conserva sólo a aquellos cuya mano tenga genio.

—¡Majestad, los días no son extensibles!

—Si te falta tiempo, Bakhen, créalo.

47

Doki encontró al escultor en una taberna de Tebas que jamás habían frecuentado ni uno ni otro. Se sentaron en la esquina más oscura, cerca de obreros libaneses que hablaban alto y fuerte.

—He recibido vuestro mensaje y he venido —dijo el escultor—. ¿Por qué tanto misterio?

Tocado con una peluca que le ocultaba las orejas y le caía sobre la frente, Doki estaba irreconocible.

—¿Habéis hablado de mi carta con alguien?

—No.

—¿Ni siquiera con vuestra esposa?

—Soy soltero.

—¿Con vuestra amante?

—Sólo la veo mañana por la noche.

—Dadme esa carta.

El escultor entregó el papiro enrollado a Doki, quien lo rompió en mil pedazos.

—Si no nos entendemos —explicó—, no quedará ninguna huella de nuestro contacto. Jamás os habré escrito y jamás nos habremos encontrado.

El escultor, un hombre cuadrado y fornido, comprendía mal estas sutilezas.

—Ya he trabajado para Karnak y no tuve que lamentarlo, ¡pero jamás me habían convocado en una taberna para mantener conversaciones incoherentes!

—Seamos claros: ¿queréis ser rico?

—¿Quién no lo desearía?

—Vuestra fortuna puede ser adquirida rápidamente, pero será necesario correr riesgos.

—¿Cuáles?

—Antes de revelároslos, tenemos que ponemos de acuerdo.

—¿De acuerdo sobre qué?

—Si os negáis, abandonáis Tebas.

—¿Si no?

—Entonces es mejor dejarlo aquí.

Doki se levantó.

—De acuerdo. Quedaos.

—Vuestra palabra, sobre la vida del faraón y bajo la vigilancia de la diosa del silencio que fulmina al perjuro.

—La tenéis.

Dar la palabra era un acto mágico que comprometía al ser entero. Traicionarla hacía huir el *ka* y privaba al alma de sus cualidades.

—Sólo os pediré que grabéis unos jeroglíficos en una estela —reveló Doki.

—Pero... ¡es mi trabajo! ¿Por qué tanto misterio?

—Lo veréis en el momento debido.

—¿Y...esa fortuna?

—Treinta vacas lecheras, cien corderos, diez bueyes grasos, un barco ligero, veinte pares de sandalias, mobiliario y un caballo.

El escultor se estremeció.

—Todo eso... ¿por una simple estela?

—En efecto.

—Habría que estar loco para negarse. ¡Chocadla!

Los dos hombres se golpearon la mano.

—¿Para cuándo es el trabajo?

—Mañana al alba, en la orilla oeste de Tebas.

Meba había invitado a Chenar a la villa de uno de sus antiguos subordinados, a unos veinte kilómetros al norte de Menfis, en pleno campo. El ex ministro de Asuntos Exteriores y el hermano mayor de Ramsés habían llegado por caminos distintos y con dos horas de intervalo. Chenar había juzgado prudente no advertir a Acha de esta gestión.

—Tu mago se retrasa —reprochó Chenar a Meba.

—Me ha prometido que vendría.

—No tengo la costumbre de esperar. Si no está aquí en menos una hora, me voy.

Ofir hizo su entrada, acompañado de Lita.

El mal humor de Chenar desapareció en ese mismo instante. Fascinado, miró atentamente al inquietante personaje. Delgado, con los pómulos salientes, la nariz prominente, los labios muy delgados, el libio tenía una cabeza de buitre dispuesto a devorar su presa. La joven, con la cabeza gacha, tenía el aspecto de una vencida, desprovista de toda personalidad.

—Es un gran honor para nosotros —declaró Ofir con una voz profunda que hizo estremecer a Chenar—. No nos atrevíamos a esperar semejante favor.

—Mi amigo Meba me ha hablado de vos.

—El dios Atón se regocijará por ello.

—Será mejor que no pronunciéis ese nombre.

—He consagrado mi existencia a hacer reconocer los derechos de Lita al trono. Si el hermano mayor de Ramsés me recibe, ¿no es acaso porque aprueba mi gestión?

—Razonáis con precisión, Ofir, ¿pero no olvidáis el mayor obstáculo: el propio Ramsés?

—Al contrario. El faraón que gobierna Egipto es un ser de una envergadura y de una fuerza excepcionales, por lo tanto un adversario muy rudo cuyas defensas serán difíciles de romper. Sin embargo, dispongo de algunas armas que considero eficaces.

—Ya sabéis que los que practican la magia negra son condenados a pena de muerte.

—Ramsés y sus antepasados han intentado destruir la obra de Akenatón; él y yo mantendremos una lucha sin piedad.

—Todo consejo de moderación será pues inútil.

—En efecto.

—Conozco bien a mi hermano: es un hombre testarudo y violento, que no soportaría ningún golpe a su autoridad. Si encuentra partidarios del dios único en su camino, los aplastará.

—Por eso la única solución consiste en golpearlo por la espalda.

—Proyecto excelente, pero difícil de poner en práctica.

—Mi magia lo corroerá como el ácido.

—¿Qué pensaríais de un aliado en el interior de la fortaleza?

Los ojos del mago se contrajeron, a la manera de un gato; sólo quedó una rendija, que volvió su mirada insostenible.

Chenar estaba contento consigo mismo, había golpeado con precisión.

—¿Su nombre?

—Moisés. Un amigo de infancia de Ramsés, un hebreo a quien ha confiado la supervisión de las obras de Pi-Ramsés. Convencedlo de que os ayude, y nos convertiremos en aliados.

El general que mandaba el fuerte de Elefantina pasaba unos a felices. Desde la incursión llevada a cabo por Seti en persona, las provincias nubias, puestas bajo tutela egipcia, vivían en paz y enviaban regularmente sus productos.

La frontera meridional del doble país estaba bien guardada; después de muchos decenios, ninguna tribu nubia habría pensado en atacarla, ni siquiera cuestionarla. Nubia era para siempre territorio egipcio; los hijos de los jefes de tribu eran educados en Egipto antes de regresar a su casa y propagar allí la cultura faraónica, bajo el control del virrey de Nubia, un alto funcionario nombrado por el rey. Aunque a los egipcios les horrorizara permanecer mucho tiempo en el extranjero, aquel puesto era codiciado, pues su titular se beneficiaba de apreciables privilegios.

Pero el general no lo envidiaba, pues el clima y la quietud de Elefantina, de donde era originario, no valían nada. La guarnición se entrenaba desde el alba, antes de ponerse a disposición de los canteros para asegurar la carga de los

bloques de granito en las barcazas que partían hacia el norte. ¡Qué lejos estaba el tiempo de las expediciones guerreras, y qué bueno era que estuviera lejos!

Desde su nombramiento, el general se había transformado en aduanero. Sus hombres comprobaban los productos procedentes del Gran Sur y les aplicaban las tasas, en función del baremo impuesto por la Doble Casa Blanca —El Ministerio de Economía y Finanzas—. Una acumulación de papeleo y de documentos administrativos atestaban el cuartel general, pero el oficial superior prefería luchar con ellos más que con los temibles guerreros nubios.

En pocos minutos subiría a un barco rápido que lo llevaría a examinar las fortificaciones desde el Nilo. Como cada día, disfrutaría de la dulzura de la brisa y se llenaría los ojos con la belleza de las orillas y de los acantilados. ¿Y cómo no pensar en la sabrosa cena que compartiría luego con una joven viuda que salía poco a poco de su desdicha?

Un inhabitual ruido de pasos hizo que se sobresaltara.

Su ordenanza se presentó ante él, sofocado.

—Mensaje urgente, mi general.

—¿De dónde procede?

—De una patrulla de vigilancia, en el desierto de Nubia.

—¿Las minas de oro?

—Sí, mi general.

—¿Qué ha dicho el mensajero?

—Que el asunto era muy serio.

Dicho de otro modo, el general no podía guardar el papiro enrollado en un armario y olvidarlo allí durante unos días. Rompió el sello, desenrolló el documento y lo examinó estupefacto.

—Es... ¡es falso!

—No, mi general. El mensajero está a vuestra disposición.

—No puede ser cierto... ¡Según este informe, unos nubios sublevados habrían atacado el convoy militar que llevaba el oro a Egipto!

48

La luna nueva acababa de nacer.

Ramsés iba con el torso desnudo y llevaba una peluca y un taparrabo arcaico, semejantes a los de los faraones del Antiguo imperio. La reina vestía una larga túnica blanca ajustada. En lugar de corona, llevaba la estrella de siete brazos de la diosa Sechat a la que encarnaba, durante los ritos de la fundación del Ramesseum, el templo de millones de años. Ramsés recordaba su estancia entre los picapedreros, en las canteras de Gebel Silsileh, donde había manejado el mazo y el cincel. Entonces pensó en convertirse en miembro de esa corporación antes de que su padre lo arrancara de ese sueño.

La pareja real estaba asistida por unos treinta ritualistas venidos del templo de Karnak; a su cabeza, el gran sacerdote Nebú, el segundo profeta, Doki, y el cuarto, Bakhen. A partir del día siguiente, pondría a trabajar a dos arquitectos y sus equipos. Ramsés había fijado que el templo de millones de años tendría una extensión de cinco hectáreas. Además del santuario mismo, incluiría un palacio y numerosas dependencias, entre ellas una biblioteca, almacenes y un jardín. Esta ciudad sagrada, económicamente autónoma, estaría dedicada al culto del poder sobrenatural presente en el ser del faraón.

Aturdido por la amplitud del proyecto, Bakhen se negaba a pensar en las dificultades y se concentraba en los gestos realizados por la pareja real. Tras haber fijado los ángulos simbólicos del futuro edificio, el rey y la reina, manejando un largo mazo, habían hundido las estacas que señalaban los cimientos tendido el cordel, evocando la memoria de Imhotep, creador, de la primera pirámide y modelo de arquitectos.

Luego el faraón había cavado la zanja de un cimiento con ayuda de una azada y había colocado en la cavidad pequeños lingotes de oro y plata, herramientas en miniatura y amuletos, cubiertos luego con arena y velados a las miradas.

Con mano firme, Ramsés había puesto en su lugar la primera piedra angular con una palanca y moldeado personalmente un ladrillo; de su acto creador surgirían los suelos, los muros y los techos del templo. Llegó el momento de la purificación: Ramsés dio la vuelta al espacio sagrado echando granos de incienso, cuyo nombre jeroglífico, *sonter,* significaba: «aquel que diviniza».

Bakhen levantó una puerta de madera, maqueta de la futura puerta monumental del edificio. Al consagrarla, el rey abrió la boca del templo de millones de años y lo condujo a la vida. En adelante, el Verbo estaba en él. Ramsés golpeó doce veces esta puerta con la porra blanca, «la iluminadora», llamando la presencia de las divinidades. Sujetando una lámpara encendida, iluminó el santuario en el que residiría el invisible.

Finalmente pronunció la antigua fórmula, afirmando que no había construido ese monumento para sí mismo y que lo ofrecía a su verdadero amo, la Regla, origen y fin de todos los templos de Egipto.

Bakhen tuvo la sensación de vivir un verdadero milagro. Lo que se realizaba allí, ante los ojos de algunos privilegiados, superaba el entendimiento humano. Sobre ese suelo aún vacío, que ya pertenecía a los dioses, el poder del *ka* empezaba a desplegarse.

—La estela de fundación está preparada —declaró Doki.

—Que se implante —ordenó el rey.

El escultor pagado por Doki trajo una pequeña piedra cubierta de jeroglíficos. El texto sacralizaba para siempre el territorio del Ramesseum, que no regresaría al mundo profano; la magia de los signos transformaba la tierra en cielo.

Setaú se adelantó, con un papiro en blanco y un cubilete lleno de tinta fresca en la mano. Doki se sobresaltó; la intervención de aquel tosco personaje no estaba prevista.

Setaú escribió un texto sobre el papiro, en líneas horizontales y de derecha a izquierda, luego lo leyó en voz alta.

—«Que sea sellada cada boca viva que hablara contra el faraón pronunciando malas palabras o que tuviera la intención de pronunciarlas contra él, de noche como de día. Que este templo de millones de años sea el recinto mágico que proteja al ser real y rechace el mal.»

Doki sudaba la gota gorda. Nadie le había prevenido de esta intervención mágica que, por suerte, no podía cambiar en nada el desarrollo de su plan.

Setaú presentó el papiro enrollado a Ramsés. El rey colocó su sello y lo dejó al pie de la estela donde sería enterrado. Al fijarse en los jeroglíficos, el rey los hizo existir.

De pronto, se dio la vuelta.

—¿Quién ha grabado estos jeroglíficos?

En la pregunta del monarca era perceptible la cólera.

El escultor se adelantó.

—Yo, majestad.

—¿Quién te ha dado el texto para inscribir en la piedra?

—El gran sacerdote de Amón en persona, majestad.

El escultor se prosternó, a un tiempo por respeto y para evitar la mirada furiosa de Ramsés. La inscripción tradicional relativa a la fundación de un templo de millones de años había sido modificada y desnaturalizada, aniquilando su función protectora.

Así pues, el viejo Nebú, aliado de las fuerzas de las tinieblas y vendido a los enemigos del faraón, había traicionado a Ramsés. El rey tuvo ganas de romperle la cabeza con el mazo de fundación, pero una extraña energía, que subía del suelo sacralizado, esparció un calor benéfico en su árbol de vida, la columna vertebral. En su corazón se abrió una puerta que modificó su visión. No, no era la violencia lo que había que emplear. Y el gesto muy discreto que Nebú acababa de realizar le confirmó esa opinión.

—Levántate, escultor.

El hombre obedeció.

—Ve hacia el gran sacerdote y tráemelo.

Doki triunfaba. Su plan se desarrollaba a la perfección, las protestas del viejo serían enmarañadas e inútiles. El castigo del rey sería terrible y el puesto de gran sacerdote quedaría vacante. Esta vez, el rey llamaría a un hombre experimentado y familiarizado con la jerarquía, a él, a Doki.

El escultor se había aprendido bien la lección. Se detuvo ante un viejo que tenía un bastón dorado en la mano derecha y llevaba un anillo de oro en el dedo medio, los dos símbolos atribuidos al gran sacerdote de Amón.

—¿Es éste el hombre que te ha dado el texto para grabar en la estela? —preguntó Ramsés.

—Es él.

—Pues eres un mentiroso.

—¡No, majestad! Os juro que fue el gran sacerdote de Amón en persona quien...

—Jamás lo has visto, escultor.

Nebú recuperó el bastón y el anillo que había confiado a un ritualista de edad, en el momento en que el escultor, que le daba la espalda, pronunciaba la acusación contra él.

Perturbado, el artesano titubeó.

—Doki... ¿Dónde estás, Doki? Tienes que ayudarme, ¡yo no soy responsable! ¡Eres tú quien me ha ordenado decir que el gran sacerdote de Amón quería destruir la magia del templo!

Doki huía.

Loco de rabia, el escultor lo alcanzó y se encarnizó sobre él a puñetazos.

Doki había sucumbido a sus heridas. El escultor, acusado de crimen de sangre, de degradación de jeroglíficos, de corrupción y de mentira, comparecería ante el tribunal del visir y sería condenado ya fuera a la pena de muerte en forma de suicidio, ya fuera a trabajos forzados en una prisión de los oasis.

Al día siguiente del drama, a la puesta del sol, Ramsés implantó personalmente la estela fundacional del Ramesseum, debidamente rectificada.

El Ramesseum había nacido.

—¿Sospechabas que Doki quería perjudicarte? —preguntó Ramsés a Nebú.

—La naturaleza humana está hecha así —respondió el gran sacerdote—. Raros son los seres que se contentan con seguir su propia vía sin tener celos de los demás. Como escriben los sabios con justedad, la envidia es una enfermedad mortal que ningún médico sabría combatir.

—Es necesario reemplazar a Doki.

—¿Pensáis en Bakhen, majestad?

—Por supuesto.

—No me opondré a vuestra decisión, pero me parece prematura. Habéis encargado a Bakhen que vigile los trabajos de Luxor y de vuestro templo de millones de años, y habéis acertado. Este hombre merece vuestra confianza. Pero no lo aplastéis bajo una carga demasiado pesada y no dejéis que su espíritu se disperse en tareas tan diversas. Cuando llegue el momento, superará otros grados de la jerarquía.

—¿Qué propones?

—En el puesto de Doki, nombrad a un viejo, como yo, preocupado por la meditación y los ritos. Así, el templo de Amón de Karnak no os causará ninguna preocupación.

—Lo elegirás tú mismo. ¿Has consultado el plan del Ramesseum?

—Mi existencia fue una larga serie de días felices y apacibles, pero siento un gran pesar: no vivir lo suficiente para ver terminado vuestro templo de millones de años.

—¿Quién sabe, Nebú?

—Mis huesos están doloridos, majestad, mi vista disminuye, mis oídos se vuelven sordos y duermo cada vez más. El fin se acerca, lo noto.

—¿No dicen que los sabios viven cien años?

—Sólo soy un viejo satisfecho de todo. ¿Por qué le reprocharía a la muerte el recuperar la suerte de la que me he beneficiado para ofrecérsela a otros?

—Tu intuición me parece todavía excelente. ¿Si no hubieras dado tu bastón y tu anillo al ritualista, qué habría ocurrido?

—Lo pasado pasado está, majestad; la Regla de Maat nos ha protegido.

Ramsés contempló la amplia extensión donde se levantaría su templo de millones de años.

—Veo un edificio grandioso, Nebú, un santuario de granito, arenisca y basalto. Sus pilones subirán hasta el cielo, sus puertas serán de bronce dorado, unos árboles sombrearán los estanques de agua pura, los graneros estarán llenos de trigo, el tesoro albergará oro, plata, piedras preciosas y jarrones raros. Estatuas vivas habitarán los patios y las capillas. Un cerco protegerá estas maravillas. Al alba y al ocaso, subiremos juntos a la terraza y veneraremos la eternidad inscrita en la piedra. Tres seres vivirán para siempre en ese templo: mi padre, Seti, mi madre, Tuya y mi esposa, Nefertari.

—Olvidáis al cuarto, que también es el primero: vos mismo, Ramsés.

La gran esposa real se acercó al rey con un brote de acacia en la mano.

Ramsés se arrodilló y lo plantó en el suelo; Nefertari lo regó delicadamente.

—Vela por este árbol, Nebú; crecerá con mi templo. Quieran los dioses que algún día pueda descansar bajo su sombra benéfica, olvidar el mundo y a los hombres, y ver a la diosa de Occidente, que se manifestará en su follaje y en su tronco, antes de tomarme la mano.

49

Moisés se tendió en su cama de sicomoro.

La jornada había sido agotadora. Unos cincuenta incidentes menores, dos heridos leves en la obra del palacio, un retraso en la entrega de las raciones del tercer cuartel, un millar de ladrillos imperfectos que había que destruir... Nada sorprendente, pero una acumulación de preocupaciones que, poco a poco, minaban su resistencia.

Sordas preguntas invadían de nuevo su mente. Construir esta capital le hacía feliz; pero hacer nacer varios templos en honor de las divinidades, entre ellos Set el maléfico, ¿no era una ofensa al dios único? Como supervisor de las obras de Pi-Ramsés, Moisés contribuía a labrar la gloria de un faraón que perpetuaba los antiguos cultos.

En un ángulo de la habitación, junto a la ventana, alguien se había movido.

—¿Quién está ahí?

—Un amigo.

Un hombre delgado, con rostro de ave rapaz, salió de la penumbra y avanzó en la luz vacilante que dispensaba una lámpara de aceite.

—¡Ofir!

—Me gustaría hablar contigo.

Moisés se sentó en su cama.

—Estoy cansado y tengo ganas de dormir. Nos veremos mañana, en la obra, si es que me da tiempo.

—Estoy en peligro, amigo mío.

—¿Por qué razón?

—¡Lo sabes bien! Porque creo en el dios único, salvador de la humanidad. El dios que tu pueblo venera en secreto y que reinará mañana en el mundo tras haber destruido los ídolos. Y su conquista debe empezar por Egipto.

—¿Olvidas que Ramsés es el faraón?

—Ramsés es un tirano. Se burla de lo divino y sólo se preocupa de su propio poder.

—Será mejor que lo respetes. Ramsés es mi amigo, y construyo su capital.

—Aprecio la nobleza de tus sentimientos y tu fidelidad respecto a él. Pero eres un hombre desgarrado, Moisés, y eres consciente de ello. En tu corazón, rechazas este reinado y esperas el del verdadero dios.

—Divagas, Ofir.

La mirada del libio se hizo insistente.

—Sé sincero, Moisés, deja de engañarte.

—¿Me conoces mejor que yo mismo?

—¿Por qué no? Rechazamos los mismos errores y compartimos el mismo ideal. Aliando nuestras fuerzas, transformaremos este país y el futuro de sus habitantes. Lo quieras o no, Moisés, te has convertido en el jefe de los hebreos. Bajo tu gobierno, sus rivalidades han muerto. Sin que te dieras cuenta, se ha formado un pueblo.

—Los hebreos están sometidos a la autoridad del faraón, no a la mía.

—¡Me niego a esa dictadura! Tú también la rechazas.

—Te equivocas: a cada uno le corresponde su función.

—La tuya consiste en guiar a tu pueblo hacia la verdad, la mía en instaurar el culto del dios único, colocando en el trono de Egipto a Lita, la legítima heredera de Akenatón.

—Deja de delirar, Ofir; predicar la sublevación contra el faraón sólo terminará en desastre.

—¿Conoces otro medio de establecer el reinado del dios único? Cuando se posee la verdad, hay que saber luchar para imponerla.

—Lita y tú... ¡Dos iluminados! Es ridículo.

—¿En verdad crees que estamos solos?

El hebreo se sintió intrigado.

—Es evidente...

—Desde nuestro primer encuentro —afirmó Ofir—, la situación ha evolucionado. Los partidarios del dios único son más numerosos y más determinados de lo que te imaginas. El poder de Ramsés no es más que una ilusión, en la cual él mismo quedará atrapado. Buena parte de la élite de este país nos seguirá cuando tú, Moisés, hayas abierto el camino.

—Yo... ¿Por qué yo?

—Porque tienes la capacidad de guiarnos y de ponerte a la cabeza de los adeptos de la verdadera fe. Lita debe permanecer en la sombra, hasta su advenimiento, y yo sólo soy un hombre de oración, sin influencia sobre la mayoría. Cuando ella se exprese, tu voz será oída y escuchada.

—¿Quién eres realmente, Ofir?

—Un simple creyente que, como Akenatón, está convencido de que el dios único reinará sobre todas las naciones, después de haberle bajado la testuz al vanidoso Egipto.

Moisés debió haber despedido a aquel demente desde hacía rato, pero su discurso le fascinaba. Ofir formulaba ideas enterradas en el pensamiento del hebreo, ideas tan subversivas que se había negado a darles consistencia.

—Tu proyecto es insensato, Ofir; no tienes ninguna posibilidad de éxito.

—El tiempo corre a nuestro favor, Moisés, y a su paso lo arrastrará todo. Ponte a la cabeza de los hebreos, dales un país, que puedan prosternarse ante el dios único y reconocer su omnipotencia. Lita gobernará Egipto, seremos aliados, y esta alianza será el hogar de donde surgirá la verdad para todos los pueblos.

—No es más que un sueño.

—Ni tú ni yo somos soñadores.

—Te repito que Ramsés es mi amigo y no toleraré ninguna agitación.

—No, Moisés, no es tu amigo, sino tu más feroz adversario. Aquel que quiere ahogar la verdad.

—Sal de mi casa, Ofir.

—Medita mis palabras y prepárate para actuar. Nos volveremos a ver sin tardanza.

—No cuentes con ello.

—Hasta pronto, Moisés.

El hebreo pasó la noche en blanco.

Cada una de las palabras de Ofir cruzaba su memoria como una ola, arrastrando sus objeciones y sus miedos. Aunque Moisés no quería reconocerlo todavía, aquél era el encuentro que esperaba.

El león y el perro, acostados uno al lado del otro, terminaban de masticar unas carcasas de ave. Sentados y abrazados a la sombra de una palmera, Ramsés y Nefertari admiraban el campo tebano. No sin dificultad, el rey había convencido a Serramanna de que le concediera la escapada. ¿*Matador* y *Vigilante* no eran los mejores guardaespaldas?

De Menfis llegaban excelentes noticias. La pequeña Meritamón apreciaba mucho la leche de su nodriza y había recibido la primera visita de su hermano Kha, del que el ministro de Agricultura, Nedjem, se ocupaba con la lúcida atención de un preceptor. Iset la Bella se había regocijado por el nacimiento de la hija de la pareja real y había pensado afectuosamente en Nefertari.

El sol del final de la tarde, suave y acariciante, doraba la piel sedosa de Nefertari. Una melodía de flauta se elevó en el aire ligero, unos vaqueros canturreaban al guardar sus rebaños y unos asnos excesivamente cargados trotaban hacia las granjas. En occidente, el sol tomaba un tinte naranja mientras la montaña tebana se volvía rosa.

A la aspereza de un día de verano sucedió la ternura de la noche. ¡Qué hermoso era Egipto, adornado con sus oros y sus verdes, con la plata del Nilo y los fuegos del poniente! ¡Qué hermosa era Nefertari, apenas vestida con una fina túnica de lino transparente! De su cuerpo flexible y abandonado emanaba un perfume embriagador; en su rostro grave y apacible se inscribía la nobleza de un alma luminosa.

—¿Soy digno de ti? —preguntó Ramsés.

—Qué extraña pregunta...

—A veces me pareces tan lejos de este mundo y de sus vilezas, de la corte y sus mezquindades, de los deberes temporales de nuestro cargo.

—¿He fallado en mi tarea?

—Al contrario, no cometes el menor error, como si fueras reina de Egipto desde siempre. Te amo y te admiro, Nefertari.

Sus labios se unieron, cálidos y vibrantes.

—Había decidido no casarme y permanecer recluida en un templo —confesó ella—. No experimentaba ni indiferencia ni aversión hacia los hombres, pero me parecían más o menos esclavos de una ambición que terminaba por volverles pequeños y enfermizos. Tú estabas más allá de la ambición, pues el destino había elegido tu camino. Te admiro y te amo, Ramsés.

Uno y otro sabían que su pensamiento era uno y que ningún problema los separarla. Al crear juntos el templo de millones de años habían realizado el primer acto mágico de la pareja real, fuente de una aventura en la que sólo la muerte pondría un aparente final.

—No olvides tus deberes —recordó ella.

—¿Cuáles?

—Engendrar hijos.

—Ya tengo uno.

—Necesitarás varios. Si tu existencia es larga, algunos quizá morirán antes que tú.

—¿Por qué no me sucede nuestra hija?

—Según los astrólogos, será de una naturaleza más bien meditativa, como el pequeño Kha.

—¿No es una buena disposición para reinar?

—Todo depende de las circunstancias y del mundo que nos rodea. Esta noche, nuestro país es la serenidad misma, ¿pero qué será de él mañana?

El galope de un caballo rompió la paz de la noche.

Polvoriento, Serramanna saltó a tierra.

—Lamento importunaros, majestad, pero se trata de una urgencia.

Ramsés recorrió con la vista el papiro que le había entregado el sardo.

—Un informe del general de Elefantina —reveló a Nefertari—. Unos nubios sublevados han atacado un convoy que transportaba oro con destino a nuestros principales templos.

—¿Víctimas?

—Más de veinte, y numerosos heridos.

—¿Se trata de ladrones o del inicio de sedición?

—Lo ignoramos.

Trastornado, Ramsés dio unos pasos. El león y el perro, percibiendo la contrariedad de su amo, fueron a lamerle las manos.

El monarca pronunció las palabras que la gran esposa temía oír.

—Parto ahora mismo, pues corresponde al faraón restablecer el orden. Durante mi ausencia, Nefertari, tú gobernarás Egipto.

50

La flotilla de guerra del faraón comprendía unos veinte barcos en forma de media luna cuyas proas y popas no tocaban el agua. Una vela muy grande estaba fijada por numerosos cabos a un mástil único, de una solidez a toda prueba. En el centro había una amplia cabina reservada a la tripulación y a los soldados; delante, una cabina más pequeña en la que se alojaba el capitán.

En el barco almirante, Ramsés había comprobado personalmente los dos timones, uno a babor, el otro a estribor. Un recinto cubierto fue construido para albergar al león del rey y a su perro, acurrucado entre las patas delanteras de la fiera y dispuesto a aprovecharse de su abundante pitanza cotidiana.

Como en su viaje anterior, las colinas desérticas, los islotes verdes, el cielo completamente despejado y la delgada franja verde que resistía el asalto del desierto fascinaron a Ramsés. Este país de fuego, a la vez violento y más allá de todo conflicto, se parecía a su alma.

Golondrinas, grullas coronadas y flamencos rosas sobrevolaban la flotilla, cuyo paso fue saludado por babuinos reidores encaramados en lo alto de las palmeras. Olvidando la meta de su expedición, los soldados pasaron el tiempo distrayéndose con juegos de azar, bebiendo vino de palma y durmiendo protegidos del sol.

El paso de la segunda catarata y la entrada en el país de Kush les recordaron que no habían sido invitados a un viaje de recreo. Los barcos atracaron en una orilla desolada y los hombres desembarcaron en silencio. Levantaron las tiendas, se dispusieron empalizadas de protección alrededor del campo y esperaron órdenes del faraón.

Unas horas más tarde, el virrey de Nubia y su escolta se presentaron ante el monarca, sentado en una silla de tijera de madera de cedro dorada.

—Explícate —exigió Ramsés.

—Tenemos la situación bien controlada, majestad.

—Te he pedido explicaciones.

El virrey de Nubia había engordado mucho. Con un paño blanco, se secó la frente.

—Ha sido un incidente deplorable, cierto, pero no hay que darle más importancia de la que realmente tiene.

—¿Un convoy de oro robado, soldados y mineros muertos justifican la presencia del faraón y de un cuerpo expedicionario?

—El mensaje que os fue enviado era quizá demasiado alarmista, pero ¿cómo no iba a regocijarme la llegada de vuestra majestad?

—Mi padre pacificó Nubia y te confió el cuidado de preservar la paz. ¿No se ha roto ésta debido a tu negligencia y a tu lentitud en intervenir?

—¡La fatalidad, majestad, sólo ha sido la fatalidad!

—Eres virrey de Nubia, portaestandarte a la derecha del rey, superintendente del desierto del sur, jefe de carros y te atreves a hablar de fatalidad... ¿De quién te burlas?

—Mi conducta fue irreprochable, ¡os lo aseguro! Pero mi trabajo es agobiante: controlar a los alcaldes de los pueblos, verificar el llenado de los graneros, indicar...

—¿Y el oro?

—¡Controlo su producción y su envío con el mayor celo, majestad!

—¿Olvidando proteger un convoy?

—¿Cómo podía prever la incursión de un pequeño grupo de insensatos?

—¿No es precisamente ése uno de tus deberes?

—La fatalidad, majestad...

—Llévame al lugar en el que sucedió el drama.

—Está en la ruta de las minas de oro, en un lugar aislado y árido. Desgraciadamente, no os aportará nada.

—¿Quiénes son los culpables?

—Una tribu miserable cuyos miembros se han embriagado para realizar la triste hazaña.

—¿Los has hecho buscar?

—Nubia es grande, majestad, mis efectivos son reducidos.

—Así pues, no se ha hecho ninguna investigación seria.

—Sólo vuestra majestad puede decidir una intervención militar.

—Ya no te necesito.

—¿Debo acompañar a vuestra majestad en la persecución de esos criminales?

—La verdad, virrey, ¿está dispuesta Nubia a rebelarse para apoyarlos?

—Pues bien... es poco probable, pero...

—¿La insurrección ya ha empezado?

—No, majestad, pero las filas de esos bandidos parecen haber aumentado. Por eso vuestra presencia y vuestra intervención nos parecieron imprescindibles.

—Bebe —dijo Setaú a Ramsés.

—¿Es indispensable?

—No, pero prefiero ser prudente. Serramanna no te protegerá de las serpientes.

El rey aceptó beber el brebaje peligroso a base de plantas urticantes y sangre de cobra diluida que Setaú preparaba para Ramsés, a intervalos regulares. Inmunizado de este modo, el soberano podría aventurarse sin peligro por la pista del oro.

—Gracias por ofrecerme este viaje. Loto está igualmente encantada de volver a ver su país. ¡Y cuántos hermosos reptiles en perspectiva!

—No será un paseo de recreo, Setaú. Sin duda nos toparemos con un gran adversario.

—¿Y si dejaras a esos pobres bribones dormir sobre su oro?

—Han robado y matado. Nadie debe quedar impune si ha traicionado la ley de Maat.

—¿Nada te hará cambiar de opinión?

—Nada.

—¿Has pensado en tu seguridad?

—El asunto es demasiado grave para confiarlo a un subalterno.

—Recomienda a tus hombres la mayor prudencia; en esta estación, los reptiles son particularmente venenosos. Que se unten con *assa faetida,* la gomorresina de la férula de Persia. Su espantoso olor hace huir a cierto número de reptiles. Si algún soldado es mordido, avísame. Voy a dormir en una carreta, al lado de Loto.

El cuerpo expedicionario avanzó por una pista pedregosa. Al frente iban un explorador, Serramanna y el rey, subidos en robustos caballos; luego bueyes tirando las carretas, asnos cargados de armas y cantimploras de agua, y los soldados de infantería.

El explorador nubio estaba convencido de que los agresores no se habían alejado mucho del lugar en el que habían atacado el convoy. En efecto, a unos kilómetros, un oasis les permitía disimular provisionalmente su botín antes de negociarlo.

Según el mapa que poseía, el rey podía avanzar sin temor hasta el corazón de una región desértica, pues se habían excavado pozos a lo largo del camino. Desde hacía varios años, ningún minero había pasado sed, según los informes de la administración de Nubia.

El descubrimiento de un cadáver de asno sorprendió al explorador. Habitualmente, los buscadores de oro sólo empleaban animales sanos, capaces de soportar un gran esfuerzo.

En las proximidades del primer pozo, volvió la tranquilidad. Beber hasta no tener sed, rellenar las cantimploras, dormir a la sombra de telas tendidas entre cuatro estacas... Desde los oficiales a los simples soldados, el sueño era el mismo. Como la noche caería en menos de tres horas, seguramente el rey haría un alto.

El explorador fue el primero en llegar al pozo. A pesar del calor, lo que descubrió le heló la sangre. Corrió hacia Ramsés.

—Majestad... ¡Está seco!

—Quizá ha descendido el nivel del agua. Baja al fondo.

Ayudándose con una cuerda que sujetaba Serramanna, el explorador obedeció. Cuando volvió a subir, su rostro había envejecido varios años.

—Seco, majestad.

El cuerpo expedicionario no tenía suficiente agua para regresar; tal vez sólo los más resistentes sobrevivirían. Así pues era necesario seguir adelante,

con la esperanza de alcanzar el siguiente pozo. Pero, dado que los informes de la administración nubia eran inexactos, ¿ése no estaría también seco?

—Podemos salir de la pista principal y desviamos hacia la derecha, en dirección al oasis de los rebeldes —propuso el explorador—. Entre aquí y el oasis hay un pozo que necesitan durante sus incursiones.

—Descanso hasta la caída del día —ordenó Ramsés—. Luego seguiremos.

—¡Caminar de noche es peligroso, majestad! Las serpientes, una posible emboscada...

—No tenemos elección.

¡Qué extrañas circunstancias! Ramsés pensó en su primera expedición nubia, al lado de su padre, durante la cual los soldados habían sufrido un percance idéntico, tras el envenenamiento de los pozos por una tribu insurgente. En su fuero interno, el rey admitió que había subestimado el peligro. Una simple operación para restablecer el orden podía transformarse en un desastre.

Ramsés se dirigió a sus hombres y les dijo la verdad. La moral quedó afectada, pero los más experimentados no perdieron la esperanza y tranquilizaron a sus compañeros. ¿No estaban bajo las órdenes de un faraón que hacía milagros?

La infantería, a pesar de los riesgos, apreció la caminata nocturna. Una retaguardia muy alerta evitaría un ataque sorpresa. Adelante, el explorador avanzaba con prudencia; gracias a la luna llena, la mirada llegaba lejos.

Ramsés pensó en Nefertari. Si no regresaba, llevaría sobre sus hombros el peso de Egipto. Kha y Meritamón eran demasiado jóvenes para reinar, así que muchas de las ambiciones que habían sido abortadas resurgirían con mucha más saña.

De pronto, el caballo de Serramanna se encabritó. Sorprendido, el sardo se desconcertó y cayó al suelo pedregoso. Medio molido, incapaz de reaccionar, rodó a lo largo de una pendiente arenosa y se inmovilizó en el fondo de un agujero, invisible desde la pista.

Un curioso ruido, semejante a una respiración forzada, lo alertó.

A dos pasos de él, una víbora emitía un silbido ronco, provocado por una brutal expulsión del aire contenido en sus pulmones. Cuando la molestaban, se volvía combativa y atacaba.

Serramanna había perdido su espada al caer. Sin arma, no le quedaba más remedio que batirse en retirada, evitando todo movimiento brusco. Pero la víbora silbante, desplazándose lateralmente, se lo impidió.

Con el tobillo derecho dolorido, el sardo no logró ponerse de pie. Incapaz de correr, se convertía en una presa fácil.

—¡Maldito bicho! ¡Me privas de una hermosa muerte en combate!

La víbora silbante se acercó. Serramanna le echó arena a la cabeza, pero lo único que consiguió fue aumentar su furor. En el instante en que se lanzaba, con un movimiento rápido, para franquear la corta distancia que la separaba de su enemigo, un bastón horquillado la clavó en el suelo.

—¡Buen golpe! —se felicitó Setaú—. Sólo tenía una posibilidad sobre diez de lograrlo.

Cogió la serpiente por el cuello; la cola se agitaba furiosamente.

—Qué encantadora es, esta silbante, con sus tres colores, azul pálido, azul oscuro y verde. Una señorita muy elegante, ¿no encuentras? Afortunadamente para ti, su silbido se oye de lejos y es fácil de identificar.

—Supongo que debería darte las gracias.

—Su mordedura sólo provoca un edema local que se extiende al miembro herido y desencadena una hemorragia, pues aunque su veneno no es abundante, sí resulta muy tóxico. Con un corazón fuerte, se puede sobrevivir. Honestamente, la silbante no es tan temible como parece.

51

Setaú había curado la torcedura de Serramanna con unas hierbas y había vendado el tobillo con lino cubierto de un bálsamo descongestionante. En unas horas, no tendría nada. Suspicaz, el sardo se preguntaba si el encantador de serpientes no había organizado personalmente aquel atentado con la víbora para aparecer como un salvador y convencerlo de que era un verdadero amigo de Ramsés, desprovisto de toda intención de perjudicarlo. Sin embargo, el comportamiento distante de Setaú, que no sacaba ventaja de su intervención, abogaba en su favor.

Al alba, descansaron hasta media tarde. Luego se reanudó el avance. Aún había bastante agua para los hombres y los animales, pero pronto habría que racionarla. A pesar de la fatiga y la angustia, Ramsés hizo apretar el paso e insistió en la indispensable vigilancia de la retaguardia. Los insurgentes no atacarían de frente e intentarían debilitar a sus adversarios tomándolos por sorpresa.

En las filas ya no se bromeaba, ya no se evocaba el regreso al valle, ya no se hablaba.

—Ahí está —anunció el explorador tendiendo el brazo.

Algunos hierbajos, un círculo de piedras secas, un armazón de madera para soportar el peso de un gran odre atado a una cuerda gastada.

El pozo. La única esperanza de sobrevivir.

El explorador y Serramanna se precipitaron hacia el agua salvadera. Permanecieron en cuclillas un largo rato, luego se levantaron lentamente.

El sardo movió negativamente la cabeza.

—Este país está privado de agua desde el alba de los tiempos y moriremos de sed. Nadie ha logrado jamás excavar un pozo duradero. ¡Será en el más allá donde tendremos que buscar una fuente!

Ramsés reunió a sus hombres y les confesó la gravedad de la situación. Mañana, las reservas estarían agotadas. No podían avanzar ni retroceder.

Varios soldados echaron las armas a sus pies.

—Recogedlas —ordenó Ramsés.

—Para qué —preguntó un oficial—, si vamos a secarnos al sol.

—Hemos venido a esta región desértica para restablecer el orden y lo restableceremos.

—¿Cómo lucharán nuestros cadáveres con los nubios?

—Mi padre se encontró tiempo atrás en una situación semejante —recordó Ramsés—, y salvó a sus hombres.

—Entonces, ¡salvadnos también!

—Colocaos al resguardo del sol y dad de beber a los animales.

El rey volvió la espalda a su ejército e hizo frente al desierto. Setaú caminó a su lado.

—¿Qué piensas hacer?

—Caminar hasta que encuentre agua.

—Es insensato.

—Actuaré tal como me enseñó mi padre.

—Quédate con nosotros.

—Un faraón no espera la muerte como un vencido.

Serramanna se acercó.

—Majestad...

—Evita el pánico y mantén los turnos de guardia. Que los hombres no olviden que podrían ser atacados.

—No tengo derecho a dejaros partir solo en esta inmensidad. Vuestra seguridad no estaría garantizada.

Ramsés puso la mano sobre el hombro del sardo.

—Te encargo la de mi ejército.

—Regresad sin tardanza. Los soldados sin jefe corren el riesgo de perder la cabeza.

Bajo los ojos petrificados de los infantes, el rey abandonó el antiguo pozo y se aventuró en el desierto rojo, en dirección a una loma pedregosa que subió a paso tranquilo. Desde la cumbre descubrió una región desolada.

A ejemplo de su padre, debía percibir el secreto del subsuelo, las venas de la tierra, del agua que procedía del océano de energía y se deslizaba a través de las piedras y llenaba el corazón de las montañas. El plexo del rey estaba dolorido, su visión se modificó, su cuerpo se volvió ardiente, como invadido por una fuerte fiebre.

Ramsés tomó la varita de zahorí de acacia que llevaba colgada en el cinturón de su taparrabo, la misma de la que se había servido su padre para prolongar su visión. La magia con la que estaba impregnada permanecía intacta; ¿pero dónde buscar en aquella inmensidad?

Una voz hablaba en el cuerpo del rey, una voz que venía del más allá y que tenía la amplitud de la de Seti. El dolor en el plexo se volvió tan insoportable que obligó a Ramsés a salir de su inmovilidad y a descender el promontorio. Ya no sentía el calor inexorable que hubiera aplastado a cualquier viajero. Semejante al de un oryx, su ritmo cardíaco había disminuido.

La arena y las rocas cambiaron de color. La mirada de Ramsés penetró poco a poco en las profundidades del desierto, sus dedos se cerraron sobre las dos ramas de acacia, unidas en su extremo por un hilo de lino.

La varita se levantó, osciló y cayó. El rey siguió caminando, la voz se hizo lejana. Regresó sobre sus pasos, se dirigió hacia la izquierda, hacia el lado de la muerte. De nuevo, la voz estuvo cerca, la varita se animó. Ramsés chocó con un enorme bloque de granito rosa, perdido en aquel mar rocalloso.

La fuerza de la tierra le arrancó la varita de las manos. Acababa de encontrar agua.

Con la lengua seca, la piel quemada por el sol y los músculos doloridos, los soldados desplazaron el bloque y excavaron en el lugar indicado por el rey. Alcanzaron una enorme capa de agua a cinco metros de profundidad y lanzaron gritos de alegría que subieron hasta el cielo.

Ramsés hizo practicar varias perforaciones; una serie de pozos fueron unidos entre sí por una galería subterránea. Utilizando esta técnica cara, el rey demostraba que no se contentaba con salvar a su ejército de una muerte atroz, sino que además preveía irrigar una extensión bastante amplia.

—¿Imaginas jardines verdes? —preguntó Setaú.

—¿Fecundidad y prosperidad no son las mejores huellas que podemos dejar?

Serramanna se sublevó.

—¿Olvidáis a los nubios insurgentes?

—Ni un segundo.

—¡Pero los soldados están transformados en peones!

—A menudo este trabajo forma parte de su misión, según nuestras costumbres.

—En la piratería no se mezclaban los oficios. Si somos atacados por salvajes, ¿sabremos aún defendernos?

—¿No te he encargado garantizar nuestra seguridad?

Mientras los soldados consolidaban los pozos y la galería, Setaú y Loto capturaban magníficos reptiles de un tamaño superior a la media y acumulaban preciosas reservas de veneno.

Inquieto, Serramanna multiplicaba las rondas por los alrededores y obligaba a los soldados, por turnos, a entrenarse como en el cuartel. Muchos terminaban por olvidar el asesinato de los escoltas del oro y sólo pensaban en el regreso de la expedición al valle del Nilo, bajo la dirección de un faraón hacedor de milagros.

«Aficionados», pensó el ex pirata.

Estos soldados egipcios sólo eran temporeros, rápidamente transformados en braceros o campesinos. No estaban acostumbrados a los combates, a los cuerpo a cuerpo sangrientos y a las luchas a muerte. Nada era comparable a la formación de un pirata, siempre alerta y dispuesto a cortar la garganta del enemigo con cualquier arma. Despechado, Serramanna ni siquiera intentó enseñarles ataques reiterativos y paradas sorpresivas. Estos infantes jamás sabrían luchar.

Sin embargo, el sardo tenía la sensación de que los nubios sublevados no estaban lejos y que, desde hacía al menos dos días, se acercaban al campamento egipcio y lo espiaban. También el león y el perro de Ramsés habían advertido una presencia hostil. Se ponían nerviosos, dormían menos, caminaban de manera brusca, con el hocico al viento.

Si esos nubios eran verdaderos piratas, el cuerpo expedicionario egipcio sería aniquilado.

La nueva capital de Egipto crecía a una velocidad sorprendente, pero Moisés ya no la miraba. Para él, Pi-Ramsés sólo era una ciudad extranjera, poblada de dioses falsos y hombres extraviados en creencias insensatas.

Fiel a su misión, continuaba animando las diversas obras y manteniendo el ritmo de los trabajos. Pero todos habían notado en él una creciente rudeza, especialmente en relación a los capataces egipcios, a los que les criticaba, la mayor parte del tiempo sin razón, el sentido agudo de la disciplina. Moisés pasaba cada vez más tiempo con los hebreos y, cada noche, discutía con pequeños grupos sobre el porvenir de su pueblo. Muchos estaban satisfechos de su condición y no tenían ganas de cambiarla para crear una patria independiente. La aventura parecía demasiado arriesgada.

Moisés insistió. Recordó su fe en el dios único, la originalidad de su cultura, la necesidad de librarse del yugo egipcio y apartarse de los ídolos. Algunas mentes empezaron a vacilar, otros permanecieron irreductibles. Pero todos reconocieron que Moisés tenía la apariencia de un jefe, que su acción había sido beneficiosa para los hebreos y que ninguno de ellos podía despreciar su discurso.

El amigo de infancia de Ramsés dormía cada vez menos. Soñaba con los ojos abiertos con una tierra fértil en la que reinaría el dios de su corazón, un país en el que los hebreos gobernarían por sí mismos y del que defenderían las fronteras como su bien más preciado.

¡Por fin conocía la naturaleza del fuego que devoraba su alma desde hacía tantos años! Podía nombrar ese deseo inextinguible, se ponía a la cabeza de un pueblo que él conduciría hacia su verdad. Y la angustia le oprimía la garganta. ¿Aceptaría Ramsés semejante sedición y tal negación de su propio poder? Moisés debería convencerlo, hacerle aceptar su ideal.

Afluían los recuerdos. Ramsés no era un simple compañero de juegos, sino un auténtico amigo, un ser al que animaba un fuego idéntico y sin embargo tan diferente. Moisés no lo traicionaría fomentando una conspiración contra él; lo enfrentaría, cara a cara, y lo haría doblegarse. Incluso si la victoria parecía imposible, la obtendría.

Pues Dios estaba con él.

52

Los nubios sublevados habían rodeado el campamento egipcio a primera hora de la tarde, cuando la mayoría de los soldados de Ramsés dormía la siesta. Llevaban la parte anterior del cráneo afeitado, aretes en las orejas, collares de perlas multicolores y taparrabo de piel de pantera, y tenían la nariz achatada y las mejillas escarificadas. Enarbolando grandes arcos de acacia, atravesarían con sus flechas a una gran cantidad de egipcios antes de que el cuerpo expedicionario estuviera en condiciones de reaccionar.

Si su jefe vacilaba en dar la orden de atacar era debido a que un pequeño grupo de hombres, igualmente armados con potentes arcos, estaban refugiados detrás de una empalizada formada por escudos y palmas. Al frente, Serramanna, que preveía aquel asalto. La élite de los infantes, que él había reunido, haría estragos en las filas nubias. El jefe de los insurgentes era consciente de ello, incluso si la victoria parecía segura.

El tiempo se paró. Ya nadie se movió.

El principal consejero del jefe nubio le recomendó disparar y abatir un gran número de enemigos, mientras otros guerreros, rápidos en la carrera, se abalanzarían sobre la empalizada. Pero el jefe estaba acostumbrado al combate, y el rostro de Serramanna no presagiaba nada bueno. ¿Ese gigante bigotudo no les tendería una o varias trampas que él era incapaz de descubrir? Aquel hombre no se parecía a los egipcios que había matado, y su instinto de cazador le aseguraba que era necesario desconfiar.

Cuando Ramsés salió de su tienda, todas las miradas convergieron en él. Tocado con una corona azul que moldeaba la forma del cráneo y se ensanchaba por atrás, vestido con una camisa de lino plisado de manga corta y con un taparrabo dorado, en la cintura del cual llevaba amarrada una cola de toro salvaje, el faraón sujetaba en su mano derecha el cetro «magia», con forma de cayado de pastor, cuyo extremo estaba pegado a su pecho.

Tras él caminaba Setaú, que llevaba las sandalias blancas del monarca. A pesar de la gravedad de la situación, pensó en Ameni, el portasandalias del faraón, que hubiera quedado estupefacto al ver a su amigo afeitado, con peluca y taparrabo, y con aire de dignatario de la corte, salvo un detalle: un curioso saco amarrado a la cintura colgaba a su espalda.

Bajo las miradas inquietas de los soldados egipcios, el faraón y Setaú fueron hasta el límite del campamento y se detuvieron a unos treinta metros de los nubios.

—Soy Ramsés, faraón de Egipto. ¿Quién es vuestro jefe?

—Yo —respondió el nubio avanzando un paso.

Con dos plumas fijadas en la parte trasera de la cabeza y sujetas con una cinta roja, los músculos prominentes, el jefe de los insurgentes blandía un venablo decorado con plumas de avestruz.

—Si no eres un cobarde, ven hacia mí.

El principal consejero manifestó su desacuerdo. Pero ni Ramsés ni su portasandalias iban armados, mientras que él disponía de un venablo, y el consejero de un puñal de doble filo. El jefe echó una mirada hacia el lado de Serramanna.

—Mantente a mi izquierda —ordenó a su consejero.

Si el gigante bigotudo daba orden de disparar, el jefe estaría protegido por un escudo humano.

—¿Tienes miedo? —preguntó Ramsés.

Los dos nubios se separaron del grupo de guerreros y caminaron en dirección al rey y a su portasandalias. Se detuvieron a menos de tres metros de sus adversarios.

—Así que tú eres el faraón que oprime a su pueblo.

—Nubios y egipcios vivían en paz. Tú has roto esa armonía matando a los escoltas del oro y robando el metal destinado a los templos de Egipto.

—Ese oro es nuestro, no vuestro. Tú eres el ladrón.

—Nubia es provincia egipcia y, por lo tanto, sometida a la ley de Maat. Los crímenes y los robos deben ser severamente castigados.

—¡Me burlo de tu ley, faraón! Aquí yo hago la mía. Otras tribus están dispuestas a unirse a mí. Cuando te haya matado, seré un héroe. Todos los guerreros se pondrán bajo mis órdenes, ¡expulsaremos para siempre a los egipcios de nuestro suelo!

—Arrodíllate —ordenó el rey.

El jefe y su consejero se miraron asombrados.

—Depón tu arma, arrodíllate y sométete a la Regla.

Un rictus deformó el rostro del jefe nubio.

—Si me inclino, ¿me concederás el perdón?

—Tú mismo te has puesto fuera de la Regla. Perdonarte sería negarla.

—Entonces desconoces la clemencia.

—Así es.

—¿Por qué crees que me sometería?

—Porque eres un rebelde y tu única libertad es inclinarte ante el faraón.

El consejero principal pasó ante su jefe y blandió su puñal.

—¡Que el faraón muera y seremos libres!

Setaú, que no había apartado los ojos de los dos nubios, abrió el saco y soltó la víbora de las arenas que había aprisionado. Deslizándose por la arena ardiente con la rapidez de la muerte rapaz, mordió al nubio en el pie antes de que hubiera terminado su gesto.

Trastornado, se acuclilló y abrió la herida con su puñal para hacer manar la sangre.

—Ya está más frío que el agua y más ardiente que una llama —indicó Setaú mirando al jefe directamente a los ojos—. Su cuerpo está sudando, ya no ve el cielo, la saliva cae de su boca. Sus ojos y sus cejas se crispan, su rostro se hincha; su sed se vuelve intensa, va a morir. Ya no puede levantarse. Su piel toma un tono púrpura antes de ennegrecerse, un temblor se lo lleva.

Setaú blandió su saco lleno de víboras.

Los guerreros nubios retrocedieron.

—De rodillas —ordenó de nuevo el faraón—. Si no una muerte atroz os alcanzará.

—¡Eres tú quien va a perecer!

El jefe levantó el venablo por encima de su cabeza, pero un rugido lo paralizó. Se volvió hacia un lado y apenas tuvo tiempo de ver saltar sobre él al león de Ramsés, con la boca abierta. La fiera desgarró el pecho del nubio con sus garras y cerró sus mandíbulas sobre la cabeza del desdichado.

A una señal de Serramanna, los arqueros egipcios apuntaron con sus arcos a los nubios desamparados; los infantes se precipitaron sobre sus enemigos y los desarmaron.

—¡Que les aten las manos a la espalda! —exigió el sardo.

Cuando la victoria de Ramsés fue conocida, centenares de nubios salieron de sus escondites y de sus aldeas para rendirle homenaje. El rey eligió a un jefe de clan de edad, con los cabellos blancos, y le atribuyó la nueva zona fértil creada alrededor de los pozos. También le confió los prisioneros, que realizarían trabajos agrícolas bajo la vigilancia de policías nubios. La pena capital alcanzaría a fugitivos y reincidentes.

Luego el cuerpo expedicionario egipcio se dirigió hacia el oasis en el que los rebeldes habían establecido su cuartel general. Sólo halló una débil resistencia y encontró el oro que los orfebres utilizaban para adornar las estatuas y las puertas de los templos.

A la caída de la noche, Setaú cogió dos pedazos de nervadura de palmera bien seca, los sujetó con las rodillas y frotó entre ellos, cada vez más de prisa, una varita de madera seca. El polvo de madera se inflamó. Al tomar su turno de guardia, los soldados alimentarían el fuego, cuya presencia apartaría cobras, hienas y otras bestias indeseables.

—¿Has construido tu casa de reptiles? —preguntó Ramsés.

—Loto está encantada. Esta noche descansaremos.

—¿No es sublime este país?

—Te gusta tanto como a nosotros, parece.

—Me pone a prueba y me obliga a superarme. Su poder es mío.

—Sin mi víbora, los rebeldes te habrían matado.

—Eso no sucedió, Setaú.

—A pesar de todo, tu plan era arriesgado.

—Ha evitado sangrientos combates.

—¿Siempre eres consciente de tus imprudencias?

—¿Para qué?

—Yo sólo soy Setaú, y puedo divertirme con serpientes venenosas; pero tú eres el amo de las Dos Tierras. Tu muerte sumiría el país en el desorden.

—Nefertari reinaría con sabiduría.

—Sólo tienes veinticinco años, Ramsés, pero ya no tienes derecho a ser joven. Deja a los demás la fogosidad de los guerreros.

—¿El faraón puede ser un cobarde?

—¿Dejarás de ser desmesurado? Sólo te pido un poco de prudencia.

—¿No estoy protegido por todas partes? La magia de la reina, tú y tus reptiles, Serramanna y sus mercenarios, *Vigilante* y *Matador*... Ningún ser tiene tanta suerte como yo.

—No la despilfarres.

—Es inagotable.

—Ya que eres inaccesible a toda forma de razonamiento, prefiero dormir.

Setaú volvió la espalda al rey y se tendió junto a Loto. El suspiro de satisfacción que ella expresó incitó al rey a alejarse. El descanso del encantador de serpientes corría el riesgo de ser de corta duración.

¿Cómo convencerle de que era un hombre de Estado, que poseía la valía de un gran ministro? Setaú encarnaba el primer gran fracaso de Ramsés. Entregado a seguir su camino, se negaba a hacer carrera. ¿Era necesario dejarlo libre a su elección u obligarlo a convertirse en uno de los primeros personajes del reino?

Ramsés pasó la noche contemplando el cielo estrellado, morada luminosa del alma de su padre y de los faraones que lo habían precedido. Se sentía orgulloso de haber encontrado, como Seti, agua en el desierto y domeñado a los rebeldes, pero esta victoria no le satisfacía. A pesar de la intervención de Seti, una tribu se había sublevado. Tras un periodo de calma, se reproduciría una situación idéntica. Sólo pondría fin a estas convulsiones arrancando el mal de raíz, ¿pero cómo descubrirlo?

Al alba, Ramsés notó una presencia a su espalda. Se volvió lentamente y lo vio.

Un enorme elefante había entrado en el oasis sin hacer ruido y evitando que crujieran las nervaduras de palmera que cubrían el suelo. El león y el perro habían abierto los ojos, pero habían permanecido silenciosos, como si supieran que su amo estaba seguro.

Era él, el gran macho de amplias orejas y largos colmillos que Ramsés había salvado al extirparle una flecha de la trompa, varios años antes.

El rey de Egipto acarició la trompa del señor de la sabana, el coloso lanzó un bramido de alegría que despertó a todo el campamento.

El elefante se alejó con paso tranquilo, recorrió un centenar de metros y volvió la cabeza en dirección al rey.

—Hay que seguirlo —decidió Ramsés.

53

Ramsés, Serramanna, Setaú y una decena de infantes aguerridos siguieron al elefante, que cruzó una llanura estrecha y desértica. Luego tomó un sendero bordeado de espinos que subía hacia una meseta en la que había crecido una acacia más que centenaria.

El elefante se inmovilizó. Ramsés lo alcanzó.

Con la mirada en la misma dirección que la del coloso, descubrió el más sublime de los paisajes. El grandioso espolón rocoso, punto de referencia para la navegación, dominaba una amplia curva del Nilo. Él, el esposo de Egipto, contemplaba el misterio de la corriente creadora, el río divino en toda su majestad. Sobre las rocas, inscripciones jeroglíficas recordaban que el lugar estaba puesto bajo la protección de la diosa Hator, soberana de las estrellas y de los navegantes que gustosos hacían un alto en ese lugar.

Con su pata derecha, el elefante hizo rodar un bloque de arenisca que se precipitó a lo largo del acantilado y cayó en un montón de arena ocre, entre dos promontorios. Al norte, la cadena montañosa era vertical y descendía casi hasta el agua; al sur, se separaba de ella y dejaba despejada una amplia explanada que se abría hacia el este.

Un jovencito había atracado y dormía en su barca, hecha con un tronco de palmera vaciado.

—Id a buscarlo —ordenó el rey a dos soldados.

Cuando los vio llegar, el nubio echó a correr. Creyó escapar, pero su pie tropezó con una roca que apenas sobresalía de la arena, y quedó tendido a orillas del Nilo. Los egipcios le retorcieron los brazos y lo condujeron ante el rey.

El fugitivo movía los ojos, aterrado, temiendo que le cortarían la nariz.

—¡No soy un ladrón! Esta barca me pertenece, lo juro, y...

—Responde a mi pregunta —dijo Ramsés—, y serás libre: ¿Cuál es el nombre de este lugar?

—Abu Simbel.

—Puedes irte.

El muchacho corrió hasta la embarcación y remó con las manos tan de prisa como podía.

—Vámonos de aquí —recomendó Serramanna—; el lugar no me parece seguro.

—No he observado la menor traza de serpiente —objeto Setaú—. Extraño... ¿La divina Hator las espanta?

—No me sigáis —exigió el rey.

Serramanna se adelantó.

—¡Majestad!

—¿Tengo que repetirlo?

—Vuestra seguridad...

Ramsés inició el descenso hacia el río. Setaú retuvo al sardo.

—Más vale que obedezcas.

Serramanna se inclinó refunfuñando. ¡El rey, solo, en ese lugar perdido, en un país hostil! En caso de peligro, a pesar de las órdenes, el sardo se prometió intervenir.

Cuando llegó al borde del río, Ramsés se volvió hacia el acantilado de arenisca.

Sería aquí, en el corazón de Nubia, aunque ésta aún lo ignorara. A Ramsés le tocaba hacer de Abu Simbel una maravilla que desafiaría el tiempo y sellaría la paz entre Egipto y Nubia.

El faraón meditó varias horas en Abu Simbel, impregnándose de la pureza del cielo, del centelleo del Nilo y del poder de la roca. Aquí sería construido el mayor santuario de la provincia. Reuniría las energías divinas y difundiría un haz protector tan intenso que el ruido de las armas desaparecería.

Ramsés observó el sol. Sus rayos no se contentaban con golpear el acantilado, penetraban en el interior de la roca, iluminándola desde el interior. Cuando los arquitectos trabajaran en el lugar, deberían preservar ese milagro.

Cuando el rey regresó a lo alto del acantilado, Serramanna, al límite de sus nervios, estuvo a punto de entregarle su dimisión. Pero la placidez del elefante lo disuadió de ello; no se mostraría menos paciente que un animal, por grande que fuera.

—Regresamos a Egipto —decretó el rey.

Tras haberse purificado la boca con natrón, Chenar se puso en manos de un barbero de gran suavidad que también sabía depilarlo sin arrancarle un solo grito de dolor. El hermano mayor de Ramsés apreciaba mucho la fricción con aceites perfumados, especialmente en el cráneo, antes de ponerse la peluca. Estas pequeñas alegrías hacían la existencia liviana y lo tranquilizaban sobre su prestancia; aunque fuera menos hermoso y menos atlético que Ramsés, rivalizaría en elegancia.

En la clepsidra de agua, un objeto costoso, comprobó que se acercaba la hora de la cita.

Su silla de manos, cómoda y espaciosa, era la más bella de Menfis; sólo la superaba la del faraón, la que un día él ocuparía. Hizo que lo llevaran al borde del gran canal que permitía a las pesadas barcazas alcanzar el puerto principal de Menfis y descargar sus mercancías.

Sentado bajo un sauce, el mago Ofir tomaba el fresco. Chenar se apoyó en el tronco del árbol y miró pasar un barco de pesca.

—¿Habéis progresado, Ofir?

—Moisés es un hombre excepcional, dotado de un carácter difícil de domar.

—Dicho de otra manera, habéis fracasado.

—No lo creo.

—Las impresiones no me bastan, Ofir; necesito hechos.

—El camino que lleva al éxito es a menudo largo y sinuoso.

—Ahorradme vuestra filosofía. Habéis triunfado, ¿sí o no?

—Moisés no ha rechazado mis propuestas. ¿No es un resultado apreciable?

—Interesante, lo admito. ¿Ha aceptado la validez de vuestros proyectos?

—El pensamiento de Akenatón le es familiar. Sabe que ha contribuido a formar la fe de los hebreos y que nuestra colaboración podría ser fructuosa.

—¿Y su popularidad entre sus compatriotas?

—Cada vez mayor. Moisés tiene la naturaleza de un verdadero jefe, se impondrá sin dificultades a los diversos clanes. Cuando la construcción de Pi-Ramsés esté acabada, mostrará su verdadera fuerza.

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar todavía?

—Algunos meses. Moisés ha dado tal impulso a los ladrilleros que éstos han mantenido un ritmo de trabajo extraordinario.

—¡Maldita capital! Gracias a ella, el renombre de Ramsés traspasará la frontera del norte.

—¿Dónde se encuentra el faraón?

—En Nubia.

—Una región peligrosa.

—No sueñes, Ofir; los mensajeros reales han hecho llegar excelentes noticias. Ramsés incluso ha realizado un nuevo milagro descubriendo una capa de agua en el desierto, y su ejército ha creado una zona agrícola. El faraón traerá el oro robado y lo ofrecerá a los templos. Una expedición exitosa, una victoria ejemplar.

—Moisés no ignora que deberá enfrentarse con Ramsés.

—Su mejor amigo...

—La creencia en el dios único será más fuerte, el conflicto es inevitable. Cuando se desencadene, deberemos apoyar a Moisés.

—Ése será vuestro papel, Ofir. Comprenderéis que me es imposible actuar en primera línea.

—Será menester que me ayudéis.

—¿Cuáles son vuestras necesidades?

—Una residencia en Menfis, sirvientes, facilidades de circulación para mis partidarios.

—Concedido, a condición de que me entreguéis informes regulares sobre vuestras actividades.

—Es el menor de mis deberes.

—¿Cuándo regresáis a Pi-Ramsés?

—Mañana mismo. Hablaré con Moisés y le aseguraré que nuestros partidarios aumentan sin cesar.

—No os preocupéis más por vuestras condiciones de vida, y dedicaos únicamente a convencer a Moisés de que debe luchar contra la tiranía de Ramsés para conseguir la afirmación de su fe.

El ladrillero Abner canturreaba. En menos de un mes, el primer cuartel de Pi-Ramsés estaría terminado. Los primeros infantes transferidos de Menfis vivirían en él. Los locales eran espaciosos y bien aireados, los acabados notables.

Gracias a Moisés, que había reconocido sus méritos, Abner dirigía un pequeño equipo de diez ladrilleros experimentados y trabajadores. El chantaje ejercido por Sary sólo era un mal recuerdo. Abner se instalaría en la nueva capital con su familia y sería el encargado del mantenimiento de los edificios públicos. Una existencia feliz se abría ante él.

Esa noche, el hebreo iba a degustar una perca del Nilo con sus compañeros y a jugar al juego de la serpiente, esperando que sus peones avanzarían regularmente por las casillas, sin caer en las múltiples trampas inscritas en el cuerpo del reptil. El ganador era el que llegaba primero al final del recorrido, y Abner sentía que la suerte le sonreía.

Pi-Ramsés empezaba a animarse; poco a poco, la inmensa obra se transformaba en una ciudad cuyo corazón no tardaría en latir. Ya se pensaba en el grandioso momento de la inauguración, cuando el faraón diera vida a su capital. En el juego del azar, Abner había tenido el privilegio de servir al ideal de un gran rey y de conocer a Moisés.

—¿Cómo estás, Abner?

Sary llevaba una túnica libia, con anchas franjas verticales amarillas y negras, ajustada a la cintura con un cinturón de cuero verde. Su rostro estaba cada vez más demacrado.

—¿Qué quieres?

—Tener noticias de tu salud.

—Sigue tu camino.

—¿Te vuelves insolente?

—¿Ignoras que he obtenido un ascenso? Ya no estoy bajo tus órdenes.

—¡El pequeño Abner se pavonea como un gallo! Vamos, vamos... No te pongas nervioso.

—Tengo prisa.

—¿Hay algo más urgente que satisfacer a tu viejo amigo Sary?

Abner ocultaba mal su miedo. Sary se divertía con ello.

—El pequeño Abner es un hombre razonable, ¿no? Desea tener una buena vida en Pi-Ramsés, pero sabe que las cosas buenas tienen un precio. Y ese precio lo fijo yo.

—¡Lárgate!

—Sólo eres un insecto, hebreo, y los insectos no protestan cuando se los aplasta. Exijo la mitad de tus ganancias y de tus primas. Cuando la ciudad esté terminada, te presentarás voluntario para convertirte en mi sirviente. Tener un criado hebreo me encantará. En mi casa no te aburrirás. Tienes mucha suerte, pequeño Abner, si no me hubiera fijado en ti, sólo habrías sido un gusano.

—Me niego, yo...

—No digas tonterías y obedece.

Sary se alejó. Abner se puso en cuclillas, las nalgas sobre los talones, hundido.

Esta vez era demasiado. Hablaría con Moisés.

54

Nefertari, la de la belleza sin par, semejante al lucero de la mañana que aparece al inicio de un año feliz, cuyos dedos acarician como lotos; Nefertari luminosa, cuyos cabellos perfumados y sueltos eran una trampa en la que uno gustaba abandonarse.

Amarla era renacer.

Ramsés le masajeó suavemente los pies, luego le besó las piernas y dejó que sus manos recorrieran su cuerpo flexible, dorado por el sol. Ella era el jardín en el que crecían las flores más raras, el estanque de agua fresca, el lejano país de los árboles de incienso. Cuando se unían, su deseo tenía la potencia de la corriente tormentosa de la crecida y la ternura de una melodía de oboe en la paz del ocaso.

Bajo el follaje verde de un sicomoro, Nefertari y Ramsés se habían ofrecido el uno al otro después del regreso del rey, que había apartado a sus allegados y a sus consejeros para recuperar a su esposa. La sombra refrescante del gran árbol, sus hojas turquesa y sus higos reventones, tan rojos como el jaspe, formaban uno de los tesoros del palacio de Tebas en el que la pareja había logrado aislarse.

—¡Que interminable viaje...!

—¿Y nuestra hija?

—Kha y Meritamón se llevan a las mil maravillas. Tu hijo encuentra a su hermanita muy bonita y poco ruidosa, pero ya quiere enseñarle a leer. Su ayo ha tenido que calmar sus ardores.

Ramsés estrechó a la reina entre sus brazos.

—Él se ha equivocado... ¿Por qué apagar el fuego de un ser?

Nefertari no tuvo tiempo de protestar, pues los labios del rey se posaron en los suyos. Bajo el efecto del viento del norte, las ramas del sicomoro se inclinaron, respetuosas y cómplices.

El segundo día del cuarto mes de la estación de la crecida, en el tercer año del reinado de Ramsés, Bakhen, manejando un largo bastón, precedió a la pareja real para mostrarles el templo de Luxor, cuyos trabajos estaban terminados. Una procesión, que salió de Karnak, les había seguido y tomado la avenida de las esfinges que unía los dos templos.

La nueva fachada de Luxor los dejó asombrados. Los dos obeliscos, los colosos reales y la masa a la vez poderosa y elegante del pitón formaban un conjunto perfecto, digno de los más grandes constructores del pasado.

Los obeliscos dispersaban las energías negativas y atraían los poderes celestes hacia el templo que elegían como domicilio, para alimentar el *ka* que producía. En su base, cinocéfalos, los grandes monos en los que se encamaba la inteligencia del dios Thot, celebraban el nacimiento de la luz que favorecían, cada alba, emitiendo los sonidos de la primera mañana. Todos los elementos, del jeroglífico al coloso, concurrían a la resurrección diaria del sol, que dominaba entre las dos torres del pilón, encima de la puerta central.

Ramsés y Nefertari la cruzaron y penetraron en un gran patio a cielo abierto cuyos muros estaban rodeados de columnas macizas, expresión de la potencia del *ka.* Entre ellas, unos colosos de pie con la efigie del rey expresaban su fuerza inagotable. Tiernamente apretada contra la pierna del gigante, la reina Nefertari, a la vez frágil e inquebrantable.

Nebú, el gran sacerdote de Karnak, se adelantó hacia la pareja real, llevando el compás de la lenta marcha con el bastón dorado.

El viejo se inclinó.

—Majestad, he aquí el templo del *ka.* Aquí se creará en cada instante la energía de vuestro reinado.

La fiesta de inauguración de Luxor reunió a toda la población de Tebas y de su región, del más humilde al más rico. Durante diez días se cantaría y se bailaría en las calles, y las tabernas y mesones al aire libre no se vaciarían nunca. Por la gracia del faraón, la cerveza dulce sería gratuita y regocijaría las barrigas.

El rey y la reina presidieron un banquete que hizo época en los anales. Ramsés proclamó que el templo del ka estaba terminado y que ningún elemento arquitectónico le sería añadido en el futuro. Quedaban por elegir los temas y figuraciones simbólicas, en relación con el reinado, que adornarían la fachada del pilón y los muros del gran patio. Todos estimaron sabia la voluntad del monarca de diferir su decisión y de tomarla de acuerdo con los ritualistas de la Casa de Vida.

Ramsés apreció la actitud de Bakhen, el cuarto profeta de Amón. Olvidando hablar de sus propios méritos, alabó los de los arquitectos que

habían construido Luxor de acuerdo con la ley de la armonía. Al final de los festejos, el rey entregó al gran sacerdote de Amón el oro de Nubia, cuya extracción y transporte serían en adelante puestos bajo estricta vigilancia.

Antes de partir hacia el norte, la pareja real se dirigió al lugar del Ramesseum. También allí, Bakhen había mantenido sus compromisos. Niveladores, peones y canteros estaban manos a la obra: el templo de millones de años empezaba a surgir del desierto.

—Apresúrate, Bakhen. Que los cimientos estén terminados lo antes posible.

—El equipo de Luxor estará aquí desde mañana. Así dispondré de efectivos numerosos y cualificados.

Ramsés comprobó que su plan había sido seguido al pie de la letra. Ya imaginaba las capillas, la gran sala de columnas, las mesas de ofrendas, el laboratorio, la biblioteca... Millones de años correrían por las venas de piedra del edificio.

El rey recorrió el área sagrada con Nefertari y le describió su sueño, como si ya tocara las paredes esculpidas y las columnas de jeroglíficos.

—El Ramesseum será tu gran obra.

—Quizá.

—¿Por qué dudas de ello?

—Porque quiero cubrir Egipto de santuarios, dar a las divinidades mil y un lugares de culto para que el país entero sea regado con su energía y la tierra se parezca al cielo.

—¿Qué templo superará el de millones de años?

—En Nubia he descubierto un lugar extraordinario hacia el que me ha conducido un elefante.

—¿Cómo se llama?

—Abu Simbel. Está puesto bajo la protección de la diosa Hator y sirve de parada a los marineros. El Nilo alcanza allí el apogeo de su belleza, el agua se une a la roca, los acantilados de arenisca parecen esperar que hagan nacer el templo que llevan dentro.

—Comenzar una obra, en una región tan lejana, ¿no presenta dificultades insuperables?

—Insuperables en apariencia.

—Ninguno de tus predecesores ha intentado la aventura.

—Es verdad, pero triunfaré. Desde que contemplé Abu Simbel, no dejo de pensar en ello. Ese elefante era un mensajero del invisible. Su nombre jeroglífico, Abu, ¿no es el mismo que el del lugar, y no significa «comienzo, inicio»? El nuevo comienzo de Egipto, el inicio de su territorio, debe situarse allá, en el corazón de Nubia, en Abu Simbel. No existe ningún otro medio para pacificar esa provincia y hacerla feliz.

—¿No es una empresa insensata?

—¡Por supuesto que sí! ¿Pero no es la expresión del *ka*? El fuego que me anima se convierte en piedra de eternidad. Luxor, Pi-Ramsés, Abu Simbel son mi deseo y mi pensamiento. Si me contentara con gestionar los asuntos corrientes, traicionaría mi función.

—Mi cabeza se posa sobre tu hombro y conozco el descanso de una mujer amada... Pero tú también puedes descansar sobre mí como un coloso sobre su zócalo.

—¿Apruebas el proyecto de Abu Simbel?

—Debes madurarlo, dejarlo crecer en ti hasta que su visión sea fulgurante e imperiosa. Luego, actúa.

En el interior del recinto del templo de millones de años, Ramsés y Nefertari se sintieron animados por una fuerza extraña que los hacía invulnerables.

Talleres, almacenes y cuarteles estaban dispuestos para su uso. Las vías principales de la capital comunicaban los distintos barrios de viviendas y terminaban en los templos mayores, todavía en construcción, pero cuyas partes centrales ya podían albergar los ritos esenciales.

La tarea de los ladrilleros se acababa y éstos eran sustituidos por jardineros y pintores, por no hablar de los decoradores especializados que darían a Pi-Ramsés un aspecto seductor. Subsistía una inquietud: ¿le gustaría a Ramsés?

Moisés subió al techo del palacio y contempló la ciudad. También él, como el faraón, había logrado un milagro. La labor de los hombres y la rigurosa organización del trabajo no habían sido suficientes; debieron recurrir al entusiasmo, esa cualidad que no era de naturaleza humana, sino que procedía del amor de Dios por su creación. ¡Cómo le hubiera gustado a Moisés poder ofrecerle esta ciudad a él, en vez de abandonarla a Amón, a Set y a sus congéneres! Tantos talentos desperdiciados para satisfacer a unos ídolos mudos...

Su próxima ciudad la construiría para gloria del verdadero Dios, en su país, en una tierra santa. Si Ramsés era un auténtico amigo, comprendería su ideal.

Moisés golpeó con el puño el borde del balcón.

¡El rey de Egipto jamás toleraría la revuelta de una minoría, jamás entregaría su trono a una descendiente de Akenatón! Un sueño insensato le había turbado la mente.

Abajo, cerca de una de las entradas secundarias del palacio, estaba Ofir.

—¿Puedo hablarte? —preguntó el mago.

—Ven.

Ofir había aprendido a desplazarse con discreción. Se le tomaba por un arquitecto cuyos consejos eran útiles al supervisor de las obras de Pi-Ramsés.

—Abandono —declaró Moisés—. Es inútil discutir más tiempo.

El mago permaneció glacial.

—¿Se ha producido un acontecimiento imprevisto?

—He reflexionado, nuestros proyectos son demenciales.

—Venía a anunciarte que las filas de los partidarios de Atón se han reforzado considerablemente. Personalidades de gran envergadura estiman que Lita debe subir al trono de Egipto con la bendición del dios único. En ese caso, los hebreos serían libres.

—Derrocar a Ramsés... ¡Bromeas!

—Nuestras convicciones son firmes.

—¿Creéis que vuestro discurso impresionará al rey?

—¿Quién te ha dicho que nos contentaremos con discusiones?

Moisés observó a Ofir como si descubriera a un desconocido.

—No me atrevo a comprenden...

—Al contrario, Moisés. Has llegado a la misma conclusión que yo, y eso es lo que te asusta. Si Akenatón fue vencido y perseguido fue porque no se atrevió a utilizar la violencia contra sus enemigos. Sin ella no se puede ganar ningún combate. ¿Quién sería lo bastante ingenuo para creer que Ramsés abandonará una sola parcela de su poder a cualquiera? Nosotros le venceremos desde el interior y vosotros, los hebreos, os sublevaréis.

—Centenares de muertos, quizá millares... ¿Es una carnicería lo que deseáis?

—Si preparas a tu pueblo para el combate, saldrá vencedor. ¿No está Dios con vosotros?

—Me niego a oír más. Desaparece, Ofir.

—Nos volveremos a ver aquí o en Menfis, como quieras.

—No cuentes con ello.

—No existe otro camino, lo sabes. No te resistas a tu deseo, Moisés, no intentes sofocar su voz. Lucharemos hombro con hombro y Dios triunfará.

55

Raia, el mercader sirio, palpó su barbita en punta. Podía estar satisfecho de los resultados de su negocio, cuyos beneficios aumentaban año tras año. La calidad de las conservas de carne y de los jarrones importados de Asia seducían cada vez más a clientes acomodados, tanto en Menfis como en Tebas. Con la creación de la nueva capital, Pi-Ramsés, ¡se anunciaba un nuevo mercado! Raia ya había obtenido la autorización de abrir una amplia tienda en el corazón del barrio comercial y formaba vendedores capaces de satisfacer a los aficionados exigentes.

En previsión de esos días felices, había encargado un centenar de jarrones preciosos, con formas insólitas, procedentes de los talleres sirios. Cada pieza era única y sería vendida muy cara. Desde el punto de vista de Raia, los artesanos egipcios trabajaban mejor que sus compatriotas, pero el gusto por el exotismo y el esnobismo le aseguraban una creciente fortuna.

Aunque los hititas hubiesen ordenado a su espía que apoyase a Chenar contra Ramsés, Raia había renunciado, después de un intento fallido, a organizar un atentado contra el rey. Éste estaba demasiado bien protegido, y un segundo fracaso corría el riesgo de ofrecer a los investigadores una pista para llegar hasta él.

Desde hacía tres años, Ramsés reinaba con la misma autoridad que Seti, a la que se añadía la llama de la juventud. El rey aparecía como un torrente capaz de arrastrar cualquier obstáculo. Nadie tenía la capacidad de oponerse a sus decisiones, incluso si su programa de construcciones desafiaba la razón. Subyugados, la corte y el pueblo parecían golpeados por el estupor debido al dinamismo de un monarca que había barrido a todos sus oponentes.

Entre los jarrones importados había dos de alabastro.

Raia cerró la puerta del almacén y pegó la oreja a ella durante largo rato. Seguro de estar solo, metió la mano en el interior del jarro, cuyo cuello estaba marcado con un discreto punto rojo, y retiró una etiqueta en madera de pino en la cual unas cifras precisaban las dimensiones del objeto y su lugar de procedencia.

Raia conocía el código de memoria y descifró sin problemas el mensaje hitita que le transmitía su importador de Siria del Sur, miembro de su red.

Estupefacto, el mercader destruyó la etiqueta y se lanzó fuera del taller.

—Soberbio —constató Chenar admirando el jarrón azul con cuello en forma de cisne que le presentaba Raia—. ¿Su precio?

—Temo que sea elevado, señor. Pero es una pieza única.

—Discutámoslo, ¿quieres?

Con el jarrón apretado contra su pecho, Raia siguió al hermano mayor de Ramsés, que lo llevó a una de las terrazas cubiertas de su villa, donde dialogaron sin peligro de ser oídos.

—Si no me equivoco, Raia, utilizas el procedimiento de urgencia.

—Exacto.

—¿Por qué razón?

—Los hititas han decidido pasar a la acción.

Chenar esperaba esta noticia aunque la temía. Si él hubiera sido faraón en lugar de Ramsés, habría puesto las tropas egipcias en estado de alerta y reforzado las defensas en las fronteras. Pero el enemigo más peligroso de Egipto le ofrecía una posibilidad de reinar. Así pues debía explotar para su único provecho el secreto de Estado del que se hacía depositario.

—¿Puedes ser más preciso, Raia?

—Parecéis turbado.

—Lo estaría con menos, ¿no?

—Es verdad, señor. Yo mismo estoy aún bajo el efecto de la conmoción. Es una medida que podría trastornar todo lo adquirido.

—Mucho más, Raia, mucho más... Es la suerte del mundo la que está en juego. Tú y yo seremos los actores principales del drama que se va a interpretar.

—Yo sólo soy un modesto agente de información.

—Tú serás mi contacto con mis aliados del exterior. Buena parte de mi estrategia descansa en la calidad de tus informaciones.

—Vos me concedéis una importancia...

—¿Deseas quedarte en Egipto después de nuestra victoria?

—Ya me he acostumbrado.

—Serás rico, Raia, muy rico. No seré ingrato con aquellos que me hayan ayudado a tomar el poder.

El mercader se inclinó.

—Soy vuestro servidor.

—¿Tienes indicaciones más precisas?

—No, aún no.

Chenar dio unos pasos, apoyó los codos en la balaustrada de la terraza y miró hacia el norte.

—Hoy es un gran día, Raia. Más tarde recordaremos que marcó el inicio del declive de Ramsés.

La amante egipcia de Acha era una pequeña maravilla. Maliciosa, inventiva, jamás saciada, había sacado de su cuerpo matices de placer inéditos. Sucedía a dos libanesas y a tres sirias, hermosas pero aburridas. En los juegos del amor, el joven diplomático exigía fantasía, única fuerza capaz de liberar los sentidos y de hacer del cuerpo un arpa de melodías inesperadas. Se disponía a chupar los bonitos dedos del pie de la doncella cuando su intendente, debidamente advertido, sin embargo, de no molestarlo bajo ningún pretexto, golpeteó en la puerta de su habitación.

Espantado, Acha abrió sin pensar en vestirse.

—Perdonadme... Un mensaje urgente del ministerio.

Acha consultó la tableta de madera. Sólo había tres palabras: «Presencia inmediata indispensable.»

A las dos de la madrugada, las calles de Menfis estaban desiertas. El caballo de Acha recorrió a buen paso la distancia que separaba la mansión de su amo del Ministerio de Asuntos Exteriores. El diplomático no se detuvo a hacer una ofrenda a Thot y subió de cuatro en cuatro las gradas de la escalera que llevaba a su despacho, donde lo esperaba su secretario.

—He creído oportuno interrumpiros.

—¿Por qué motivo?

—A causa de una alarmante gestión de uno de nuestros agentes de Siria del Norte.

—Si sigue tratándose de una seudorrevelación desprovista de interés, aplicaré sanciones.

La parte baja del papiro parecía virgen. Al calentarlo a la llama de una lámpara de aceite, aparecieron unos caracteres hieráticos. Esta manera rápida de escribir los jeroglíficos los deformaban hasta hacerlos irreconocibles. La grafía del espía egipcio instalado en Siria del Norte, controlada por los hititas, no se parecía a ninguna otra.

Acha leyó y releyó.

—¿Urgencia justificada? —preguntó el secretario.

—Dejadme solo.

Acha desplegó un mapa y comprobó las informaciones dadas por su confidente. Si no se equivocaba, era previsible lo peor.

—El sol no ha salido —murmuró Chenar bostezando.

—Leed esto —recomendó Acha presentando a su ministro el mensaje del espía.

El texto despertó al hermano mayor de Ramsés.

—Los hititas habrían tomado el control de varias aldeas de Siria central y habrían salido de la zona de influencia aceptada por Egipto...

—El texto es preciso.

—Se diría que no ha habido ni muertos ni heridos. Puede tratarse de una provocación.

—No sería la primera vez, en efecto; pero los hititas jamás habían llegado tan hacia el sur.

—¿Qué conclusión sacáis?

—La preparación de un ataque en toda regla contra Siria del Sur.

—¿Certeza o hipótesis?

—Hipótesis.

—¿Podríais transformarla en certeza?

—Debido a la situación, los mensajes deberían sucederse a breves intervalos.

—Sea como sea, guardemos silencio tanto tiempo como sea posible.

—Corremos un gran riesgo.

—Soy consciente de ello, Acha. No obstante, tal debe ser nuestra estrategia. Tenemos la intención de embaucar a Ramsés, de hacerle cometer errores que le costarán una gran derrota, pero los hititas parecen impacientes por actuar. Necesitamos retrasar al máximo la preparación del ejército egipcio.

—No estoy seguro de ello —objetó Acha.

—¿Por qué razón?

—Por un lado, sólo ganaremos unos días, del todo insuficientes para impedir una contraofensiva; por otro, mi secretario sabe que he recibido un mensaje importante. Diferir su transmisión al rey despertaría sus sospechas.

—¡No nos sirve de nada ser los primeros en enterarnos!

—Al contrario, Chenar. Ramsés me nombró jefe de los servicios secretos, confía en mí. Dicho de otra manera, creerá lo que le diga.

Chenar sonrió.

—Un juego muy peligroso; ¿no se dice que Ramsés lee los pensamientos?

—El pensamiento de un diplomático es indescifrable. En cuanto yo le advierta de la noticia, vos apresuraos a confiarle vuestras preocupaciones. Así pareceréis sincero y creíble.

Chenar se acomodó en un sillón.

—Vuestra inteligencia es temible, Acha.

—Conozco bien a Ramsés. Creerle desprovisto de sutileza sería un error imperdonable.

—De acuerdo, nos conformaremos con vuestro plan.

—Queda un problema esencial: conocer las intenciones reales de los hititas.

Chenar las conocía. Pero juzgó preferible no revelar sus fuentes a Acha pues, según la evolución de la situación, quizá estaría obligado a sacrificar a sus amigos hititas.

56

Moisés corría de aquí para allá, entraba en los edificios públicos, examinaba los muros y las ventanas, cruzaba un barrio en su carro, apremiaba a los pintores para que terminaran el trabajo. Sólo le quedaban unos días antes de la llegada de la pareja real y la inauguración oficial de Pi-Ramsés.

Mil defectos le saltaban a los ojos, ¿pero cómo remediarlos en tan poco tiempo? Los ladrilleros habían aceptado prestar ayuda a otros cuerpos profesionales, sobrecargados de trabajo. En el ardor de esos últimos momentos, la popularidad de Moisés permanecía intacta. Su voluntad seguía siendo comunicativa y arrebatadora, tanto más cuanto que el sueño se transformaba en realidad.

A pesar del cansancio, Moisés pasaba largas veladas con sus hermanos hebreos, escuchaba sus quejas y esperanzas, y ya no vacilaba en afirmarse como el guía de un pueblo en busca de su identidad. Sus ideas asustaban a la mayoría de los interlocutores, pero su personalidad les fascinaba. Cuando la grandiosa aventura de Pi-Ramsés estuviera acabada, ¿no abriría Moisés un nuevo camino a los hebreos?

Agotado, sólo encontraba un sueño agitado en el que regresaba sin cesar el rostro de Ofir. El adorador de Atón no se equivocaba. En el cruce de caminos, los discursos ya no bastaban; había que actuar, y la acción se alimentaba a menudo de violencia.

Moisés había cumplido la misión confiada por Ramsés, desvinculándose así de toda obligación hacia el rey de Egipto. Pero no tenía derecho a traicionar al amigo y se había jurado advertirle del peligro que le acechaba. Con la conciencia purificada, sería completamente libre.

Según el mensajero real, el faraón y su esposa entrarían en Pi-Ramsés al día siguiente, hacia mediodía. La población de ciudades y aldeas de los alrededores se había reunido en los accesos a la nueva capital, para no faltar al acontecimiento. Desbordadas, las fuerzas de seguridad no lograban impedir a los curiosos que se instalaran en la nueva ciudad.

Moisés esperaba pasar las últimas horas de supervisor de las obras fuera de la ciudad, paseando por el campo. Pero en el momento en que abandonaba Pi-Ramsés, un arquitecto corrió hacia él.

—¡El coloso... el coloso se ha vuelto loco!

—¿El del templo de Amón?

—Ya no logramos detenerlo.

—¡Os ordené que no lo tocarais!

—Pensamos...

El carro de Moisés cruzó la ciudad a la velocidad del viento.

Delante del templo de Amón reinaba el desastre. Un coloso de doscientas toneladas, que representaba al rey sentado en su trono, se deslizaba suavemente hacia la fachada del edificio. Corría el riesgo de golpearla y causar enormes desperfectos, o de derrumbarse y quebrarse. ¡Qué espectáculo para ofrecer a Ramsés el día de la inauguración!

Unos cincuenta hombres enloquecidos tiraban en vano de las cuerdas que fijaban la escultura gigante a un trineo de madera. Varios cueros de protección, colocados en los lugares en los que la cuerda tocaba la piedra, habían estallado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Moisés.

—El capataz se había subido en el coloso para dirigir la maniobra y ha caído hacia adelante. Para evitar que fuera aplastado, los obreros han accionado los frenos de madera. El coloso se ha desviado del sendero de légamo húmedo que servía de pista deslizante hacia su emplazamiento, pero continúa avanzando. El rocío, el trineo mojado...

—¡Necesitaban al menos ciento cincuenta hombres!

—Los técnicos están ocupados en otra parte...

—Traedme jarras de leche.

—¿Cuántas?

—¡Miles! Y haced que vengan inmediatamente refuerzos.

Tranquilizados por la presencia de Moisés, los artesanos recuperaron la sangre fría. Cuando vieron al joven hebreo trepar por el lado derecho del coloso, ponerse de pie sobre el mandil de granito y verter leche delante del trineo para abrir un nuevo camino, recuperaron la esperanza. Se organizó una cadena para que Moisés no careciera del líquido graso sobre el cual se deslizaría el enorme

peso. Obedeciendo las directrices del hebreo, los primeros refuerzos, llegados a toda prisa, fijaron largas cuerdas en los lados y detrás del trineo. El centenar de obreros encargados de tirar lo utilizaría para aminorar la carrera del coloso.

Poco a poco, éste cambió de trayectoria y tomó la dirección correcta.

—¡La viga de frenado! —gritó Moisés.

Treinta hombres, hasta entonces alelados, colocaron la viga con muescas, destinada a bloquear el trineo, en el lugar que ocuparía la estatua de Ramsés, ante el templo de Amón.

Dócil, el coloso siguió la pista de leche, consiguieron frenarlo en el momento preciso y se estacionó en su lugar exacto.

Empapado de sudor, Moisés saltó a tierra. Dado su furor, todos previeron grandes sanciones.

—Que me traigan al responsable de esta falsa maniobra, el hombre que ha caído de la estatua.

—Aquí está.

Dos obreros empujaron a Abner, que se arrodilló ante Moisés.

—Perdonadme —gimoteó—, tuve un malestar, yo...

—¿No eres ladrillero?

—Sí... Mi nombre es Abner.

—¿Qué haces en esta obra?

—Yo... me oculto.

—¿Has perdido la cabeza?

—¡Tenéis que creerme!

Abner era hebreo. Moisés no podía castigarlo antes de haber oído sus explicaciones. Comprendió que el ladrillero, desamparado, sólo le hablaría en privado.

—Sígueme, Abner.

Un arquitecto egipcio se sublevó.

—Este hombre ha cometido una falta grave. Absolverlo sería injuriar a sus compañeros.

—Voy a interrogarlo. Luego tomaré una decisión.

El arquitecto se inclinó ante su superior jerárquico. Si Abner hubiese sido egipcio, Moisés no se habría mostrado tan delicado. Desde hacía unas semanas, el supervisor de las obras reales daba pruebas de un espíritu parcial que terminaría por volverse contra él.

Moisés hizo subir a Abner a su carro y lo sujetó con una correa de cuero.

—Suficientes caídas por hoy, ¿no crees?

—¡Perdonadme, os lo ruego!

—Deja de gimotear y explícamelo todo.

Un patio resguardado del viento precedía al edificio oficial de Moisés. El carro se detuvo en el umbral y los dos hombres descendieron de él. Moisés se quitó el taparrabo y la peluca, y señaló una pesada jarra.

—Sube al murito —le ordenó a Abner—, y vierte suavemente esa agua sobre mis hombros.

Mientras Moisés se frotaba la piel con unas hierbas, su compatriota, sosteniendo la pesada jarra en el extremo de los brazos, esparció el líquido benéfico.

—¿Te has quedado sin lengua, Abner?

—Tengo miedo.

—¿Por qué?

—Me han amenazado.

—¿Quién?

—Yo... no puedo decirlo.

—Si persistes en callar, te pondré en manos de la justicia por falta profesional grave.

—¡No, perdería mi empleo!

—Estaría justificado.

—¡Os juro que no!

—Entonces, habla.

—Me roban, me hacen chantaje...

—¿El culpable?

—Un egipcio —respondió Abner bajando la voz.

—¿Su nombre?

—No puedo decirlo. Tiene relaciones influyentes.

—No repetiré mi pregunta.

—¡Se vengará!

—¿Confías en mí?

—A menudo pensé en hablaros, pero ¡tengo tanto miedo de ese hombre!

—Deja de temblar y dime su nombre. Ya no te importunará.

Aterrorizado, Abner soltó la jarra, que se rompió contra el suelo.

—Sary...es Sary.

La flotilla entró por el gran canal que llevaba a Pi-Ramsés. Toda la corte acompañaba a Ramsés y Nefertari, impacientes por descubrir la nueva capital, en la que en adelante habría que residir si se quería agradar al rey. Se habían emitido muchas críticas veladas, que giraban alrededor del mismo reproche: ¿cómo podía rivalizar con Menfis una ciudad construida tan de prisa? Ramsés corría sin duda hacia un fracaso estruendoso que le obligaría, tarde o temprano, a olvidar Pi-Ramsés.

En la proa, el faraón miraba cómo el Nilo creaba su Delta, mientras el barco abandonaba el curso principal para tomar el canal que llevaba al puerto de la capital.

Chenar se acodó al lado de su hermano.

—No es el mejor momento, soy consciente de ello, pero sin embargo debo abordar un tema grave.

—¿Tan urgente es?

—Eso me temo. Si hubiera podido hablarte de ello antes, habría evitado importunarte en estos instantes tan felices, pero eras inaccesible.

—Te escucho, Chenar.

—Estoy muy contento con el puesto que me has confiado y me gustaría traerte sólo excelentes noticias.

—¿No es el caso?

—Si creo en los informes que me han enviado, me temo que la situación va a empeorar.

—Ve a los hechos.

—Parece que los hititas han salido de la zona de influencia que nuestro padre toleraba y han invadido Siria central.

—¿Estás seguro?

—Es demasiado pronto para pronunciarse, pero quería ser el primero en alertarte. Las provocaciones hititas fueron frecuentes en un pasado reciente y podemos esperar que ésta sólo sea una fanfarronada más. No obstante, sería bueno tornar algunas precauciones.

—Pensaré en ello.

—¿Eres escéptico?

—Tú mismo lo has precisado, es una invasión aún no confirmada. En cuanto recibas noticias, comunícamelas.

—Tu majestad puede contar con su ministro.

La corriente era fuerte, el viento bien orientado, el barco avanzaba de prisa. La intervención de Chenar dejó a Ramsés pensativo. ¿Su hermano tomaba realmente en serio su papel? Chenar era capaz de haber inventado ese intento de invasión hitita para darse importancia y demostrar sus aptitudes como ministro de Asuntos Exteriores.

Siria central... Una zona neutral que ni egipcios ni hititas controlaban, prohibiéndose ocuparla militarmente y contentándose con mantener allí informadores más o menos fiables. Después que Seti renunció a apoderarse de Kadesh, una guerrilla larvada parecía satisfacer a los dos campos.

Quizá la creación de Pi-Ramsés, que ocupaba una posición estratégica, había despertado los ardores belicistas de los hititas, inquietos por la gran atención que el joven faraón concedía a Asia y a su imperio. Sólo un hombre le diría la verdad a Ramsés: su amigo Acha, jefe de los servicios secretos. Los informes oficiales remitidos a Chenar sólo representaban la superficie y el exterior de la situación; Acha, gracias a su red, conocería las verdaderas intenciones del adversario.

Un grumete, subido a lo alto del gran mástil, no pudo retener su alegría.

—Allá, el puerto, la ciudad... ¡Es Pi-Ramsés!

57

Solo en su carro dorado, el hijo de la luz tomó la arteria principal de Pi-Ramsés, en dirección al templo de Amón. En pleno mediodía, apareció como el sol cuyo resplandor daba nacimiento a su ciudad. Al lado de los dos caballos empenachados caminaba el león, con la cabeza recta y la melena al viento.

Estupefacta por el poder que se desprendía de la persona del monarca y la magia que le permitía tener una fiera colosal como guardaespaldas, la muchedumbre guardó silencio durante largo rato. Luego surgió un grito: «¡Larga vida a Ramsés!», seguido de otros diez, de cien, de mil... El regocijo fue pronto indescriptible a lo largo del recorrido del rey, que no varió su marcha lenta y majestuosa.

Nobles, artesanos y campesinos llevaban sus trajes de fiesta; los cabellos brillaban gracias al aceite dulce de moringa, las más hermosas pelucas adornaban la cabeza de las mujeres, las manos de los niños y de los sirvientes se cargaban de flores y de hojas que echaban al paso del carro.

Se preparaba un banquete al aire libre; el intendente del nuevo palacio había encargado mil panes de harina fina, dos mil panecillos bien cocidos, diez mil pasteles, carne seca en abundancia, leche, boles de algarrobas, uva, higos y granadas. Ocas asadas, caza, pescados, pepinos y puerros también estaban en el menú, sin contar con centenares de jarras de vino salidas de las bodegas reales y otras tantas de cerveza fabricada la víspera.

En ese día del nacimiento de una capital, el faraón invitaba a su pueblo a la mesa.

No había ni una chiquilla que no se hubiera puesto un vestido nuevo, de colores, ni un caballo que no estuviera adornado con tiras de tela y rosetas de cobre, ni ningún asno cuyo cuello no estuviera adornado con una guirnalda de flores. Perros, gatos y monos domésticos tendrían derecho a ración doble, mientras los ancianos, cualquiera que fuera su condición y origen, serían los primeros en ser servidos, tras haber sido instalados en asientos cómodos, a la sombra de los sicomoros y perseas.

Y se habían preparado peticiones: para un alojamiento, para un empleo, para un terreno, para una vaca, que Ameni recogería y examinaría con benevolencia, en este período feliz en el que la generosidad era la norma.

Los hebreos no eran los últimos en manifestar su alegría. Un largo descanso correctamente remunerado sucedería a un esfuerzo intenso, y podrían enorgullecerse de haber construido con sus manos una nueva capital del reino de Egipto. Durante varias generaciones, aún se hablaría de su hazaña.

La asistencia retuvo su aliento cuando el carro se detuvo ante el coloso con la efigie de Ramsés, el mismo coloso que, la víspera, había estado a punto de provocar un desastre.

Frente a su imagen, Ramsés levantó la cabeza y clavó su mirada en la del gigante de piedra, orientada hacia el cielo. En la frente de la estatua, el uraeus, una cobra que escupía un veneno cáustico que cegaba a los enemigos del rey. En la cabeza, «los dos poderes» reunidos, la corona blanca del Alto Egipto y la corona roja del Bajo Egipto. Sentado en su trono, con las manos abiertas sobre su taparrabo, el faraón de granito contemplaba la ciudad.

Ramsés bajó del carro. Él también llevaba la doble corona, iba vestido con una amplia túnica de lino de mangas anchas, bajo la cual centelleaba un taparrabo dorado sujeto por un cinturón plateado, y sobre su pecho lucía un collar de oro.

—A ti, en quien se encarna el *ka* de mi reino y de mi ciudad, te abro la boca, los ojos y los oídos. En adelante serás un ser vivo, y quien se atreva a atacar tu carne será castigado con la muerte.

El sol estaba en su cenit, en la vertical del faraón. Éste se volvió hacia su pueblo.

—¡Pi-Ramsés ha nacido, Pi-Ramsés es nuestra capital!

Miles de voces entusiastas repitieron esta declaración.

Durante la jornada, Ramsés y Nefertari habían recorrido las anchas avenidas, calles y callejuelas, y visitado cada barrio de Pi-Ramsés. Deslumbrada, la gran esposa real le había encontrado un sobrenombre, «la ciudad de turquesa», que había circulado inmediatamente de boca en boca. Tal era la última sorpresa que Moisés reservaba al rey: las fachadas de las casas, villas y viviendas modestas estaban recubiertas de tejas barnizadas de color azul de una luminosidad excepcional. Al hacer instalar sobre el terreno el taller que las fabricaba, Ramsés no imaginaba que los artesanos fueran capaces de producir tal cantidad en tan poco tiempo. Gracias a ellos, la capital había encontrado su unidad.

Moisés, elegante y afeitado, realizaba el oficio de maestro de ceremonias. Ahora no había ninguna duda de que Ramsés nombraría visir a su amigo de infancia y haría de él el primer ministro del país. La complicidad de los dos hombres era evidente, el éxito de Moisés resplandeciente. El rey no emitió

ninguna crítica, indicando que sus esperanzas habían sido colmadas, incluso superadas.

Chenar rabiaba. El mago Ofir le había mentido o se había equivocado al afirmar que manipulaba al hebreo. Tras semejante triunfo, Moisés se convertiría en un hombre rico y un cortesano celoso. Enfrentarse con Ramsés por una estúpida disputa religiosa sería un suicidio. En cuanto a su pueblo, se acomodaba tan bien en la población que no tenía ningún interés en salirse de ella. Los únicos verdaderos aliados de Chenar seguían siendo los hititas. Peligrosos como víboras, pero aliados después de todo.

La recepción dada en el palacio real, cuya gran sala de columnas estaba adornada con pinturas que representaban una naturaleza ordenada y apacible, encantó a los miembros de la corte, seducidos por la belleza y la nobleza de Nefertari. La primera dama del país, protectora mágica de la residencia real, tuvo una palabra amable y justa para cada uno.

Las miradas no se despegaban del admirable enlosado, formado por tejas barnizadas; componían deliciosos cuadros que recordaban estanques de agua fresca, jardines floridos, patos revoloteando en un bosque de papiros, lotos abiertos o peces evolucionando en un estanque. El verde pálido, el azul claro, el blanco crudo, el amarillo oro y el morado se mezclaban en una sinfonía de colores suaves que cantaban la perfección de la creación.

Burlones y bromistas fueron reducidos al silencio. Los templos de Pi-Ramsés estaban lejos de estar terminados, pero el palacio no desmerecía, en lujo y en refinamiento, a los de Menfis y Tebas. Aquí, ningún cortesano añoraría otro lugar. Poseer una villa en Pi-Ramsés ya era la obsesión de los nobles y de los altos personajes del Estado.

Con una constancia increíble, Ramsés continuaba haciendo milagros.

—Éste es el hombre a quien esta ciudad debe su existencia —declaró el faraón poniendo la mano sobre el hombro de Moisés.

Las conversaciones se interrumpieron.

—El protocolo prescribe que me siente en el trono, que Moisés se prosterne ante mí y que yo le ofrezca collares de oro a cambio de sus buenos y leales servicios. Pero es mi amigo de infancia, y hemos llevado a cabo juntos este combate. Yo he concebido esta capital, él la ha realizado según mis planes.

Ramsés dio un abrazo solemne a Moisés. No existía más insigne honor por parte de un faraón.

—Moisés seguirá siendo supervisor de las obras reales durante unos meses, el tiempo de formar a su sucesor. Luego trabajará a mi lado, para mayor gloria de Egipto.

Chenar había acertado temiendo lo peor. La eficacia conjunta de los dos amigos los volvía más temibles que todo un ejército.

Ameni y Setaú felicitaron a Moisés, cuyo nerviosismo les sorprendió. Lo consideraron efecto de la emoción.

—Ramsés se equivoca —declaró el hebreo—. Me atribuye cualidades que no poseo.

—Serás un excelente visir —estimó Ameni.

—Pero de todos modos estarás bajo las órdenes de este pequeño escriba tiñoso —afirmó Setaú—. En realidad, es él el que gobierna.

—¡Ten cuidado, Setaú!

—Los alimentos son suculentos. Si Loto y yo descubrimos unas buenas serpientes, tal vez nos instalemos aquí. ¿Por qué no ha venido Acha?

—Lo ignoro —respondió Ameni.

—Mala nota para su carrera. No es muy diplomático que digamos.

Los tres amigos vieron cómo Ramsés se acercaba a su madre, Tuya, y la besaba en la frente. A pesar de la tristeza que velaría para siempre su rostro grave y fino, la viuda de Seti no ocultaba su orgullo. Cuando anunció que viviría de inmediato en el palacio de Pi-Ramsés, el triunfo de su hijo fue total.

Aunque terminada, la pajarera estaba aún vacía de pájaros exóticos, que regocijarían la vista y el oído de los cortesanos.

Apoyado en un pilar, con los brazos cruzados y los rasgos tensos, Moisés no se atrevía a mirar a su amigo Ramsés. Tenía que olvidar al hombre y dirigirse a un adversario, el faraón de Egipto.

—Todo el mundo duerme, salvo tú y yo.

—Pareces agotado, Moisés. ¿Podríamos aplazar esta entrevista hasta mañana?

—No fingiré más tiempo.

—¿Qué finges?

—Soy un hebreo y creo en el Dios único. Tú eres un egipcio y adoras ídolos.

—¡Sigues con ese discurso infantil!

—Te molesta porque es la verdad.

—Has sido instruido en toda la sabiduría de los egipcios, Moisés, y tu dios único, sin forma e incognoscible, es el poder oculto en el corazón de cada partícula de vida.

—¡No se encarna en un cordero!

—Amón es el secreto de la vida, que se manifiesta en el viento invisible que hincha la vela de la barca, en los cuernos del carnero cuya espiral traza el desarrollo armonioso de una creación, en la piedra que forma la carne de nuestros templos. Es todo eso y nada de todo eso. Esta sabiduría la conoces tan bien como yo.

—¡No es más que una ilusión! Dios es único.

—¿Le prohíbe eso multiplicarse en sus criaturas siendo a la vez Uno?

—¡No necesita tus templos y tus estatuas!

—Te lo repito, estás agotado.

—Estoy convencido. Ni siquiera tú podrás hacerme cambiar de opinión.

—Si tu dios te vuelve intolerante, desconfía. Te conducirá al fanatismo.

—¡Más bien te toca a ti desconfiar, Ramsés! Una fuerza se está desarrollando en este país. Una fuerza aún vacilante, pero que lucha por la verdad.

—Explícate.

—¿Te acuerdas de Akenatón y de su fe en un dios único? Mostró el camino, Ramsés. Escucha su voz, escucha la mía. Si no, tu imperio se hundirá.

58

Para Moisés, la situación estaba clara. No había traicionado a Ramsés e incluso le había advertido contra el peligro que lo acechaba. Con la conciencia tranquila, podía ir hacia su destino y dar libre curso al fuego que le devoraba el alma.

El dios único, Yahvé, residía en una montaña, y él tenía que descubrir en cuál de ellas se hallaba, fueran cuales fueran las dificultades del viaje. Algunos hebreos habían decidido partir con él, aun a riesgo de perderlo todo. Moisés terminaba de preparar el equipaje cuando pensó en una promesa no cumplida. Antes de abandonar Egipto para siempre, ejecutaría esa deuda moral.

Sólo tuvo que efectuar un corto trayecto para llegar a la mansión de Sary, al oeste de la ciudad, que estaba bordeada por un antiguo palmeral con árboles vigorosos. Encontró al propietario a punto de beber cerveza fresca al borde de un estanque con abundantes peces.

—¡Moisés! ¡Qué placer recibir al verdadero maestro de obras de Pi-Ramsés! ¿A qué debo este honor?

—El placer no es compartido y no se trata de un honor.

Sary se levantó irritado.

—Tu hermoso futuro no te autoriza la descortesía. ¿Olvidas con quién hablas?

—Con un canalla.

Sary levantó la mano para abofetear al hebreo, pero éste le bloqueó la muñeca. Obligó al egipcio a curvarse, luego a arrodillarse.

—Persigues a uno llamado Abner.

—Su nombre me es desconocido.

—Mientes, Sary. Le has robado y le chantajeas.

—Sólo es un ladrillero hebreo.

Moisés apretó más el brazo. Sary gimió.

—Yo también soy hebreo. Pero podría partirte el brazo y dejarte inválido.

—¡No te atreverás!

—Debes saber que mi paciencia está al límite. No molestes más a Abner o te arrastraré del cuello ante un tribunal. ¡Júralo!

—Yo... juro que no lo importunaré más.

—¿Por el nombre del faraón?

—Por el nombre del faraón.

—Si traicionas tu juramento, serás maldito —Moisés soltó a Sary—. Te has librado fácilmente.

Si el hebreo no hubiera estado a punto de partir, habría denunciado a Sary; pero esperaba que la advertencia fuera suficiente.

No obstante, le invadió una preocupación. En los ojos del egipcio había leído odio, no sumisión.

Moisés se ocultó detrás de una palmera. No tuvo que esperar mucho tiempo. Sary salió de casa con un garrote y caminó en dirección sur, hacia las moradas de los ladrilleros.

El hebreo lo siguió a buena distancia y lo vio entrar en casa de Abner, cuya puerta estaba entreabierta. Casi de inmediato, oyó unos gemidos.

Moisés corrió, entró a su vez y, en la penumbra, divisó cómo Sary golpeaba a Abner con un bastón; su víctima, tendida en el suelo de tierra batida, intentaba protegerse el rostro con las manos.

Moisés le quitó el bastón a Sary y le dio un violento golpe en el cráneo. Con la nuca ensangrentada, el egipcio se desplomó.

—Levántate, Sary, y lárgate.

Como el egipcio no se movía, Abner se arrastró hasta él.

—Moisés... Se diría... que está muerto.

—¡Imposible, no le he golpeado tan fuerte!

—Ya no respira.

Moisés se arrodilló, sus manos tocaron un cadáver. Acababa de matar a un hombre.

La calle estaba silenciosa.

—Tienes que huir —dijo Abner—. Si la policía te detiene...

—¡Tú me defenderás, Abner, y explicarás que te he salvado la vida!

—¿Quién me creerá? Se nos acusará de complicidad. ¡Vete, vete de prisa!

—¿Tienes un saco grande?

—Sí, para meter herramientas.

—Dámelo.

Moisés introdujo en él el cadáver de Sary y colocó la carga sobre sus hombros. Enterraría el cuerpo en un terreno arenoso y se ocultaría en una villa desocupada. Justo el tiempo necesario de recuperar el buen sentido.

El lebrel de la patrulla de policía emitió un gemido inhabitual. Él, de ordinario tan tranquilo, tiraba de la traílla con tanta fuerza que estaba a punto de romperla. Su amo lo soltó, el lebrel corrió a toda velocidad hacia un terreno arenoso, en el límite de la ciudad.

El perro escarbó con ensañamiento. Cuando el policía y sus colegas se acercaron, descubrieron primero un brazo, luego un hombro, luego el rostro de un muerto que el perro desenterraba.

—Lo conozco —dijo uno de los policías—. Es Sary.

—¿El marido de la hermana del rey?

—Sí, es él... ¡Mira, tiene sangre seca en la nuca!

Despejaron completamente el cadáver. No había duda: habían matado a Sary con un bastón. El golpe había sido mortal.

Moisés se había pasado toda la noche dando vueltas sobre sí mismo como un oso encerrado en una jaula. Se había equivocado al actuar así, al intentar disimular el cadáver de un granuja, al huir de una justicia que lo habría declarado inocente. Pero estaba Abner, su miedo, su vacilación... Y eran hebreos, uno y otro. Los enemigos de Moisés no dejarían de utilizar ese drama para provocar su caída. Incluso Ramsés sería advertido en su contra y se mostraría de un rigor inflexible.

Alguien acababa de entrar en la villa de la que sólo la parte central estaba terminada. La policía, ya... Lucharía. No caería en sus manos.

—Moisés... ¡Moisés, soy yo, Abner! Si estás ahí, deja que te vea.

El hebreo apareció.

—¿Atestiguarás en mi favor?

—La policía ha descubierto el cadáver de Sary. Estás acusado de asesinato.

—¿Quién se ha atrevido a hacerlo?

—Mis vecinos. Te han visto.

—¡Pero son hebreos, como nosotros!

Abner bajó la cabeza.

—Como yo, no quieren problemas con las autoridades. Huye, Moisés. Ya no hay futuro para ti, en Egipto.

Moisés se sublevó. Él, el supervisor de los trabajos del rey, el futuro primer ministro de las Dos Tierras, ¡reducido al estado de criminal y fugitivo! En pocas horas caía del pináculo al abismo... ¿No era Dios quien lo abrumaba con esta desdicha para probar su fe? En vez de una existencia vacía y cómoda en un país impío, Él le ofrecía la libertad.

—Partiré por la noche. Adiós, Abner.

Moisés pasó por el barrio de los ladrilleros. Esperaba convencer a sus partidarios para que partieran con él y formaran un clan que, poco a poco, atraería a otros hebreos, incluso si su primera patria sólo era una región aislada y desértica. El ejemplo... Había que dar ejemplo, ¡no importaba a qué precio!

Algunas lámparas brillaban. Los niños dormían, las amas de casa intercambiaban confidencias. Sentados bajo cobertizos, sus maridos bebían una tisana antes de acostarse.

En la callejuela donde habitaban sus amigos, dos hombres se peleaban. Al acercarse, los identificó. ¡Eran sus dos partidarios más fervientes! Se increpaban a propósito de un escabel que uno le habría robado al otro.

Moisés los separó.

—Tú...

—Dejad de enfrentaras por un pecadillo sin importancia y seguidme. Salgamos de Egipto y partamos a la búsqueda de nuestra verdadera patria.

El hebreo de más edad miró a Moisés con desdén.

—¿Quién te ha erigido en nuestro príncipe y en nuestro guía? ¿Si no te obedecemos, nos matarás, como has matado al egipcio?

Golpeado en el corazón, Moisés permaneció mudo. Un sueño grandioso acababa de romperse en él. Ya no era más que un prófugo, un criminal abandonado por todos.

59

Ramsés había insistido en ver el cadáver de Sary, el primer muerto de Pi-Ramsés desde la fundación oficial de la capital.

—Se trata de un asesinato, majestad —afirmó Serramanna—. Un violento bastonazo asestado en la nuca.

—¿Han avisado a mi hermana?

—Ameni se ha ocupado de ello.

—¿El culpable ha sido detenido?

—Majestad...

—¿Qué significa esta vacilación? Sea quien sea, será juzgado y condenado.

—El culpable es Moisés.

—Absurdo.

—Los testimonios son formales.

—¡Quiero escuchar a los testigos!

—Todos son hebreos. El principal acusador es un ladrillero, Abner. Estuvo presente en el crimen.

—¿Qué ha sucedido?

—Una riña que tomó mal cariz. Moisés y Sary se detestaban desde hacía tiempo. Según mi investigación, ya se habían peleado en Tebas.

—¿Y si todos esos testigos se equivocaran? Moisés no puede ser un asesino.

—Los escribas de la policía han tomado sus declaraciones por escrito, y las han confirmado.

—Moisés se defenderá.

—No, majestad. Ha huido.

Ramsés dio orden de registrar todas las casas de Pi-Ramsés, pero las investigaciones no dieron ningún resultado. Policías a caballo se desplegaron por el Delta, preguntaron a cantidad de aldeanos, pero no encontraron ninguna huella de Moisés. Los guardias fronterizos del nordeste recibieron consignas muy estrictas, ¿pero no era ya demasiado tarde?

El rey no dejaba de pedir informes, pero no obtenía ninguna información precisa sobre el camino que había tomado Moisés. ¿Se ocultaba en una aldea de pescadores, cerca del Mediterráneo? ¿Se había escondido en un barco que partía hacia el sur? ¿Se había enterrado entre los exclaustrados de un santuario de provincias?

—Deberías comer un poco —recomendó Nefertari—. Desde la desaparición de Moisés, no has probado una comida decente.

El soberano estrechó tiernamente las manos de su esposa.

—Moisés estaba agotado, Sary ha debido provocarlo. Si estuviera aquí, ante mí, se explicaría. Su huida es el error de un hombre extenuado.

—¿No corre el riesgo de encerrarse en los remordimientos?

—Eso es lo que temo.

—Tu perro está triste, cree que lo desdeñas.

Ramsés dejó que *Vigilante* saltara a sus rodillas. Loco de alegría, lamió las mejillas de su amo y encajó la cabeza contra su hombro.

Esos tres años de reinado habían sido maravillosos... Luxor ampliado, suntuoso, el templo de millones de años en construcción, la nueva capital inaugurada, Nubia pacificada y, de pronto, ¡esta espantosa grieta en el edificio! Sin Moisés, el mundo que Ramsés había empezado a construir se hundía.

—También me descuidas a mí —dijo Nefertari a media voz—. ¿Puedo ayudarte a superar este sufrimiento?

—Sí, sólo tú puedes hacerlo.

Chenar y Ofir se encontraron en el puerto de Pi-Ramsés, cada vez más animado. Se descargaban productos alimenticios, mobiliario, utensilios para el hogar y muchas otras riquezas que la nueva capital necesitaba. Los barcos

traían asnos, caballos y bueyes. Los silos de trigo se llenaban, buenos vinos eran depositados en las bodegas. Discusiones tan ardientes como en Menfis o en Tebas empezaban a animar los círculos de comerciantes al por mayor, que rivalizaban por ocupar los primeros puestos en el abastecimiento de la capital.

—Moisés no es más que un prófugo, Ofir.

—La noticia no parece entristeceros mucho.

—Os habéis equivocado respecto a él; jamás habría cambiado de bando. La locura que ha cometido priva a Ramsés de un precioso aliado.

—Moisés es un hombre sincero. Su fe en el dios único no es pasajera.

—Sólo cuentan los hechos: o no reaparecerá más, o será detenido y condenado. En lo sucesivo, manipular a los hebreos es imposible.

—Desde hace muchos años, los partidarios de Atón han tenido la costumbre de luchar contra la adversidad. Continuarán haciéndolo. ¿Nos ayudaréis?

—No volvamos sobre eso. ¿Cuáles son vuestras propuestas concretas?

—Cada noche mino los fundamentos sobre los que descansa la pareja real.

—¡Está en la cumbre de su poder! ¿Ignoráis la existencia del templo de millones de años?

—Nada de lo que ha emprendido Ramsés está acabado. A nosotros nos toca explotar la menor debilidad e introducirnos en la primera brecha que se abra.

La tranquila firmeza del mago impresionó a Chenar. Si los hititas ejecutaban su proyecto, no dejarían de debilitar el *ka de* Ramsés. Y si además era atacado desde el interior, el rey, por robusto que fuera, terminaría por hundirse bajo los golpes visibles e invisibles.

—Intensificad vuestra acción, Ofir, no estáis tratando con alguien ingrato.

Setaú y Loto habían decidido fundar un nuevo laboratorio en Pi-Ramsés. Ameni, instalado en unos despachos nuevos flamantes, trabajaba día y noche. Tuya solucionaba los mil y un problemas que planteaban los cortesanos; Nefertari cumplía con sus tareas religiosas y protocolarias; Iset la Bella y Nedjem se ocupaban de la educación del pequeño Kha; Meritamón se abría como una flor; Romé, el intendente, corría de las cocinas a las bodegas y de las bodegas al comedor de palacio, Serramanna perfeccionaba sin cesar su sistema de seguridad... La vida en Pi-Ramsés parecía armoniosa y apacible. Pero Ramsés no soportaba la ausencia de Moisés.

A pesar de sus disputas, la fuerza del hebreo había sido una ofrenda a la construcción de su reino. En esta ciudad de la que había huido, Moisés había dejado mucho de su alma. Su última conversación probaba que su amigo era víctima de influencias perniciosas, aprisionado en unas ataduras de las que no era consciente.

Habían hechizado a Moisés.

Ameni, con los brazos cargados de papiros, se dirigió a buen paso al rey, que caminaba en todos los sentidos en la sala de audiencias.

—Acha acaba de llegar, desea verte.

—Que entre.

Muy cómodo, con una elegante túnica verde pálido que adornaba un ribete rojo, el joven diplomático tenía el don de lanzar modas. Árbitro de la elegancia masculina, parecía sin embargo menos fogoso que de costumbre.

—Tu ausencia, durante la inauguración de Pi-Ramsés, me ha apenado mucho.

—Mi ministro me representaba, majestad.

—¿Dónde estabas, Acha?

—En Menfis. He recogido los mensajes de mis informadores.

—Chenar me ha hablado de una tentativa de intimidación hitita en Siria central.

—No es una tentativa de intimidación, y Siria central no es la única implicada.

La voz de Acha ya no tenía nada de untuoso.

—Pensaba que mi querido hermano se lo tomaba demasiado en serio, que se abandonaba a la exageración.

—Hubiera sido preferible. Resumiendo las informaciones fiables, estoy convencido de que los hititas han emprendido una maniobra de envergadura contra Canaán y Siria, toda Siria. Incluso los puertos libaneses se hallan seguramente amenazados.

—¿Ha habido ataques directos contra nuestros soldados apostados en la zona?

—Todavía no. Sólo la toma de aldeas y campos considerados como neutrales. Hasta ahora sólo se trata de medidas administrativas, en apariencia

no violentas. En realidad, los hititas controlan territorios que nosotros gestionábamos y que nos debían tributo.

Ramsés se inclinó sobre el mapa del Próximo Oriente desplegado sobre una mesa baja.

—Los hititas bajan por un pasillo invasor situado al nordeste de nuestro país. Así pues apuntan directamente a Egipto.

—Es una conclusión precipitada, majestad.

—Si no, ¿cuál sería el objetivo de esta ofensiva rastrera?

—Ocupar el territorio, aislarnos, perturbar a los habitantes, debilitar el prestigio de Egipto, desmoralizar nuestras tropas... No faltan objetivos.

—¿Tú qué opinas?

—Majestad, los hititas preparan la guerra.

Con un trazo rabioso de tinta roja, Ramsés tachó del mapa el reino de los anatolios.

—A ese pueblo sólo le gusta la furia, la sangre y la violencia. Mientras no sea destruido, pondrá en peligro toda forma de civilización.

—La diplomacia...

—¡Un instrumento fuera de uso!

—Tu padre negoció...

—Una zona fronteriza, en Kadesh, ¡lo sé! Pero los hititas no respetan nada. Exijo un informe diario sobre sus actuaciones.

Acha se inclinó. Ya no era el amigo quien se expresaba sino el faraón que ordenaba.

—¿Sabes que Moisés está acusado de un crimen y que ha desaparecido?

—¿Moisés? ¡Pero es insensato!

—Creo que es víctima de una conspiración. Difunde sus señas por nuestros protectorados, Acha, y encuéntralo.

Nefertari tocaba el laúd en el jardín de palacio. A su derecha tenía la cuna en la que dormía su hija, de mejillas redondas y coloreadas, y a su izquierda se

encontraba el pequeño Kha, sentado como un escriba y leyendo un cuento que alababa las hazañas de un mago que triunfaba sobre horribles demonios; ante ella, *Vigilante* se afanaba en desenterrar los brotes de tamarindo que Ramsés había plantado la víspera. Con el morro hundido en la tierra húmeda, excavaba un hoyo con sus patas delanteras y ponía tanto interés en la obra que la reina no se atrevió a reprenderlo.

De repente se interrumpió y corrió hacia la entrada del jardín. Sus ladridos de alegría y sus saltos desordenados saludaron la entrada de su amo.

En el paso de Ramsés, Nefertari percibió una profunda contrariedad. Se levantó y fue al encuentro del rey.

—Moisés está...

—No, estoy seguro de que está vivo.

—¿No es... tu madre?

—Tuya se encuentra bien.

—¿Cuál es la causa de tu sufrimiento?

—Egipto, Nefertari. El sueño de un país feliz, alimentándose de paz, saboreando la dicha de cada día, se rompe.

La reina cerró los ojos.

—La guerra...

—Me parece inevitable.

—Así pues, vas a partir.

—¿Quién más, aparte de mí, podría mandar el ejército? Dejar avanzar más a los hititas sería condenar Egipto a la muerte.

El pequeño Kha había echado un vistazo a la pareja enlazada antes de sumirse de nuevo en su lectura, Meritamón dormía tranquilamente, Vigilante ahondaba su agujero.

En aquel jardín apacible, Nefertari se acurrucó contra Ramsés. A lo lejos, un gran ibis blanco surgió de los cultivos.

—La guerra nos separa, Ramsés; ¿dónde encontraremos el coraje que nos ayude a soportar esta prueba?

—En el amor que nos une, y que nos unirá siempre, suceda lo que suceda. En mi ausencia eres tú, la gran esposa real, la que reinarás en mi ciudad de turquesa.

Nefertari miró fijamente el horizonte.

—Tu pensamiento es justo —dijo ella—. No hay que negociar con el mal.

El gran ibis blanco, de vuelo majestuoso, sobrevoló a la pareja real que el sol poniente bañaba con su luz.